



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

La ciudad de México durante la Conquista. De la ciudad
prehispánica a la refundación de Hernán Cortés. (1519 –
1522)

T e s i s

Que para obtener el título de

Licenciado en Historia

presenta:

Iván José Arriaga Arriaga

Tutor de Tesis:

Dr. Antonio Benigno Rubial García

Ciudad de México

Septiembre 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción	05
Capítulo I: La ciudad de México en 1519. La coyuntura histórica	17
Antecedentes de la Conquista	17
Cortés. La expedición	21
El viaje y llegada a Tenochtitlan	22
Sobre México Tenochtitlan	24
El corazón de Tenochtitlan: El Recinto Sagrado y la gran explanada	39
Tlatelolco	45
La ruptura	52
La Noche Triste	62
Capítulo II: Asedio y caída de México Tenochtitlan y México Tlatelolco	69
Los bergantines	69
El cerco de la ciudad	75
El ataque directo	92
Ataque a Tlatelolco	105
Cortés vencido, la gran victoria mexicana	117
La celada	139
El avance sobre Tlatelolco	142
Toma del Templo Mayor de Tlatelolco	147
La catapulta	163
La última octava parte	166
Los mexicas al último extremo	175
13 de agosto de 1521	185
Capítulo III: La nueva ciudad mestiza	193
1521 – 1522. La ciudad de los vencidos	193
Situación política tras la Conquista	201
-Los indígenas	201
-Los españoles	207

Conquistadores piadosos: los exvotos de la Conquista	215
-La ermita de los Mártires	222
-Nuestra Señora de los Remedios	224
-San Hipólito	226
-Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac	228
-Capilla de la Concepción Tequipeuhcan	231
-Santiago Tlatelolco	232
1521 - 1522. El inicio de la ciudad hispana	236
El nacimiento de una nueva ciudad	253
-Las Atarazanas, el primer edificio de la ciudad	254
-Alonso García Bravo y la traza	255
-Las calzadas de Tlacopan e Iztapalapa, decumano máximo y cardo máximo	260
-La gran plaza	261
-Los palacios	263
-Las calles	264
-Las calzadas	269
La traza como sinónimo de separación entre españoles e indios	274
La ciudad indígena: Tenochtitlan y Tlatelolco después de la Conquista	277
Epílogo	287
Conclusiones	295
Bibliografía	300
Planos e Ilustraciones	
Plano de la primera incursión de Hernán Cortés desde Acachinanco	97
Plano de la batalla de finales de junio de 1521	123
Fotografía aérea de Tlatelolco (década de 1950) y explicación	157
Plano de Tlatelolco tras la caída de su Recinto Sagrado	160
Plano de Tlatelolco: el escenario de la última parte de la guerra	186
Reconstrucción de Tenochtitlan después de la traza de García Bravo	294

Introducción

Desde mediados del siglo XIX, realmente es cuando comienza el interés por conocer los orígenes de la cultura mexicana como una cultura mestiza. El discurso nacionalista que empieza a germinarse en los años de la guerra de Independencia argüía que la *Conquista* de México había sido un acto muy salvaje y brutal en el siglo XVI y que por lo tanto, la época colonial, producto de dicha conquista, era un período en la historia nacional que era mejor olvidar. Lo objetivo o subjetivo de dicho discurso no es lo importante aquí, sino la trascendencia de éste. La Independencia dejó como huella más profunda el desprecio hacia la época que le precedió, aunque durante el siglo XIX hubo muchas personas distinguidas que, al ver la caótica situación de la joven nación, suspiraban por “los buenos tiempos de antes”. El recuerdo del tiempo de los últimos virreyes de antes de la independencia no podía sino despertar nostalgia en quienes veían el país sumido en eterna bancarrota, invasiones extranjeras y guerras civiles e ideológicas de enorme fuerza destructiva. Sin embargo, el discurso nacionalista iba contra esto. La conquista había sido ilegítima y cruel, y por lo tanto así era el período que le siguió, al cual sería mejor olvidar.

Este discurso trascendió mucho, tan es así, que sus líneas ideológicas respecto de la Historia son las que en la actualidad predominan en el nacionalismo mexicano. El porqué de esto radica en que, efectivamente, la conquista de la Nueva España no fue la conquista de una tierra deshabitada o llena de salvajes incivilizados; por el contrario, se trató de un país que estaba poblado por gente que había alcanzado un alto nivel de civilización y refinamiento. Sí, es cierto que tenían una serie de costumbres que chocaban con la mentalidad cristiana proveniente de Europa, como la adoración de efigies con características monstruosas por medio del sacrificio humano. Pero fuera de ello nadie dudaba de que se trataba de una civilización perfectamente desarrollada y establecida. Realmente fue por esta situación, de que eran idólatras, lo que justificó en buena medida la conquista en el discurso de los españoles.

Este discurso, sin embargo, tuvo también sus críticos. Y el ataque resultó feroz por la calidad y preparación de la persona que lo encabezó: don Lucas Alamán. Mientras el

discurso antihispano tenía su fortaleza en los sentimientos nacionalistas, la respuesta de don Lucas tuvo a su favor argumentos mucho más sólidos. En la labor historiográfica que hizo del proceso de Independencia, donde criticaba fuertemente a los líderes Hidalgo y Morelos, en la *Historia de Méjico*, don Lucas se basó en mucho en fuentes de primera mano como la *Gazeta de México*. En cambio, la historiografía proinsurgente, encabezada por Carlos María de Bustamante, se basó en anécdotas y datos de dudosa certidumbre, como el caso del Pípila, pero sobre todo su fuerza radicó en exaltar la emotividad de lo que significaba la independencia.

Esto llevó a don Lucas Alamán a realizar trabajos historiográficos más serios que se remontaban hasta la época de la Conquista. Sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*¹ es quizá el primer trabajo historiográfico sobre la Historia de México que se remontaba más de tres siglos atrás y que tuvo un método más estricto y estructurado de investigación. Y es en esta obra precisamente donde se habla por vez primera del tema que nos interesa en el presente trabajo: la historia de la Ciudad de México.

La historia de la ciudad capital está totalmente ligada a la historia que podríamos llamar nacional. Aquí cada período de la historia de nuestro país ha dejado su huella y, según la trascendencia que haya tenido el período, dicha huella es mayor o menor. Ahora bien, nadie puede dudar que el período más trascendente que ha vivido lo que hoy es nuestro país fue la Conquista, la que transformó en un período de apenas cinco años la parte central de Mesoamérica en un reino sujeto a la Corona del rey Carlos I. Y no sólo eso, sino que a partir del asentamiento del poder hispano en la otrora todopoderosa ciudad nahua, el sometimiento del resto de Mesoamérica será una empresa constante, que culminará hacia 1547 con el sometimiento definitivo de los mayas yucatecos por Francisco de Montejo, hijo.² También la conquista y colonización de Aridoamérica será un proceso muy largo y difícil que se dará durante la segunda mitad del siglo XVI, organizado todo igualmente desde la antigua ciudad nahua.

¹Alaman, Lucas. *Disertaciones sobre la historia de la república megicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la independencia*. Mexico, Editorial Jus, 1942. 3v.

² Se considera que la zona de los itzaes, en el Petén de Guatemala, fue el último reducto de Mesoamérica en caer bajo la dominación española con la conquista de Tayasal de 1697.

En la ciudad sucede exactamente lo mismo. El acontecimiento más importante que ha vivido nuestra urbe, o más específicamente, su núcleo, el que ahora llamamos Centro Histórico, sin lugar a dudas fue la destrucción de la antigua ciudad mesoamericana y su reconstrucción como una ciudad mixta, con un núcleo central español y una periferia indígena.. El paradigma de “cambio” no puede tener mayor símbolo que éste. La transformación de la urbe, que hacía finales del siglo XV y principios del XVI regía la mayor parte de la Mesoamérica central bajo el gobierno de Ahizotl, es el símbolo mismo de la transformación de todo el mundo al que pertenecía y regía.

Desgraciadamente, debido a la escasa documentación de primera mano existente de aquella época, explicable por el carácter fuertemente provisional que tuvieron todos los actos de gobierno encabezados por Hernán Cortés (debido antes que nada a la ausencia de materias primas tan básicas como el papel, el cual, durante la campaña militar había sido usado solamente para documentos de carácter oficial, como las probanzas y las cartas al monarca), este período de la historia de la ciudad nos resulta muy desconocido. Lo que sabemos de éste se basa precisamente en las descripciones que nos han dejado los conquistadores mismos tanto de la ciudad prehispánica como de la primera ciudad española.

Como han mencionado historiadores que se caracterizan por un profundo amor a la historia virreinal de la Ciudad de México, como Francisco de la Maza y Guillermo Tovar de Teresa, la ciudad cambió tanto en los siglos XIX y XX, que para la gran mayoría de sus habitantes actuales, la ciudad colonial resultaría irreconocible. No obstante, gracias a litografías y fotografías antiguas, sí tenemos una idea de lo que fue la ciudad virreinal, al menos hacia finales del siglo XVIII. No se puede negar que la imagen que plasman las obras litográficas de artistas como Pedro Gualdi y Casimiro Castro, es prácticamente la misma que vieron con sus propios ojos los célebres virreyes Bucareli y el segundo conde de Revillagigedo. Y esto se debe a que la ciudad permaneció prácticamente intacta en la primera mitad del siglo XIX debido a la escasez de dinero que hubo en ese difícil período de Guerra Civil e invasiones extranjeras.

No obstante, esta ciudad que también fue la que vivieron los personajes políticos más conocidos de la primera mitad del siglo XIX como fray Servando, Agustín de Iturbide, Anastasio Bustamante, Antonio López de Santa Anna, Nicolás Bravo y el mismo Lucas Alamán, era una ciudad que se había creado en el siglo XVIII, porque prácticamente todos los monumentos coloniales que conservamos en la ciudad datan de esa centuria. Y esto es lógico, puesto que en una sociedad como la novohispana, el mantener los edificios “actualizados” era no sólo símbolo de aprecio hacia éstos, sino resultado implícito de lo que hoy llamaríamos “obras de mantenimiento”. Las personas que vivían y poseían una casa en lo que hoy llamamos primer cuadro, eran personas que contaban con los recursos suficientes para remodelar continuamente sus viviendas a la última moda, y muchos de ellos eran patronos de conventos u hospitales, los cuales también fueron renovados en el siglo XVIII en su mayoría. No es coincidencia que una buena parte de los palacios nobiliarios coloniales que han llegado a nuestros días hayan sido construídos por el último gran arquitecto barroco de la Nueva España, Francisco Antonio de Guerrero y Torres.

El siglo XVIII, el siglo borbónico, marcó profundos cambios en la Ciudad de México, de cuya magnitud difícilmente nos podemos hacer una idea y cuyo proceso tampoco ha sido muy estudiado. En ese tiempo, la situación ecológica era ya muy diferente a la que reinaba en el siglo XVII. La laguna ya había sido extinta en gran parte, permitiendo por ejemplo, que cerca de donde antes estaban las Atarazanas, que era una fortaleza en la orilla de la ciudad que daba a la parte más profunda de la laguna, se abriese el camino a la Puebla de los Ángeles (la actual avenida Ignacio Zaragoza). Es cuando la gran mayoría de los canales que aún cruzaban la ciudad fueron cegados por cuestión de salud pública. También fue durante ese siglo cuando, basándose en los conceptos de belleza impuestos por la corte borbónica francesa, la antigua Alameda se amplió, de tal modo que sus calles con fuentes hicieran el efecto visual que se observa en los grandes jardines de Versalles. También es cuando se funda el primer gran paseo de la ciudad, basado igualmente en estos conceptos de importación gala, el Paseo de Bucareli. Éste se abre en la orilla de lo que antiguamente era el barrio mexicana de San Juan Moyotlán. También es la centuria donde un buen porcentaje de personas acaudaladas pudo adquirir un título de nobleza y, como

consecuencia, lucir un escudo de armas en la fachada de su casa. Fue cuando la ciudad se comenzó a llenar de palacios, todos compitiendo por estar lo más a la moda posible, moda que tenía que ver con la retroalimentación de ideas que se dio entre los reinos de España y Francia en cuanto a conceptos de arte, belleza y refinamiento se trataba.

Por lo tanto, de la ciudad del siglo XVII, apenas y nos podemos dar una idea de cómo era. Nos quedan algunas pocas casas que datan de esa centuria, la última gobernada por la dinastía de los Austrias. También algunas fachadas, cúpulas y portadas de iglesias datan de aquella época, pero realmente son pocas. Respecto a la laguna, sabemos que en ese siglo se dio un importante avance en su desecación. A principios de dicha centuria, aún era profunda en la parte oriental de la ciudad. Hacia la década de los veinte se empieza a tratar el tema del desagüe entre el Cabildo y el poder real, convirtiéndose en un tema de interés público muy trillado ya que se mandaron traer ingenieros europeos como Enrico Martínez y Adrián Boot. Desgraciadamente el asunto se agravó hacia 1629 con la severísima inundación que se dio ese año, que por poco provoca el abandono definitivo de la urbe.

No obstante esto, sabemos que la ciudad dieciochesca es en buena medida la misma que la del siglo XVII nada más que con edificios renovados. Pero los sitios, tanto de los palacios nobiliarios como de las iglesias, siguió siendo exactamente el mismo. Solamente se aumentaron la cantidad de casas nobles por la razón de que los borbones encontraron en la venta de títulos nobiliarios una vía eficaz de hacerse con recursos económicos. A excepción de esto, los conventos e iglesias que encontramos desde finales del siglo XVI continuaron en casi su mismo número y en su mismo sitio.

El problema realmente aparece cuando retrocedemos a los años anteriores a 1570. En ese momento la ciudad sufrió una enorme transformación, producto de la consolidación de lo que serán las futuras épocas y sociedad colonial. Como lo señaló ya la doctora María Alba Pastor en *Crisis y recomposición social*, esas décadas vienen a ser un clarísimo parteaguas en lo político, en lo social, en lo económico y en lo religioso. A partir de esa década es cuando empiezan a proliferar innumerables conventos de monjas, siendo que antes estuvo

únicamente el de la Concepción. Es también cuando llegan instituciones propias de la llamada *Contrarreforma* como la Compañía de Jesús y la Inquisición. Es en la década de los sesentas cuando la Corona decide extinguir en la praxis la clase social de los conquistadores (encomenderos) y es cuando se da, como consecuencia de esto, la famosa revuelta de Martín Cortés, episodio lamentable que lleva al patíbulo a los hermanos Ávila.

Como prácticamente no tenemos fuentes muy claras respecto a cómo era esa naciente ciudad española de la primera mitad del siglo XVI, los *Diálogos* de Francisco Cervantes de Salazar nos resulta una obra preciosa, de inestimable valor. No obstante, si el lector no tiene nociones de cómo era la ciudad colonial, difícilmente puede seguir el camino que los tres interlocutores hacen en las calles y sitios de la urbe. Ya para nosotros (e incluso para los que vivieran en la centuria posterior) la ciudad descrita por Cervantes de Salazar es una ciudad ajena que nos resulta extraña: casas en forma de fortaleza, un enorme tianguis de indígenas en el rumbo de San Juan Moyotlán, las Atarazanas, la antigua e insignificante Iglesia Mayor, todos son elementos que apenas y podría reconocer alguien que hubiese vivido en la ciudad hacia 1654 por ejemplo, un siglo después de escritos los dichos *Diálogos*.³ Incluso los exvotos de la conquista, monumentos que se levantaron por los conquistadores para rememorar su hazaña sobre los idólatras mexicas, o bien se olvidaron por completo o su sentido y advocación cambió totalmente, como lo vamos a ver en el Capítulo III. Existe un antes y un después en la ciudad teniendo como parteaguas la década de 1570 y poco antes.

La ciudad anterior nos resulta extraña, legendaria. Sólo la podemos evocar con la imaginación, porque aunque sepamos de varios edificios que hubo, no tenemos la forma de saber realmente cómo eran. Existen varias ilustraciones que datan de la segunda mitad siglo XVI que muestran de manera esquemática algunos de ellos, como la Iglesia Mayor y los edificios que rodeaban la gran plaza. Asimismo sabemos que el primer Palacio Real (el que después fue casa del marquesado del Valle, actual Monte de Piedad) contaba con una *loggia* o galería expuesta, en el piso superior, lo mismo que el Palacio de Cortés en Cuernavaca. No obstante, a excepción de lo que fue la plaza no tenemos ninguna referencia

³ Cervantes de Salazar, Francisco. *México en 1554 y el Túmulo Imperial*. México, Porrúa, 2000.

visual de los demás edificios y calles de la ciudad mas que el valiosísimo *Plano de Uppsala*. Ahora bien, el período de la ciudad que va desde la traza y reconstrucción hacia 1521 – 1522 hasta la ciudad descrita por Cervantes de Salazar, tampoco fue un período estático.

La ciudad trazada por García Bravo se salió de su plan apenas tres años después de que él hizo la traza: se construye por los oficiales reales (cuando Cortés parte a las Hibueras) la primitiva Iglesia Mayor en medio de la plaza, dividiendo ésta en dos. Hacia 1526 la traza se extiende hacia el norte y el poniente con motivo de la fundación de los grandes conventos de Santo Domingo y San Francisco. Y hacia la década de los treinta, debido al auge del gran tianguis indígena de Tenochtitlan, ubicado al suroeste, la traza se extiende hacia el sur para que las casas de españoles quedasen cerca de dicho mercado. Hacia la década de los cuarentas, debido a la desecación de la parte de la laguna que había entre la ciudad y Chapultepec y por el miedo a una sublevación indígena azuzado por la Guerra del Mixtón en Nueva Galicia, se abrieron dos vías que serán muy importantes: la calzada de Chapultepec (Avenida Chapultepec) y la calzada de San Francisco (Avenida Juárez). No obstante estos detalles son poco conocidos dentro de la Academia. Solamente José María Marroqui (de manera marginal) y Guillermo Porras Muñoz han estudiado esto y señalado los errores cometidos por todos los historiadores que han seguido a Alamán⁴.

No obstante, es común pensar que la traza de García Bravo, esa que se hizo apenas unos meses después de la captura de Cuauhtémoc, coincide con lo que hoy es el Perímetro A del Centro Histórico. Así lo manifiesta el mismo Manuel Toussaint.⁵

Esto se debe a que es común en la historia de las ciudades el hacer suposiciones en retrospectiva. Y como esa parte de la historia de la ciudad permanece en la oscuridad por falta de una investigación seria y una revisión a fondo de las Actas de Cabildo, tarea que ya

⁴ Para esto, Vid. Marroqui, José María. *La ciudad de México*. México, Jesús Medina Editor, 1969. v1. pp. 226 – 234. Porras Muñoz, Guillermo. *Reflexiones sobre la traza de la ciudad de México*. México, Departamento del Distrito Federal – Secretaría de Desarrollo Social, 1987. pp. 5 - 6

⁵ Toussaint, Manuel, Justino Fernández y Federico Gómez de Orozco. *Planos de la Ciudad de México. Siglos XVI y XVII*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Estéticas - Departamento del Distrito Federal, 1990. pp. 21 y 22.

empezó a hacer Guillermo Porras Muñoz, lo más común es suponer que la traza que hoy vemos es exactamente la misma que hizo García Bravo.

Si esto sucede con la ciudad descrita por Cervantes de Salazar, con más razón existe una profunda oscuridad respecto a la ciudad de Moctezuma II, la gloriosa México – Tenochtitlan que dejó admirados a los conquistadores de Cortés. Fuera de las descripciones que hacen éste y Bernal Díaz, no tenemos otra fuente para saber cómo era esa ciudad.

En el presente trabajo lo que pretendemos es, con base en las fuentes escritas de primera mano, tratar de vislumbrar lo que fue la ciudad prehispánica, la que conocieron Hernán Cortés y sus hombres al tiempo de su llegada en 1519. Después dedicaremos un capítulo entero a la Guerra de Conquista, o mejor dicho, al asedio de la ciudad por parte de las tropas españolas, ubicando los lugares precisos de cada uno de los eventos de dicho acontecimiento, trabajo que no se ha realizado con anterioridad. Finalmente terminaremos hablando de la refundación de la ciudad, centrándonos en el carácter dual (hispano-indígena) que tuvo ésta, y tratando de ubicar la obra de García Bravo en su justa proporción. ¿Qué tanto de lo que fue dicha traza fue diseño del trazador o reminiscencias de la ciudad prehispánica? ¿Qué tantos elementos hay de cada período histórico en la ciudad colonial? ¿Qué fue de origen prehispánico y qué de origen posterior? Los años de 1519 a 1522 constituyen un ciclo en sí mismos en torno a la historia de la ciudad (y de la Nueva España): el encuentro, la guerra y la refundación. No podemos entender una parte sin la otra. Los capítulos en que dividimos el presente trabajo responden precisamente a cada una de éstas etapas. ¿Cómo pudo la ciudad, después de una guerra crudelísima, ser el hogar de ambos contendientes? ¿Cómo pudo la ciudad pasar en tan poco tiempo de ser la sede de un imperio mesoamericano a ser la sede y el núcleo del poder español en Mesoamérica?

El capítulo I es corto. De la mano de Hernán Cortés y Bernal Díaz recorreremos la ciudad prehispánica tal y como ellos la vieron en la época de Moctezuma II y siguiendo sus respectivos relatos, trataremos de hacer precisiones sobre lo que era la ciudad. El capítulo es corto por la razón de que muchas de las aseveraciones que hacemos tienen su demostración en el capítulo II. Efectivamente, los detalles que Cortés da en la *Segunda*

Carta de Relación son más bien generales y no entra en detalles específicos. Es en la *Tercera Carta*, con motivo de la descripción de la guerra, donde entra en detalles como cuántos canales tenía que atravesar desde su real de Acachinanco hasta llegar a la plaza, por ejemplo. En esta descripción de su campaña aflora una descripción más detallada de la ciudad, dándonos elementos para ubicar los lugares precisos. Por lo tanto, la relación entre el primero y segundo capítulo es muy profunda y uno tiene su respaldo en el otro. El capítulo I abarca la estancia de Cortés y sus tropas en la ciudad hasta la llegada de Pánfilo de Narváez y termina con una descripción más bien escueta de lo que fue la Noche Triste. Esto sobre todo porque al respecto de la Noche Triste hablaremos con más detalle en el capítulo III cuando abordemos el tema de los exvotos de la Conquista.

El capítulo II es más que nada una narración que entra mucho en los detalles de la guerra y la ciudad. Estamos hablando de un tema que, historiográficamente, resulta ser probablemente el más difícil de tratar con una visión objetiva, ya que se trata del punto coyuntural a partir del cual se termina un período y comienza otro muy distinto, al menos en el Altiplano Central, y que significó el establecimiento de un reino hispano con sede en la antigua capital mexicana, y a partir del cual se organizarán las campañas para el sometimiento de toda Mesoamérica. La conquista de la ciudad de México efectivamente es el parteaguas entre la historia de lo que llamamos Mesoamérica y Nueva España. Es fácil para los estudiosos y amantes del período mesoamericano calificar la conquista como un acto llevado a cabo por soldados crueles y codiciosos que terminó con el desarrollo evolutivo de las grandes culturas mesoamericanas, (versión que es la más difundida respecto a este hecho histórico); también es fácil calificar este hecho como un acto bárbaro en sí mismo, pero que dio origen a la Nueva España, a su cultura mestiza y (si se tiene una vocación religiosa al respecto) a la suplantación de los crueles sacrificios humanos por el culto cristiano católico.

La guerra de conquista, no obstante la importancia trascendental que tuvo este hecho en sí, ha sido poco estudiada en el plano espacial. Normalmente se describe esta guerra de manera general, diciendo, por ejemplo, que los españoles “cegaban puentes y pasaban con su caballería”, pero no se ha hecho realmente un estudio que responda a las cuestiones de

¿dónde se hallaban esos puentes? ¿Cuáles canales eran los que se cegaban en determinado momento y donde se encontraban?

Por lo tanto, nosotros hicimos el esfuerzo de hacer una narración completa del asedio para ubicar todos los puntos y hechos posibles dentro el plano de la ciudad antigua. Ubicamos los tres reales, de Cortés en Acachinanco, Alvarado en Tlacopan y Sandoval en el Tepeyac. Afortunadamente para nosotros, Bernal Díaz del Castillo estuvo en el real de Alvarado, por lo que su narración nos ilustra lo que sucedía en ese real de Tlacopan mientras la *Tercera Carta de Relación* de Cortés lo hace respecto a lo que sucedía en el de Acachinanco. Desgraciadamente no contamos con una fuente que nos diga lo que sucedía en el real de Sandoval, por lo que a ese respecto sólo podemos hacer deducciones por lo que nos dicen Bernal Díaz y Cortés en sus respectivos relatos, que son de información indirecta. Asimismo nos basamos en el *Relato de la Conquista* que viene en el libro XII de la obra de Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, el llamado *Códice Florentino*; también lo haremos respecto al *Relato Anónimo de 1528*, que en la edición de Porrúa de Sahagún lo incluye. Esto con el objeto de poder tener y cotejar la versión de los mexicas tlatelolcas (desafortunadamente no contamos con una versión tenochca); además contribuye mucho al objeto de esta tesis, porque nos ubica los lugares de la última parte de la guerra, lo acaecido en Tlatelolco y sus inmediaciones.

Finalmente el capítulo III abarca el período de agosto de 1521 hasta principios de 1522, en el cual se decide la reconstrucción de la ciudad. Allí hablaremos de la situación tan dificultosa que, políticamente, enfrentó Cortés al resultar tan precario el botín de México, lo que resultó en la división de los conquistadores en quienes estaban a su favor y en su contra, coincidiendo mucho estos últimos con los hombres que se le unieron al extremeño tras vencer a Narváez en 1520. Allí hablaremos de la ciudad de los vencidos y de la ciudad de los conquistadores: la primera siendo las ruinas de la ciudad que sirvieron de advertencia a los jefes de otros pueblos, que se sometieron inmediatamente a Cortés como los tarascos; la segunda el cómo los conquistadores se apropiaron del significado de la guerra y establecieron una serie de monumentos que tenían el fin de recordar su hazaña. Hablamos de los exvotos a la Conquista, templos que se erigieron como memoria de esa gesta y de los lugares importantes de ésta (Por ello resulta substancial en el capítulo II hacer

una ubicación de los lugares precisos durante la guerra). Hablaremos de su historia posterior y cómo, hacia fines de ese mismo siglo XVI, el motivo de su fundación ya se había olvidado casi por completo.

También hablaremos de la refundación de la ciudad, analizando las razones que llevaron a Cortés a construir la nueva ciudad española sobre la ciudad prehispánica contra la opinión de algunos de sus hombres, argumentando que nosotros pensamos que dicha refundación siempre estuvo en la mente del conquistador y no fue producto de un análisis lógico ni consensuado entre sus hombres hacia después de la conquista.

Hablaremos sobre la traza de García Bravo, primero ubicándola en sus dimensiones reales, mucho más pequeñas de las que se le han atribuido comúnmente. Diremos que esa traza era de dimensiones perfectas, con la enorme Plaza Mayor (que incluía los terrenos de la Catedral actual) al centro. Después dilucidaremos qué partes de dicha traza son de origen prehispánico y qué producto del trazador mismo. Argumentamos que prácticamente todas las calles que van de norte a sur son de origen mesoamericano y que la labor de García Bravo solamente consistió en adaptar una traza de damero a los palacios de los tlatoanis y a trazar calles de este a oeste.

Finalmente hablaremos del carácter mestizo de la ciudad que nace, dedicando un apartado a hablar de lo que van a ser las ciudades indígenas de Tenochtitlan y Tlatelolco, ésta última dejando de ser regida por la primera y, a la vez, cediendo derechos a Tenochtitlan para establecer un tianguis propio. Hablaremos como al equilibrarlas política y económicamente, reduciendo a los viejos tlatoanis a simples gobernadores, Cortés establece lo que serán, durante toda la época colonial y principios de la época independiente, las famosas parcialidades de San Juan y Santiago. En el Epílogo aludiremos a lo que sucederá con posterioridad a la obra de García Bravo y de Cortés, cómo con la desventurada situación política que deja Cortés al irse a las Hibueras a fines de 1524, los oficiales reales hacen en 1525 una Iglesia Mayor en medio de la plaza, dividiéndola en dos; también hablaremos cómo la traza creció con la fundación de los conventos de San Francisco y Santo Domingo hacia 1526.

Aunque la tesis está enfocada en la ciudad, nosotros tratamos de hablar de todo el contexto que se vivía durante ese acontecimiento que fue la Conquista. Hablamos continuamente de la mentalidad de los indígenas y de los españoles; de la situación política que se vivía en cada uno de los momentos. No es sólo una historia de la ciudad, sino también de todo el proceso que fue la caída de México. Este trabajo abarca, pues, desde la antigua ciudad prehispánica a la fundación de Cortés. Es un período que abarca apenas cuatro años (1519 – 1522) y sin embargo lo que se vivió en esa época fue fundamental para la posterior historia de la ciudad, y de nuestro país, ya que a partir de la capital novohispana se extenderán las nuevas conquistas hacia el resto de Mesoamérica, culminando con la hazaña de Montejó en Yucatán y la lenta y cruel Guerra Chichimeca hacia el norte, que tenía como objeto conectar la zona minera de zacatecas con la ciudad de México. A partir de la caída de la México prehispánica y su refundación, el sometimiento de otras regiones a las cuales el poder mexica aún no había llegado con las agresivas campañas de Ahuítotl y Moctezuma II, caerán rápidamente en las organizadas por Hernán Cortés y sus sucesores, en las cuales las tropas mexicas jugarán un papel fundamental, lo mismo que lo hicieron las tlaxcaltecas en el asedio de México. Tendremos que regiones como Colima, Zacatula, Tututepec, Pánuco y hasta Guatemala formarán parte de la Nueva España apenas los primeros ejércitos que ya podemos llamar “novohispanos” y que estarán compuestos en su inmensa mayoría por personas que habían nacido y crecido en la Mesoamérica posclásica.

Creemos que abordar este tema y dejarlo solamente en la refundación de García Bravo hace de este trabajo un trabajo redondo. La ciudad prehispánica, la guerra y la refundación bien abarcan un ciclo que se justifica a sí mismo.

Capítulo I: La Ciudad de México en 1519, la coyuntura histórica

Antecedentes de la Conquista

La diferencia más notoria entre los naturales y los hispanos era de índole tecnológica. En las dos expediciones precedentes a las de Cortés, las de Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, los españoles no habían salido bien librados, ya que el primero terminó prácticamente huyendo de los indígenas y el segundo se tuvo que replegar en Tabasco. Esto se debió principalmente al carácter de estas expediciones, que no fueron expediciones de Conquista, sino viajes de exploración ordenados y financiados por el gobernador de Cuba que conllevaban algunas prebendas como la captura de algunos nativos. Para ese momento ya era conocido por los españoles que había Tierra Firme más allá de todo el conjunto de islas que conforman el Caribe⁶, no obstante, era difícil imaginar para ellos que esta circunstancia fuese tan determinante para los viajes de exploración.

Efectivamente, en la época de los primeros viajes que van desde el primer viaje de Colón hasta el descubrimiento de la tierra firme, los nativos, isleños en su mayor parte, no habían significado realmente un gran obstáculo para la toma de posesión de los españoles. Eran tribus aisladas y, obviamente, los recursos naturales a los que tenían acceso no les permitían un desarrollo armamentístico más allá de armas de madera y piedras. Por lo tanto, en comparación con los españoles, se encontraban muy mal equipadas militarmente hablando. Su sometimiento y explotación no fue una tarea tan difícil para los europeos. Así pues, los viajes de exploración no van a significar realmente una gran hazaña militar; son viajes destinados efectivamente para conocer el territorio nuevo de Su Majestad y también para la captura de indios para usarlos como esclavos o como intérpretes ante los nuevos pueblos descubiertos. Tal será, por ejemplo, el caso de los dos indígenas mayas Julián y Melchor. De este modo, los españoles que se lanzan desde la isla Fernandina hacia el poniente a descubrir nuevas tierras, tienen la idea de que los indígenas no habrían de oponer una

⁶En 1509 Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa ya habían intentado colonizar la zona del Darién en Centroamérica.

resistencia efectiva contra ellos. Por lo tanto van, al principio, confiadamente a entrevistarse con las autoridades nativas para intimidarlas, lo mismo que a la población en general, contra la que cometen abusos como el robo de bienes.

Esta confianza se debe principalmente a las experiencias previas en las islas del Caribe en las que los indígenas apenas y pueden oponer un mínimo de resistencia. En la ocupación de la Española a principios de siglo y la posterior conquista de Cuba en 1511, los indígenas apenas y significaron un obstáculo real para el asentamiento de los españoles, que pronto habrían de servirse brutalmente de ellos en los trabajos agrícolas de la caña y en la explotación de las minas. No obstante, estas pequeñas batallas libradas contra ellos durante la ocupación sirvieron para que españoles ambiciosos se lucieran militarmente e hicieran méritos ante los ojos de las autoridades, en este caso, Diego Velázquez. Sin embargo, en el viaje de Hernández de Córdoba hacia la zona maya, las cosas resultarían muy distintas: cuando costeaban los litorales de la actual península de Yucatán, deciden desembarcar para abastecerse de agua en Champotón. Allí el cacique Moxcoboc⁷ los derrota por medio de una celada. A partir de allí dicha expedición se vuelve un desastre. En la emboscada mueren muchos españoles (alrededor de cincuenta) y casi todos los demás quedan heridos. El regreso a Cuba será una verdadera hazaña: gente herida, falta de agua, mal tiempo y una enorme distancia que debieron recorrer sin tocar tierra.

En esta expedición se captura a los indígenas mayas Julián y Melchor, que posteriormente servirán de intérpretes para los europeos, los primeros de una lengua mesoamericana. Sin duda, el trato con ellos, el contacto directo de los españoles de Diego Velázquez con los indígenas propiamente mesoamericanos, hará comprender a los primeros que en la enorme tierra de Yucatán existe una población de un nivel cultural mucho más avanzado que la de las islas del Caribe.

Tratando de establecer puntos coyunturales en la historia de la conquista de las Indias, podemos decir que la expedición de Francisco Hernández de Córdoba significó un parteaguas evidente. A partir de entonces la conquista de los territorios americanos ya no se

⁷ Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. p 24.

hará a costa de nativos indefensos de islas relativamente pequeñas. Al tocar tierra firme, también, sin saberlo hasta ese momento, habrían de encontrarse pobladores con un nivel cultural muy alto. En 1518, en la expedición de Juan de Grijalva, que explora más allá de lo que había hecho Hernández de Córdoba, se escuchan los nombres de Culúa, Moctezuma y México; la conquista del Nuevo Mundo entra en una nueva etapa. Como ya dijimos, de 1492 a 1517 la conquista se había reducido a explorar tierras nuevas, ocuparlas y someter a sus habitantes a una situación equiparable a la del esclavo; pero ahora se entraría en la fase más compleja de someter civilizaciones perfectamente establecidas y desarrolladas. De esta nueva fase sin duda alguna los puntos culminantes son los años de 1521, con la toma de la isla de México, y de 1533, con el sometimiento de Atahualpa por Francisco Pizarro.

La expedición de Juan de Grijalva, será mucho más prudente que la de Hernández de Córdoba. Grijalva, como capitán y pariente de Velázquez, difícilmente tendría tanto campo de maniobra al ser deudo de éste. Así que se limitó simplemente a explorar la costa. Tendría bien claro que su misión no era conquistar ni poblar ninguna tierra, sino solamente reconocer la costa de lo que es el Golfo de México. Al encontrarse indígenas belicosos en Campeche y Tabasco, su viaje sufre una crisis, decidiendo recorrer la costa en un tramo bastante largo sin desembarco alguno, lo que muestra las limitaciones más que nada jurídicas de Grijalva. No podía tocar tierra por temor a encontrarse con indígenas que los emboscaran y además no tenía atribución alguna para poblar, ya que las instrucciones de Velázquez habían sido bien claras. Su expedición, empero, tiene una importancia histórica clave, ya que es en la que empiezan a darse a conocer algunos nombres que serán los de los futuros conquistadores de Nueva España: Francisco de Montejo, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid (enviado prematuramente por Velázquez para rescatar esta expedición que se creía ya perdida). Asimismo, cuando los españoles se enteran, en Tabasco y en la costa veracruzana, de la existencia de un poderoso imperio en estas nuevas tierras y cuyo monarca, además, les manda presentes muy curiosos y ricos, llegan a comprender la nueva dimensión que abarcaría la empresa de la conquista de las nuevas tierras. Será imperativo para el buen éxito de una empresa de tal magnitud, aprovecharse lo mejor posible de las ventajas que tenían ellos, los españoles, sobre los indígenas, que en esencia simplemente serán de índole tecnológica.

Ya en Campeche, en donde los españoles vuelven a enfrentarse con los indígenas mayas durante el viaje de Grijalva, estos últimos no salen tan bien librados, ya que los españoles hacen uso de las espadas y las armas de fuego, al mismo tiempo que resulta notoria la inutilidad de las armas indígenas contra los petos de metal.

En este encuentro será cuando se noten de manera clara los componentes que tendrán las guerras de los españoles contra los indígenas americanos en esta nueva etapa de conquista: los españoles van a tener de su lado la tecnología armamentística y los nativos su número de efectivos. Es cuando los españoles comprenden que una de las tácticas a seguir por gente de armamento inferior al suyo es la emboscada. Los naturales no tienen otra opción y usan de sus únicas dos ventajas que tienen indiscutiblemente contra los españoles: el número de hombres que pueden hacer la guerra y su conocimiento perfecto del terreno.

Se ha presentado la controversia histórica de que Gonzalo Guerrero, (mal conocido como el padre de los primeros hombres que pueden llamarse propiamente “mestizos”, ya que este proceso se presentó desde la conquista de las islas), adiestró a los mayas sobre cómo atacar a los españoles y les advirtió de la superioridad de sus armas de metal. Anteriormente, siguiendo esta línea, el cacique Moxcoboc, entonces ya sabía a lo que se atenía y solamente buscó una situación propicia para atacar a Hernández de Córdoba, que fue una celada. Si fue cierto esto, este golpe en su momento resultó contundente; en el futuro ya no sería así.

Viendo las cosas más objetivamente, más allá del discurso nacionalista que se ha entretendido en torno a la guerra de Conquista, lo cierto es que la diferencia en cuanto al tipo de tecnología militar es muy fuerte entre los indígenas americanos y los españoles. Las armas de estos últimos consistían en lanzas, flechas, piedras arrojadas, rodajas de madera y petos de algodón, las cuales tienen realmente muy poco que hacer contra los cascos, petos, lanzas y espadas de hierro y eso sin contar las armas de fuego. Se ha discutido también la efectividad de algunas armas que presumiblemente poseían los mexicanos, como el *maquahuitl* (espada de madera con obsidianas cortantes a guisa de filo), que supuestamente fue un arma muy efectiva en manos de los guerreros mexicanos en sus guerras contra otros pueblos de Mesoamérica. No obstante, aunque haya sido un arma muy buena en manos de

los mexicas, realmente no podía ser competencia ante una espada de metal. Esta misma circunstancia es cantada por los conquistadores cuando, a su juicio, les daban una lección a los “indios belicosos”. Bernal Díaz, por ejemplo, cuenta de la expedición de Grijalva que, cuando los indios mayas se acercaban para atacarlos, retrocedían inmediatamente, espantados ante la gran efectividad de las espadas, mientras que sus armas apenas y hacían algún daño a los españoles protegidos con peto y casco de acero.

Esto resulta muy esclarecedor. Los indígenas, por más bravos y belicosos que fuesen, no podían hacer frente en igualdad de circunstancias a los españoles en un campo de batalla neto. El dilema estaría pues entre someterse o aprovechar alguna circunstancia propicia para tomar ventaja y atacar a los españoles con posibilidad de victoria real.

Cortés. La expedición

Cuando se da la tercera expedición, bajo el mando de Hernán Cortés, los españoles ya tienen al menos una idea de lo que se aproxima. Ya se sabía de la existencia de una ciudad riquísima y de ensueños, cuyo señor era el emperador de una buena parte de la tierra que Grijalva había recorrido desde su viaje a Pánuco. La gran diferencia de Cortés con Juan de Grijalva es que, mientras éste último se sujetó a las limitaciones impuestas por el gobernador de Cuba, el primero, en cuanto parte su armada, rompe con la autoridad de Velázquez y comienza a actuar independientemente, buscando desde el inicio (la llegada y la fundación de la Villa Rica de la Veracruz) darle un marco legal a dicho rompimiento. Para esto cuenta con el apoyo implícito de sus capitanes, los cuales ya habían acompañado a Grijalva en la anterior expedición. Eran capitanes ambiciosos que estarían más que dispuestos, al igual que el mismo Cortés, a buscar la coyuntura adecuada para darse gloria personal e inmensas riquezas. Ellos, por lo tanto, no dudaron en apoyar a Cortés en su traición al gobernador de Cuba.

A diferencia de Velázquez, que en 1511 se lanzó a la conquista de Cuba por petición de Diego Colón, y que además era un hombre codicioso, mal agradecido y que buscaba gloria

y riqueza rápidas, Hernán Cortés era un hombre arrojado y temerario, firme en sus propósitos y con notables dotes políticas y de negociación. No era de los que se sometían calladamente a la autoridad española. En su estancia en Cuba ya había dado pruebas de insolencia frente a Velázquez que bien podían ser vistas como temeridad y valentía. No sólo era arrojado, sino también había dado pruebas de una gran prudencia y cálculo en sus actos. Además, lejos de ser impositivo y temperamental, tomaba en cuenta a sus hombres y les daba cierto margen de maniobra. Bernal Díaz del Castillo⁸ menciona frecuentemente que éste siempre tomaba parecer con sus capitanes para ver qué acciones tomar, lo que habla de un líder que era lo suficientemente diplomático como para hacer participar a sus subordinados en las decisiones importantes, aunque finalmente, como lo veremos en el caso de la decisión de la reconstrucción de la ciudad de México, eran sus ideas y sus decisiones las que predominaban. Precisamente esta habilidad política fue lo que le permitió establecer la red de alianzas que resultaron imprescindibles para la empresa de Conquista y poder sortear los graves problemas de discordia que se suscitaron tras la caída de México y el reparto del botín mexicana. Esto lo ponía en un plano muy superior a Diego Velázquez frente a los ojos de los demás.

Hernán Cortés, además, era un hombre de letras. No era de aquellos conquistadores que habían venido desde la más humilde condición a ver qué suerte les tocaba en el Nuevo Mundo. Se presume que había estudiado en Salamanca⁹ y desde su ruptura con Velázquez en las costas de Veracruz dio muestras del buen uso que le habría de dar en el futuro a sus dotes y sus conocimientos en cuanto a maniobras jurídicas. La llamada *Carta de Cabildo* es muy rica en retórica y se percibe la habilidad política del extremeño.

El viaje y llegada a Tenochtitlan

Realmente es interesante la forma en que Cortés le da un cuerpo jurídico a su rompimiento con Velázquez, dando muestras de la enorme inteligencia y capacidad política de este hombre. Sin embargo, no será con los españoles de Cuba con quienes habría de aprovechar mejor sus habilidades, sino con los pueblos nativos de Mesoamérica. Efectivamente, desde

⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Porrúa, 2000.

⁹*ibíd.* p. 18

la llegada a Veracruz se encuentra con Zempoala, un poblado totonaca cuya cultura y organización política se percibe de un nivel superior a lo que estaban acostumbrados a encontrar los españoles en las islas del Caribe. Cortés, en claro contraste con Hernández de Córdoba y Grijalva, tiene la prudencia de evitar que sus hombres saqueen los poblados a los que lleguen. Allí, en ese punto de la costa, tiene contacto con el cacique del pueblo, que lejos de verlo como un intruso que los habría de someter cruelmente, lo ve como una esperanza ante el terrible poder del *tlatoani* Moctezuma II.

Los emisarios del gobernante indígena, que tienen el infortunio de llegar en ese momento, también traban contacto con el extremeño, dándole continuamente ricos presentes como muestra de su amistad y buena fe. Cortés, con una habilidad que admira mucho a Díaz del Castillo, busca quedar bien con ambos bandos, mostrándose al mismo tiempo muy satisfecho de que hubiese rencillas entre los pueblos de estos territorios, ya que de esta manera sus planes se facilitarían mucho.

Logra una rápida alianza con el cacique, apodado “cacique gordo”, por su complexión física y decide dirigirse a la sede desde la cual gobernaba Moctezuma II. Eventualmente, durante el viaje, se encuentra con los tlaxcaltecas, de los pocos pueblos que se podían considerar independientes del poder del *tlatoani*. Al principio habrá crueles enfrentamientos con ellos, donde los indígenas salen muy mal parados. Pero finalmente los jefes de ese pueblo, Maxicatzin y Xicotécatl, ven en la pequeña tropa española una esperanza viable de derrotar a los mexicas, que si bien no los habían sometido aún, si los mantenían aislados en su tierra. Con ello recibirá Cortés un gran ejército, de los más poderosos que existían en Mesoamérica desde la época de las Guerras Floridas.

Con semejante ejército sumado a sus fuerzas, reemprende el viaje a la sede del poder mexica. En Cholula, donde se temió justa o injustamente una emboscada, Cortés hace una matanza que servirá para bajar la moral de Moctezuma. Cada que avanzaba, su ejército indígena iba creciendo con efectivos originarios de los pueblos por donde pasaba. Y así, entre escaramuzas, alianzas y muestras de amistad, el conquistador avanzará hacia México, aglutinando entre sus tropas a zempoaltecas, tlaxcaltecas, cholultecas y huejotzincas.

La estrategia a seguir de Cortés para jugar políticamente entre Moctezuma y sus súbditos inconformes, es una obra de mucho talento y paciencia, la cual le permite capitalizar la situación de modo que favorezca a sus planes. Nuevamente vemos que su paso por la Universidad de Salamanca no fue en vano. Ahora veamos qué ciudad fue la que se encontró al llegar a la cuenca central.

Sobre México – Tenochtitlan

El caso a estudiar en este apartado, la Ciudad de México en su estrato prehispánico, resulta también muy especial. Si la actual Ciudad de México, la resplandeciente y abigarrada capital del país, se encuentra en el lugar que se encuentra y se llama como se llama, se debe esencialmente a unas causas que poco tienen que ver con la decisión que alrededor de finales de 1521 y principios de 1522 lleva al conquistador Cortés a establecerse allí con sus hombres. En realidad esto se debe a que desde principios del siglo XIV de nuestra era, allí existirá un asentamiento importante de las culturas posclásicas de Mesoamérica. Primero comenzaría como un lugar inhóspito en medio de las aguas, que los emigrantes mexicas fueron agrandando a base del sistema de chinampas, para construir su ciudad, cumpliendo con el encargo de su legendario líder, Huitzilopochtli, de buscar en una isleta una piedra donde, sobre un nopal se encontrase un águila.

El lugar de lo que fue la isla México, como lo vamos a ver a lo largo de esta tesis, nos resulta muy desconocido incluso por quienes vivimos y hemos vivido toda nuestra vida en este espacio geográfico. El entorno de esta urbe prehispánica ha cambiado radicalmente desde la llegada de los españoles. Pero estos cambios comenzaron a darse con una rapidez asombrosa, ya que este mismo entorno, el que servía de escenario a la hermosa ciudad de Moctezuma II ya era otro muy distinto en la segunda mitad del siglo XVI.

La típica Ciudad de México que se conoce de la época colonial, la de los siglos XVII y XVIII contará con un entorno muy distinto al que tuvo su predecesora, la otrora ciudad de

los conquistadores. La razón de estos cambios los vamos a analizar más adelante con mayor detalle, en el Epílogo de esta obra.

Pero sí es imperativo señalar que el entorno geográfico sobre el que se desarrolló la Ciudad de México es realmente poco conocido incluso por aquellos que nacieron en este mismo lugar alrededor de 1590. Leyendo a cronistas como Chimalpahin, por ejemplo, notamos que sus esporádicas e involuntarias descripciones sobre la ciudad discrepan mucho con lo que cuentan al respecto Cortés y Bernal Díaz en las *Cartas de Relación* y la *Historia Verdadera*, respectivamente.

Lo que más cambió con la Conquista de los españoles y su asentamiento en el mismo lugar de la ciudad mexicana, fue el entorno lacustre de ésta. Efectivamente, los mexicas, que no poseían ganado, no requerían de extensos terrenos para alimentar vacas o cerdos, ni para la agricultura, ya que la base alimentaria autóctona se satisfacía principalmente con la enorme capacidad productora de la parte sur de los lagos, la que se conoce como “zona chinampera”, que en realidad era la única parte del entorno lacustre que poseía agua dulce, ya que la laguna mayor, donde se hallaba México, era de agua salada. Los lagos meridionales, localizados ligeramente en un nivel superior al resto, los de Xochimilco, Tláhuac y Chalco, eran de agua dulce, y allí era donde toda la cuenca tenía su granero, ya que el sistema de chinampas resulta ser mucho más rico, cómodo y eficaz que el de la agricultura tradicional.

En efecto, el cultivo en chinampas es mucho más adecuado para un entorno como el de la cuenca de México, en la que originalmente había pocos terrenos cultivables (en los siglos XIV, XV y XVI la cuenca estaba casi cubierta en su totalidad por las aguas de los lagos y lagunas, quedando solamente en la zona adyacente a Texcoco alguna planicie cultivable, pero era muy poco productiva por lo salitrosa que era. A falta de tierras, se sembraba en estas isletas flotantes que conocemos como chinampas, donde la riqueza en nutrientes es manifiesta, debida a su contacto directo con el agua dulce. El conquistador mismo se sorprende de que con la producción que se daba en la cuenca bastara para mantener a todos sus habitantes y aun hubiera mucho de excedente. Igual que en Egipto, donde la corriente

del Nilo trae en cada crecida una capa de limo que fertiliza la tierra allende el delta, permitiendo un cultivo intensivo, en los lagos meridionales de la cuenca, no se necesitaba el “descanso de la tierra” ni estar vigilando un sistema de riego, como sucede en la agricultura tradicional. Esto se debe a que el agua de este lago meridional era la que fertilizaba la tierra con los nutrientes que traía de manera intermitente, ya sea por los ríos de aluvión que morían allí o por los manantiales.

Esto es importante señalarlo, ya que a partir de 1521 la historia ecológica del ahora Valle de México (curiosamente ya no le llamamos “cuenca”, como propiamente se le debería llamar) cambiará de derrotero. Desde sus orígenes, hacia el siglo XIV, la historia prehispánica de la Ciudad de México se basa en la ingeniosa y trabajosa adaptación de una urbe en crecimiento a su entorno, no al revés. Desde su fundación es una historia de adaptación. Usarán los mexicas su conocimiento tecnológico para adecuar su ciudad a las condiciones del sistema lacustre. Sin embargo, a partir de 1521, el derrotero irá exactamente al revés: consistirá desde entonces en una constante e implacable transformación del entorno a favor de las necesidades de la ciudad, que ya era una ciudad española y, como tal, tenía que cubrir necesidades occidentales que estaban muy poco relacionadas con las mesoamericanas, como lo será la ganadería, que requería de extensas superficies de pastizales.

Así pues, para conocer más o menos el entorno que vio el origen de la ciudad de México, debemos basarnos únicamente en las fuentes más cercanas a la época de la Conquista, indígenas o hispanas, teniendo en cuenta las exageraciones e imprecisiones propias de personajes que no están familiarizados con dicho entorno.

Ahora bien, para conocer la ciudad que desde las conquistas de Ahuizotl hasta nuestros días ha sido la capital de una extensión importante del territorio mesoamericano, debemos entender que era una ciudad que respondía a un entorno específico. Sin embargo, con la llegada de los españoles, dicho entorno muy pronto cambió, y radicalmente.

El sistema lacustre de la cuenca de México era un complejísimo sistema de lagos, con montañas e isletas salpicadas aquí y allá. Habría sido una inmensa e ininterrumpida

superficie lacustre que iría desde Zumpango hasta Chalco y desde Texcoco a Tlacopan, a no ser por dos líneas montañosas que, a guisa de altas penínsulas, se introducían en él. Una de ellas es el sistema montañoso que hoy conocemos como sierra de Guadalupe, y es el que cierra la vista de la Ciudad de México por el norte. En las inmediaciones de esta península se estableció un sitio muy importante para la historia mexicana, Tenayuca. En realidad es una sierra de forma más bien redonda que va desde el Tepeyac hacia el sur, hasta las inmediaciones del cerro de Ecatepec por el norte.¹⁰

La otra península era la conformada por los cerros de Santa Catarina y el cerro de la Estrella. Es importante señalar la importancia de esta península en el sistema lacustre, ya que se localiza en la parte de la cuenca donde el terreno es significativamente más alto. Probablemente hoy en día se vea que los Cerros de la Estrella y Santa Catarina están separados por algunos kilómetros, a diferencia de lo que podemos observar en la Sierra de Guadalupe, que están todos juntos y compactos. Sin embargo, al ser el mal llamado Cerro de Santa Catarina un volcán relativamente alto, sus faldas son muy prolongadas y se juntan con las del Cerro de la Estrella, de modo que el terreno entre ambas elevaciones está en una altitud mayor de la que tuvo la superficie de los lagos. Además, el sistema montañoso que delimitaba meridionalmente la cuenca es la sierra del Chichinautzin, un enorme complejo montañoso cuyo punto más elevado vendría a ser el Ajusco. Este sistema de montañas es muy alto y prácticamente supera los cuarenta kilómetros en extensión de norte a sur, constituyendo asimismo la barrera natural que separa la cuenca de México de los valles de la Tierra Caliente, en el actual estado de Morelos. Así pues, entre la sierra conformada por el Cerro de Santa Catarina y la sierra del Chichinautzin, el terreno de la cuenca se eleva significativamente. No obstante, debido a la forma de ambas elevaciones, se crea una pequeña cuenca entre ambos sistemas montañosos, que vendrían a ser los lagos de Xochimilco, Tláhuac y Chalco, que en realidad serían uno solo. Lo más importante, y prácticamente lo que volvía único al ecosistema de la Cuenca de México es que este lago meridional era de agua dulce. El terreno de la zona suroeste de la cuenca, al estar muy cerca de las inmediaciones del Ajusco, es mucho más alto e incluso actualmente se percibe la

¹⁰Para una buena descripción de la cuenca lacustre en tiempos de la Conquista, Vid. Espinoza Pineda, Gabriel. *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la Cuenca de México en la cosmovisión mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas e Instituto de Investigaciones Históricas, 1996. Sobre todo el capítulo dos, que lleva por título “El sistema hidráulico de la cuenca”. pp. 49 – 79.

pendiente. Anteriormente, antes de la erupción del Xitle, que convirtió todo ese lugar en un pedregal, era un lugar muy favorable para la agricultura. De hecho allí es donde surgió una de las culturas más importantes de la meseta central en el período preclásico, Cuicuilco, cultura que tuvo que emigrar cuando toda esa región quedó sepultada bajo las enormes cantidades de lava arrojadas por el Xitle. Esta superficie de terreno sirvió como límite al sistema lacustre en el suroeste. Los pueblos de Coyoacán y Huitzilopochco (Churubusco) se localizarían en las orillas del agua. Ahora bien, en la corta distancia entre este último pueblo y el de Culhuacán, a las faldas del cerro de la Estrella, se localizaría la comunicación entre el lago de agua dulce y la laguna de México. Como el primero era más alto que el segundo, se percibía una cascadilla constante del lago meridional hacia la laguna central.

Este lago meridional será muy importante para la vida de la cultura posclásica en la cuenca y más cuando todos los pueblos ribereños dejan de ser autónomos y se aglutinan en torno al gobierno de la Triple Alianza. A partir de este momento se forma un sistema en torno a las tres capitales, de modo que cada uno de estos pueblos de carácter secundario asumirá un rol específico de producción y actividad artesanal, según sus recursos naturales y sus habilidades tradicionales. Los del sur, precisamente por estar en el lago de agua dulce, se destacarían precisamente por la agricultura en chinampas. Incluso hoy Xochimilco se destaca por su producción en floricultura. El sur prácticamente será el granero de la cuenca. Por ello, durante el gobierno del *tlatoani* Itzcóatl, se construirá una de las obras magnas de la cultura mexicana, la calzada de Iztapalapa (mejor dicho, de Xochimilco), la cual era un camino anchísimo, muy largo, en la parte más profunda de la laguna. Esta fue hecha con motivo del sometimiento de Xochimilco al poder del *tlatoani*.¹¹

La parte más uniforme del sistema lacustre lo constituye lo que se conoció como laguna de Texcoco o de México. Era la superficie líquida ubicada entre las penínsulas del Cerro de la Estrella y la sierra de Guadalupe y entre Azcapotzalco y Texcoco. Más al norte la laguna se extendía bordeando la sierra de Guadalupe hacia otras lagunas, que eran las de Xaltocan y Zumpango, pero este apéndice septentrional no será tan importante como la laguna central

¹¹Durán, Diego. *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de tierra firme*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995. v 1. pp. 164 - 168

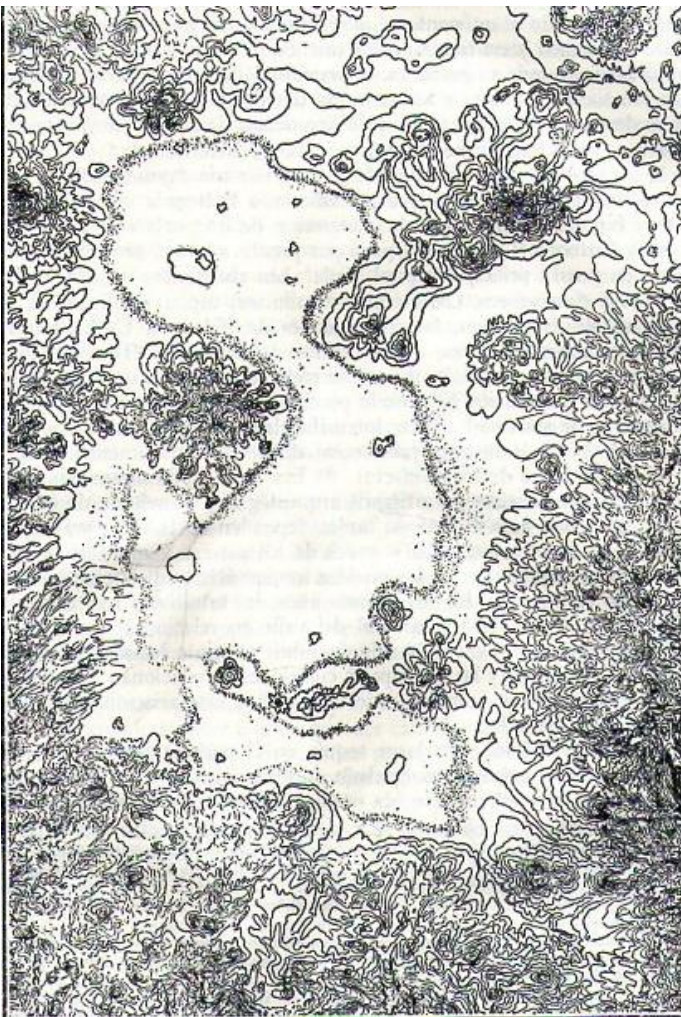
y el lago meridional. La superficie de esta laguna salada, como se puede suponer, era enorme y era de los puntos más bajos de la cuenca.¹²

La orilla occidental se delineaba en torno a un sistema montañoso no muy alto, pero que son las primeras elevaciones de la enorme sierra que separa la cuenca de México del Valle de Toluca. De este modo, tenemos pueblos en dicha orilla como Coyoacán, el actual Mixcoac, San Pedro de los Pinos (Nonoalco), Tacubaya (Atlahcohuayan), Chapultepec, Tlacopan, Azcapotzalco y Tenayuca. Todos ellos están ubicados en elevaciones de terreno significativas, sin poderlas llamar montañas propiamente dichas. Las zonas de Mixcoac y de Tenayuca constituyen las esquinas de la laguna por el lado occidental. Por la parte de Mixcoac, hasta allí llegaba la superficie líquida, ya que tanto por el poniente como por el sur el terreno se iba elevando constantemente hacia las sierras. Por la de Tenayuca tenemos que se formaba un pequeño golfo entre las estribaciones de la sierra de Guadalupe, que descendían hacia el sur. Este complejo montañoso se encuentra en medio de la zona baja de la cuenca, es decir, en medio de las aguas. No está unido propiamente con las montañas del occidente sino por una pequeña franja de tierra elevada localizada entre Cuauhtitlán y Tenayuca. A partir del pueblo de Tenayuca, y al dirigirse al oriente, desciende hacia el sur, hasta el cerro del Tepeyac, que se encontraría en la punta más meridional del complejo. Este cerro sí que formaba una pequeña península hacia el sur, y allí se construirá una calzada para comunicar Tlatelolco con esa península.

De esta manera tenemos que la laguna de Texcoco, por el poniente, queda delimitada por terrenos elevados y complejos montañosos, a diferencia de lo que ocurre en su orilla oriental, donde el terreno es mucho más plano y las montañas se encuentran más retiradas. Es por ello que la profundidad de la laguna hacia el poniente, a partir de la línea formada entre el cerro del Tepeyac y el Cerro de la Estrella, comienza a decrecer de forma significativa. La parte profunda de la laguna estaría entre esta línea y Texcoco.

¹² Para la descripción geográfica, nos apoyamos en el artículo de Teresa Rojas Rabiela. "Las cuencas lacustres del altiplano central" en *Arqueología Mexicana*. Num. 68. (Julio – agosto 2004). pp. 1 - 9

Ahora bien, debido a la poca profundidad de las aguas en esta parte occidental, era fácil ver rocas e isletas salpicadas por allí y por allá. Dos de estas isletas, (ubicadas muy estratégicamente, a propósito) serán las que den lugar a la populosa Ciudad de México alrededor del año 1325. Allí es donde, según la leyenda, se encuentran los emigrantes mexicas al águila parada sobre el tunal y deciden fundar su ciudad, siguiendo las instrucciones de Huitzilopochtli La isleta original estaría en lo que hoy son las ruinas del Templo Mayor y un poco hacia los alrededores, aunque no sabemos exactamente cuáles eran sus límites. Más al norte estaría otra isleta, ubicada un poco más hacia occidente. Allí será donde se funde el otro México, Tlatelolco.



Mapa topográfico de la Cuenca de México al tiempo de la Conquista, publicado por Charles Gibson.¹³

¹³Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español 1519 - 1810*. México, Siglo Veintiuno Editores, 2003. p. 7

Fuera de las hermosas leyendas que giran en torno a la fundación de la ciudad, cabe señalar que su ubicación en la zona lacustre fue muy estratégica. Estaba ubicada en el corazón de la zona occidental de la laguna. La comunicación con cualquier punto de esta orilla era muy rápida y sencilla. Desde la isleta, por canoas, como seguramente fue su comunicación al principio, se podía llegar rápidamente hasta Tenayuca o hasta Coyoacán. Tacubaya, Tlacopan, Azcapotzalco estaban incluso a la vista desde allí. Si se hubiese trazado un punto de confluencia de toda la orilla poniente de la laguna, un punto que fuera el centro de toda ella en medio de las aguas, incluso geoméricamente estaría en una posición muy cercana a la isla de México.

Aunque no se conozca muy bien la distribución interna de la ciudad mexicana, comprendemos muy bien cómo ésta estaba muy relacionada con su entorno. A lo largo de la historia de casi cien años del poderío que ejercieron sobre la cuenca, desde que el poder tepaneca de Azcapotzalco declinó, se hicieron varias obras públicas con el fin de aumentar la comunicación con los alrededores. En los tiempos de Itzcóatl tenemos que se mandó construir una calzada que iba desde la “puerta del águila” (la puerta sur del Recinto Sagrado de Tenochtitlan) hasta un punto cercano a Churubusco, de donde continuaba un camino hacia Xochimilco que costeara la orilla de los lagos. En Churubusco, a partir de allí se abrían dos ramales, uno que iba a Mexicaltzingo (y de allí continuaba hacia Iztapalapa), y otro hacia Coyoacán. Esa sería la calzada sur de la ciudad.¹⁴

Antes de hablar del norte, tenemos que hacer algunas precisiones sobre la ciudad gemela de Tenochtitlan, Tlatelolco, ya que su traza ha sido tan modificada durante el pasado siglo que es fácil confundirse al oír hablar de este recinto. En primer lugar, hay que aclarar que la plaza del mercado de Tlatelolco no coincide con la plazoleta que hoy conocemos como de las Tres Culturas, sino que se trataba de un inmenso cuadrilátero, de tamaño equiparable a nuestro actual Zócalo, detrás del ábside de la iglesia de Santiago, en lo que hoy es la famosa unidad habitacional. Este enorme cuadrilátero subsistió hasta el siglo XX, cuando se decidió modernizar la zona, que parecía entonces un pueblo sucio. El teocalli sí coincidía con la ubicación de la iglesia que conservamos hasta hoy, y sus restos arqueológicos

¹⁴ Durán, Diego. *Op. Cit.* pp. 164 - 168

forman parte de la plaza de las Tres Culturas. Este enorme tianguis, muy bello por estar porticado por los cuatro lados en época mexicana, se localizaba detrás del teocalli de Tlatelolco, y era la entrada principal a Tlatelolco viniendo desde Tenochtitlan, por la calle que hoy conocemos como república de Brasil y Peralvillo. Esto no quiere decir que fuese el único camino, pero sí el más importante. Existían otros alternos, como nuestro actual Eje Central y la calle de Allende. Pero el camino principal que comunicaba ambos Méxicos era una calzada que partía del ángulo noroeste del conjunto tenochca (calle República de Brasil) y terminaba al norte precisamente en el cruce con este canal. Allí (justo donde hoy se encuentra la iglesia de Santa Ana) se convertía en una calle diagonal que llegaba hasta la esquina sureste del enorme mercado.

Pues bien, en el mismo punto donde el camino hacia Tlatelolco se convertía en una calle, se hizo posteriormente una bifurcación, prolongándose la calzada hasta la orilla septentrional de la isleta, construyendo entonces una calzada desde allí al Tepeyac, ya que se trataba del punto más cercano de tierra firme hacia el norte, por ser la última elevación hacia el sur de la sierra de Guadalupe.

Por otra parte, la comunicación natural y más cercana de la ciudad sería hacia el poniente. De los templos mayores de Tenochtitlan y Tlatelolco, orientados en sus escalinatas y adoratorios hacia el oriente, partían dos calzadas, casi paralelas entre ellas, que iban a dar al recinto más importante de los tepanecas desde la caída de Azcapotzalco, Tlacopan. Una de ellas es la que se conoce como México- Tacuba y la otra es la que se conoció como Calzada de Nonoalco. Esta última contaba con un ramal que iba hacia Azcapotzalco apenas tocaba tierra firme (actual calzada Camarones). Se habla también de una calzada que iría hasta Tenayuca (actual calzada Vallejo), pero no sabemos bien a bien si existía en época prehispánica, ya que ni Cortés ni Bernal la mencionan en su relato del asedio, lo que es significativo, ya que los tres reales se establecieron en las únicas salidas de la ciudad. (En Tlacopan Pedro de Alvarado tenía bloqueadas tanto la de Tacuba como la de Nonoalco, ya que ambas prácticamente llegaban al mismo punto.)

Gracias a este conjunto de caminos desde la isla hasta tierra firme, México se convirtió en el corazón de la cuenca de México, sobre todo por su parte occidental. Aquí se aplicaba lo mismo que a la Antigua Roma: “todos los caminos llevan a México”. Gracias a estas enormes y trascendentales obras públicas, era posible ir desde Mexicaltzingo hasta el Tepeyac a pie sin tocar tierra firme.

Ahora bien, militarmente hablando, la ubicación de esta ciudad en medio de la laguna, comunicada con tierra firme por calzadas, la convertía en una ciudad prácticamente inexpugnable. En efecto, teniendo en cuenta el nivel tecnológico de los pueblos mesoamericanos en el Posclásico tardío, asediar y tomar la isla de México era prácticamente imposible. Durante la guerra de Conquista los mexicas demostraron el tipo de guerra urbana que estaban dispuestos a hacer para defender su ciudad: la guerra casa por casa y el atrincheramiento calle por calle y canal por canal. Hasta la fecha este tipo de guerra resulta muy desgastante para cualquier invasor. Ahora bien, entrando en el plano hipotético, si hubiese habido una fuerza lo suficientemente fuerte para atacar México, lo suficientemente fuerte para tratar de entrar por las calzadas, y para rodear la isla con una flota de canoas, primero que nada se hubieran tenido que enfrentar a los guerreros en las calzadas y a la flota mexica en la laguna. Suponiendo que superaran estos obstáculos, que eran difícilísimos, habrían tenido que hacer lo mismo que harán los españoles en 1521: tomar la ciudad casa por casa y canal por canal, lo que significaría una batalla épica realmente imposible de darse en el contexto mesoamericano. Cortés mismo se refiere a la ciudad como “la fortaleza”¹⁵ y de hecho su conquista se basará principalmente en su superioridad tecnológica, que tomará forma en los doce o trece bergantines que hace Martín López.

México se erguía en medio de la laguna majestuosa e imponente. Prácticamente desde cualquier punto de la laguna podía verse a esta gran urbe irguiéndose entre la superficie líquida. Era la ciudad más grande y opulenta quizá de toda Mesoamérica. Su dominio iba por el poniente desde la frontera con Michoacán en tierra matlatzinca en Malacatepec; hacia el noreste ocuparía todo el litoral veracruzano desde Pánuco hasta Coatzacoalcos;

¹⁵ Cortés, Hernán. *Cartas de Relación*. México, Porrúa, 1991. p. 136.

hacia el sur había llegado en tiempos de Ahuizotl y Moctezuma II hasta la zona de Tehuantepec (y una ruta comercial había legado hasta Soconusco). De esta forma tenemos que prácticamente los actuales estados de México, el Distrito Federal, Morelos, Hidalgo, Puebla, Veracruz, Guerrero y Oaxaca se hallaban bajo el control directo de la Triple Alianza. Solamente algunos territorios habían quedado independientes a costa de mucho sacrificio, como era el caso de Tlaxcala y Tututepec.¹⁶

Esta era, a grandes rasgos, la gran urbe e imperio que gobernaba Moctezuma II hacia 1519. Cortés y sus hombres, pese a los intentos del tlatoani para detenerlos, avanzaron desde Cholula hasta la cuenca de México en lo que será la última etapa de su viaje. Resulta muy interesante la descripción que hace el conquistador en la *Segunda Carta* de los pueblos ubicados en la “zona chinampera”, es decir, en el lago meridional de agua dulce que se hallaba entre la sierra de Santa Catarina y las altas montañas del sur. Pasa por lo que hoy es Tláhuac (Cuitláhuac) y tiene la oportunidad de admirar por vez primera el sistema de siembra y construcción que poseen los pueblos alrededor de la zona lacustre, que es a base de islas flotantes de tierra húmeda, llamadas chinampas. De ahí, rodeando lo que hoy es el Cerro de la Estrella por el lado sur, pasa al pueblo de Iztapalapa, que vendría en realidad ser la puerta de entrada a la gran Ciudad de México. Desgraciadamente, para Cortés este pueblo solamente significó un lugar de paso, ya que en ese momento tenía premura para avanzar hasta la capital de las tierras que acababa de descubrir, por lo que no entra en detalles descriptivos de lo que era esta importantísima población culúa.

Iztapalapa se ubicaba en esa entonces en una zona estratégica del sistema lacustre, ya que se encontraba casi en la punta de la península formada por el Cerro de la Estrella, la cual dividía la laguna de agua salada y el lago de agua dulce. Este pueblo junto con Culhuacán y Mexicaltzingo eran los únicos que se ubicaban a las faldas de dicho cerro. Culhuacán por el lado occidental, Iztapalapa por el lado norte y Mexicaltzingo justamente en la punta.

¹⁶Vid. El mapa de la extensión del imperio mexica que publicó Charles Gibson en el artículo “Structure of the Aztec empire” en Wachope, Ekholm y Bernal (eds). *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Northern Mesoamérica*. Part I. Austin, University of Texas Press, 1971. v 10. p. 381. Appud en Obregón Rodríguez, María Concepción. “La zona del Altiplano Central en el posclásico: la etapa de la Triple Alianza” en Manzanilla, Linda y Leonardo López Luján. *Historia Antigua de México*. v 3. México; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México –Instituto de Investigaciones Antropológicas, Miguel Ángel Porrúa; 1995. p. 301.

Iztapalapa y Culhuacán eran los centros más importantes del pueblo Culúa, con quienes los mexicas presumían tener una estrecha relación genética. Y estar en las faldas de este cerro, el *Huizachtecatl*, significaba estar muy cerca del punto en el que el lago de agua dulce vertía sus aguas en la laguna de Texcoco. Es decir, hablamos de que ese punto era la puerta de la zona chinampera de la cuenca, que era la más fértil agrícola hablando. Los mexicas, desde la época de Iztcoátl, habían creado una significativa infraestructura por conectar su ciudad con esta zona, e Iztapalapa venía a ser parte de ella.

Este pueblo era muy importante incluso religiosamente hablando para los mexicas. El festejo el Fuego Nuevo se desarrollaba en el *Huizachtecatl*. Cortés, para quien todo lo que veía era nuevo y asombroso, se admira del carácter anfibio del pueblo, ya que la mitad de éste se encontraba en tierra y la otra mitad en el agua. Admira asimismo las casas de los nobles con sus estanques¹⁷. Bernal Díaz también hace una descripción, más detallada, de los jardines que en este momento encontró en las casas del gran señor de Iztapalapa, Cuitláhuac, asombrándose de la variedad de árboles y flores que allí encontró.¹⁸ Allí nada más pasan una noche los españoles y al otro día se aprestan para pasar directamente a la gran México – Tenochtitlan.

En la *Segunda Carta*, Cortés nos hace una descripción muy clara de su camino hasta Tenochtitlan.

Otro día después que a esta ciudad llegué me partí, y a media legua andada, entré por una calzada que va por medio de esta dicha laguna, dos leguas hasta llegar a Temixtitlan que está fundada en medio de la dicha laguna, la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada que pueden ir por toda ella ocho de caballo a la par, y en estas dos leguas, de la una parte y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades y la una de ellas que se dice Misicalcingo (Mexicaltzingo), está fundada la mayor parte de ella dentro de la dicha laguna, y las otras dos, que se llaman la una Niciaca y la otra Huchilohuchico (Huitzilopochco, actualmente Churubusco), están en la costa de ella, y muchas casas de ellas dentro en el agua.¹⁹

¹⁷ *Ibíd.* p. 50.

¹⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Porrúa, 2000, p. 159

¹⁹ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 50

Si seguimos esta ruta en el mapa actual y otros más cercanos a la época como el de Uppsala, nos daremos cuenta que los conquistadores recorrían el camino exactamente por la actual calzada Ermita – Iztapalapa. Dicha calzada, iniciaría en Iztapalapa como un camino que bordeaba la orilla de la laguna, y al llegar a Mexicaltzingo, que era el pueblo que se hallaba justo en punta de la península, se dirigiría en línea recta hacia el Poniente, pasando justo frente al lugar donde el lago de agua dulce se comunicaba con la laguna. Incluso hoy día podemos admirar la rectitud de esta vía en el tramo que va de Mexicaltzingo a la calzada de Tlalpan. Continúa Cortés líneas después de la cita anterior:

*Y así seguí la dicha calzada, ya media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitán, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme a esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres cercado de muro de dos estados, con su pretil almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas, y no tiene más de dos puertas, una por donde entran y otra por donde salen.*²⁰

Al llegar a este punto es necesario precisar algunos detalles. Cortés acababa de llegar al punto donde la calzada de Iztapalapa se une con otra “*que viene a dar de la tierra firme*”. Esta no es otra que la que llevaba en línea recta de Huitzilopochco a la Ciudad de México, actualmente la calzada de Tlalpan, pero que durante toda la historia colonial preservó claras alusiones a su origen como camino a Iztapalapa. De hecho hasta el siglo XVIII se hablaba de la actual Pino Suárez como “calle de Iztapalapa”, en un paralelismo con la otra calzada de Tenochtitlan, que llevaba a Tlacopan, y cuyo nombre incluso se conserva hoy día generalizado a toda la calle, Tacuba. Es decir, en realidad se trataba de un único camino que iba de Tenochtitlan a Iztapalapa y que por razones de comunicabilidad se había formado en ángulo de 90 grados. Así pues, esta calzada partiría desde el Recinto Sagrado hacia el sur en un tramo muy largo que dividía la laguna salada en dos partes y llegaría hasta el fuerte del que habla Cortés; de ahí, doblaría en noventa grados hacia el oriente hasta llegar a las faldas del Cerro de la Estrella. Esta zona donde se encuentra el doblez en realidad vendría a ser, para la época de la conquista, una bifurcación de caminos. Es

²⁰*Ibíd.* p. 51

probable que en este punto se encontrase la costa de Huitzilopochco. Este lugar actualmente coincide con el cruce de la calzada de Tlalpan y Ermita Iztapalapa. El pueblo de Churubusco se encuentra muy cerca de allí, lo que nos podría indicar que este punto se encontraba aún en medio de la laguna, lo que explicaría la alusión de Cortés de “*a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme a esta otra*”. Es decir, de allí partiría un camino hacia Churubusco que no se consideraba parte de la calzada.

Respecto al fuerte, es probable que sirviese como garita, siendo un punto fortificado construido para la seguridad de la urbe sobre una chinampa en el doblez de la calzada de Iztapalapa. Resulta importante para hacer una oportuna aclaración: algunos autores que hablan de la conquista, como Manuel Orozco y Berra²¹ confunden este fuerte y le llaman “el fuerte de *Xoloc*,” lo cual es un error, ya que de este modo infieren que aquí fue donde Cortés estableció su real ya en la guerra de conquista de 1521. Probablemente esta confusión nazca de la descripción de *un sitio amurallado con dos torres*, que coincide mucho con el sitio de esta garita, pero la localización es muy distinta. *Xoloco* es el nombre originario en donde se estableció después la iglesia de San Antonio Abad. Como prueba fehaciente podemos citar a Domingo Chimalpahin, el conocido historiador indígena, ya que el escenario de buena parte de su vida, transcurrida entre finales del siglo XVI y hasta mediados del XVII, fue nada más y nada menos que este edificio de los antoninos. Al nombre del lugar le dice que es San Antón Xoloco²². Por otro lado, en la *Historia de la venida de los españoles*, el relato indígena de la conquista española recogido por el venerable padre Sahagún en el llamado *Códice Florentino*, se dice que Cortés estableció su real en Acachinanco, un punto más al sur de Xoloco, lo que indicaría que Cortés en realidad tuvo su real en un punto más bien cercano a la iglesia de San Antonio Abad, hacia lo que hoy es el metro Chabacano. Con respecto al fuerte descrito en las citas previas, ya dijimos que en realidad es la bifurcación o doblez de la calzada de Iztapalapa, el cual se encontraría demasiado lejos de la ciudad de Tenochtitlan como para que fuera un lugar sensato para establecer un campamento militar de asedio hacia ésta, ya que de otro modo era mejor quedarse en el real de Coyoacán, como lo veremos en el capítulo siguiente.

²¹ Lafragua, José María y Manuel Orozco y Berra. *La ciudad de México*. Prol. De Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda. México, Porrúa, 1998, p. 31

²² Vid. Chimalpahin, Antonio. *Diario*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001. pp. 39 y 51.

En este punto Cortés es recibido por los nobles de la ciudad y de diferentes partes de la cuenca. Recibe presentes en joyerías y textiles. La procesión, a guisa de entrada triunfal a una ciudad inmensamente próspera, iniciaría realmente en este punto y se daría a lo largo de todo el tramo de la calzada de Iztapalapa que iba de sur a norte y que coincide actualmente con la calzada de Tlalpan.

El punto exacto del encuentro entre el capitán español y el tlatoani Moctezuma II es todavía controvertido. Algunas versiones apuntan, entre ellas la más conocida, a que se dio en el punto conocido como *Huitzillam*, y que es por ello que Cortés, años después establecería en este punto su obra magna de beneficencia, el Hospital de Nuestra Señora (Hospital de Jesús). En realidad, leyendo más minuciosamente las fuentes españolas que describen este lugar, parecería ser un punto estratégico en la ciudad. Allí se encontraba (y se encontró hasta mediados del siglo XVIII) el cruce de un muy ancho canal sobre esta calzada. Este canal descendía diagonalmente desde el noreste hacia el suroeste. En su cruce asimétrico con la calzada de Iztapalapa los mexicas habían establecido una serie de recintos fortificados, ya que en la praxis este canal era una línea natural que delimitaría la parte más noble de Tenochtitlan, o al menos constituiría una línea divisoria entre la zona más importante y los arrabales exteriores de los macehualtin. Así pues, habría sido natural que el tlatoani recibiera a su “invitado divino” en la entrada a la parte más importante de la ciudad.

Aquí es donde se dan los intercambios de presentes, consistentes en objetos de diferentes culturas y conceptos, se dan de mano a mano entre el Gran Rey prehispánico y el nuevo Alejandro español. Es el momento en que los protocolos de ambas culturas se conocieron, coincidieron y diferenciaron. Los mexicas no osaban ver a Moctezuma a la cara, ni dejaron que Cortés lo abrazara. Esto sorprendió a Cortés, aunque esta sorpresa del conquistador nos puede resultar risible, ya que en la corte de Carlos I, los protocolos ante el emperador no eran muy diferentes y tampoco era común acercarse a él sin algún tipo de reverencia. La diferencia es que Cortés no reconocía la persona del tlatoani como un ser tan superior como a su propio emperador.

El encuentro entre ambos hombres se dio; el tlatoani que consolidó las grandes campañas de conquista de Ahuizotl, su antecesor, y que ahora daba la bienvenida a aquél quien creía que era el dios que vendría a reconquistar su reino según la profecía, siendo que en realidad era un minúsculo capitán que había emprendido un viaje con serios cuestionamientos sobre su legitimidad y ética. Lo más agresivo para los mexicas era que venía acompañado de sus más acérrimos enemigos, los tlaxcaltecas, aquellos a quienes Moctezuma había visto sacrificar en el teocalli en las llamadas Guerras Floridas. Ahora él le daba la bienvenida a Cortés, y con él, a los tlaxcaltecas, que meses antes seguramente ni en sueños habrían de haber imaginado entrar pacíficamente a Tenochtitlan. Las cosas manifiestamente habían cambiado con la llegada de éste minúsculo grupo de españoles. Ahora no sólo los otrora humillados tlaxcaltecas entraban a la poderosísima Tenochtitlan, sino que venían de la mano con los cholultecas y huejotzincas. Moctezuma II procede a llevar a sus “invitados” a hospedarse en las casas que habían sido de su padre Axayácatl. Pero para explicar esto, resulta necesario pasar a hablar sobre la gran explanada o plaza, la que después será nuestra Plaza de la Constitución o Zócalo.

El corazón de Tenochtitlan: El Recinto Sagrado y la gran explanada.

El eje nodal sobre el que se trazó la vieja ciudad prehispánica sin lugar a dudas fue el *huey teocalli* o Templo Mayor, el lugar del *axis mundi* para los mexicas. Allí era donde se había señalado el punto al encontrar el símbolo dictado por Huitzilopochtli durante la peregrinación. Era, pues, el lugar que marcaba el eje nodal de la gran urbe, a partir del cual se dividirían las partes del mundo y de la ciudad. En torno a este teocalli establecieron un recinto ceremonial muy vasto rodeado de un muro de cal y canto. Cortés se refiere a éste en las cartas segunda y tercera como “el circuito de los ídolos” o la gran mezquita, porque cabe aclarar que no llama tal al teocalli solamente, sino a todo al recinto ceremonial, relacionando el enorme espacio abierto seguramente con los grandes patios (llamados de “los Naranjos”) que preceden a las salas de oración de las mezquitas.

Cortés es específico al decir que hay un muro que rodea este recinto. La historiografía posterior relacionaría este muro con el *coatepantli* o muro de la serpiente. Alfredo López Austin, Leonardo López Luján y Eduardo Matos Moctezuma, quien ha estado presidiendo los trabajos de arqueología urbana desde la década de los ochenta en que se descubrió la *Coyolxauqui*, han rebatido esta idea del *coatepantli* como muro limitador del Recinto Sagrado.²³ Deducen que esta idea nació en los frailes estudiosos al saber que la entrada al Templo Mayor estaba presidida por cabezas de serpiente mirándose las unas a las otras y pensaron que ese sería el límite del Recinto Sagrado. Sin embargo, según lo que deduce Matos Moctezuma en sus estudios arqueológicos urbanos, el muro delimitador real sería más bien similar al que observamos en Teotihuacán, es decir, un muro en forma de plataforma con escalinatas. Esto se basa en que lo que se conoce como Edificio J del Templo Mayor realmente era el muro delimitador del recinto Sagrado.²⁴ Debemos señalar que no conocemos con precisión los límites completos de este muro. Lo que sí se deduce claramente de las fuentes, en este caso el mismo Cortés, que es el más descriptivo en sus cartas, es que este circuito de ídolos estaba claramente separado de la plaza donde estaban los palacios de Moctezuma.

En la *Tercera Carta*, al hablar de su primer avance sobre Tenochtitlan después que los reales y los bergantines la sitiaron, llega hasta la “*plaza de los principales aposentamientos*” después de cruzar un puente que ni siquiera estaba levantado²⁵. Esta puente no era otra que la que correspondía a la que después se conoció como “*acequia real*”. Esta plaza de los principales aposentamientos no era otra que la actual plaza de la Constitución. Para hablar del Recinto Sagrado, cabe reiterar que el conquistador se refiere a éste como “*el circuito de los ídolos*”, tan grande como para poder construir en su interior una villa de 400 vecinos. Éste estaría separado de la plaza de los aposentamientos por un muro de cal y canto; esto es muy claro cuando se habla de la segunda entrada de las tropas de Cortés, cuando, durante el asedio, éste les dice a sus hombres que se queden en la plaza

²³Vid. López Luján, Leonardo y Alfredo López Austin “El coatepantli de Tenochtitlan, historia de un malentendido” en *Arqueología Mexicana* Vol. 19, Num. 111. (Septiembre – octubre 2011). pp. 64 - 71

²⁴Matos Moctezuma, Eduardo. “Tenochtitlan y Tlatelolco. De cronistas, viajeros y arqueólogos” en *Arqueología Mexicana* Vol. 17, Num. 99. (Septiembre – octubre 2009). pp. 40 - 47

²⁵ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 137

y no entren al Recinto Sagrado. Esto ya lo veremos con más detalle cuando hablemos de la campaña de 1521.

Cabe hacer hincapié en que, efectivamente, son cosas distintas para Cortés el circuito de los ídolos y la plaza de los principales aposentamientos. Lo interesante sería saber exactamente en qué lugares actuales se encontraba el muro de separación, siendo lo más probable la línea que marcan las calles de Madero y Soledad. Ahora bien, si efectivamente las casas de Cortés que posteriormente se destinarían a Palacio Real durante los primeros años del virreinato, coinciden con el antiguo Palacio de Axayácatl, resultaría que éste último se encontraba casi frente al Templo Mayor, por lo que se tendría que deducir que el muro de separación del Recinto Sagrado pasaría por terrenos actualmente ocupados por la Catedral Metropolitana o sus inmediaciones. Esto nos dice que durante la reconstrucción de la ciudad hacia 1521 - 1522 el muro de separación, junto con casi todos los adoratorios menores, desapareció y se integraron a la traza de la ciudad nueva. Sólo sobrevivirían el Templo Mayor y algunas otras construcciones principales que eran muy difíciles y tardadas de derruir.

Así pues, con estas informaciones que resultan efectivamente muy escuetas, puesto que la única fuente que resulta más descriptiva para Tenochtitlan, urbanísticamente hablando, es Cortés, podemos tratar de hacer un esbozo de lo que sería actualmente la zona del Zócalo y la Catedral en la época de los mexicas. Tenemos que la plaza de los palacios tenía como límite meridional la futura Acequia Real, es decir, el canal de agua que pasó hasta el siglo XVIII por las actuales calles de Corregidora y 16 de Septiembre y pasaba frente a los portales del Ayuntamiento y el de las Flores. Esto resulta muy claro cuando se lee lo siguiente en la *Tercera Carta* de Cortés cuando se habla de la primera entrada que hicieron los españoles:

Yo hice luego comenzar a cegar aquella puente y deshacer el albarrada (de Huitzillam,); y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente que está junto a la plaza de los

*principales aposentamientos de la ciudad... Y a la entrada de la plaza asestóse un tiro, y con él recibían mucho daño los enemigos, que eran tantos que no cabían en ella.*²⁶

Al vadear dicho puente, los españoles entraron en la plaza, lo que nos dice que la acequia era la que la delimitaba hacia el sur.

Ahora bien, por el poniente tenemos que el actual edificio del Monte de Piedad y hasta Tlacopan era la casa principal del marquesado del Valle durante todo el período novohispano. Dicho edificio, que sirvió de Palacio Real durante los primeros virreinos coincidió con el Palacio de Axayácatl, por lo que es factible deducir que el límite occidental de la explanada era muy similar al actual, además de que ahí era dónde nacía el camino a Tlatelolco (República de Brasil). Lo mismo sucede con respecto a la parte del oriente, donde estaba el palacio de Moctezuma II, donde Cortés habría de admirar, durante su convivencia semipacífica con el tlatoani, la casa de las aves que tan admirado lo dejó. En el plano atribuido a Cortés, aparecido en la impresión latina de las *Cartas de Relación* de Nuremberg en 1524²⁷ aparece este palacio rodeado por bosques y zoológicos. Dicho palacio, junto con el de Axayácatl, pasó a manos del conquistador cuando la reconstrucción de la ciudad. Su hijo, Martín Cortés, lo vendería a la Corona hacia 1562 y las Casas Reales se trasladan a este lugar, siendo desde entonces la sede del poder real (tras el derrocamiento de Iturbide, aquí será la sede también del poder ejecutivo hasta nuestros días). Los descendientes de Cortés van a vivir en el palacio hispano que sustituyó al de Axayácatl. Así pues, por el lado oriente coincidiría el límite de la explanada con la línea determinada del actual Palacio Nacional.

Los problemas para determinar los límites nacen cuando estudiamos la parte norte de la explanada. Guillermo Porras Muñoz con su profundísimo estudio sobre la calle de Moneda²⁸, ha determinado que esta vía no existió en la época prehispánica, y quedó como simple límite definitivo del futuro Palacio Real. Las ruinas del templo de Tezcatlipoca,

²⁶*Ibíd*

²⁷ Para una buena reproducción de estos planos, *Vid.* Benítez, Fernando. *La ciudad de México*. México, SALVAT; 1984. v. 2. El plano de Núremberg, con algunos acercamientos, aparece en las páginas 38 – 40.

²⁸ Porras Muñoz, Guillermo. *Personas y lugares de la Ciudad de México. Siglo XVI*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1988. p. 45

claramente visibles en el Palacio del Arzobispado, nos dicen que el muro delimitador se encontraría más al sur que la actual calle de Moneda. Ahora bien, como lo veremos en su momento, este palacio, el de Moctezuma II no llegaba originalmente hasta la calle de Moneda, sino un poco más al sur, en una línea que coincidiría con la calle de Soledad. Después, tras enormes disputas legales entre Cortés y otros vecinos a los cuales el cabildo les había repartido los solares ubicados al sur de Moneda, el conquistador se apropió de todo, extendiendo su dominio unos metros al norte. Lo más probable, sin embargo, es que las casas de Moctezuma II se hayan localizado en un tramo que iría desde Soledad hasta Corregidora. Lo interesante es que las calles de Soledad y Madero coinciden inversamente en sus aceras (no en toda la anchura de la calle como veremos). Madero sería el límite meridional del palacio de Axayácatl y Soledad el septentrional del de Moctezuma II. No es descabellado que esta división tan visible coincidiese con el límite del Recinto Sagrado prehispánico. Y si fuese cierto, entonces la “plaza de los principales aposentamientos” sería menor que el actual Zócalo y tendría una forma más bien rectangular, algo que coincide mucho con lo que vemos en el plano de Nüremberg.

Si esta hipótesis resultase cierta tendríamos que el llamado “muro delimitador” tendría su límite meridional a la altura de la calle de Soledad. Su límite occidental entonces estaría cercano a la llamada Plazuela del marqués, el solar localizado entre el actual monte de Piedad y la Catedral, pero no es posible determinar su ubicación exacta, que sólo la arqueología nos podría dar. La futura calle de las Escalerillas (el actual tramo de Guatemala que da hacia el ábside de la catedral) ya tendrá casas en su acera norte desde fechas tempranas; los descubrimientos que se han hecho en los solares ocupados por la llamada casa de las Ajaracas y el palacio del marqués del Apartado nos señalan de manera indudable que sus terrenos se localizaban dentro del Recinto Sagrado en la época prehispánica.²⁹ Con esto, resulta trascendente saber si éste realmente abarcaba hasta la actual calle de República de Chile, aunque todo apunta a que llegaba cerca. Debió haber un punto entre la calle de Argentina y Chile, muy cercano a esta última, que marcaría el límite del Recinto Sagrado, probablemente a la altura de la plazoleta del marqués. Esta deducción nace porque de enfrente del Palacio de Axayácatl nace una de las vías más importantes de

²⁹ López Luján, Leonardo. *Op. Cit.* pp. 64 - 71

Tenochtitlan: el camino a Tlatelolco y a la calzada del Tepeyac. Cabe aclarar que no es una calzada propiamente dicha; ésta comenzaría más bien en Tlatelolco. Se trata de una calle ancha y bien aderezada que comunicaba ambos Méxicos. Y es natural que naciera muy cerca del Recinto Sagrado, ya que no en él.

Los límites oriente y norte del muro del “circuito de los ídolos” resultan más confusos. Matos Moctezuma cree haberlo localizado en la calle de Guatemala, cerca del actual edificio del Museo del Templo Mayor.³⁰ Por la parte septentrional definitivamente se puede decir que no se sabe mucho, ya que en los avatares de la historia de la ciudad durante el siglo XVI, la calle de Tlacopan acabaría constituyéndose en el límite norte de la plaza y todos los edificios prehispánicos localizados al norte de ella se sepultarían de manera contundente con la traza española.

Ahora bien, el llamado Palacio de Axayácatl, el palacio donde el tlatoani hospeda a los españoles y a sus aliados mesoamericanos, ocupaba una inmensa superficie de terreno localizada en el cuadrángulo de las actuales calles de Isabel la Católica, Tlacopan, República de Brasil y Madero. Sus dimensiones las podemos saber exactamente debido a la circunstancia que ya mencionamos, de que Cortés se reservó para sí esos solares después de la Conquista y luego hasta llegó a ser sede del Palacio Real durante los virreinos de Antonio de Mendoza y Luis de Velasco, hasta que la Corona le compró a Martín Cortés el palacio oriental. Como vemos, es una superficie realmente enorme.³¹ Pensar en lo que dicen los conquistadores Cortés y Díaz del Castillo de estos palacios reales, en los que un rey podría asentarse cómodamente con una servidumbre de 600 personas, adquiere verosimilitud al analizar sus dimensiones inmensas. En un terreno de tal tamaño es donde se pudo construir en época de Axayácatl, el palacio que alojó a los conquistadores y que tanta admiración produjo en ellos con sus enormes patios y múltiples aposentos.

³⁰ *Ibíd.* p. 65

³¹ Los conquistadores hablarán en el Juicio de Residencia de más de cincuenta solares como total entre ambos palacios, los cuales se apropió Cortés tras la Conquista. Tengamos en cuenta que un solar de esos momentos tenía una superficie de aproximadamente 40m por 40m. *Vid.* Martínez, Jose Luis. *Documentos Cortesianos*. v. II. México, Fondo de Cultura Económica, 2003. p. 119

Su ubicación, como resulta natural, era muy privilegiada urbanísticamente hablando. Tenemos que por el lado norte pasaba la calzada de Tlacopan, que era la vía más importante de la ciudad debido a su rápida comunicación con la tierra firme hacia el poniente y por la circunstancia de que por ella venía el agua potable desde Chapultepec. Asimismo, por el lado oriente nacía el camino que iba en derechura hacia el mercado de Tlatelolco, donde en la zona conocida como *Yacacolco* (donde está la iglesia de Santa Ana) por los mexicas, se dividía en dos y una parte se convertía en la calzada que iba en derechura al cerro del Tepeyac, mientras otra iba al mercado.

Ahora bien, tanto para Cortés como para Bernal Díaz del Castillo, esta parte de la ciudad, la más importante indudablemente, permanece en las sombras de sus escritos, ya que no la describen detalladamente. Hay descripción de los palacios y el Recinto Sagrado, pero no de la distribución de la ciudad en sí misma. Sólo hasta la *Tercera Carta* ya hay algunas referencias a la traza urbana, pero solamente para hacer inteligible su narración de la guerra. Es más bien una descripción de un campo de batalla. Es cuando habla de las puentes, de la plaza y del circuito de los ídolos. Bernal Díaz, por su parte, no hace tampoco una descripción propiamente de Tenochtitlan, sino en sus rasgos básicos.

Tlatelolco

Curiosamente la parte de la ciudad que más le habría de llamar la atención al futuro cronista de Guatemala sería Tlatelolco. El mercado le impresiona a Cortés muy agradablemente, ya que sí le dedica prolíficas descripciones tanto de sus enormes dimensiones como de la admirable organización de su comercio. No sabían ambos conquistadores que, para los mexicas, Tenochtitlan y Tlatelolco eran dos urbes distintas que apenas medio siglo atrás, durante el gobierno de Axayácatl, habían estado en disputa para finalmente caer sometida la última a los tenochcas siendo Moquihuix su último gobernante independiente. Históricamente, tanto para la época de la “alianza” con Moctezuma como para la de la guerra de Conquista, sería esta parte, la Ciudad de México – Tlatelolco, la más significativa de la admirable urbe lacustre. Bernal Díaz, por ejemplo, describe el Templo Mayor de Tlatelolco y no el de Tenochtitlan.³² Es muy claro aquí que la ciudad septentrional de los

³² Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp. 176 – 177

mexicanos no desmerecía en nada a su gemela meridional. También se puede apreciar muy bien que mientras Tenochtitlan ostentaba el poder político, Tlatelolco ostentaría el poder económico con el tianguis, la sede de los pochtecas, algo que, como veremos el capítulo III, se va a “equilibrar” tras la conquista, teniendo ambas ciudades iguales categorías políticas y comerciales.

El mercado de Tlatelolco se encontraba lejos del palacio de Axayácatl (1760 metros aproximadamente)³³ Sin embargo, ni en la relación hecha por Cortés en la *Segunda Carta* ni la que hizo décadas después Bernal Díaz se aprecia esta lejanía. Todo pareciera indicar que ambos conquistadores no vieron una separación urbana muy clara entre los dos Méxicos. Este asunto ha dado pie a muchos debates. Orozco y Berra cree que fue la acequia de Santo Domingo la que marcó el límite, con base en varios detalles como que al crecer la traza de la ciudad en 1527 y el repartimiento de solares del otro lado de esta acequia, los tlatelolcas se fueron a quejar e interpreta seguramente el texto de la *Cuarta Carta* de Cortés donde habla de la separación entre los españoles y los indígenas por un “brazo de agua” como que este brazo es la acequia de Santo Domingo.³⁴

Ahora bien, el canal que se conoció como *Tezontlale* durante los siglos XVII y XVIII, en realidad a la larga fue un residuo de una zona lacustre más grande. Como fuente primaria, en el plano de Uppsala aparece una pequeña laguna (o al menos una zona pantanosa) en la zona occidental del canal que pasaría por la actual calle de Perú, muy cerca de lo que hoy se halla aledaño a la zona de Garibaldi. Sin duda es la que en el siglo XVII, casi dos siglos más tarde, se conoció como *Lagunilla*. Incluso Manuel Toussaint, en su estudio de este plano, critica al autor por no dar una dimensión correcta a dicha lagunilla.³⁵ Sin embargo, con esto se prueba que había una parte acuática que separaba las dos Méxicos.³⁶

³³ Esta y otras mediciones fueron realizadas por medio del programa *Google Earth* ® sobre el plano actual.

³⁴ Lafragua, José María y Manuel Orozco y Berra. *Op. Cit.* p.33. *cfr.* Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 197.

³⁵ Toussaint, Manuel, *et. al.* *Op. Cit.* pp. 135 – 146.

³⁶ Se ha dado históricamente una importancia muy fuerte a esta zona. En realidad la llamada Lagunilla fue un nombre que se le dio a algún espejo de agua que quedó allí tras la desecación de la laguna. La mejor fuente que tenemos para ver cómo era esta zona es Cortés mismo, cuando pasa precisamente por este lugar el día de su desastre mayor, cuando por poco es capturado para el sacrificio, en junio de 1521. Esto lo veremos en el capítulo II con más detalle.

Esto es natural, ya que se acepta que el origen de ambas ciudades se debe a islotes originales separados. Con la división que se dio entre los mexicanos, cada una fue creciendo aparte, Tenochtitlan hacia el norte y Tlatelolco hacia el sur. Así, poco a poco se fueron juntando y comunicando, hasta que la última cayó en manos del tlatoani Axayácatl.³⁷ Ya en tiempos de la conquista había una comunicación directa, pero se tenía que sortear esta zona lacustre por medio de puentes y calzadillas. Como ejemplo tenemos al mismísimo Cortés, cuando, ya dueño de Tenochtitlan, se aprestaba junto a Alvarado a avanzar hacia Tlatelolco. Es cuando se da el mayor desastre que sufren los conquistadores a manos de los mexicas, ya atrincherados valerosamente en Tlatelolco, en el que Cortés por poco cae prisionero para el sacrificio y se pierde el pendón. Como veremos, este episodio tuvo lugar en la zona sur del conjunto de Tlatelolco, cerca del actual cruce de Reforma con la calle de Allende, al norte del canal del Tezontlale, y la descripción que se hace de éste en los relatos de la conquista, se aprecia que Cortés, en su intento de acercarse a Tlatelolco, había quedado atrapado en un islote completamente rodeado de agua, y sólo comunicado por una calzadilla.³⁸

Por otro lado resulta muy interesante que la zona aledaña al canal del Tezontlale permaneciese inhabitada hasta el siglo XIX, siendo un lugar olvidado y despreciado por la ciudad, como lo menciona Manuel Payno en *Los bandidos de Río Frío*.³⁹ En los planos de fines del siglo XVIII y principios del XIX, como los de Diego García Conde, se ve que toda esta zona es terreno baldío, sólo surcado por canales de agua y puentes desiertos.

Resulta pues, indudable, que había una separación física entre ambas ciudades. Las chinampas no habían todavía unido completamente la superficie. Sin embargo, para los españoles, esta separación física evidente, pasó desapercibida. Ellos veían que Tenochtitlan y Tlatelolco eran una sola ciudad. Es más, en la Tercera Carta de Cortés, se logra ver que para él Tlatelolco era “el mercado de Tenochtitlan”. Y es que realmente era muy difícil que al tiempo que Cortés escribía, hubiesen comprendido él y sus huestes españolas la concepción mexicana de que Tenochtitlan y Tlatelolco eran dos urbes diferentes.

³⁷ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 149. *Cfr.* Hernando de Alvarado Tezómoc. *Crónica Mexicana*. Madrid, Dastin, 2002. pp. 209 - 212

³⁸ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* pp. 145 – 147

³⁹ Como existen múltiples ediciones de esta obra, *Vid.* El capítulo X, que lleva como título, “la Viña”

Ahora bien, con las descripciones que tenemos tanto de Bernal Díaz como de Cortés en la Segunda Carta, sabemos que el mercado de Tlatelolco no era un edificio propiamente dicho. Era más bien una plaza de mercado que tenía mucha afinidad curiosamente con el tipo de plaza ideal renacentista, ya que era muy grande y estaba rodeada de portales. Los mismos conquistadores a veces, al referirse a Tlatelolco, lo mencionan como la “plaza mayor”. Ahora bien, esta plaza no se encontraba frente al recinto ceremonial o Templo Mayor, sino detrás de él. Es decir, se encontraría hoy en día tras el ábside de la iglesia.

El terreno que ocupó este impresionante recinto mercantil se mantuvo como plaza hasta entrado el siglo XX, ya que durante el Porfiriato se estableció un bello jardín aprovechando su inmensa superficie. De ahí que de plaza, pasara a llamarse simplemente “jardín”. En la década de los sesentas del pasado siglo, con la ampliación de Paseo de la Reforma desde Bucareli hasta entroncarla con las calzadas de Guadalupe y Misterios, todos sus alrededores fueron destruidos. Del jardín, una parte se transformó en unidad habitacional y otra se preservó como tal, siendo ahora el jardín de la unidad habitacional. También se localizó hasta entonces el llamado “Tecpan de Santiago”, del cual queda una arcada y que no debe confundirse con el llamado “tecpan” de la zona arqueológica de Tlatelolco. Para calcular sus dimensiones nos basaremos en el plano de Diego García Conde, suponiendo que coincidiría esta superficie casi íntegramente con la del mercado mexicana. En superficie era un inmenso cuadrilátero, más grande que el actual Zócalo. Para hacernos una idea, coincidiría mucho con la superficie ocupada actualmente por el llamado “jardín de Santiago”, pero además se extendería hacia el norte ocupando el solar del Edificio Durango, ya que en los planos posteriores se ve que comenzaba unos metros más al norte que la iglesia, y hacia el sur rebasaría la avenida llegando quizá más al sur que la estatua de Cuitláhuac. Como límite hacia el occidente tenía el muro trasero del convento y hacia el oriente una manzana de casas entre las que se encontraba el tecpan. Gracias a la conservación de la arcada de este último edificio, hasta nuestros días, podemos saber que la distancia entre uno y otro punto es de 235 metros. Este dato es de primerísima importancia, ya que es exactamente la misma distancia que tiene el Zócalo en el sentido este – oeste, de la fachada de Palacio Nacional al Portal de Mercaderes. En cuanto a límites norte y sur, no sobreviven las referencias tangibles, pero podemos calcularlas. En estos planos resulta claro

que esta superficie era más larga de norte a sur que de este a oeste. Ahora bien, si en este sentido mediría 235 metros, es factible que de norte a sur rondara los 260 metros.⁴⁰

Por lo tanto tenemos que al tiempo de la llegada de los españoles, el mercado de Tlatelolco era una superficie vacía que mediría 235 por 260 metros, teniendo una superficie de alrededor de seis hectáreas, sin contar los portales que la rodeaban. El Zócalo mide 222 metros de la fachada de la Catedral al edificio del antiguo Cabildo. Para llegar a los 260 metros estaríamos hablando de prolongar la superficie vacía más o menos hasta la altura del crucero de la Catedral. De ahí al Cabildo y del Palacio Nacional al Portal de Mercaderes tendríamos la superficie de lo que habría sido el mercado de Tlatelolco. Con razón los conquistadores no podían dejar de mencionar con admiración que ese mercado o plaza era 3 veces mayor que la Plaza Mayor de Salamanca. En esa inmensa superficie será donde tengan la última gran resistencia los mexicas en 1521, donde el soldado Sotelo haga la catapulta o trabuco que tanto fiasco resultará.

Entre ambas urbes existían tres caminos paralelos. Como veremos, estas tres rutas fueron las que, ya caída Tenochtitlan propiamente dicha, tomaron las huestes de Cortés para avanzar hacia el norte. Es muy probable que hoy en día, con la existencia de los ejes viales, tendamos a pensar que la comunicación más directa podría haber coincidido con el actual Eje Central. Esta avenida efectivamente coincide con uno de los tres caminos, pero estaba muy lejos de ser el principal. Por allí corría un canal de agua bastante ancho que en 1526 habría de servir para limitar la nueva traza española hacia occidente, después de que se ampliara junto con el convento de San Francisco, pero esto lo veremos en el Epílogo.

El camino principal, como ya lo mencionamos, coincide con la calle de República de Brasil. Allí se sabe que también existían importantes edificios. Se cree, erróneamente, por ejemplo, que la casa de Cuauhtémoc coincide con la zona del Portal de los Evangelistas, en la Plaza de Santo Domingo. En realidad se hallaba en las inmediaciones de la actual iglesia de Santa Ana. Su construcción y forma provocó que los españoles la visualizaran igual que una calzada, ya que al parecer era también muy ancha y bien construída. Actualmente,

⁴⁰*Vid.* Los planos de la ciudad de Chappé de Auteroche y de Diego García Conde. Una buena reproducción de ambos se puede encontrar en Lombardo de Ruiz, Sonia. *Atlas Histórico de la Ciudad de México*. México, Smurfit Carton y Papel de México – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996. El de Chappé de Auteroche se encuentra en las páginas 328 y 329 y el de García Conde en la 340 y 341 del volumen I.

cuando se toca a Tenochtitlan como tema de estudio, se ha aceptado generalmente llamar “calzadas” sólo a las vías que comunicaban la urbe con el exterior; Brasil, por su importancia, también debe ser llamada así, pero cabe señalar que no era, como se cree “la calzada del Tepeyac”, propiamente dicha, sino el camino a Tlatelolco. Esta vía nacía frente a la fachada del palacio de Axayácatl y se dirigía hacia el norte a lo largo de casi un kilómetro, en una línea recta casi perfecta hasta llegar al canal del Tezontlale, el cual ya dijimos que era la separación física entre las dos ciudades mexicas. Poco después de cruzar este canal, torcía un poco a la izquierda y llegaba a *Yacacolco*, el lugar donde actualmente se levanta la iglesita de Santa Ana Atenantítech, a poco más de 350 metros al norte del canal. Allí habría algún complejo ceremonial pequeño, ya que Cuauhtémoc residiría allí en la etapa en que, ya caída Tenochtitlan, los conquistadores se aprestan a avanzar hacia Tlatelolco. En este punto la calzada se bifurcaba en una Y. Hacia la izquierda nacía una calle que iba a dar directamente a la parte oriental del mercado de Tlatelolco (actualmente esta zona correspondería con los terrenos ocupados por Paseo de la Reforma en las inmediaciones de la estatua de Cuitláhuac). Hacia la derecha nacía la calzada del Tepeyac propiamente dicha, la cual se introducía en la laguna unos centenares de metros después.

El otro camino a Tlatelolco coincidiría con el Eje Central. En realidad era una calzada que iba paralela a un canal muy ancho. No sabemos bien en qué lugar nacería a la altura de Tenochtitlan. Es probable, pero sólo probable, ya que así lo tenemos desde los primeros años de la época colonial, que naciese a la altura de lo que vendría a ser después el enorme convento franciscano. De allí ascendería al norte hasta llegar por el flanco occidental a Tlatelolco. Mientras el camino principal llegaba por el extremo oriental a terrenos del mercado, éste llegaría por el otro extremo occidental, y no al mercado, sino al recinto ceremonial, adónde se encuentra la zona arqueológica.

El tercer camino no era tan importante ni destacado. Coincide con la calle de Allende, que fue donde Cortés sufriría la derrota, como ya se dijo. Todo parece apuntar a que sería la calle de Allende la que coincide con este camino. Esto lo deducimos debido a que los relatos de la conquista hechos por los mexicas tlatelolcas y recopilados en el Códice Florentino por el padre Sahagún, coinciden en que Cortés fue desbaratado exactamente en

la zona que ya a mediados del siglo XVI se conocía como San Martín. Este barrio era muy lacustre, como ya lo dijimos, ya que se encontraba cerca de la separación entre Tenochtitlan y Tlatelolco. Esta calzadilla pues, sería como una única vía de comunicación a pie para sus habitantes. Es por ello que estando allí Cortés fue mucho más sencillo cortarle la retirada y desbaratarlo. Como lo veremos más adelante, allí se construyó años después una capilla de barrio que llevó la advocación de San Martín, por eso el nombre del barrio. Este pequeño templo, más bien pequeño, subsistió hasta el siglo XVIII, desgraciadamente desapareció de repente y en el último plano de la ciudad que aparece es en el de Chappe d'Auteroche, pero ya no aparece en los del conde de Tepa⁴¹ y el de García Conde. Hacia principios del siglo XVIII tenemos una imagen de este, que todavía aparece en medio de una zona llana y despoblada, en el famoso plano de Pedro de Arrieta. Su ubicación coincide bastante (aunque no podemos asegurarlo con precisión) con lo que sería una virtual prolongación de la calle de Allende hacia el norte del canal del Tezontlale, en lo que actualmente sería la colonia Guerrero. De ser así, San Martín estaría en la zona del cruce actual de esta calle con Paseo de la Reforma. Más al norte esta calzadilla cruzaría el último canal que ya prácticamente flanqueaba meridionalmente Tlatelolco y daría en una zona céntrica de la plaza del mercado.

De Brasil al Eje Central actualmente hay una distancia considerable. Éstas dos, más Allende, son prácticamente paralelas y sin embargo, las tres vías comunicaban Tenochtitlan con Tlatelolco. Brasil sería, como ya lo dijimos, la vía de comunicación más importante, pero en la práctica las otras dos hacían lo mismo. ¿Cómo es posible que vías tan separadas y paralelas llegasen a un mismo punto? Esta es una muestra tangible de lo que era Tlatelolco y su complejo ceremonial y mercantil. De este a oeste, los complejos del mercado y el Recinto Sagrado llegarían a medir casi 500 metros. El Eje Central llegaba allí por el extremo occidental y Brasil por el oriental. Así pues, hablar de Tlatelolco era hablar de la ciudad gemela de Tenochtitlan. Su complejo ceremonial no era inferior al de ésta última. Incluso se ha llegado a creer por algunas fuentes de esa época (como Bernal Díaz) que su teocalli era más alto. Si bien Tenochtitlan contaba con los magníficos palacios reales que tanto admirarían los conquistadores españoles y que representaban el poder político

⁴¹ Este plano aparece muy bien reproducido en Benítez, Fernando. *Op. Cit.* v.5. pp. 46 y 47

residente allí, Tlatelolco contaba con el magnífico mercado, el más importante entonces de todo el imperio mexica. Tenochtitlan contaba con los inmuebles emblemáticos del poder político; Tlatelolco con los del poder económico. Eran dos ciudades bien diferentes e incluso rivalizadas que, juntas, se complementaban para formar una urbe todopoderosa llamada México.

Ahora bien, se ha aceptado con frecuencia la idea de que México se comunicaba a tierra firme por tres calzadas. Así lo han señalado las fuentes y prácticamente no hay contradicción alguna. Sin embargo, si lo vemos bajo la perspectiva de dos ciudades complementándose en una sola, en realidad Tenochtitlan contaría solamente con dos calzadas, que serían Tlacopan e Iztapalapa. Tlatelolco, a su vez, contaría al parecer con otras tres: la del Tepeyac (la que se atribuye como “tercera calzada de Tenochtitlan”) y la que la comunicaba con Nonoalco y que iba a parar también a Tlacopan,⁴² y posiblemente la de Tenayuca, aunque no sabemos claramente si existía o no en la época de la Conquista, como ya lo dijimos.

La ruptura

Tenemos que los españoles se hospedan en el palacio de Axayácatl. Cortés comprende muy bien la impresión y el temor que siente Moctezuma II hacia él y los españoles. Un hombre tan astuto como Cortés sabía que se le puede sacar mucho provecho a una circunstancia así. La mayoría de los hombres que lo acompañaban buscaban simplemente una solución rápida a su vida. Habían venido al nuevo mundo para enriquecerse rápidamente y con poco esfuerzo. En las Antillas eso se había logrado a costa de la explotación masiva y despiadada de los naturales; el oro no había brillado mucho. Pero ahora en el nuevo país descubierto se presentaba la oportunidad de obtenerlo, porque Moctezuma había demostrado con sus obsequios constantes, que tenía al menos lo suficiente para satisfacer las ambiciones de tantos hombres. Cortés necesita consolidar a los españoles en torno a su persona y en base a

⁴² Como lo veremos en el Capítulo II, cuando Bernal Díaz habla de la “calzada de Tacuba, se refiere en realidad a la de Nonoalco, no a la actual México – Tacuba, aunque ambas llegaban a prácticamente el mismo punto. Para él ambas eran calzadas de Tacuba.

esto juega sus cartas muy bien, ya que será la pieza clave de la relación entre el tlatoani y los conquistadores.

Moctezuma II por su lado, al tener a esos hombres tan temidos en su propio palacio, trata de jugar a la política lo mejor que puede. Pero comprende la dificultad que esto conlleva. El conquistador español no sólo viene con hombres que traen armas terribles, sino que en torno a él aglutina a sus enemigos de Tlaxcala y a los rebeldes huejotzincas y cholultecas. Cortés es la cohesión de todos los enemigos virtuales y reales de los mexicas. Ellos forman una valla intangible en torno a él y muy poderosa. Atacarlo a él prácticamente es imposible. La mejor salida es jugar a la diplomacia, como lo había hecho desde el principio, para, de este modo, crear escisiones entre los indígenas aliados y los españoles. Sin embargo, la estrategia política de Moctezuma, quien se sabe a él y a su pueblo en clara inferioridad, es tendiente a la sumisión hacia el conquistador. Realmente sabía que Cortés y sus hombres tenían un poder destructivo mucho mayor al que estaban acostumbrados, y su mejor estrategia consistirá en tratar de satisfacerlo en lo posible para así evitar daños tanto a la población como a la ciudad. Había que obedecerlo y gratificarlo junto a sus hombres como fuese posible. Pero al mismo tiempo es difícil tanto probar como descartar la posibilidad de una conspiración. Cortés y los españoles eran el aglutinante de los enemigos de los mexicas. Si se golpeaba a los españoles y se les destruía, los demás indígenas se dispersarían y volverían a sus tierras, lo mismo que al status que otrora tenían frente a los mexicas.

Cortés entonces, al convertirse en la piedra clave de la delicadísima situación que prevalecía en México, trata de regular esa relación. Era el fiel de la balanza, finalmente. Por un lado a Moctezuma II le infringe humillaciones frente a su propio pueblo, pero a la vez le habla amistosamente. Busca ganarse su respeto más absoluto por la fórmula del miedo más la confianza, mostrando lo que se es capaz de hacer pero desistiéndose so pretexto de cariño y amistad. Moctezuma II actuaría también bajo esta perspectiva, en caso de ser ciertas las sospechas temidas por Cortés y sus hombres, de que hipócritamente y a escondidas, trataba de matar españoles. Dichas sospechas se confirmarán en parte con el evento de Cuauhopoca, a quien Cortés manda quemar vivo⁴³.

⁴³ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 184. *Cfr.* Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 55

Los soldados de Cortés también jugarían un papel clave. Cuando logran el acceso al tesoro de los tlatoanis, quedan maravillados y su ambición se ve alimentada hasta enormes alturas. Cortés con esto logra obtener una cohesión inquebrantable de los españoles en torno a su persona. Para ellos representaba los dos opuestos: con él, la gloria y la riqueza inmediata; sin él, la muerte segura. Así estaba la situación en aquellos días de 1520.

La estrategia errática del tlatoani para la causa mexicana es que trata de quedar bien como puede con Cortés y sus hombres; les da oro y prácticamente lo que piden. Con esto lo que logra el desdichado monarca es aumentar por un lado la codicia de sus captores y por otro la suspicacia. Para unos hombres que estaban habituados a las estrategias de intriga y de traición, en las cuales el mismo Cortés había mostrado grandes dotes al traicionar a Velázquez, tanta generosidad podría resultar sospechosa. Moctezuma II había hecho todo lo posible por evitar su venida a México después de todo. Es decir, no eran personas gratas a él. Sus regalos tenían el propósito de evitar su viaje tierra adentro. Así pues, pensar en una virtual traición por parte del humillado tlatoani no era descabellado. El evento de Cuauhtemoc, que dice que por orden de éste hubo de dar muerte a varios españoles, confirma y aumenta dicha suspicacia.⁴⁴

Cortés y sus hombres, que se saben demasiado vulnerables en una ciudad como México, en la que son muy pocos ellos y sus aliados indígenas, además de que están prácticamente encerrados en una isla sin salida, no duda en humillar más al tlatoani y lo hace prisionero ante la desesperación del otrora arrogante pueblo mexicano. No le impide realizar sus funciones como monarca, pero su estado es más bien como el de alguien que está sometido a una estrecha vigilancia durante todo el tiempo.

Los mexicanos y los otros pueblos de la Triple Alianza no se quedarán con los brazos cruzados ante tamaña situación. Cacamatzin, un importante noble texcocano organiza una rebelión contra Cortés y los españoles para tratar de liberar al vejado Moctezuma II. Éste, impotente, se ve obligado a cooperar con el extremeño en este trance y facilita la captura de Cacamatzin.⁴⁵ Los ánimos de los mexicanos se comenzaban ya a caldear.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 59.

En esta complejísima y delicada situación se hallaba la relación entre los mexicas y los españoles, cuando se da uno de los eventos más graves para la causa de Cortés y los expedicionarios de 1519. El pecado original que había hecho posible que Cortés se quedase con el mando de la expedición ahora traía sus frutos amargos. El rencoroso gobernador de Cuba, no resignándose a ser burlado por el extremeño, ahora mandaba a uno de sus hombres más fieles para sancionarlo: Pánfilo de Narváez.

Si la situación de los expedicionarios de 1519 ya era bastante delicada de por sí, ahora la venida de otra expedición resulta muy abrumadora. Efectivamente, la delicada alianza que había logrado con diversos pueblos mesoamericanos, enemigos de los mexicas, radicaba en que éstos se habían visto atemorizados y sorprendidos por el potencial armamentístico de los españoles. En buena medida, esas alianzas eran por conveniencia, ya que en algunos casos habían probado en carne propia el poder devastador de las armas de hierro y de pólvora. Entre ellos los mismísimos tlaxcaltecas. Al llegar otro grupo de españoles, más numeroso, con más armas y además diciendo que Cortés era una persona mala, la fidelidad hacia el extremeño corría grandemente el riesgo de resquebrajarse, y en la situación en la que se encontraban, aquello equivalía a la prisión y quizá la tortura y la muerte.

Por otro lado, el respeto/temor que profesaba Moctezuma II a Cortés, se basaba en la posibilidad de que éste cumplía la profecía del retorno de Quetzalcóatl. Los españoles eran llamados *teules*, que significaba deidad, lo cual explica muchísimo de la imagen que los indígenas tenían de ellos. La llegada de Narváez también arriesgaba enormemente esto. Si el respeto, no sólo de los mexicas, sino también de los demás pueblos aliados, se basaba en creer a los españoles unos seres con cierto halo de divinidad, éste podía evaporarse al comprender que había más españoles, y no sólo eso, sino que también había serias desavenencias entre ellos, tal y como ocurría entre ellos mismos, los diversos pueblos mesoamericanos.

Ante tan gravísima situación, Cortés decide lo único que podía hacer: ir a combatir a Narvaéz. Finalmente ya había hecho un ardid legal que le daba legitimidad a su expedición al mandar mensajeros al rey en la fundación misma de la Villa Rica en 1519. Según su causa, Velázquez y Narváez eran quienes no habían respetado que la incuestionable

legitimidad de la posición de Cortés procedía directamente de la corona. Velázquez y Narváez, por su parte, tenían su propia versión de los hechos, con opuestos matices jurídicos. Ante la falta de un juez imparcial, los hechos de armas decidirían la legalidad y la justicia.

La situación de los españoles hospedados en Tenochtitlan era muy delicada. Narváez por un lado y el “hipócrita” de Moctezuma II por otro; los tlaxcaltecas podían abandonarlos en cualquier momento que se vieran en serio peligro y comprendieran que los españoles eran tan humanos como ellos. Cuando Cortés sale a Veracruz y deja a Alvarado al mando de los españoles en México, la tensión de todos los expedicionarios de 1519 es terrible. Cualquier cosa que saliese mal era una sentencia de muerte. Los hombres que fueron con el extremeño a la costa probablemente estuviesen más tranquilos porque habrían de ser actores y no sólo espectadores. Pero los hombres que quedan en la ciudad mexicana seguramente estaban en un estado de ánimo de quien espera una condenación y no puede hacer nada al respecto. Eran simples espectadores que de vez en cuando tenían noticias de lo que hacían sus compañeros en su viaje a Veracruz. Eran ya menos hombres que antes. Se corren rumores, todos muy negativos. Se dice que Moctezuma II y Narváez entran en negociaciones: eso era la pérdida de todo. Narváez promete respetar a Moctezuma y éste entregar a los expedicionarios... muy buen negocio para ambos.

Además, la hostilidad de los mexicanos hacia Alvarado y sus hombres, a los cuales no respetan tanto como a Cortés, que era el fiel de la balanza, es manifiesta. Su capitán había afrentado en lo más hondo a los mexicanos al someter a Moctezuma a humillaciones y finalmente a la prisión, además de que habíase mostrado muy irreverente con las efigies de los dioses.

Esto es lo que debemos comprender: el estado trastornado que poseía a Alvarado y los españoles. Para ellos en cualquier momento, en caso de salir mal la expedición contra Narváez, podían ser aniquilados por los mexicanos, entre los que ya nacía una facción antihispana que no obedecía al tlatoani. Cualquier acto podía ser el preludio de un ataque. En este estado de ánimo se encontraba cuando se le pide autorización para llevar a cabo la

ceremonia de *Tóxcatl* en el Recinto Sagrado. Los nobles se reúnen para el ritual, en el que cantan y bailan.

Alvarado no comprende nada y cree ver en esto una estratagema para lanzarse inmediatamente después contra el palacio de Axayácatl y sitiar a los españoles. No sabemos si realmente existió esa conspiración o no. Las conspiraciones fallidas son muy difíciles de comprobar. Los informantes mexicas niegan rotundamente esto años después en el relato que hacen de la conquista al padre Sahagún.⁴⁶ Alvarado quiere adelantarse a la traición virtual, que en su estado de ánimo cobraba veracidad, y perpetra la conocida Matanza del Templo Mayor. Sus hombres se acercan a los danzantes, cierran las puertas del Recinto Sagrado y los asesinan con mucha crueldad. Es tanta, que quedan impresionados los mexicas por mucho tiempo. En el Códice Florentino se dice cómo las víctimas se agarraban los intestinos y se los trataban de acomodar o cómo otros resbalaban con su propia sangre y vísceras.⁴⁷ Este acto tan precipitado será reprobado por Cortés, tanto, que cuidadosamente omite mencionarlo en su *Segunda Carta*.

No sabemos si existió la conspiración indígena o no, ni si los mexicas pensaban atacar a los conquistadores. Pero incluso si esta respuesta fuera negativa, el acto tan visceral de Alvarado forzaría a que su pesadilla se cumpliera: a raíz de esa matanza, los mexicas, desobedeciendo a un Moctezuma II ya sin dignidad y visto como cobarde, se lanzan al ataque contra los españoles refugiados en el Palacio de Axayácatl, que se vuelve su fortaleza. La furia indígena se deja sentir con mucho rigor. No tenían un buen armamento en comparación con los hombres que mandaba Alvarado, pero conocían su enorme ventaja: los españoles y aliados que aunque juntos eran muchos, no podían medirse con el número de mexicas que había en su ciudad. Además estaban encerrados en las casas reales. Podían hacer alguna salida donde matasen a base de estocadas a bastantes indígenas, pero el número de estos fácilmente podía acabar sobreponiéndose al reducido grupo hispano e imponer un sitio en toda regla que los acabaría matando con hambre.

⁴⁶ Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Notas de Ángel María Garibay. México, Porrúa, 2000. 777 – 779

⁴⁷ *Ibid.* p. 779 y 780

Mientras tanto en Veracruz la causa de los expedicionarios de 1519 iba viento en popa, ya que Cortés, en un acto que devela nuevamente la enorme capacidad política y militar del extremeño, logra en una estratagema vencer a Narváez y quedarse con sus hombres bajo promesas de riquezas. Es un acto tan bien calculado, tan político, y tan preciso, que se volvió milagrosamente, de virtual sentenciado a un vencedor generoso. Era una expedición que venía con el fin de castigarlo a él y a sus hombres, pero en la praxis terminó siendo una expedición que le trajo refuerzos, que le serían de inapreciable ayuda en los eventos futuros. No obstante, las rencillas y la división entre los hombres que vinieron con él en la expedición de 1519 y los que vinieron con Narváez en 1520, siempre estarán presentes y éstos últimos serán una fuerte piedra en el zapato para la autoridad de Cortés.

Siendo vencedor, y respirando ya más tranquilo, es cuando recibe la noticia de que donde se pusieron mal las cosas era en México. Curiosamente la mayor amenaza para su causa había venido por las costas del Golfo, pero donde había estallado el polvorín por la falta de prudencia del capitán Alvarado, fue en la ciudad mexicana. Así pues, se vuelve precipitadamente a ésta ya trayendo a los hombres de Narváez como refuerzos. Se embarca en Texcoco y hace su desembarco en la costa oriental de Tenochtitlan. Avanza como puede al palacio de Axayácatl, ya que las puentes y cruceros que cruzaban calles y canales estaban amenazadoramente alzadas.

Ya junto a sus hombres, nos narra Bernal Díaz cómo amonestó y recriminó a Pedro de Alvarado su matanza en el teocalli, que además de ser completamente inútil (viéndola en retrospectiva claro está), ocasionó que las cosas se precipitaran de una manera tan grave. Aunque el mismo Cortés describe que Moctezuma le había dicho que la sublevación de su pueblo le pesaba tanto a él como al mismo Cortés y que le disculpase, nos dice Bernal Díaz que al llegar al palacio, el extremeño se muestra muy enojado con el tlatoani y le insulta llamándole perro y traidor.⁴⁸

Pese a la llegada de Cortés, la situación no mejora mucho para la causa española en Tenochtitlan. Los indígenas mantienen cercado el palacio y le atacan constantemente

⁴⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp. 248 – 249

lanzándoles piedras desde las azoteas vecinas e intentando prenderle fuego en diversas partes. Es cuando Cortés hace que Moctezuma, acompañado del *tlacochcácatl* de Tlatelolco, de nombre Itzcóatl, vaya y hable con la gente, pidiéndole que se calme. En el *Códice Florentino*, las palabras que se le atribuyen al tlatoani al hablar con el pueblo son muy desconsoladoras: “Pues no somos competentes para igualarlos, que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha”.⁴⁹ Curiosamente la versión indígena registrada de boca de los tlatelolcas en dicho código, difiere en un punto crucial con la española, representada por Bernal Díaz y Cortés, y es que este acto, el último quizá del otrora soberbio tlatoani, se localiza *antes* del regreso de Cortés.⁵⁰ Éste y Bernal Díaz coinciden en que fue el primero quien hizo que Moctezuma saliese a hablar con su pueblo para calmarlo. Esto, claro está, después de encararlo con furia y con insultos.

Sin embargo, pese a la majestad que tenía el tlatoani sobre los mexicas, la respuesta de éstos es negativa. Desconociendo la autoridad de Moctezuma, al que según los tlatelolcas lo tachaban de cobarde, no dudan en atacar a los que habían salido a hablarles y el mismo tlatoani, según las fuentes españolas, resulta herido de unas pedradas que lo llevan a la muerte días después. Hasta la fecha la muerte de este soberano es tema de debate, debate que quizá no se resuelva satisfactoriamente nunca. En el *códice Florentino* se habla de que efectivamente se atacó la zona donde estaban Moctezuma e Itzcóatl, pero que los españoles los protegieron con escudos y no se le da mayor importancia a este hecho.⁵¹ Según esta versión, sería hasta después cuando llegaría Cortés, lo que no parece verosímil, y entonces no sería sino hasta después de la segunda matanza del teocalli, cuando se arrojan los cuerpos muertos no sólo de Moctezuma sino del *tlacochcácatl* de Tlatelolco también. Este es un punto importante, porque hay severa divergencia en cuanto a las circunstancias entre la versión recogida por Sahagún y la de los conquistadores, siendo ésta última la más verosímil. Pero aquí no es lugar para discutir un tema tan polémico.

Días enteros de lucha suceden. Cortés manda poner tiros (cañones pequeños, que son los que pudo traer en la expedición) en las partes vulnerables, y con ellos dispara continuamente a la multitud de guerreros mexicas que asedian las casas reales, ahora

⁴⁹ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 781

⁵⁰ *Ibíd.* pp.781 – 784.

⁵¹ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 781

convertida en fortaleza. A Cortés le sorprende y espanta que es tanto el número de sus enemigos, que pese a los disparos, parece que se hundan en su gran masa sin causar daños. En una situación tan desesperada, el extremeño intenta un ardid que consistió en hacer varios “ingenios” de madera para poder realizar salidas sin muchos riesgos.

Aquí viene un dato muy interesante para el tema de este estudio, ya que el conquistador menciona que destruyó alrededor de trescientas casas en estas salidas que hacía del Palacio Real⁵². Esto nos parece una rotunda exageración, porque eso no lo pudo hacer ni en el asedio del año siguiente.

Cortés efectivamente, durante estas primeras acciones de guerra entre los mexicas y los españoles se ve obligado a dirigir salidas militares, sobre todo con el objeto de causar impresión con el potencial de sus armas sobre la enorme multitud de guerreros mexicas que los cercaban. Como lo indica Bernal Díaz continuamente, la guerra que hacen los mexicas se basa antes que nada en la lluvia de piedras y palos con punta afilada a guisa de lanza: guerreros emboscados detrás de algún objeto que los pusiese a cubierto; tenían una carga de piedras considerable y las tiraban con hondas; si el enemigo estaba cerca, atacaban con las lanzas. Ciertamente este tipo de guerra era muy poco efectivo contra la protección metálica de la armadura española, aunque las heridas en las partes no protegidas sí resultaban muy lesivas y dolorosas. Cortés mismo dice que en uno de estos ataques sufrió tal herida en la mano siniestra, que quedó manco. Aunque el ataque mexica resultaba poco mortal, era tan grande el número de atacantes, que estas pedradas se convertían en una verdadera lluvia que incapacitaba, por un momento, todo movimiento de los españoles. Si no los mataba, sí los dejaba inmóviles durante un rato.

Durante el ataque al palacio de Axayácatl, los guerreros se subieron a todas las azoteas y alturas que rodeaban las casas reales y desde allí atacaban a los conquistadores, los cuales respondían con arcabuces y tiros. Cortés tiene que hacer los ingenios para ir a ganar las casas cercanas y derrocarlas, no con el objeto de destruir por destruir, sino para quitarles a los indígenas puntos de ataque. Los mexicas comprenden el inmenso poder de los españoles

⁵²Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 81

y sus armas. Con los ingenios de madera, que no eran otra cosa que unas torres móviles de gran tamaño, hechas seguramente muy rápido, los conquistadores velozmente despejan de casas y edificios la zona aledaña al palacio de Axayácatl.

Los mexicas, viendo que las salidas militares de los españoles son muy dañinas, ya que mueren muchos guerreros mexicas, deciden atrincherarse en el punto más inexpugnable de la ciudad: el Templo Mayor. Quizá pretendían tenderles un anzuelo a los invasores. Hasta arriba suben a los principales guerreros y se preparan para una defensa escalón por escalón del gran teocalli. Cortés ataca. La entrada al Recinto Ceremonial no representa ningún esfuerzo. Se acerca a la pirámide, matando a todos los que se oponían a su avance y logra subir después de mucho trabajo. Él dice en su *Segunda Carta* que los mexicas lucharon con mucha valentía, pero al final murieron todos. El mismo hecho es descrito por los tlatelolcas años después en el *Códice Florentino* pero en otra tonalidad muy diferente. Se notan los ecos de la desesperación de quienes lo vieron: “Por su parte los guerreros mexicanos aun en vano se defendían: lanzaban maderos gruesos, maderos de encina sobre los españoles. No hacían éstos más que recibirlos con sus escudos; de ahí no pasaron.”⁵³ Esto de los maderos de encina seguramente tenía el objeto de usarlos a guisa de proyectiles, proyectiles de tal magnitud que al lanzarlos hacia abajo precipitara a los españoles y los hiciera caer. También se les llama “sagrados”, ya que quizá tenían una función especial dentro de su cosmovisión prehispánica. No puede esto ponerse en duda, aunque más bien parece ser una estrategia puramente física en arrojar objetos pesados desde arriba para derribar a los de abajo. Más bien todo parece apuntar a que los mexicas pensaban que la inclinación de la rampa del teocalli y la estrechez de los escalones harían blanco fácil a los españoles. Sin embargo, la ineffectividad de sus proyectiles contra corazas de hierro y de sus escudos contra las espadas, hacen que la estratagema les salga mal. Fue un error de cálculo por no tener en cuenta el potencial de la tecnología militar hispana. Esta fortificación del teocalli puede ser considerada la equivalencia prehispánica de una torre de defensa, desde la cual se disparan dardos y artillería, aprovechando la ventaja que da la altura. Finalmente Cortés, con una fiereza y determinación que sorprende, logra subir y matar a todos los defensores. El conquistador no se muestra generoso; por el contrario, se ufana de que pese a su valor,

⁵³Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 783

decidió acabar con todos ellos. Los muertos eran principales de la ciudad, eran guerreros que presumiblemente fuesen lo que hoy llamaríamos “veteranos”, los más experimentados en la guerra. Probablemente varios de ellos habían sido guerreros desde la época de Ahuizotl y quizá de Axayácatl. Aquellos guerreros, que seguramente pelearon con arrogancia en tierras lejanas, ciertamente no pensaron nunca que morirían defendiendo desesperadamente el rincón más sagrado de su ciudad, y a manos de gente mucho más poderosa que ellos. Fue una ironía cruel.

La Noche Triste

Los asaltos mexicas hacia el palacio de Axayácatl se vuelven cada vez más peligrosos. Cada vez los ataques se dan más en el interior de dicho palacio. Los conquistadores comprenden que, pese a su superioridad tecnológica y militar, en la práctica están a merced de los indígenas. Efectivamente, como se lo dijo uno de los guerreros, aunque por cada español muriesen miles de mexicas, su número terminaría por imponerse. Si cortaban la comunicación del palacio de forma efectiva, los españoles terminarían por perecer de hambre. La única alternativa es una retirada.

Cortés, en su *Segunda Carta* menciona que llevó a cabo una salida a caballo hacia tierra firme por la calle de Tlacopan. Una salida que pese a los trabajos que le dieron los mexicas, salió bien a secas. Será un antecedente claro de lo que será la toma de la ciudad el año siguiente: enfrentar a los indígenas tras canales y barricadas de adobes y madera, destrozarlas en luchas cuerpo a cuerpo y usar sus materiales para cegar los canales y hacerlos vadeables para el tránsito de los caballos. Cortés logra llegar a tierra firme y luego regresa. En ambos movimientos, ida y vuelta, tiene que enfrentarse a los indígenas, pero logra vencerlos. Luego es víctima de un engaño, ya que regresa a parlamentar y los mexicas toman y ahondan los canales ya cegados.

Entonces es cuando se decide lo que será la gran retirada de los españoles de la ciudad mexica. Reconocido el terreno con esta salida, se decide construir un puente portátil de madera para ir vadeando los canales que cortan la calzada de Tlacopan. La noche del 30 de junio de 1520 se da esta gran salida. El nacionalismo mexicano del siglo XX ha ensalzado

mucho este evento de la historia de la conquista, llamándole muchas veces “derrota” o “expulsión”. El segundo término es totalmente incorrecto. No pudo ser una expulsión, ya que a los mexicas, por obvias razones, les convenía que se quedaran allí los españoles, dónde los tenían más a su merced, para matarlos de una vez por todas. Es seguramente por ello que engañan a Cortés cuando éste andaba recorriendo la calzada, para hacerlo volver. Y tampoco fue una derrota precisamente, porque no fue una batalla propiamente dicha, sino una masacre de gente acorralada.

Tomaremos de pretexto este episodio para describir lo que sabemos y suponemos sobre la calzada de Tlacopan. En primer lugar cabe hacer la aclaración de que no todas las calzadas eran iguales. La de Iztapalapa sabemos que se encontraba en medio del agua gracias a que el mismo Cortés menciona que se encuentra en la parte más honda, pero de la de Tlacopan y sobre todo la de Nonoalco, podemos decir con toda seguridad que se encontraban en una zona relativamente poco profunda de la laguna, ya que se encontraban en la zona occidental de ésta y además eran muy cortas. Efectivamente, si sabemos que la de Tlacopan nacía en lo que sería hoy la esquina de Guatemala y Brasil y terminaba en la tierra firme, que presumiblemente se localizaba en lo que hoy es el cruce de la México – Tlacopan con Melchor Ocampo, tenemos que es una distancia aproximada de tres kilómetros. La de Nonoalco empezaba desde el Recinto Sagrado Tlatelolca y se dirigía al occidente hacia la isleta de Nonoalco, que por su sola posición constituía un puente natural entre la zona de Azcapotzalco y Tlacopan y la isla de México.

Como se encontraba en la parte occidental de la laguna, que ya dijimos que era poco profunda, no es de extrañar que estuviese rodeada de llanos pequeños salpicados aquí y allá de florestas y cañaverales. La de Iztapalapa era una calzada construída en su totalidad sobre el agua, pero Tlacopan y Nonoalco, probablemente se hicieron sobre chinampas. Al ser la calzada más corta y con la que quedaba más accesible la tierra firme de la zona de Popotla, ésta vía va a tener una función vital también: el abasto de agua dulce. Tenochtitlan se encontraba en la laguna salada, por lo que el agua de los canales y toda la que rodeaba la isla no era consumible. Después del sitio, los conquistadores quedan impresionados por el hecho de que los mexicas bebían agua de la laguna en la etapa más cruenta de la guerra. El vital líquido era traído de Chapultepec por lo que hoy es Melchor Ocampo (en una línea

corta que presumiblemente pueda marcar la antigua costa de la laguna), y luego daba vuelta sobre la calzada de Tlacopan. Esta ruta es algo que va a quedar intacto todo el período estudiado en esta tesis. Chapultepec será la fuente directa de agua a la ciudad; luego se abrirá otra ruta. El caño por donde venía es descrito por Cortés en la *Segunda Carta* con mucha precisión.

*Por la una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor del cuerpo de un hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unos canales tan gruesas como un buey, que son de la longua de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.*⁵⁴

Aquí debemos entonces hacer una aclaración oportuna para que se entienda bien la estructura de esta, tan relevante calzada. Cuando se habla de que había puentes por donde cruzaba el agua salada, no quiere decir que era un lugar adyacente a la laguna, sino que era en realidad un *canal* de agua, es decir, una acequia que conectaba una parte de la laguna con otra, pero que en realidad era un canal de cierta longitud, bordeado por llanos y chinampas. Cortés nos dice que eran ocho puentes las que seccionaban aquí y allá la calzada⁵⁵. Ya dijimos que al hablar de puentes en esta calzada se infiere que, en su mayoría, se trata de canales que cruzan chinampas. Alfonso Caso ha tratado de ubicarlas⁵⁶ basándose en la opinión de Sahagún, que dice que son seis, pero esto no será el objeto en este estudio. Diremos que las tres primeras son bastante ubicables gracias a los documentos y a inferencias de éstos.

⁵⁴ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 65.

⁵⁵ *Ibíd.* p. 81

⁵⁶ Caso, Alfonso. *Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco*. México, Academia Mexicana de la Historia, 1956. p. 16.

Cortés decide retirarse durante la noche. Se prepara un puente portátil para vadear los canales que habían sido vueltos a ahondar por los mexicas. Tratan de hacer esta retirada con todo sigilo, pero resulta algo imposible por el número de aliados indígenas que con los españoles había. Logran vadear el primer canal, pero al parecer el peso y lo enfangado de la calzada (lo que demuestra que buena parte de ésta estaba hecha sobre chinampas) hace que los extremos del puente queden hundidos por un momento. Este canal se dice que es el primero de los ocho o seis. Seguramente se trata de lo que después será la acequia que irá sobre la calzada que “va de San Francisco a Tlatelolco”, es decir, el actual Eje Central. Será en el segundo canal donde se dé la tragedia española. Cuando cruzaban el primer canal, una mujer indígena da la alarma e inmediatamente la laguna adyacente se llena de canoas de guerreros tlatelolcas. Los españoles avanzan atropelladamente hacia el siguiente puente. Tratan de llevar el puente portátil, pero este queda atascado y el ataque de pedradas y lanzas que les lanzan los tlatelolcas desde sus barcas hacen que desatascarlo sea una tarea poco menos que imposible. Al llegar al siguiente puente sobreviene la tragedia. En los registros indígenas llamarán a este canal el *Tlaltecayohuacan* (Canal de los Toltecas)⁵⁷ y es cuando hablan casi con euforia de la gran masacre de enemigos que hacen. Este canal se encontraba más o menos en lo que hoy es la parte central de la Alameda. Más adelante, en el capítulo III volveremos a este punto, donde trataremos de demostrar esto, ya que será tema de mayor estudio en el tema de los exvotos de la Conquista. Fue un atolladero. No había escape de ningún tipo; el inmenso número de gente apelotonada en un extremo sin salida de la calzada hizo que los españoles se volvieran un punto de ataque muy fácil. Los mexicas (los tlatelolcas dicen que ellos solamente y no los tenochcas) se encontraban en sus canoas, en partes cercanas a la laguna o sobre ésta, y desde allí disparaban un inmenso número de flechas y piedras. El blanco era muy fácil: los españoles y sus aliados se encontraban apretujados unos contra otros en un callejón sin salida mortal. Cayendose al agua, serian atacados fácilmente por los guerreros en las canoas, además de que lo pesado de su armadura los hundiría. Tenían que mantenerse sobre ese cabo de la calzada, pero allí no sólo estaban atrapados, sino que al estar tan encima los unos de los otros, estaban inutilizados. La matanza se vuelve brutal. Mueren cantidades inmensas de tlaxcaltecas, no sabemos cuántas, ya que estas tropas siempre eran minimizadas por los conquistadores en

⁵⁷ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 783.

sus relatos. Mueren también los hijos de Moctezuma II, que Cortés llevaba seguramente como salvoconducto para su persona. Lo más grave para los españoles en ese momento no es la muerte quizá, sino la “pérdida” del tesoro que se habían apropiado en las Casas Reales, que incluso Cortés había mandado inventariar “oficialmente” ante “funcionarios reales”. Seguramente tratar de salvar su parte fue lo que condenó a muchos conquistadores a la muerte, ya que al no zafarse de sus piezas de oro, se hundieron en el canal o bien, fueron víctima fácil de las lanzas y las pedradas.

Cortés logra salvarse por ser de los primeros en cruzarlo y al no quedar atrapado. Este episodio será recordado y vivido por la gente que va de los capitanes secundarios hasta los soldados. El gran capitán no lo vivió directamente. Tan es así, que la descripción de este hecho, aunque con palabras fuertes, ocupa pocas líneas en su narración⁵⁸. Pedro de Alvarado se salva milagrosamente, atribuyéndole la leyenda un prodigioso salto hecho apoyado en su lanza, como el moderno salto con garrucha. Ya el mismísimo Bernal Díaz, desmiente este hecho, diciendo que el canal estaba demasiado hondo como para poder encajar la punta de su lanza en el fondo.⁵⁹ Debido a un hecho que vamos a tratar prolijamente al final de este trabajo, se confundió el lugar de esta masacre al desaparecer el exvoto dedicado a ella y se nombró como “puente de Alvarado” a un lugar incorrecto, el aledaño a la iglesia de San Hipólito, cuando en realidad el episodio se dio decenas de metros más atrás. Ahora bien, después de cruzado este canal, se cruzó quizá el tercero, no tan ancho, que sí coincide efectivamente con la iglesia de San Hipólito. Al cruzar este puente, que posiblemente es el que llaman los mexicas *Petlacalco*, prácticamente ya estaban a salvo los españoles. De ahí, el camino a Popotla era ya mucho más seguro, ya que las canoas tlatelolcas no podían atacar con la misma facilidad.

Para la memoria de los conquistadores este hecho tendrá muchísima significación. Como veremos más adelante con mayor detalle, en el lugar de la matanza se erigirá una ermita, llamada “de los mártires”, en honor de los que murieron. Será un osario donde guarden los huesos de aquellos soldados que trataban de salvarse de manos de los mexicas. En segundo término, después del tercer canal (que coincidirá más o menos con la actual calle de Zarco) ya que, como dijimos, después de cruzado prácticamente estaban a salvo los españoles, se

⁵⁸Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p 83.

⁵⁹Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 257

erigirá la ermita de San Hipólito, en honor de la fecha de caída de Tlatelolco. La primer capilla significaba el martirologio y la segunda, la victoria. Un caso típico de la mentalidad católica de esa época.⁶⁰

Los conquistadores se rehacen en Popotla. Ahí, Cortés, con lágrimas en los ojos, se entera poco a poco de la magnitud del desastre para su causa. Ve quienes murieron y cuantifica las pérdidas. Cuando las tropas más o menos quedan rehechas y se puede avanzar algo más ordenadamente, se ordena continuar el camino hacia tierra adentro, hacia las montañas de lo que hoy es Naucalpan; no se podía detener en Tlacopan en lo más mínimo. No se podían permitir ningún tipo de descanso, ya que los batallones mexicas los perseguían implacablemente para terminar lo iniciado en el Canal de los Toltecas. Será en Naucalpan, en un cerro llamado Totoltepec donde, exhaustos, subirán hasta lo alto los conquistadores. En la cima se hallaba un pequeño teocalli rodeado de una barda. Allí sienten que pueden hacerse fuertes en caso de un ataque. Pero estaban más que exhaustos. No sólo eran las heridas, sino la rápida carrera que habían tenido que hacer desde el corazón mismo de Tenochtitlan hasta ese lugar. Se manda vigilar la retaguardia para evitar nuevos ataques entonces los infortunados españoles se entregan a la tarea de curar sus heridas y de descansar.

Tras la Conquista, como veremos, los conquistadores levantarán allí un santuario dedicado a quien le atribuyeron el descanso y el remedio de tanto mal: la Virgen de los Remedios, cuyo culto será importantísimo para la época virreinal. Esto lo veremos en el capítulo III.

A partir de allí viene un episodio que no trataremos aquí. Los españoles, como prófugos, se dirigen a Tlaxcala rodeando la cuenca lacustre por el norte. El tlatoani de ese momento, el que había sustituido a Moctezuma II, el antiguo señor de Iztapalapa, Cuitláhuac, ordena que se detenga a como dé lugar a esos hombres. En Otompan (Otumba), ya cerca de Tlaxcala un enorme ejército mesoamericano intercepta a los españoles prófugos. La batalla era muy desigual, ya que los españoles estaban desmoralizados y eran muy pocos. Se da la lucha y Cortés, comprendiendo la fragilidad de la estructura militar indígena, dirige él

⁶⁰Vid. *Capítulo III*, el apartado *Conquistadores piadosos: los exvotos de la Conquista*. p.222 - 228

mismo un ataque contra quien ve que dirige a los ejércitos indígenas y lo mata. Con esto los batallones mesoamericanos se desbandan y los españoles pasaron de ser prófugos a ser vencedores de una batalla que se antojaba sumamente difícil.

Cuando llegan a Tlaxcala frente a Xicoténcatl y Maxicatzin, ya no lo harán como derrotados, sino al revés. La fidelidad de los señores tlaxcaltecas, quizá debido a eso en buena medida, se mantiene firme. De este modo se dedicarán a planear con detenimiento la forma de hacer caer a la todopoderosa Ciudad de México. Desde allí se planeará un gigantesco cerco que llevará a Cortés a someter a la mayoría de los pueblos alrededor de la cuenca para bloquear la gran ciudad. De este modo llevará la guerra desde el Valle de Cuernavaca al sur hasta Zumpango al norte. Todo esto se hace teniendo Tlaxcala como centro de operaciones. También desde allí se llevara a la laguna la gran arma que cambiaría la situación de México de ser ciudad inexpugnable a ciudad encerrada y sin salida: **los bergantines.**

Capítulo II: Asedio y caída de México-Tenochtitlan y México-Tlatelolco

Los bergantines

Se dice que Hernán Cortés, al recontar las numerosas muertes de españoles acaecidas durante la Noche Triste, puso un especial interés en el carpintero Martín López. Ya que supo que estaba vivo, pudo respirar hondamente. Aquella, seguramente, fue una bocanada de esperanza. ¿Por qué? Porque Cortés vislumbró, en aquel día de desastre, la única manera que habría de hacer caer a la gran México, y Martín López sería una pieza fundamental para esto.

Ya dijimos que esta ciudad era inexpugnable para la tecnología que existía en el Posclásico mesoamericano, pero no así para la europea. Con ésta, las cartas se invertirían completamente. Usándola correctamente, la situación de México cambiaría radicalmente de una isla inexpugnable, a una isla sitiada y sin salida. De la misma forma que los españoles estuvieron sitiados en el palacio de Axayácatl, con la tecnología conocida en Europa, ahora serían ellos quienes podrían asediar la isla entera y matar a sus habitantes del mismo modo que ellos pretendieron matar a los españoles hacía unos meses.

Pero para ello era clave la vida de Martín López, ya que era el único de los presentes que sabía armar los artefactos que habrían de llevar a cabo la hazaña: los bergantines.⁶¹ Sin ellos, siendo tan pocos españoles y con realmente pocas armas (éstas consistían en pequeñas piezas de artillería, espadas y ballestas), la conquista de la gran ciudad sólo habría podido darse en una larga guerra que probablemente no habría sido tan favorable a los conquistadores. No podemos saber qué habría sucedido, pero la lógica apunta a una toma que sería mucho muy difícil, ya que fuera de algunas armas de metal y de fuego, tendrían que adaptarse a la tecnología mesoamericana.

⁶¹ Porras Muñoz llama a Martín López como “carpintero de ribera”, es decir, de los que tenían experiencia en hacer canoas sencillas y reparaciones. *Vid.* de este autor, “Martín López, carpintero de ribera” en *Revista de Indias*. Madrid, 1948. Num. 31 – 32. pp. 307 – 329.

Para los mexicas y los demás pueblos mesoamericanos, en efecto, México era una fortaleza inexpugnable. Atacarla vía lacustre era difícil, porque en ese caso tendría que desarrollarse una batalla naval en que los mexicas tendrían rotunda ventaja con el apoyo militar de la ciudad. Ellos podrían salir en sus canoas, atacar a sus anchas y volver a retraerse a la isla en caso de peligro, mientras los enemigos tendrían que recorrer un largo trecho desde cualquier punto de tierra firme para poder acercarse a la ciudad, lo que los pondría automáticamente en una severa desventaja, ya que en caso de una retirada se pondrían a merced de los de la ciudad. Sin embargo, esta situación se daría únicamente bajo la circunstancia que implicaba la tecnología naviera que conocían los pueblos mesoamericanos, que se basaba toda en barca de remos, por lo que resultaba en la práctica, poco maniobrable y destinada principalmente para el comercio.

No obstante, la situación sería muy diferente con la tecnología que conocían los europeos (que no debemos olvidar que era heredera de una larga historia de desarrollo naval a lo largo de diversas culturas, como la fenicia, pasando por la griega, la romana y finalmente la medieval), ya que sitiar una ciudad lacustre defendida con barquichuelos era realmente cosa de risa. Esta circunstancia, sin embargo, no la conocían ni los mexicas ni los otros pueblos. Cortés y los españoles sí. Los tlaxcaltecas, que fueron quienes con su mano de obra construyeron los navíos, tendrían solamente el papel de obreros, siguiendo únicamente las órdenes de Martín López. Ellos tampoco tenían una idea clara de qué es lo que podrían hacer esas naves curiosas. Eran, realmente y sin exageración, la carta bajo la manga de los españoles.

Cuando los mexicas comprendieran el poder de estas naves, ya sería muy tarde, prácticamente cuando el ataque español fuese implacable. Hablamos de una diferencia de milenios de desarrollo tecnológico en el mundo mediterráneo. Desde las ágiles naves fenicias; pasando por las pesadas trirremes y quinquerremes de Grecia y Roma y los rápidos veleros medievales usados para el comercio mediterráneo entre musulmanes y cristianos. Los mesoamericanos, al tener una cultura mucho más uniforme y al no poseer un mar interior de las dimensiones del Mediterráneo, estaban en un estadio tecnológico significativamente más atrasado. México – Tenochtitlan, después que las islas del Caribe,

fue de las primeras víctimas de este choque tecnológico a nivel mundial, el primer paso de la colonización no sólo de América, sino de más de la mitad del mundo.

Ahora bien, es conocido que Cortés,⁶² mandó construir bergantines durante su estancia semi pacífica en México durante seis meses y también fueron construídos por Martín López. Desgraciadamente de estas naves no sabemos nada más sino que serían quemadas durante la rebelión que se dio tras la matanza del Templo Mayor. Por las palabras del conquistador, que apenas y se refiere a este hecho y lo trata marginalmente, se deduce que eran naves hechas muy rápidamente y que seguramente estaban allí para una situación de emergencia. Bernal Díaz es el que nos informa que se hizo un viaje por la laguna en uno de estos veleros llevando a Moctezuma a su lugar de recreo. Si los 13 bergantines armados por Martín López fueron muy sencillos,⁶³ estos primeros lo fueron incluso aún más. Para infortunio de los mexicas, al destruirlos durante el ataque contra los españoles no pudieron saber bien a bien cuál era el alcance real de estas naves. Fueron elementos que se armaron pero se usaron pocas veces. Fue como observar un cañon sin verlo disparar más que uno o dos tiros.

Llegados a Tlaxcala tras la victoria en Otumba, Cortés manda a Martín López que comience a fabricar dichos bergantines. Para ello usan el abundantísimo recurso de madera que existía en todo el Altiplano, sobre todo en la zona entre Tlaxcala y Texcoco. La mano de obra, por otro lado, es totalmente gratuita y masiva. Con recursos maderísticos y mano de obra abundante y sin costo, la fabricación de 13 bergantines era cuestión de muy poco tiempo. Mientras se arman estos barcos de guerra, el implacable extremeño se dedica a someter a todos los pueblos circundantes a la cuenca de México, llegando inclusive a la Tierra Caliente, a pueblos como Oaxtepec y Cuauhnáhuac (Cuernavaca). Para cuando están listos los bergantines, ya Cortés había sometido a numerosos pueblos en un anillo amplio sobre la cuenca lacustre de México. Sólo los ribereños, los pueblos cuyas costas bañaban las aguas de la laguna, ya dentro de la misma cuenca, seguían siendo “fieles” a la ciudad.

⁶² Cortés, Hernán. *Op. cit.* p. 62

⁶³ Harvey Gardiner los califica de lanchones. *Appud.* Martínez, José Luis. *Hernán Cortés.* p. 169.

Mientras tanto, Cuauhtémoc y los mexicas realizan obras de fortificación a lo largo de toda la ciudad. Tratan de llevarlas a cabo lo mejor posible, con base en sus propios conocimientos bélicos. Seguramente para ellos, la enorme flota de barcas podría bastar para impactar a los españoles y sus aliados, pero de todas formas realizan obras de fortificación en la ciudad. Para esto concentran la mayoría de sus esfuerzos en el ingreso por las calzadas, ya que era el lugar natural por donde habrían de entrar los enemigos.

La propia lógica los lleva al mismo principio que se usaba en los castillos europeos, donde tras un enorme foso se levantaba una muralla. Primero que nada, rompen los puentes de las calzadas y los que, en el interior de la ciudad, franqueaban los canales. En México el equivalente al foso serán precisamente estos canales, los cuales cruzaban la isla en líneas diagonales; y el de la muralla, una barricada de madera y adobe que armaban detrás del canal. Con esto, los mexicas pensaban ganar dos ventajas: por un lado, los invasores se verían obligados forzosamente a vadear los canales a nado, momento en el cual quedaban a merced de sus proyectiles (piedras y lanzas de madera). Por otro lado y quizá lo más importante, seccionando las calzadas en diversos tramos, habrían de debilitar el elemento más peligroso de los españoles, la caballería. Ésta, para que fuera eficaz, necesitaba tomar impulso, lo que requería un amplio espacio plano. Neutralizando al caballo, obligarían a los invasores a pelear cuerpo a cuerpo y a pie. Y aunque las armas españolas eran aún mucho más eficaces que las suyas, contarían con el factor de la superioridad numérica.

También habrían organizado un sistema de defensa interior lo más feroz posible, consistente en honderos, lanceros y arqueros que se pertrecharían en prácticamente todas las casas circundantes a las entradas de la ciudad. Era un equivalente mesoamericano a los ataques que, en Europa, se realizaban desde la cima de las torres salientes de las fortalezas en tiempo de asedio. Pero no sólo eso, también demuestran claramente el tipo de guerra que estaban dispuestos a hacer: una defensa de la ciudad edificio por edificio, casa por casa. Es decir, estaban dispuestos a llegar al tipo de guerra urbana más cruel, desesperado y vigoroso que existe aún hasta nuestros días.

Militarmente en este punto, no se puede reprochar nada a los mexicas ni a Cuauhtémoc en cuanto a la disposición defensiva. Su única falta (si es que se le puede llamar tal) era una circunstancia congénita a toda Mesoamérica: tener una tecnología militar muy inferior a la de los españoles y a su consecuente inexperiencia en las estrategias castrenses de éstos. Incluso ya tenían varias cartas bajo la manga, como se demostró cuando Cortés, al tratar de hablar con los principales mexicas para prevenir la guerra desde Tlacopan, fue atacado y los mexicas fingieron una retirada por la calzada que no era otra cosa que una emboscada. Lo mismo sucedió en un frustrado ataque a Iztapalapa, la otra entrada de la ciudad, cuando abrieron el dique los mexicas para hacer perecer a los invasores con una inundación controlada.

En la principal entrada externa de la ciudad, el pueblo de Iztapalapa, también se organizó la defensa contra el invasor de una manera bien estructurada. El gran señor de este pueblo, Cuitláhuac, tenía una animadversión muy marcada contra los españoles. Por ello, la facción más radical que se generó al tiempo de la captura de Moctezuma, lo elegiría a él como sucesor de éste. No debemos perder de vista el detalle de que Iztapalapa era la entrada principal de la ciudad. Era como un baluarte externo de México – Tenochtitlan sobre la costa culúa. En la praxis, resultaría quizá el pueblo más fiel a la causa de la ciudad durante la guerra. Como ya lo vimos, era un pueblo anfibio: una mitad estaba construida sobre chinampas y la otra sobre la falda del Cerro de la Estrella o *Huizachtecatl*. Las grandes casas con jardines que impresionaron a conquistadores como Bernal Díaz, se encontraban en la parte lacustre, en lo que ahora es la explanada delegacional. Para una defensa eficaz, debieron recurrir también a una flota de canoas. Pero también tenían preparada la retirada al cerro, que era un punto fuerte natural. Allí levantarían barricadas y defenderían el lugar lo más bravamente posible.

Para cuando ya quedan listos los bergantines, Cortés tiene ya todo bajo control y la guerra ya es cuestión de iniciarla solamente: tiene sometidos a una buena cantidad de pueblos alrededor de la cuenca, posee una línea de suministros por la parte de Tlaxcala y goza de un contacto directo con Veracruz, de donde más factiblemente le habrían de llegar recursos de todo tipo, desde nuevos hombres que adjuntaría a su causa hasta los bélicos como armas.

Así pues, tras la finalización de las naves, ordena el ataque. Manda que Olid y Alvarado ocupen los pueblos de Coyoacán y Tlacopan respectivamente.

Los navíos salen de la costa texcocana, por medio de un canalón⁶⁴ cuyas medidas, dadas por Cortés, son las que permiten a Harvey Gardiner reconstruir hipotéticamente estas naves: 11.76m de eslora, 2.52m de manga, 70cm de calado y 1.12 m de altura.⁶⁵ No eran barcos propiamente dichos, como lo podemos ver. En el *Códice Florentino* hay una imagen clara de los bergantines, y con base en ésta podemos describirlos más o menos con cierta fidelidad y dichas ilustraciones nos los muestran muy sencillos. Eran naves más bien pequeñas y funcionales, diseñadas única y exclusivamente para el ataque a México. Contaban con un mástil y una vela, además de remos. A esta estructura sencilla se adaptó la poca artillería, como eran los tiros pequeños y las culebrinas. Al ser naves tan chicas, los tripulantes debían ir siempre sobre cubierta. No había ni camarotes ni ningún tipo de cobertizo. Los tripulantes, armados de saetas y ballesta (proyectiles más manejables y baratos que la artillería) se apostarían tras la barandilla de cubierta, hacia la proa, mientras los remos, que aquí serían elementos más bien auxiliares, serían manejados por los aliados indígenas. Hacia la proa también, se apostaron los tiros y las culebrinas. No se piense en las troneras de los galeones, que daban hacia babor y estribor. Aquí el ataque normalmente siempre sería de frente, ya que la intención era quebrar primeramente las canoas usando el impulso mismo de la nave. Debido a esto, la lucha normalmente se desarrollaría hacia la proa. Los remos habrían de servir más que nada para maniobrar en las vueltas y giros, pero no para el impulso. Para éste, obviamente, usarían la vela, que en una laguna muy airada como la de México, resultaría un efectivo motor para las naves.

⁶⁴Actualmente, en la calle Benito Juárez de Texcoco, hay una plazoleta donde se levanta una columna rematada por un escudo y rodeada de una cadena, desde donde, se cree, Cortés echó al agua estas naves. “PUENTE DE LOS BERGANTINES, DONDE CORTES BOTO LAS NAVES PARA LA TOMA DE LA CAPITAL AZTECA”. ABRIL AÑO 1521” – reza la inscripción de una pared que la rodea. Su historicidad no es garantizada bajo ninguna forma

⁶⁵Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. p.169

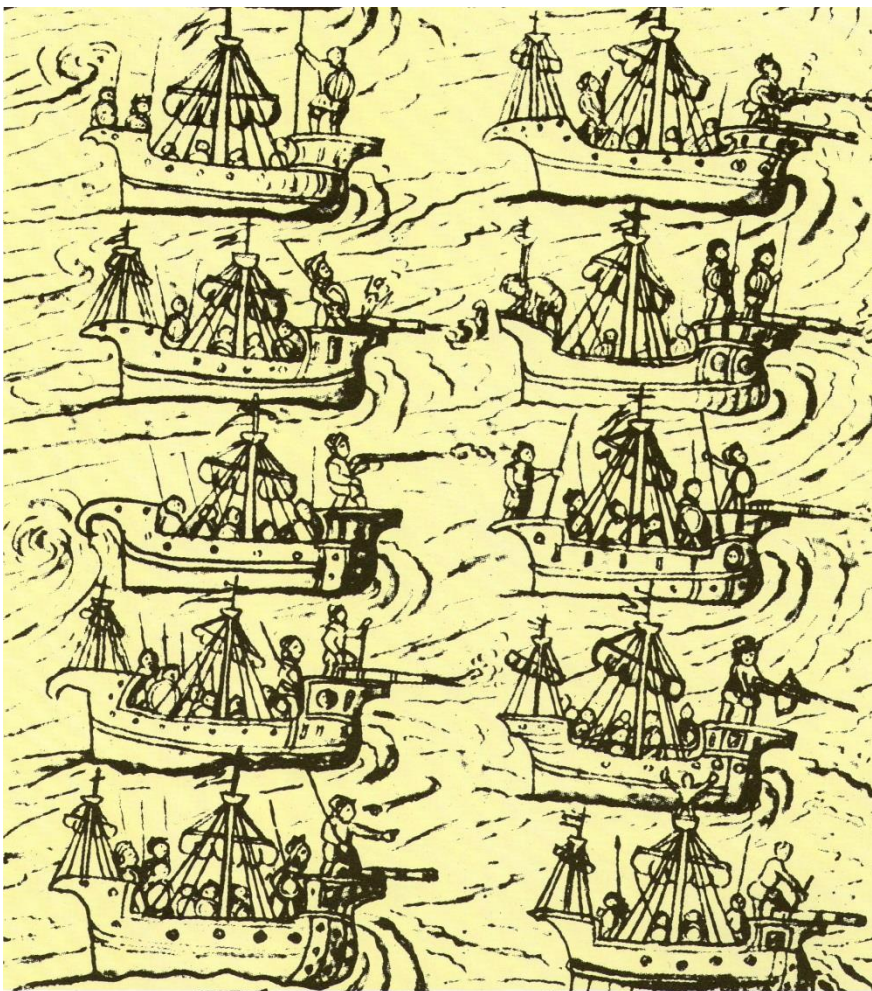


Imagen de los bergantines en el *Códice Florentino*.⁶⁶

El cerco de la ciudad

Para comenzar el asedio, Cortés asigna los puntos de ataque a cada uno de los capitanes importantes. Alvarado estará en la zona de Tlacopan, en donde nacen muy juntas las dos calzadas que llevan al Recinto Sagrado de Tenochtitlan una y al de Tlatelolco la otra. A Cristóbal de Olid se le asignará Coyoacán, un lugar que tiene acceso a la ciudad pasando por Huitzilopochco, el cual se unía a la calzada de Iztapalapa por medio de un camino corto.

Para el viaje desde Texcoco ambos capitanes avanzarán vía tierra, rodeando septentrionalmente la laguna. Bernal Díaz narra que ya desde entonces había fuertes

⁶⁶ Imagen tomada de Benítez, Fernando. *Op. Cit.* v.1. p. 132.

desavenencias por parte de Olid, manifestándose en una desagradable trifulca entre sus hombres y los de Alvarado por cuestiones de hospedaje en Acolman. Cortés es parco al referirse a esto en su relato; Bernal Díaz, que lo vivió, dice que el problema llevó incluso a tirar de las armas. Ambos capitanes, sin embargo, harán el viaje juntos. Llegados a la zona de Cuautitlán descienden hasta toparse con Azcapotzalco y Tlacopan. Se apoderan de los poblados y se instalan en las grandes casas de los señores. Olid deberá continuar unos kilómetros al sur hasta Coyoacán. Pero en el ínter de ese viaje, forman un grupo compacto y muy nutrido.

En estas circunstancias es cuando se da el primer ataque a la ciudad: Pedro de Alvarado, que seguramente ansiaba entrar en batalla aún antes de que se separase Olid, dirige una operación para romper el caño de agua potable que venía de Chapultepec. Estecano seguía la misma ruta que seguirá el acueducto colonial hasta bien entrado el siglo XIX: bajaba del cerro de Chapultepec, ascendía al norte por la Calzada de la Verónica⁶⁷, que vendría a ser la orilla occidental de la zona lacustre y luego doblaba a la derecha a su llegada a la calzada Tlacopan. Alvarado, sito en Tlacopan, manda a sus hombres a atacar el caño desde su nacimiento en Chapultepec. Los mexicas tenían un fuerte contingente para defender este punto tan estratégico, pero la operación era casi imposible, por la extensión de la línea del acueducto. Desde Tlacopan salió una partida y recorrió poco más de dos kilómetros hasta llegar al nacimiento del agua. Las batallas por tierra firme y a campo abierto habrían de ser un martirio para los indígenas debido a la diferencia tanto estratégica como armamentística con los españoles, tal como lo había demostrado la batalla de Otumba. Por más que hacían, los tiros de ballesta (a estas alturas no se quería gastar pólvora por parte de los españoles, ya que era escasa y su fabricación en tierras mesoamericanas era dificultosa), las espadas y las corazas, volvían a los españoles casi invencibles. Por más bien que los mexicas atacasen y se defendiesen con vigor y denuedo, las pedradas, las macanas con puntas de obsidiana, sus lanzas y flechas de madera no podían hacer realmente mucho. En una operación que resultó rápida, los españoles pusieron a los mexicas en retirada y

⁶⁷Hoy Circuito Interior Calzada Melchor Ocampo

prontamente se rompió el caño de agua, quedando la ciudad sin el vital líquido desde entonces⁶⁸.

Pedro de Alvarado, viendo la relativa facilidad con que pudo llevar a cabo la primera operación de la guerra, entonces piensa en ir a probar cómo sería el paso por las calzadas. Hay que recordar que para este momento no contaba aún con los bergantines que le asignará Cortés más adelante. En realidad, si es que hubo algún plan a seguir en un hombre tan temerario como Alvarado, esto sería una tentativa para ver cómo se guerreama en las calzadas y, si se podía, de una vez ir ganándoles terreno a los naturales.

Los dos bandos tenían como único marco de referencia para este tipo de batallas lo que había sucedido en la retirada de la Noche Triste. Para los españoles era un recuerdo nada grato; para los naturales, por el contrario, era una evocación que demostraba que los extranjeros y sus aliados no eran invencibles y que, colocándolos en una trampa sin salida, bien podían matarlos o convertirlos en víctimas de sacrificio. La diferencia era que ahora los españoles no huían, sino atacaban. De todas formas el resultado no habría de ser muy positivo para ellos en este primer experimento.

Alvarado escoge para esta prueba de ataque la calzada de Nonoalco, la que llevaba a Tlatelolco. Es muy fácil la confusión en este punto porque fuentes como Bernal hablan de un ataque por la calzada de “Tacuba”⁶⁹. En la praxis, ambas calzadas (la de Nonoalco y la que conocemos como México – Tacuba) podían llamarse de Tacuba por el simple hecho de que ambas llegaban a este mismo punto. Ahora bien, la narración tlatelolca del *Códice Florentino* dice que fue en *Nextlatilco*, “hasta el lugar que se llama Nonoalco”⁷⁰. Por otras referencias, también de Bernal Díaz y de Cortés sabemos, al analizarlas más detenidamente, que los ataques de Alvarado siempre se darán hacia Nonoalco, ya que era un camino mucho más corto que la de Tacuba para llegar a Tlatelolco. Además, ¿para qué atacar la ciudad de Tenochtitlan si Cortés se encargaría de eso desde el sur?

⁶⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 333.

⁶⁹ *Ibid.* p. 334. Se cree que el ataque de Alvarado fue por la tradicional calzada de Tlacopan que llegaba al Recinto Sagrado de Tenochtitlan. Esta confusión se entiende por ciertas ideas preconcebidas que se tienen, creyendo que el punto de comunicación de la isla hacia Tlacopan era solamente por esta vía.

⁷⁰ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 745.

La entrada por la calzada se da. Bernal Díaz es muy explícito en el capítulo CL para narrar la batalla y la estratagema de los mexicas: trataron de meter lo más posible a los invasores dentro de la calzada, luego los atacaron desde las canoas y desde la vanguardia a base de muchísimas pedradas y lanzas. A estas alturas, la multitud atrapada de invasores apenas y podía defenderse de tanto proyectil. Resulta que Alvarado incluso tenía que ordenar que los tlaxcaltecas no entrasen en la calzada, porque a la hora de la retirada resultaban más bien un estorbo. Para Bernal Díaz, contrariando a lo que dice Cortés, la caballería era inútil, ya que cuando ésta arremetía, los mexicas se tiraban al agua y les tendían celadas desde los flancos para matar a estos animales. Además, si es cierto lo que dice Díaz del Castillo de que la calzada medía ocho pasos de anchura, habría resultado imposible activar la caballería teniendo a la infantería apelotonada por delante. En esta primer tentativa de asalto a las calzadas, los españoles llegarían al primer puente de la calzada de Nonoalco “donde está ahora una iglesia que se llama San Miguel- dice el relato de Sahagún⁷¹”. Para ello recorrieron desde tierra firme casi un kilómetro. Lo que querían los mexicas era hacerlos cruzar para entonces atraparlos. Como la acción no fue favorable, Alvarado tuvo que ordenar el repliegue. Esta parte de casi un kilómetro de longitud era la que estaba metida en el agua, pero al llegar a Nonoalco, se llegaría a una parte llena de isletas, donde es difícil dilucidar si podemos hablar ya de terreno firme o de chinampas muy protegidas por agua.

Olid, que se sentía incómodo estando en la zona asignada a Alvarado, ya que implícitamente éste era quien mandaba allí, decidió seguir su camino a Coyoacán, pese a los ruegos para no separar sus fuerzas de parte del mismo Alvarado. El pretexto que usó Olid fue precisamente este ataque tan arriesgado hacia la ciudad. Argumenta que Alvarado es poco calculador y más bien arriesgado. Así que se separa y se va a Coyoacán. Olid no lo sabía, pero al irse a este pueblo, queda prácticamente marginado de lo que queda de la contienda, siendo su papel únicamente mandarle refuerzos a Cortés y a cubrirle las espaldas de posibles ataques desde tierra.

⁷¹ *Ibid.* Esta iglesia se conoce actualmente como parroquia de San Miguel Arcángel. Se encuentra en la esquina sureste del cruce de Flores Magón (calzada de Nonoalco) con Insurgentes Norte, al norte de la estación Buenavista. Comparando el plano actual con el de García Conde, donde aparece efectivamente una acequia que coincide con el trazo actual de Insurgentes, podemos decir que unos metros al poniente de ese crucero actual fue donde se encontraba el puente que vio el primer ataque a la ciudad. Incluso podemos ver que el trazo de esa acequia (que es una reminiscencia del antiguo canal, sobre todo en el cruce con Nonoalco) que aparece en el plano de García Conde, ya más al norte coincide con la calle llamada Geranio.

Cortés, para ese momento, ordena que el alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, se dirija a atacar Iztapalapa por tierra. Éste bordeará la costa desde Texcoco hasta la Península de la sierra de Santa Catarina. Al atacar Iztapalapa lo hará llegando por la parte oriental. Es una lástima, como todo lo referente a las acciones de Sandoval durante esta guerra, que no tengamos un relato de primera mano de esta batalla, ya que quienes la describen son Cortés y Díaz del Castillo, que no la vivieron en carne propia. Con los escuadrones de aliados indígenas Sandoval entró a Iztapalapa y comenzó a ponerle fuego a la parte construída en tierra firme (la parte sur), ya que la zona chinampera (donde se encontraban los palacios, actualmente la zona donde se halla la plaza delegacional) presentaba ciertas dificultades de acceso por estar rodeada de agua. Los indígenas combatieron reciamente a Sandoval, pero pronto se dieron cuenta que era muy difícil pelear con los españoles y sus aliados en tierra firme y decidieron embarcarse. En las barcas estaban a salvo de los combates cuerpo a cuerpo contra los españoles, que era cuando éstos podían usar sus armas terribles como el caballo y la espada. Desde sus canoas los atacaban a distancia con proyectiles⁷².

Al mismo tiempo que ésta acción tenía lugar, por fin Cortés decide hacer uso de los bergantines, dirigiéndose con ellos desde Texcoco hasta uno de los peñones⁷³, un punto donde los mexicas se habían fortificado. El plan de Cortés era dejar que Sandoval entrase con sus huestes en Iztapalapa, hubiese combate y entonces él acudir allí con los bergantines, haciendo presunción de la velocidad de estos navíos. No obstante, se le hizo fácil acercarse al Peñón y tomarlo⁷⁴. De esta forma, simultáneamente había una dura guerra en Iztapalapa y en el Peñón. En Iztapalapa sin embargo, había gente lista en el Cerro de la Estrella para solicitar ayuda por medio de señales de humo a los demás pueblos. Así que cuando Sandoval era duramente atacado en la parte terrestre del pueblo, desde la cima del cerro se comenzaron a hacer grandes ahumadas. Éstas funcionaban, lo mismo que en Europa y en el mundo Mediterráneo, como mensajes de larga distancia.

⁷²Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p.335

⁷³ No sabemos si se trata del de los Baños o el del Marqués (actualmente Peñon Viejo) aunque lo más probable es que haya sido este último, porque estaba mucho más próximo a Iztapalapa. Además, el nombre “del marqués”, como se le conoce también, es una clara alusión a Cortés.

⁷⁴Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p.133

Inmediatamente una gran cantidad de barcas mexicas salen de diferentes puntos y se dirigen hacia el Peñón. Cortés, que combatía la parte de arriba de éste, donde muestra su ferocidad, ya que dice que no perdonó a nadie salvo mujeres y niños, al ver la llegada de una gran flota de canoas, inmediatamente hizo que sus hombres volvieran a los bergantines.⁷⁵ Muchas de las barcas que acosaban a Sandoval en la parte lacustre de Iztapalapa se fueron a la zona del peñón para atacar los bergantines.

Por un momento ambas flotas, la invasora y la de los mexicas, estuvieron frente a frente. Estos últimos se preguntarían acaso cómo funcionarían aquellas naves extrañas a las que ya una vez Moctezuma II se había subido precisamente para ir a un viaje “turístico” al mismo Peñón en la época en que estaba preso, pero en “buenas relaciones” con *Malinche*.⁷⁶ Seguramente muchos no entenderían cómo funcionaba una nave con velas, ni mucho menos podían alcanzara comprender el alcance destructivo de semejantes cosas. Ese fue el momento en que lo comprenderían.

Los bergantines, doce en su número (uno más, “*Buscarruido*”, fue sacado de combate muy rápido por temor a que lo capturasen⁷⁷) se enfrentarían a alrededor de mil canoas de los naturales. Era lógico que los mexicas confiaran en su superioridad numérica, más que para ese momento los tlaxcaltecas, aliados de Cortés, no tenían canoas propias. Así pues era una batalla de un millar de barcas contra una flota de trece navíos, que por otra parte, al no ser muy grandes como los galeones que surcaban el océano, sino más bien pequeños, no despertarían mucho miedo. Aquellos lanchones apuntaban con su proa hacia ellos, donde se encontraba una pieza de artillería. Probablemente podía hacer daño, pero no lo suficiente como para diezmar a tantas barcas.

Esta era la carta bajo la manga de Cortés. Hasta ese momento los mexicas se habían mostrado muy confiados y altaneros en sus combates desde las canoas, donde se sentían muy seguros. Los recientes combates en la calzada de Nonoalco con Alvarado y en Iztapalapa con Sandoval lo demostraban. Desde la Noche Triste la flota mexica era la

⁷⁵*Ibíd.*

⁷⁶ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp. 191 – 193.

⁷⁷*Ibíd.* p. 337

salvación de los naturales. Ahora Cortés se proponía demostrarles que también en el agua ellos eran muy inferiores a los españoles. Es pertinente reproducir al las palabras que dice al respecto:

*... mandé a los capitanes de los bergantines que en ninguna manera se moviesen, porque los de las canoas se determinasen a nos acometer y creyesen que nosotros, de temor, no osábamos salir a ellos; y así comenzaron con mucho ímpetu de encaminar su flota hacia nosotros. Pero a obra de dos tiros de ballesta reparáronse y estuviéronse quedos; y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro que con ellos hubiésemos fuese de mucha victoria y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño...*⁷⁸

Se percibe claramente que su intención era tenderles una trampa, porque eso era en realidad, una trampa que tuviera en ellos un efecto psicológico devastador. Viene de pronto una corriente de aire desde el poniente y entonces los bergantines salvando rápidamente la distancia que los separaba de las canoas, se estrellan contra éstas, demoliéndolas con el impacto. Probablemente si los mexicas se hubieran acercado más a los bergantines, no habría pasado lo que pasó, ya que este terrible choque se dio debido a que la distancia que los separaba permitió a los bergantines acelerar y alcanzar velocidad. Al ser navíos pequeños, en realidad el choque debió dañar un número limitado de barcas, sólo las que se encontraban hacia la proa. Las demás, que quedaron hacia babor y estribor no resultarían dañadas por el encuentro. Sin embargo hacia los lados era donde se encontraban los ballesteros, que al tener como blanco un grupo nutrido de canoas, hacían puntería sin dificultad. El ataque de las barcas hacia los bergantines resultaba muy difícil. Sus pedradas y sus lanzadas realmente causaban poco daño a los españoles, ubicados y atrincherados tras barandales y cubiertos con cascos y corazas de metal. No había forma tampoco en que pudiesen, por muchas que fuesen las canoas, dañar físicamente a los bergantines. En cambio éstos, primero con el choque y luego con la pieza de artillería que tenían enfrente, podían hacer muchísimo daño a la flota de barcas.

⁷⁸Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 133.

El encuentro logra el objeto de Cortés. Los mexicas se dan cuenta que también en el agua, donde antes ellos se sentían fuertes y a salvo, eran incluso más vulnerables que en tierra. En tierra temían a los caballos precisamente por la cargada veloz que podían hacer. Ahora en el agua era lo mismo con esas naves raras y ahora temibles. Viene una rápida desbandada y las canoas se van a resguardar a la ciudad, metiéndose entre los canales de las chinampas. De un momento a otro, la laguna pasó a estar en manos de los españoles. Éstos siguen el alcance a las barcas durante una gran distancia hasta que se meten en Tenochtitlan.

La estrategia mexica va a tener que cambiar. Ahora las canoas van a tener que actuar desde donde los bergantines no tengan contacto con ellas. Van a tener que actuar a escondidas, aprovechando la oscuridad de la noche o la lejanía de los barcos. A éstos los van a tratar de atrapar primero para capturarlos. No habría otra forma de neutralizarlos sino con celadas que les restasen su velocidad y empuje para finalmente capturarlos y destruirlos, ya que no sabían usarlos. Esa será la nueva estrategia de los mexicas.

Cortés se apresura a adueñarse de facto de la laguna, como vimos, dando caza a las barcas hasta que estas se tuvieron que meter entre los canales de las chinampas de la ciudad Alvarado aprieta y realiza un ataque nuevamente por la calzada de Nonoalco. En este punto es donde la situación de la Ciudad de México – Tenochtitlan se presenta de modo radicalmente diferente a como la imaginaron los mexicas. Ellos eran fuertes en ella siendo dueños de la laguna con su flota de canoas; pero ahora eran los españoles con sus bergantines quienes se podían mover a placer por ella sin ningún tipo de temor hacia las canoas.

Cuando la guarnición de Cristóbal de Olid, en la costa de Coyoacán, ve el desbarato que sufre la flota mexica en su encuentro con los bergantines, se apresura a presionar también vía terrestre. Ya vimos que este pueblo se comunicaba con la parte de la calzada de Iztapalapa que iba de norte a sur llegando a las inmediaciones de Huitzilopochco (Churubusco). Por ese punto la guarnición de Cristóbal de Olid comenzó a presionar peleando contra los indígenas que se encontraban combatiendo en la calzada, probablemente resguardando el fuerte que se encontraba en la bifurcación. Éstos habían roto puentes y habían armado albarradas tras las que se resguardaban mientras esperaban el

ataque de los españoles. Son derrotados rápidamente gracias a la nueva arma de los bergantines. Mientras trataban de impedir el paso de los españoles por medio de albarradas y ataques a base de proyectiles y lanzas, llegan súbitamente algunos bergantines, flanquean la calzada y atacan con piezas de artillería y las ballestas. Era el mismo tipo de guerra que ellos pensaban hacer contra los españoles para lo que los atraían dentro de las calzadas. El problema súbito que les había venido era la derrota de las barcas, con cuyo apoyo siempre habían contado y ahora en lugar de éstas estaban los bergantines, mucho más dañinos y eficaces, en contra suya. Los puentes quitados eran pequeños por lo que se puede ver, así que los bergantines fueron usados como tales y los españoles, siempre seguidos de las tropas tlaxcaltecas, pudieron pasar y avanzar por la calzada relativamente fácil.

A estas alturas sin embargo, hacia el poniente, los mexicas todavía se encontraban a salvo del otro lado de la calzada de Iztapalapa, ya que como las aberturas que se habían hecho a las calzadas eran con el objeto de permitir el tránsito de barcas de un lado a otro, eran de una anchura menor a la que podían salvar los bergantines, mucho más anchos que éstas. Así que los navíos no podían pasar del otro lado. El escenario militar en este avance por la calzada es muy interesante, porque por un lado, estaban los trece bergantines apoyando a los españoles, y por el otro, infinidad de canoas mexicas apoyando a los suyos. Sin embargo el ejército hispano, apoyado por el tlaxcalteca, el cual por sí sólo casi igualaba en número a los mexicas, lograba avanzar rápidamente hacia la ciudad. El apoyo de las barcas hacia los mexicas por el flanco poniente no podía igualar al de los bergantines por el flanco oriental. No obstante, gracias a esta situación, los mexicas, cuando se veían en serio peligro en las batallas, se echaban al agua por donde estaban las canoas para ponerse en salvo: “...y de ellos mataban y de ellos se echaron al agua de la otra parte de la calzada por donde no iban los bergantines”⁷⁹.

Cortés, en este mismo momento había terminado de acosar a las canoas que había desbaratado cerca del Peñón y se dirigió hacia la parte norte de la calzada, adonde todavía no llegaban los del real de Coyoacán. Allí, en un lugar indeterminado, quizá en las inmediaciones de la avenida Chabacano, desembarca con sus hombres y ataca un recinto

⁷⁹*Ibid.* p. 134

donde había dos adoratorios cercados con una barda, llamado *Acachinanco* por los naturales “... y vinieron por la laguna hasta un desembarcadero que se llama *Acachinanco que es cerca de México, en derecho de San Antón (San Antonio Abad), iglesia que está cerca de las casas de Alvarado*”⁸⁰. Los mexicas lo defienden bravamente, pero Cortés se los gana fácilmente. A estas alturas todavía lo atacaban duramente con barcas por ambos lados de la calzada, ya que era un lugar relativamente a salvo por ser próximo a México. Cortés estudia la situación de este lugar y ve que es cercano a la ciudad “*Y porque lo que restaba de la calzada de allí a la ciudad, que era media legua*”⁸¹. Así pues, decide volverlo un embarcadero provisional de los bergantines. Poco después se le unen los hombres de Coyoacán, que venían guerreando por toda la calzada. Como los ataques mexicas no cesaban, y como también lo que restaba de la calzada hacia la ciudad estaba lleno ellos y las canoas se la pasaban atacándolos a distancia, Cortés manda sacar tres piezas de artillería “*Tres tiros gruesos que yo traía*” y comienza a disparar hacia aquella multitud de guerreros que tenía enfrente, causándoles enormes pérdidas. En una acción malaventurada el artillero, quizá por inexperiencia o por nerviosismo, quema la pólvora y deja por un tiempo estas piezas inservibles. Cortés mandará un bergantín a que le traiga el preciado explosivo de Iztapalapa, donde se encontraba Sandoval

Se comprende por parte de los mexicas a estas alturas, que todas las medidas de defensa que habían implementado para defender su ciudad son poco útiles. ¿De qué sirvió romper todas las puentes de las calzadas y poner albarradas si los españoles, con los bergantines, se podían acercar a su antojo a la ciudad y destruirla con sus armas de fuego? ¿Qué podía hacer la flota mexica contra moles de madera muy rápidas que despedazaba sus canoas con sólo tocarlas con la proa? La respuesta es muy cruel: nada. El desasosiego reinó en la población a partir de ese día, y no sólo en la de la ciudad, sino en la de todas las poblaciones que se mantenían fieles a ésta. Los españoles, por el contrario, sintieron ese dulce sabor de la venganza por lo acaecido en la Noche Triste. Así lo narran Cortés y Bernal Díaz, regocijándose en la sorpresa que les infundió a los mexicas el poder de sus bergantines. El impacto psicológico de esta demostración de fuerza y tecnología va a tener consecuencias dramáticas: los mexicas van a seguir defendiendo bravamente su ciudad pese

⁸⁰Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 745.

⁸¹ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 134.

a que su situación era de clara desventaja; por otro lado, las poblaciones de la ribera de la laguna, que también van a cobrar temor a los españoles por esta demostración, van a sopesar, pensando en su propia conveniencia, en permanecer fieles a los mexicas o pasarse al bando de los españoles. Esta incertidumbre va a ser aprovechada por Cortés muy rápidamente, como lo veremos en su momento.

Ese mismo día en que se desbarataron las canoas de la ciudad y se avanzó por la calzada de Iztapalapa hasta Acachinanco, Cortés dispuso que la mitad de los hombres establecidos en Coyoacán se fuesen con él y también algunos otros que andaban con Sandoval en Iztapalapa. Su plan primigenio, como él mismo lo dice, era establecerse en Coyoacán, pero debido a la ubicación de Acachinanco, cerca de la ciudad y defendido por un pequeño muro, decide establecer su real allí. No debemos olvidar que el real de Cristóbal de Olid, sito en Coyoacán, era en realidad el real de Cortés. Desde las diferencias que este capitán tuvo con Alvarado en Acolman, ya se había hecho sospechoso a Cortés y éste, al darle el mando de esa tropa en específico, de facto lo subordinaba a su propio mando. Es por ello que durante el resto de la guerra se hablarán sólo de tres reales. La gente que Cortés le asignó a Olid, la misma que participó en el ataque perpetrado por Alvarado hacia Nonoalco, será la gente que mandará directamente Cortés. Olid no figurará en la guerra más que como una especie de guardián que permanecerá en Coyoacán. Esta actitud de aislamiento seguramente contribuirá a la traición que le hará a Cortés en la expedición a las Hibueras. Así pues el virtual real de Coyoacán se trasladará a Acachinanco. En la posición de Olid permanecerá una guarnición bajo el mando de Olid, pero será sólo para guardarle la espalda al real de Cortés de un posible ataque desde esa zona.

La situación de Acachinanco como real de Cortés era al principio polémica. Este lugar era seguramente una protuberancia de la calzada donde se había construido un complejo de dos pirámides. El nombre del topónimo “en casas con muro de caña”⁸² nos indica claramente una situación lacustre, ya que dicha caña bien podían ser los cañaverales que crecen en las orillas de las lagunas. Cortés mismo dice que alrededor de esa parte de la calzada era todo de agua. El terreno, entonces, fuera de la anchura de la calzada, ensalzada por Cortés en

⁸²Tomado del diccionario publicado por Angel María Garibay en Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 915

otras partes, era muy escaso. Sin embargo su situación amurallada (bardeada, mejor dicho) le daba algunas ventajas. Por otro lado, establecer el real en Coyoacán era complicado porque a pesar de que desde allí se controlaría la flota de los bergantines, los ataques por tierra a la ciudad se complicarían mucho al estar a más de seis kilómetros de la ciudad. En cambio, en ese punto tenían además de un recinto con barda, un pequeño embarcadero o al menos así lo llaman las mismas fuentes indígenas⁸³. El estar en medio de la calzada y rodeado de agua era una situación similar a la que se había vivido en la Noche Triste. Del otro lado de la calzada, además, tenían a los enemigos en sus barcas, ya que los navíos no podían llegar hasta allí todavía. Ahora bien, la clave de la funcionalidad de este lugar como campamento militar radicaba en la presencia de los bergantines. Lo pequeño del sitio sería en ellos compensado, ya que muchos de los hombres, incluidos los aliados tlaxcaltecas, habrían de ir a pernoctar a bordo, ya que por pura lógica no podían ser abandonados ni un instante por riesgo de caer en manos mexicas. Así pues, el real de Acachinanco lo constituirían el recinto amurallado y los propios bergantines.

En la noche reciben un inesperado y furioso ataque por parte de los mexicas. Probablemente habría sido un ataque con el fin de infundirles miedo y que se retirasen de allí, que era un punto cercano a Tenochtitlan. Habían comprendido que buena parte de la eficacia de los bergantines radicaba en que tuvieran visibilidad sus ocupantes. En la noche no podían ver bien adónde ir ni hacia dónde apuntar las temibles piezas de artillería. Acuden y dan cierta guerra que Cortés, el cual minimiza este hecho en su narración, aunque destaca la sorpresa que tuvo al ser atacado en la noche, ya que sabía que los pueblos mesoamericanos no lo hacían tradicionalmente. Los bergantines estaban a punto y aunque no veían bien las canoas, si percibieron adónde estaba el mayor número de ellas. Hacia allí apuntaron los tiros y los disparos de ballestas y escopetas. El combate estuvo fuerte pero luego los mexicanos ya se retiraron.

Al día siguiente, cuando llegan los hombres de Iztapalapa y Coyoacán, se vuelve a entablar un combate contra un nutrido número de canoas y de gente de a pie. Cortés manda que los bergantines exploren las orillas de la isla y se metan a los canales donde quepan, que no

⁸³Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 745.

fueren retorcidos e hiciesen el mayor daño posible. Así, con los bergantines por delante, decide avanzar hacia la ciudad y llega a las inmediaciones de ésta. Llega al lugar llamado *Xoloco*, donde hoy se encuentra la iglesia de San Antonio Abad y allí había una acequia tras la cual estaba hecho un muro de mampostería.⁸⁴ Siempre rodeado y apoyado por los bergantines, que se habían metido en la acequia, a base de cañonazos demuele el muro y la albarrada. Asimismo, como los mexicas que atacaban desde las canoas se encontraban libremente del otro lado de la calzada, Cortés manda romperla a los aliados tlaxcaltecas⁸⁵ en un punto aledaño a Acachinanco y pasan del otro lado cuatro bergantines.

*Y porque de la otra parte de la calzada, como los bergantines no podían pasar, andaban muchas canoas y nos hacían daño con flechas y varas que nos tiraban a la calzada, hice romper un pedazo de ella junto a nuestro real, e hice pasar de la otra parte cuatro bergantines, los cuales, como pasaron, encerraron las canoas entre las casas de la ciudad.*⁸⁶

Con esto, incluso la parte occidental de la laguna queda en manos de los invasores. Los mexicas ya no osarán tampoco ni siquiera asomarse en sus canoas hacia la laguna sino con muchas precauciones.

En esta jornada, como los bergantines anduvieron en las inmediaciones meridionales de la isla y por tierra se les llegó hasta la mera puerta de la ciudad, la devastación fue brutal. Los bergantines se metieron por la acequia de Chimalpopoca, por el lado oriente: “*Dos bergantines lentamente vienen bogando: solamente de un lado del canal van pasando. Del otro lado no viene barco alguno, por haber casas.*”⁸⁷ También entraron por algunas otras que no estuviesen retorcidas, por el barrio de Zoquipan (el sureste de la ciudad, cuya sede estaba donde hoy está la iglesia de San Pablo): Las casas aledañas a éstas, en las riberas, junto a las canoas que pertenecían a sus habitantes, fueron atacadas. Los aliados tlaxcaltecas se dieron a saquear el lugar, lo mismo que los españoles, aunque las crónicas mexicas resaltan más el ataque por parte de sus enemigos tradicionales⁸⁸. Este episodio es muy bien aprovechado por los informantes, que eran tlatelolcas, para resaltar la cobardía de

⁸⁴*Ibid.* pp. 745, 746 y 793. Es la acequia que pasó por la que hoy es calle de Chimalpopoca en la colonia Obrera, la cual pasaba unos metros al norte de la iglesia de San Antonio Abad, o sea de Xoloco.

⁸⁵Los españoles nunca habrían de hacer el rudo trabajo de demolición. Eso será tarea de los indígenas aliados.

⁸⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 135.

⁸⁷Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 792. Efectivamente, a unos metros al poniente de la calzada de Iztapalapa, la acequia de Chimalpopoca tenía varios dobleces debido a la presencia de casas, incluso hasta el siglo XVIII. Esto era por el rumbo de la desaparecida iglesia de San Salvador el Verde (aunque una calle que da a Fray Servando preserva el nombre) en la colonia Obrera. *Vid.* Plano del conde de Tepa en Benítez, Fernando. *Op. Cit.* v5. pp. 46 – 47.

⁸⁸Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 792 y 793.

los tenochcas, que de Zoquipan salieron huyendo dejando todas sus casas sin llevarse nada de tanto miedo que les infundió el ataque naval. Se aprovecha para resaltar que fueron los tlatelolcas con sus canoas quienes fueron a luchar contra los españoles. La rivalidad entre ambas ciudades gemelas no muere en la conquista; como esto demuestra, es fehaciente incluso hasta principios del siglo XVII.

La actividad de los bergantines se vuelve muy hostil, a un grado que no imaginaban los mexicas. Ya no sólo cubrían los flancos de los españoles en su trayecto por las calzadas. Ahora circundaban la isla, veían por qué canal podían meterse y allí, usando el cañoncito, las ballestas y las escopetas, causaban el mayor daño posible, que llegaba a niveles inimaginables para un pueblo mesoamericano. Lo que los salvaba eran los malos pasos naturales y las líneas quebradas que luego presentaban algunos canales en su boca. Ahora bien, ya sabemos que los grandes canales de esta época llegaron a la época colonial e incluso sobrevivieron hasta el siglo XVIII. Éstos, al menos en el trazo colonial si preservan la línea recta hasta la orilla de la isla, por lo que es de presumir que por allí estos navíos se introducían para llevar a cabo su arrasamiento. Dónde había zigzagueo y tenía malos pasos naturales eran los canales menores, los que había entre las chinampas. Así pues la destrucción provino de los canales principales como la acequia de Chimalpopoca, la de la Merced y probablemente por la de Santo Domingo.

Gonzalo de Sandoval decidió moverse de Iztapalapa hacia Coyoacán. Buena parte del pueblo había sido quemada, por lo que esa entrada y baluarte exterior de Tenochtitlan ya estaba destruído. Entonces decidió irse a Coyoacán para después incorporarse a Cortés en Acachinanco. Para ello tenía que tomar la primera parte de la calzada de Iztapalapa, la que iba de oriente a poniente. Llega a Mexicaltzingo, que era un pueblo cercado completamente por el agua, pero que no tenía tantas casas dentro de chinampas, sino más bien en tierra firme. Allí los nativos le dan fuerte batalla y Sandoval, aprovechando que el acceso a casi todo el pueblo es por tierra seca, le pone fuego y la destruye. No obstante, estar en Mexicaltzingo era una trampa, ya que se encontraba en medio de la calzada y bastó que los mexicas destruyesen ésta de un lado y de otro para cercarlo completamente. Quedó atrapado en esa isleta entre Huitzilopochco e Iztapalapa. Como los bergantines no podían

pasar del otro lado de la calzada, hacia el sur, donde estaba el lago de agua dulce, un fuerte contingente de canoas lo combatía por el flanco sur. Además Cuauhtémoc, le envió refuerzos a este pueblo para que se defendiese y cortase la retirada de Sandoval abriendo boquetes en la calzada⁸⁹. El alguacil mayor quedaría atrapado a no ser que Cortés se dio cuenta de esto rápidamente y mandó dos bergantines a socorrerlo. El ataque mexica no cesó, pero sí aflojó mucho en cuanto llegaron las naves españolas. Con éstas, Sandoval y sus hombres pudieron cruzar los boquetes que había en la calzada y llegaron a Coyoacán, donde pasaron la noche. Al otro día Sandoval decidió irse a unir a Cortés a Acachinanco.

En la calzada de Iztapalapa, los combates entre los invasores y los mexicas son todavía feroces. Los ataques de estos últimos ya son más a pie por la calzada, ya que las canoas se veían muy amenazadas por los bergantines. Cortés no duda y usa de la artillería para combatirlos, la cual generó al principio terribles bajas para los mexicas, que acudían a montones siendo un blanco multitudinario muy fácil. Sin embargo los mexicas aprenden rápido la lección: dice el texto de Sahagún, en la versión náhuatl, que los mexicas, al darse cuenta que los tiros de cañón siempre iban en línea recta, caminaban en zigzag y se escondían tras las casas, reduciendo el alcance de estas armas⁹⁰. Esto no es tan fantasioso como se puede creer, no se olvide que las armas que usaban los españoles eran culebrinas y cañones pequeños. No son los cañones que se nos vienen a la mente hoy en día, que datan del siglo XVIII sobre todo. No obstante, las bajas que causarían estos tiros, por más que se buscara esquivarlos, debieron ser bastantes. Es en esta circunstancia cuando Sandoval acude a ponerse al lado de Cortés. Tiene que combatir en todo el trayecto por la calzada con los escuadrones mexicas, que atacaban reciamente con proyectiles. Se une a Cortés, que también peleaba en aquel momento y resulta herido en un pie por una lanza. Triste ironía para los mexicas: un tiro certero de ellos consta de atravesar un pie enemigo con una vara, mientras los tiros de los cañones destrozaban mínimo cuatro mexicas mientras los de las escopetas y ballestas, por cada uno era una baja segura, como dice el texto de Sahagún: *“de modo igual las flechas de hierro aquel a quien daban en el blanco ya no escapaba, moría al momento, exhalaba su aliento final”*⁹¹. Sandoval es atendido en el real de Acachinanco.

⁸⁹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p.135 *cf.* Díaz del Castillo. *Op. Cit.* p. 326.

⁹⁰Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 793

⁹¹*Ibíd*

Estas batallas en la calzada se prolongarán durante seis días, según Cortés.

Para este momento es tiempo de ver lo que pasaba en Tlacopan, en el real de Pedro de Alvarado. Desde que había llegado allí a Tlacopan en compañía de los hombres asignados a Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado realmente no había podido hacer mucho, ya que Cortés era quien controlaba los temibles bergantines. Tan es así que Bernal Díaz más bien refiere lo que estaba pasando con Cortés y Sandoval, siendo su narración en algunos puntos inexacta, ya que lo que supo era de oídas. Los mexicas tenían también la esperanza de ser a Alvarado a quien primero derrotasen, por lo que siempre había ataques hacia el real de Tlacopan. Para este momento, como se puede comprender, el badajocense y sus hombres sólo se habían limitado a estar en una posición defensiva. *“D. Pedro de Alvarado que estaba todos aquellos días peleando contra los de Tlatilulco en aquella estancia que llaman Iliácac, cabe Nonoalco, no hizo ninguna cosa, porque los del Tlatilulco se defendieron muy bien por tierra y por el agua”*-dice el texto en español escrito por Sahagún.⁹² A estas alturas efectivamente Cortés ya tenía bloqueada la ciudad por todo el lado sur y oriente y cualquier tipo de refuerzo que quisiera llegarles de la zona chinampera se habría de estrellar contra la gente de Olid en Coyoacán y se encontrarían con el pueblo de Iztapalapa ya semidestruido y con la calzada rota por los mismos indígenas. Los bergantines se podían desplazar desde un punto de la laguna hasta otro con una velocidad sorprendente, mientras las canoas eran muy lentas y de difícil maniobrabilidad. Alvarado la tenía bloqueada por el lado Occidental, ya que al ubicarse en el señorío de Tlacopan tenía en su poder el nacimiento de las dos calzadas que llegaban tanto al centro ceremonial de Tenochtitlan como de Tlatelolco. Los españoles habrían podido pensar que México ya estaba completamente bloqueada, hasta que desde el real de Alvarado se vio que había cierto desplazamiento por la parte norte, por dos calzadas que hasta entonces los españoles no habían visto seguramente. Cortés dice:

Otro día Pedro de Alvarado, que estaba por capitán de la gente que estaba en guarnición en Tlacopan, me hizo saber cómo por la otra parte de la ciudad, por una calzada que va a unas poblaciones de tierra firme (Tenayuca, actualmente Vallejo), y por otra pequeña que

⁹²*Ibíd.* p. 747

*estaba junto a ella (Tepeyac, actualmente Villa de Guadalupe) los de Temixtitán entraban y salían cuando querían.*⁹³

Por allí pasaban bastimentos y agua potable. Eran calzadas que no habían visto en su estancia pacífica en la época de Moctezuma II porque habían pasado ese tiempo aposentados en las Casas Reales, en el corazón de Tenochtitlan. Estas dos calzadas correspondían a Tlatelolco, y se encontraban muy al norte de la isla. En la visita que hicieron al mercado de la ciudad gemela septentrional tampoco percibieron la existencia de estas calzadas o no les tomaron importancia, quizá porque en Yacacolco el camino que se bifurcaba hacia la calzada del Tepeyac y hacia el gigantesco tianguis no despertó tanto su atención, ya que en ese punto todavía faltaban varios centenares de metros para el inicio de dicha calzada. La otra, más grande, la de Tenayuca, se encontraba muy lejos de cualquier punto por el que hubieran pasado los españoles, ya que se encontraba en la punta noroeste de la isla; para verse quizá sólo era posible desde el Templo Mayor de Tlatelolco. Teniendo en cuenta que Tlatelolco era una zona más chinampera que Tenochtitlan, ya que poseía un centro ceremonial más pequeño y más barrios habitacionales, quizá los mismos árboles que crecían aquí y allá ocultaban la vista de estos puntos. Se puede argumentar contra esta afirmación que hacemos del desconocimiento de estas salidas del norte, el hecho que en el plano atribuido a Cortés, el publicado en Nüremberg hacia 1524, ya presenta estas calzadas.

Ahora bien, es poco creíble que hasta ese punto los españoles no hubiesen tenido ninguna noticia de ellas. Lo más probable es que hayan tenido rumores por boca de los mismos indígenas, pero es obvio que no las habían transitado hasta entonces y era un terreno que no conocían, por lo que era arriesgado aventurarse en ellas. Y si, es claro que Cortés había diseñado su plan de ataque teniendo en cuenta los lugares que ya conocían. Esta cita de Cortés que reproducimos arriba prueba casi un desconocimiento de su existencia.

Quien se da cuenta de que por esas dos vías los mexicas metían bastimentos y se salían de la ciudad es Pedro de Alvarado, ya que desde el punto donde atacaba en Nonoalco era más perceptible la parte norte de la isla de México. Da aviso a Cortés y éste se apresura a

⁹³Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 126

mandar por tierra a Gonzalo de Sandoval, quien se hallaba recuperándose de la dolorosa herida que le hicieran los mexicas, hacia la calzada corta, la del Tepeyac. Este es un dato curioso, ya que este hecho de mandarlo por tierra ilustra la escasa capacidad que tenían los bergantines. Sandoval es enviado por tierra por el simple hecho de que tenía que llevar cerca de ciento cuarenta personas más veintitrés caballos. Ese número de gente y de equinos no cabía en los bergantines, los cuales tenían asignados ya determinado número de hombres que literalmente estaban aposentados allí.

Así pues tenemos que Sandoval llega al Tepeyac, la punta más meridional de la enorme sierra que ahora llamamos de Guadalupe. Allí terminaba la calzada que nacía en Yacacolco, donde actualmente se levanta la iglesia de Santa Ana, en la colonia Morelos. Ésta era un camino que prácticamente terminaba en un cerro peninsular rodeado de agua. Solo una pequeña superficie plana había entre la boca de esta calzada y la pendiente del cerro y en tan escaso terreno se había levantado un pueblo pequeño⁹⁴. Allí establecerá Sandoval su campamento o real. Como diría César al cruzar el Rubicón, la suerte estaba echada, pero para una ciudad. Bien afirma Cortés: *“Y desde allí adelante la ciudad quedó cercada por todas las partes que, por calzadas, podían salir a tierra firme”*. Como en una ejecución, la horca tendida por los españoles sobre la ciudad mexicana acababa de cerrarse. Ahora, por más esfuerzos que hiciera la ciudad y su población para librarse, sólo serían los espasmos del ahorcado que trata de zafarse de la horrible sensación de asfixia; pero esa cuerda implacable se cerraría, probablemente de manera paulatina, pero también de manera irremediable.

El ataque directo

La isla de México ya estaba sitiada: por tierra, las calzadas estaban bloqueadas por una guarnición nutrida cada una, y por agua, los bergantines daban caza a cualquier canoa que osase navegar fuera de la ciudad. Cada que se capturaba una, significaba la inmediata

⁹⁴Así lo califica Cortés. *Op. Cit.* p. 136.

ejecución de sus ocupantes por ahorcamiento. Y al igual que los mexicas levantarán un “tzompantli” con las cabezas de los invasores ejecutados, los españoles ahorcarán a los indígenas capturados en las canoas y dejarán sus cuerpos suspendidos del velamen de los bergantines.⁹⁵ Cortés decide comenzar a recrudecer las hostilidades hacia México. Ahora ya piensa en un ataque directo para ir tomando la ciudad en lo que fuera posible. Cortés entonces decide intentar un ataque directo hacia la ciudad. Anteriormente su estrategia había sido entablar una serie de batallas en las calzadas, batallas que consistían en matar a muchos y tomarles puntos cercanos a la ciudad. Alvarado apenas y había podido llegar a la zona de Nonoalco y había logrado cruzar uno que otro puente.

Ya estando cercados los enemigos, era pertinente dar paso a la toma de la ciudad propiamente dicha. El equivalente a esto en una guerra europea sería cuando ya el ejército sitiador rodeaba completamente la muralla. El paso siguiente era debilitar la defensa abatiendo las murallas con continuos disparos de artillería y catapultas. Cuando los arqueros y escopeteros de las murallas comenzaban a escasear y el hambre se dejaba sentir, la moral general de los defensores se desmoronaba. En esa coyuntura, ya era pertinente intentar un asalto por alguno de los puntos débiles de la muralla. Si el asalto tenía éxito, al menos un barrio de la ciudad era entregado al saqueo y al incendio.

Este era el tipo de guerra al que estaban acostumbrados los conquistadores españoles. Así eran las guerras europeas y así habían sido las guerras entre moros y cristianos. La gran Ciudad de México, sin embargo, no tenía murallas; además la moral de sus habitantes ya había ido cayendo continuamente desde la derrota de su flota frente al Peñón de los Baños, y con los incesantes ataques donde moría una enorme cantidad de ellos contra unos pocos invasores. Ya era tiempo, pues, de intentar la toma de la ciudad.

Cortés ordena tanto a Sandoval como a Alvarado que intenten avanzar lo más posible desde sus campamentos. En lo que respecta a sí mismo, avanzó hasta poco antes de la ciudad, donde los indígenas tenían un punto fortificado. Sin embargo, pese a estar bien armado, estaba en un lugar seco de la calzada, y sin un canal de agua que sirviese como foso, la resistencia era casi vana por la superioridad tecnológica de los invasores. Esta pequeña albarrada cae muy pronto, tanto, que Cortés ni hace mención de los detalles de su toma.

⁹⁵ Díaz del castillo, Bernal. *Op. Cit.* p.340

Sigue adelante, hasta el punto que se consideraba la entrada a la ciudad, la pirámide de Xoloco (donde hoy se encuentra la iglesia de San Antonio Abad), tras la cual venía el primer gran canal de agua (la acequia de Chimalpopoca), donde ya antes había tenido combates con los defensores. Afortunadamente para los españoles, allí estaban apoyándolos los bergantines, que habían logrado meterse por la acequia hasta ese punto y ayudaban con las ballestas a cejar la resistencia de los desesperados mexicas. Con las naves veleras allí a un lado, la toma de dicha albarrada resultó rápida nuevamente. Aquí los bergantines ya no podían hacer más, por lo que sus tripulantes echan pie a tierra y se unen a los soldados de a pie.

Los españoles avanzaron del otro lado y siguieron el camino adelante por la calzada (ya en lo que actualmente conocemos como calle de Pino Suárez) para llegar a la siguiente albarrada, hecha en un lugar seco nuevamente, no tras una acequia. Los aliados indígenas, que quedan en la acequia de Xoloco, se encargan entonces de una labor sumamente pesada: cegar la acequia con escombros, para nivelar el hueco del canal con la altura de la calzada. Esta labor se tendrá que hacer numerosas ocasiones a partir de entonces, ya que era la única manera de habilitar el arma más eficaz de los españoles: la cargada de los caballos.

Ahora bien, la siguiente albarrada, hecha en lugar seco, cae también rápidamente y los españoles llegan a la segunda acequia (la de la Merced, en lo que hoy es el cruce de Pino Suárez con Mesones). Allí, la resistencia resultará muchísimo más dura y eficaz, ya que los mexicas tenían armada una fuerte barricada de adobe, tras de la cual lanzaban su lluvia de pedradas y lanzas. Cortés dice que duró más de dos horas la toma de este punto. Cuando llegó la avanzada de los españoles, todavía vieron como los mexicas tenían tendida una viga sobre el canal a guisa de puente para que pasaran del otro lado sus combatientes. La estrategia de su ataque resultó muy despiadada, ya que Cortés, viendo que la albarrada no era de cañas ni de maderos, sino de adobes usó sus dos piezas de artillería. Es muy conmovedora la descripción que hacen los informantes de Sahagún al respecto, al decir cómo su muro se agrietaba con un disparo y luego se desmoronaba al siguiente. Desgraciadamente, pese a su enorme tenacidad, la albarrada termina por caer ante el irresistible empuje de las armas hispanas y la multitud de indígenas aliados. No obstante,

aquí, que era ya la entrada de la zona palacial de la ciudad, un lugar más densamente edificado, los puntos de defensa eran mucho más fuertes, ya que de ambos lados de la calzada se alzaban construcciones que servían de parapetos. De estos edificios adyacentes, que eran fuertes, los mexicas lanzaban todo tipo de proyectiles, creyéndose a salvo en esas alturas como si de una muralla se tratase. Sin embargo, el empuje del invasor resultó irresistible: derribada la albarrada con la artillería, se cruzó a nado poco a poco y los defensores de las azoteas resultaron también paulatinamente abatidos con los tiros de ballesta.

Los mexicas entonces se ponen en huida hasta la gran plaza (la futura Plaza Mayor). “...y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente que está junto a la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad.”⁹⁶ Este último puente corresponde a la que después fue llamada “Acequia Real”, que flanqueó meridionalmente la plaza hasta mediados del siglo XVIII. Desgraciadamente para los sitiados, no habían previsto que en la primer incursión que harían los invasores hacia el interior de la ciudad habrían de llegar hasta el corazón mismo de ésta. Así pues, este último puente estaba totalmente desprotegido y los españoles llegaron a la plaza sin mayor problema mientras los indígenas aliados quedaban atrás haciendo la durísima tarea de cegar las acequias ganadas. Apenas hubieron entrado, Cortés manda colocar una pieza de artillería con la cual empieza a arrasar a la multitud de guerreros que se encontraban en la explanada. En el relato náhuatl del *Códice Florentino* se dice que el cañón fue colocado sobre la piedra del sacrificio gladiatorio⁹⁷. Lo curioso de este relato es que este hecho lo marcan después de que los invasores cruzaran la llamada “puerta del Águila”, la cual, se piensa, era una entrada al Recinto Sagrado. Para Cortés, quien claramente diferencia entre la plaza y el Recinto Sagrado, este hecho fue a la entrada de la plaza. Ahora bien, esto podría indicar que probablemente las puertas de las que hablan las fuentes indígenas no fueran, como se ha pensado, las del Recinto Sagrado propiamente dicho, sino entradas más externas hacia la zona palacial.

⁹⁶ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 137

⁹⁷ Ahora bien, si sabemos que Cortés y los suyos entraron por lo que hoy es Pino Suárez, este lugar habría de encontrarse muy cerca del inicio de esta calle.

Así pues, los españoles entran a la plaza y con la artillería causan enormes bajas entre los defensores, los cuales deben replegarse al Recinto Sagrado, para organizar allí una resistencia más eficaz. Los españoles y sus aliados los persiguen hasta allí y toman buena parte de dicho recinto. Seguramente hubo una serie de profanaciones severas a los monumentos religiosos de los mexicas, porque, de estar replegados tras columnas con miedo, de repente salen en enorme cantidad con mucha bravura y de hecho logran echar del recinto a los invasores. Pero para ese momento las tres acequias que cercenaban la calzada de Iztapalapa ya estaban cegadas y la caballería ya tenía el espacio suficiente para tomar vuelo y arrasarlo con las filas mexicas. Así pues, con este nuevo auxiliar, los españoles vuelven a tomar la plaza y el Recinto Sagrado. En lo alto del Templo Mayor estaban los sacerdotes o guerreros tocando con sus atabales para llamar a la guerra a los mexicas. Al ser de nuevo tomado el recinto, los invasores encontraron cierto placer en volver a subir las muchas gradas de esa enorme pirámide pese a lo innecesario del caso, y matar a todos los que se atalaron allí. Cortés lo describe con crudeza. Después de permanecer allí un rato, algo que descorazonó a los mexicas severamente, los españoles se replegaron hacia Acachinanco.

En la retirada, los mexicas los perseguían muy valientemente, dando gritos de guerra interminables y ensordecedores. Con la calzada bien nivelada y con lo larga que era, los jinetes se dieron el lujo de tender celadas y arremeter con la lanza a los que les perseguían varias veces. En el relato indígena del *Códice Florentino* se cita un caso que es dramático y probablemente inverosímil: un jinete alancea a un mexica, el cual toma la lanza atravesándole el cuerpo, y derriba al jinete, tras lo cual varios mexicas le dan muerte.⁹⁸ En esta “retirada”, Cortés decide hacer que las casas que hubiese sobre la calzada entre la plaza y Huitzilam, donde se atrincheraban los guerreros, fuesen incendiadas. En una situación así no se esperaría un incendio total, sino el de las techumbres solamente, sostenidas por madera. Hablamos de un procedimiento consistente en destechar posibles atalayas. Finalmente los españoles se retraen al real de la calzada y los mexicas quedan atrincherados nuevamente en su ciudad.

⁹⁸ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p.746

Esta entrada sobre la gran urbe, hasta su corazón, por parte de las huestes de Cortés tendrá efectos devastadores para los mexicas. No tanto por los daños físicos en sí, sino por lo que demostró. Cortés mismo dice que ni él pensó en que se avanzaría tanto. El movimiento inició siendo de incursión, con el objeto de ver hasta dónde podían llegar en esa primera vez, pero al ver que desde entonces pudieron llegar al mismísimo Huey Teocalli, ilustró de manera muy cruel, la enorme diferencia entre las huestes de Cortés y las de los mexicas defensores. Aquellas palabras del difunto Motecuhzoma resonarían seguramente en las mentes de los bravos mexicanos: “*no somos competentes para igualarlos, que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha*”.⁹⁹



Plano de la primera incursión de Cortés hacia Tenochtitlan sobrepuesta a una fotografía aérea de la zona en la actualidad

Si somos realistas, la caída de Tenochtitlan podría haber sido muy rápida (esto fue en la praxis), si no se hubiera “retirado Cortés”, pero el extremeño optó en su caso, por una

⁹⁹Ibíd. p. 781

guerra de desgaste. Si hemos de hacer caso de sus palabras, él procuraría evitar la destrucción de la ciudad, muy probablemente para evitar que se deshiciesen los mexicas de sus bienes y del oro:

*Viendo que estos de la ciudad estaban tan rebelados y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí de ellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. Y de esta postrera tenía más sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma tenía para para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros...*¹⁰⁰

Sin embargo, finalmente esto va a terminar por hartar a sus hombres, al no ver resultados claros. Avanzaban y retrocedían, como para minar poco a poco la moral de Cuauhtémoc y hacer que se rindiera. Pero el tlatoani no iba a ceder tan rápidamente. No podía ser que Huitzilopochtli soportara tanta humillación para su ciudad. Algo habría de suceder y él, como gran sacerdote, esperaba ese algo. Esto es claro con el tipo de rituales atestiguados por los informantes de Sahagún.¹⁰¹ Por de mientras los mexicas se darían a la tarea de desazolvar los canales cegados y a armar trincheras, cada vez mucho más fuertes. Como ya no había casas sólidas flanqueando la calzada, donde, a guisa de torres de defensa, los guerreros lanzaban proyectiles estando a cubierto en lo alto, las trincheras tenían que ser sumamente fuertes.

¹⁰⁰ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* pp. 139 y 140

¹⁰¹No era una superstición vana. Recuérdese que incluso las culturas precedentes a la europea, como la griega y la romana tenían también multitud de rituales para ser favorecidos por sus dioses en eventos bélicos, como el sacrificio de aves. En el cristianismo el equivalente a esto lo tendríamos en las misas. Cortés mismo dice que antes de realizar cualquier ataque desde su real, oía misa.

Tras esta primera y demoledora incursión por parte de los españoles, el panorama político dentro del valle también cambia severamente. El texcocano don Hernando ve la oportunidad de acceder al poder de Texcoco en una alianza con Cortés y convence a varios de los suyos para que apoyen esta maniobra. Esto significó que la otra gran ciudad de la *Excán Tlatoloyan* se une a los invasores. Por situaciones y rencores de antaño y viendo cómo la gran ciudad lacustre cae en manos de los españoles con una facilidad asombrosa, ahora los texcocanos ven inútil seguir apoyando a alguien ya prácticamente condenado. Mejor se alían con el enemigo, el cual les promete que seguirán teniendo tanta libertad como antes, sólo que bajo la soberanía de Carlos I. Esta alianza de los texcocanos con los españoles será un golpe también durísimo para los mexicas. Como dice Cortés, su desesperación fue espantosa al ver que eran traicionados por gente de parentesco tan cercano como hermanos y padres e hijos.

En realidad lo que está sucediendo es que al ver lo vulnerable que era la situación de México, las poblaciones de la laguna comienzan a ver la utilidad real de permanecer fieles a México y sopesan el costo-beneficio. Si permanecen fieles a la ciudad, con la enorme diferencia entre la fuerza militar suya y la de los invasores, tendrían que mandar barcas con hombres que serían seguramente capturadas por los bergantines y se expondrían a sufrir los saqueos y matanzas de los invasores. En cambio, si se mostraban fieles a éstos, los mexicas difícilmente podrían hacerles daño y ellos, en cambio, permanecerían tranquilos mandando canoas contra la ciudad que serían custodiadas por los bergantines.

Por parte de los invasores, Cortés comprende que dentro de su propio ejército hay una delicada desigualdad. Él en su pequeño real de Acachinanco es quien maneja los doce bergantines. Mucha parte de su victoria de la calzada de Iztapalapa e incluso en la orilla de la ciudad se debió a estas naves. Sin embargo Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, que no contaban con este recurso, tenían muchas más dificultades para el avance sobre sus respectivas calzadas. De hecho, Bernal Díaz no cuenta nada importante que haya sucedido en el real de Alvarado antes de la llegada de los bergantines e incluso sabe de oídas lo que pasaba con Sandoval y Cortés. Éste, ya viendo que había realmente poco que temer de los defensores de México, decide repartir seis bergantines y deshacerse del más pequeño, de

Buscarruido, por ser muy pequeño y por temor a que lo capturasen los de la ciudad, aunque no sabemos qué pasó realmente con este navío. Pese a que dice que los otros capitanes hacían progresos en sus ataques por la calzada, sabe que la clave del éxito está en las naves; que son imprescindibles hasta cierto grado y por eso les manda algunas. Dice que mandó tres a cada quien, pero Bernal Díaz dice que a Alvarado le envió cuatro y a Sandoval sólo dos¹⁰². Parece más verosímil la de éste último, porque describe los hechos con mucha vivacidad.

*Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendíamos que sin los bergantines no podíamos entrar por las calzadas para combatir a México, envió cuatro de ellos a Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olid, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, le envió dos bergantines y mandó que el bergantín más pequeño que no anduviese más en la laguna.*¹⁰³

Al menos en el real de Alvarado, con la llegada de los navíos, las cosas cambiaron radicalmente, como lo indica el mismo soldado en el siguiente párrafo:

*Pues desde que nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado que dos de ellos anduviesen por una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte; comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban, y así teníamos lugar de ganarles algunas puentes y albarradas.*¹⁰⁴

Esto aumenta la verosimilitud de que fueron repartidos cuatro bergantines a Alvarado y sólo dos a Sandoval, porque éste último no tuvo un papel muy activo en la toma de la ciudad sino hasta la última etapa. Desgraciadamente no tenemos un relato que nos diga qué pasaba en el Tepeyac y sólo nos basamos en lo que dicen Cortés, Bernal Díaz y los informantes de Sahagún. Estas fuentes coinciden en no mencionar muchas cosas de esta capitanía septentrional.

Con los hombres provenientes de Texcoco, Cortés decide entonces, para poner a prueba su fidelidad, hacer una segunda entrada en la ciudad. El procedimiento es el mismo que en la anterior: avanzar cegando los canales hasta llegar lo más lejos que se pudiese. Como era de esperarse, en cada acequia, los defensores habían levantado una nueva barricada mucho más fuerte que la anterior. Pero también es cierto que después de Huitzilam, las casas ya

¹⁰²No sabemos quién dice la verdad, ya que en cada uno de sus escritos tanto uno como otro son congruentes en este sentido.

¹⁰³Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 337

¹⁰⁴*Ibid.*

estaban destechadas y no podía haber ataques a cubierto por parte de los mexicas. El avance fue lento pero seguro. Los conquistadores se echaban a nado para cruzar la acequia y luego atacaban directamente la barricada. Obviamente se exponían a varazos y pedradas, de las que genuinamente todos salían tullidos, pero a golpes mortales, es de creer que no. Ya en la barricada, a base de artillería y de golpes de acero, la terminaban por vencer mientras los mexicas corrían a replegarse a la siguiente. En este segundo avance Cortés igualmente logra llegar hasta la plaza. Los mexicas se repliegan al Recinto Sagrado, temiendo ser masacrados en la explanada al quedarse a descubierto. Cortés lo que desea es que Cuauhtémoc y el cihuacóatl Tlacotzin ya comprendan que la resistencia contra ellos es inútil. Curiosamente, alguien tan instruido en literatura e historia clásica como lo era Cortés, no parece admirar la tenacidad de aquellos defensores, sino que la reprende... No equipara a Cuauhtémoc con Príamo ni con Leónidas; no ve heroísmo en esa ciudad que se resiste a ser sometida, sino una cruel terquedad por parte de los altos dignatarios. A estas se sorprende de que los mexicas todavía tengan moral suficiente para resistirlos después de que se les demostró con cuanta facilidad era tomada su ciudad. El primero que comenzará a hablar del heroísmo de los mexicas será el cronista Francisco López de Gómara.¹⁰⁵ Es de entender esta visión de las cosas. No convenía ver el heroísmo de los mexicas. Eso sería únicamente hasta el final. De otra manera sus actos podrían ser tachados de despiadados. En cambio, si se manejaba de manera contraria, como una obstinación de los defensores, Cortés encontraría el pretexto para actuar de la manera en que había venido haciéndolo; si la ciudad se resistía a esos grados, debía pagar duramente esa osadía. Así que, contra su propia voluntad si le hemos de creer, el extremeño manda que se quemen los palacios que rodeaban la plaza, tanto donde se encontraba el hermoso zoológico como donde se hospedaron durante su estancia pacífica con Moctezuma. Esto le causó mucho pesar, pero, como argumenta, más pesar seguramente les causó a los mexicas. Así pues, los palacios de Moctezuma II y Axayácatl son entregados al fuego. Como fue una operación de un día, lo más que pasó fue que se destecharon completamente y todo lo que de ellos estaba construido de madera, se volvió ceniza.

Los mexicas efectivamente vieron con rabia como sus Casas Reales eran arrasadas sin que pudiesen hacer mucho para evitarlo. Cuando los españoles se retraen a Acachinanco, los

¹⁰⁵ López de Gómara, Francisco. *Op. Cit.* p. 318.

persiguen furiosamente. Igual que en la primera entrada, en esta retirada se tienden celadas con la caballería y se matan muchos “perseguidores”. Para entonces seguramente la gran plaza perdió mucha de su admirable belleza. Los otrora enormes palacios se volvieron solamente muros negros, lamidos por las llamas. El Recinto Sagrado se hallaba vacío. El espectáculo de esa otrora populosa ciudad mesoamericana, enorme y majestuosa, pero desierta y sin vida ha de haber sido muy triste. El espectáculo fue el equivalente a lo que sucedió con Roma en 410, cuando fue saqueada por el visigodo Alarico: la ciudad más temida en todo ese orbe era entrada a saco y destruída.

Estos eventos se van a repetir muchas veces. Los mexicas, desde la madrugada se entregaban a la tarea de liberar las acequias de escombros y levantar barricadas lo más fuertes posible. Desgraciadamente tanto para los indígenas aliados como para los defensores, esta guerra de desgaste planeada por Cortés resultaba muy agotadora. Pero era una labor más desgastante para los invasores, ya que para liberarlas sólo se requería un pequeño empuje y la corriente de los canales concluía la tarea. Incluso los mismos conquistadores, que no participaban en los trabajos pesados, se quejan de tener que hacer siempre lo mismo y no notar avance.

En la praxis, México – Tenochtitlan ya había caído. Así lo comprendieron los pueblos lacustres, tanto enemigos como aliados. Los de Chalco, bajo las filas de Cortés, viendo lo fácil que resultaba entrar a Tenochtitlan, deciden atacar a los pueblos de la zona chinampera fieles a ésta. Los habitantes de Iztapalapa, Xochimilco, Culhuacán y Huitzilopochco, tenían naturalmente vuelta la vista hacia la laguna de agua salada donde era el campo de operación de los españoles. Cuando no se lo esperaban, de repente empiezan a ser atacados en la retaguardia por sus vecinos los chalcas. Con la moral tan devastada por lo que veían que sucedía en la otrora invencible México, ya comienzan a mirar por sus propios intereses locales y piden tregua a Cortés. Éste, queriendo mostrarse benévolo y magnánimo, se las concede. Pero tregua se entiende en este tipo de guerra como la firma de una alianza.

Era necesario, sin embargo, probar la fidelidad. La primera tarea que les asigna para probarla es la construcción de ranchos para sus tropas. No se olvide que la guerra de conquista se da justamente en la época de lluvias. En un campamento improvisado como el

que realmente constituían los tres reales, la lluvia constituía una incomodidad mayúscula al mojar cotidianamente tanto a españoles como indígenas aliados. Ranchos debe entenderse como construcciones sólidas, de adobe y madera, mucho más cómodas que las “chozas ruines” que antes tenían los del real de Acachinanco. En realidad hablamos de que se estableció una pequeña población de carácter militar. Aquí viene una cuestión de primerísima importancia para este trabajo, y es que, a lo que se entiende en la mención de este hecho que hace Cortés¹⁰⁶, se construyeron casas de uno y otro lado de la calzada y aun quedó espacio, entre cada acera, suficiente para andar a caballo. Es decir, construyeron los ranchos principalmente a un lado de los dos teocallis de Acachinanco y sobre la superficie misma de la calzada. Es casi seguro, como en Teotihuacán sucedió, que la anchura tan admirable de esta calzada no concluyese a las afueras de la ciudad, sino que siguiera así hasta la llegada a la plaza. Por eso la caballería podía correr a gusto y girar libremente en sus contraataques. Realmente no habría razón para que se estrechasen estas vías a la entrada de la ciudad.¹⁰⁷

Cortés hizo que los nuevos aliados suyos, los pueblos de la laguna, le hiciesen su nuevo real a él, pero fue un beneficio del que no tuvieron parte ni Alvarado ni Sandoval. De esto se queja Bernal Díaz a varias décadas de distancia de los acontecimientos: *“Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado nunca se hicieron, así que nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas”*¹⁰⁸

Tras esto, Cortés ya decide hacer una guerra más dura que antes, una guerra de devastación. Siendo objetivos, una ofensiva como la que se llevaba a cabo, era también desgastante para los españoles, y en este momento empezaban a notarse sus síntomas. Anteriormente los

¹⁰⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 142

¹⁰⁷Esto lo que nos ilustraría es que en la traza realizada por García Bravo, definitivamente no se respetó la anchura de las calzadas, muy probablemente porque para el modo de vida hispano no era necesaria. Además, como se demuestra en esta anécdota de la guerra de Conquista, las calzadas eran un cimiento perfecto para casas nuevas, sobre todo en un lugar donde el terreno era por naturaleza fangoso. Las actuales calles de Tacuba y Pino Suárez, que son las que corresponden a las dos calzadas de Tenochtitlan, definitivamente se estrecharon radicalmente en la traza española y por eso también van a ser calles donde los solares sean muy codiciados. Curiosamente, ambas calles, en el siglo XX, por razones de carácter automovilístico, ya que eran salidas naturales hacia avenidas principales (que obviamente también resultan ser reminiscencias de las calzadas), fueron involucradas en un plan de ensanchamiento muy criticado por los guardianes del patrimonio histórico. Tlacopan se salvó por fuertes protestas, pero Pino Suárez sí sufrió este ensanchamiento que curiosamente le devolvió parte de su superficie prehispánica.

¹⁰⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp. 344 y 345.

bergantines se habían metido en las acequias principales que se encontraban adyacentes a la calzada de Iztapalapa; pero eran más que nada incursiones que tenían la función de facilitar el avance pedestre del extremeño por ésta vía. De esta forma vimos que cuando había fuerte resistencia en la albarrada de Huitzilam, que era donde comenzaban las mejores construcciones de la ciudad, estas naves se metían en el hueco de la acequia para servir como puentes y aprovechaban para barrer con la artillería las construcciones que rodeaban el lugar.

Ahora Cortés, que ya sólo tiene seis o siete naves en su poder (no sabemos a ciencia cierta cuál fue la suerte de aquel otro bergantín llamado “Buscarruido”, del que da noticias únicamente Bernal Díaz), los manda a que rodeen la isla y se metan por la ciudad y hagan el mayor daño posible a nivel barrio, que era el de las casas de los infelices macehuales. Dice que los barcos atacaron por tres o cuatro partes, sin especificar cuáles exactamente, aunque es de suponer que sería por la costa oriente y sur de la isla, las partes más accesibles desde Acachinanco. Los canales principales como la acequia de Huitzilam, la de las Atarazanas, la de Santo Domingo, la de Tezontlale y la de Santa Ana seguramente fueron los que sufrieron la incursión hispana con los bergantines. Éstos trataron de arrasar con las chozas que había a su alcance. Los indios aliados, principalmente los tlaxcaltecas, seguramente se dedicaron a realizar saqueos. Pero eran en realidad razzias de corto alcance, puesto que eran operaciones de un solo día. Se metían por los canales y se quedaban estacionados hasta que se realizaba un saqueo satisfactorio. Luego se iban. La descripción de estas operaciones del texto en español en el *Códice Florentino* es muy reveladora:

Estaba otro bergantín de los españoles en el barrio que se llama Tenanteputzco, cerca de aquella iglesia que se llama Santa Lucía; otro bergantín estaba en el barrio que se llama Totecco, que es cabe la iglesia de la Concepción¹⁰⁹; estos bergantines estaban en el agua aguardando tiempo, estaban todo el día y a la noche se iban, y dende a tres o cuatro días determinaron los españoles de darles guerra por ahí.¹¹⁰

Cortés nuevamente hace una incursión por la calzada, y se sorprende de que, pese a que se madrugó mucho para evitar que las acequias estuviesen desazolvadas, el agua volvía a

¹⁰⁹La Concepción Tequipeuhcan, en el actual barrio de Tepito, no la del convento de monjas de ese nombre. En el siguiente capítulo hablaremos de este templo.

¹¹⁰Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 746

correr por ellas como antes, como si la víspera no hubiera pasado nada. Esta vez la resistencia fue más feroz, ya que el ataque empezaría, según Cortés, a eso de las ocho de la mañana y terminó llegando a la plaza a la una del mediodía. Sería quizá de los últimos esfuerzos mexicas por preservar la calzada de Iztapalapa en su poder. Habían tenido una tenacidad muy fuerte, pero los españoles con las armas y sus cada vez más numerosos aliados, se habían vuelto una fuerza irresistible. El gran capitán llega nuevamente a la plaza y entonces se dedica ahora a tomar la otra calzada de Tenochtitlan. Ya dueño tanto de la zona palacial como del Recinto Sagrado, ahora falta abrirse camino por la otra gran vía, la calzada de Tlacopan. Con esto, dice él, ya sus hombres podrían comunicarse con el real de Alvarado y circular de un campamento a otro pasando por el corazón mismo de la ciudad. Esto muestra que Pedro de Alvarado no fue quien tomó la calzada de Tlacopan. Fue Cortés quien lo haría, y lo haría desde el corazón mismo de Tenochtitlan, como cerrando con broche de oro su incuestionable conquista. Sobre la calzada de Tlacopan no entra en detalles sobre resistencia mexica. Seguramente la hubo, pero en baja escala, ya que los naturales habían comprendido la inutilidad de resistir a los invasores en las anchas calzadas, donde tarde o temprano serían superados pese a su tesón. Eso sí, cuando los españoles se vuelven a su campamento, los mexicas atacan duramente en la retaguardia. Es el momento en que se vuelven más vulnerables al dar forzosamente la espalda. Claro, con la caballería se podían dar el lujo de dar media vuelta, embestir y matar a buen número de mexicas, pero finalmente era cuando éstos últimos podían tomar cierta ventaja.

Ataque a Tlatelolco

Para estas alturas los mexicas habían ya comprendido una tristísima realidad: Tenochtitlan no era ya defendible. Los hechos de guerra que se realizaron desde el real de Cortés en Acachinanco lo demostraron una y otra vez. Defender la parte interior de la calzada de Iztapalapa no sólo resultaba inútil, sino desgastante. En efecto, mandar efectivos a las tres cortaduras de esta calzada era sólo condenar a muchos de ellos a una muerte segura, sin lograr ningún tipo de ventaja sobre Cortés.

¿Cuál era en realidad la causa de que la gran ciudad fuera tan vulnerable? Curiosamente la respuesta radica en la suntuosidad que la caracterizó. La enorme zona que constituía el núcleo de Tenochtitlan, compuesta por la plaza, los grandes palacios y el Recinto Sagrado, era como una enorme plataforma donde se había suprimido la mayoría de canales, volviéndose de esta manera una ciudadela muy amplia y seca. Y, como ya lo vimos, eran precisamente las cortaduras de los canales donde había posibilidades de adquirir ventajas contra los españoles y sus aliados. En una zona como ésta, sin embargo, la amplitud de sus espacios resultaba ser un terrible perjuicio para sus defensores. En ellos la caballería española podía tomar vuelo y barrer con las líneas mexicas de una manera fácil. Asimismo, era casi imposible evitar el combate cuerpo a cuerpo, en el que las armas de metal españolas resultaban mortales. También había escasos lugares que sirviesen como trincheras que los protegiesen contra la artillería.

Tras la devastación por tierra y por agua, que llegó a niveles dantescos, al parecer los mexicas tenochcas deciden hacer una cosa muy humillante, pero necesaria: irse a refugiarse con sus hermanos tlatelolcas. En el *Códice Florentino* esto es usado como pretexto para tachar a los tenochcas de cobardes y resaltar el valor de los de la ciudad septentrional, agregando la aseveración de que quienes se dirigieron a Tenochtitlan a pelear eran los tlatelolcas, mientras los tenochcas habían ido a refugiarse a las casas de los primeros. Sin embargo, es fehaciente el dolo de quien esto dice, porque es muy notorio que cuando se relata la etapa de la toma de Tlatelolco, los informantes son muy detallistas en describir y nombrar cada uno de los barrios de esta ciudad, mientras en la que concierne a Tenochtitlan son muy generales, lo que traduce su poca familiaridad con la ciudad meridional.

Así pues, ya es posible decir que ahora, más o menos a mediados de junio de 1521, Tenochtitlan ya estaba en manos de Hernán Cortés. Cuauhtémoc y las defensas de la ciudad se habrían ya replegado hacia la urbe del norte, hacia Tlatelolco. La razón de esto radicaría precisamente en la situación especial que a estas alturas habría adquirido la urbe gemela de Tenochtitlan. Ya teniendo a las huestes de Cortés prácticamente dueñas de las calzadas de Tlacopan e Iztapalapa, del Recinto Sagrado y la plaza de los palacios, serían la enorme cantidad de superficie líquida y pantanosa que separaba ambas ciudades, los puntos fuertes que darían algunas ventajas a los mexicas. La longitud de los caminos que comunicaban

ambas urbes y la enorme cantidad de puentes que había en ellos, se habían convertido en la esperanza de Cuauhtémoc para seguir con la heroica perseverancia que tanto mostró contra los invasores.

Efectivamente, a diferencia de Tenochtitlan, cuyo centro era una enorme plataforma seca e ininterrumpida, Tlatelolco era una ciudad más bien compuesta de muchos barrios habitacionales. Su núcleo, aunque también era grande, resultaba más pequeño que el de Tenochtitlan, ya que no contaba con enormes palacios. Dicho núcleo se compondría de su propio Recinto Sagrado y su admirable mercado. Éste último, como lo mencionamos en el capítulo precedente, era un enorme cuadrilátero de poco más de doscientos metros por lado, el cual estaba rodeado de portales y de algunos edificios importantes como el Tecpan y un Telpochcalli.¹¹¹ Sin embargo, si comparamos el tamaño de su Recinto Sagrado con el de Tenochtitlan, resultaba una miniatura.

Mientras la plataforma central de Tenochtitlan iba del Hospital de Jesús hasta la plaza de Santo Domingo y de la calle de Bolívar hasta Correo Mayor o Jesús María poco más o menos (una superficie de un kilómetro cuadrado aproximadamente), la de Tlatelolco habría de ser solamente lo que hoy por hoy es la Plaza de las Tres Culturas, el Jardín Santiago y llegaría hasta la capillita de Santa Ana (mediría cerca de 600 metros de este a oeste y 450m de norte a sur). Es decir, era poco más de la cuarta parte de la de Tenochtitlan.

El resto de su superficie eran barrios habitacionales, probablemente de macehualtin, de comerciantes y algunos nobles. Dichos barrios estaban contruídos sobre chinampas, por lo que por todos lados quedaban rodeados de agua. En Tenochtitlan también existía este arquetipo de vivienda. La diferencia radicaba en que esta urbe, por lo mismo de que siempre tuvo que resaltar su importancia, había hecho las calzadas muy anchas para comunicar el núcleo administrativo – religioso con tierra firme y de una manera que resultase majestuosa. Esto automáticamente seccionaba los barrios habitacionales y su posible utilidad defensiva quedó nulificada. En Tlatelolco, por el contrario, a excepción del camino que venía de Tenochtitlan y que continuaba hacia la calzada del Tepeyac, todo el resto de las calles eran estrechas y llenas de puentes. Dice Cortés: “... *para entrar en el mercado había infinitas azoteas y puentes y calzadas rotas, y en tal manera que en cada*

¹¹¹*Ibid.* pp. 802 – 806.

casa por donde habríamos de ir estaba hecha como isla en medio del agua”¹¹². En la parte de lo que después fue el canal del Tezontlale (la aceptada división entre las dos ciudades mexicas, que corresponde con el Eje 1 Norte) había una considerable superficie líquida, no sabiendo discernir exactamente si se trataba de canales anchos o de extensiones más grandes¹¹³. Lo que sí es claro es que la parte adyacente al núcleo de la ciudad por el sur era tan lacustre que podemos hablar de varias isletas en donde se levantaban algunas casas de nobles. Eso lo veremos más adelante cuando tratemos de la gran derrota sufrida por Cortés en Atezcapan.

Pero efectivamente, toda la ciudad de Tlatelolco estaba repleta de anchos canales, y las calzadas tenían muchas más cortaduras que las de Tenochtitlan. Por otro lado, se percibe claramente que era una urbe con más vocación lacustre que su gemela del sur. Si es cierto lo que se menciona en el Códice Florentino, eran los tlatelolcas los únicos mexicas que manejaban canoas, mientras los tenochcas se dedicaban a la guerra a pie. Esto podría ser factible, ya que mientras la vocación de Tenochtitlan era más bien política, la de Tlatelolco era totalmente comercial. Hasta 1520, a la llegada de Cortés y sus huestes, un enorme porcentaje de las barcas que surcaban la gran laguna, desde Zumpango hasta Chalco y desde Texcoco hasta Tlacopan, llevaban los artículos que producían sus pueblos al gran mercado central que no era otro que el de Tlatelolco. En una urbe acuática como lo era México, un gran mercado no podía existir sin que esta tuviera una amplia infraestructura de carácter lacustre. No se puede pensar, por ejemplo, en el famoso Rialto de Venecia sin tener en cuenta que se encuentra a un lado del Gran Canal y que está rodeado de canales menores, ya que si el Rialto fue lo que fue, se debió al comercio lacustre de la ciudad.

Tlatelolco, además de estar surcado de muchos más canales y lagunetas que Tenochtitlan, también era un punto menos urbano. Mientras la calzada de Iztapalapa por ejemplo, desde Huitzilam hasta la plaza, estaba rodeada de casas fuertes, en Tlatelolco éstas estarían desperdigadas aquí y allá como todavía se puede mostrar en el plano de Uppsala y en el controvertido “plano de papel de maguey”.¹¹⁴ Lo que rodeaba los caminos de Tlatelolco

¹¹² Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 144.

¹¹³ Es en este punto exactamente donde se encontró en los primeros años de la ciudad colonial, la famosa Lagunilla.

¹¹⁴ Para un estudio de estos primeros planos que existen de la ciudad de México existe una obra que ya es clásica y muy útil, aun cuando algunos de sus planteamientos ya están superados o puestos en duda. Nos referimos a la obra que hicieron Manuel Toussaint, Justino Fernández y Federico Gómez de Orozco. *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y*

eran chinampas y vergeles, además de una infinidad de canales, los cuales aquí y allá, ya sea que se estrechaban para meterse entre las casas, o bien se ensanchaban formando lagunillas, en donde también había isletas.

Los caminos no eran como en Tenochtitlan, donde se cruzaban los canales por medio de puentecillos. En Tlatelolco, debido a la variable anchura de estos, los puentes eran más largos, ya que había veces en que tenían que atravesar verdaderas lagunas de más de treinta metros, como sucedió con Pedro de Alvarado en su derrota. No era lo mismo cegar con escombros un canal de cinco a diez metros de ancho, que cegar una laguneta, de veinte o treinta metros, donde además, la fuerza de la corriente seguramente arrastraría los materiales con los que se buscaba hacer esa improvisada superficie artificial.

Así pues, mientras la gran ciudad de Tenochtitlan se volvía ya indefendible, Tlatelolco estaría dispuesto a mostrar la capacidad de su pueblo de resistir a los invasores. El rencor tlatelolca hacia los tenochcas, muy latente desde la época de la guerra entre Moquihuitzin y Axayacatl, podría ser satisfecho ahora si los españoles y sus aliados mordían el polvo al tratar de llegar a Tlatelolco. Habría sido una venganza completa, una reivindicación absoluta del pueblo tlatelolca ante toda Mesoamérica.

Los tenochcas guardan hasta ahora un silencio histórico lamentable; no hay relatos de la conquista provenientes de un oriundo de Tenochtitlan. A estas alturas de la guerra de Conquista podemos suponer qué pensaban ellos en base a los hechos, pero su sentir y su ánimo permanecen en el silencio de la Historia. El *Relato Anónimo de 1528* dice que incluso llegaron a matarse entre ellos, ya que unos pretendían la guerra a ultranza y otros querían congraciarse con los españoles para evitar la desgracia.¹¹⁵ Gana la facción radical y somete a los conciliadores. Refugiados en Tlatelolco, algo que era ya humillante de por sí para los tenochcas, los jefes principales, Cuauhtémoc y Tlacotzin, lo único que querían era derrotar a como diera lugar a los invasores europeos. Implicaciones posteriores de carácter político no las tomaban muy en cuenta en la situación tan desesperada en que se hallaban. La cuestión era sobrevivir como pueblo.

XVII. México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Estéticas, 1990. *Vid.* Los apartados tanto del plano de Uppsala (pp. 135 – 146) como el del Plano de Papel de Maguey (pp. 55 – 75).

¹¹⁵ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 815.

Siendo Cortés ya dueño de Tenochtitlan, vimos que no se conforma con permanecer en la gran plaza o el Recinto Sagrado. Decide avanzar hacia el oeste por el mismo camino que un año antes tomara junto con sus compañeros para retirarse en la Noche Triste. Nada más que ahora avanza como vencedor total. Con los mexicas ya refugiados en Tlatelolco y sólo dándole algunas escaramuzas en donde pueden, el conquistador se puede dar a la tarea de cegar los puentes de la calzada de Tlacopan. La resistencia es mínima al parecer.

Será entonces cuando comience realmente el ataque hacia Tlatelolco.

Ya vimos que desde un inicio Pedro de Alvarado, todavía estando con Olid, encabezó el ataque hacia la ciudad septentrional de México por la calzada de Nonoalco, sin lograr ningún tipo de resultado satisfactorio. La situación de este capitán fue un virtual *in pace*, pese a la presencia del contingente tlaxcalteca comandado por Chichimecatecuhtli. Esto se debió, como ya lo mencionamos, a que entonces no contaba con el apoyo de los bergantines. Pero cuando Cortés hace su primera entrada y logra penetrar hasta la zona central de Tenochtitlan, ya entonces reparte los bergantines a cada uno de los tres reales. Ya dijimos la controversia que se suscita al tocar el tema sobre cuántos bergantines realmente tuvo Alvarado, ya que Cortés dice que fueron tres y Bernal Díaz que cuatro.

Desafortunadamente desconocemos cómo era el terreno por el que se movía Alvarado por la calzada de Nonoalco. Las fuentes ya de época colonial realmente prestan poca atención a esta parte de la ciudad. Lo que tenemos más a la mano son los planos de Nüremberg y el de Uppsala. Ambos señalan que había tres puentes entre tierra firme y el Recinto Sagrado de Tlatelolco. Cada puente señala un canal de agua obviamente, pero no señala su anchura. Realmente no sabemos si se trata de canales o si se trata de lagunillas. En el relato de Bernal Díaz y en el de Cortés, como vamos a ver, hablan de un puente de más de sesenta pasos de largo y el primero es específico al describir cómo en cada abertura de la calzada los indígenas podían abrir hoyos profundos para que los españoles se hundieran.¹¹⁶ Esto no es posible de hacer en un lugar donde los canales son más bien estrechos, como será en Tenochtitlan. Recuérdese que los canales por los que pasó Cortés para llegar a la plaza

¹¹⁶ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp. 341 - 342

sobrevivieron hasta el siglo XVIII y ninguno era muy ancho. Es por eso que Cortés pudo pasar hasta el centro mismo de la ciudad desde su primera incursión. Esto no sucede con Alvarado, que tardó mucho en avanzar por la calzada, que desde la primera puente hasta el recinto, medía poco menos de kilómetro y medio. Esto se debe indudablemente a la anchura de las superficies de agua que tenía que atravesar esta calzada. En el plano de Juan Gómez de Trasmonte, más de un siglo posterior a la conquista (1628), se ve todavía cómo la calzada atraviesa superficies muy vastas de agua, pero estas son antes de llegar a la iglesia de San Miguel. Después de esta se aprecia lo que será durante varios siglos el barrio de Santiago, con plazoletas y caseríos indígenas. Desgraciadamente todo esto sólo lo conocemos por planos de la época colonial. De la zona que hablamos no queda en la actualidad ni su traza.¹¹⁷

Afortunadamente, gracias a la existencia de estos planos y a la revisión minuciosa de las fuentes escritas podemos esbozar cómo era esta calzada. La parte que atravesaba la laguna era la que corresponde a la que iba de tierra firme hasta el primer puente, de un kilómetro de longitud. Atacar desde allí resultaba muy peligroso sin la ayuda de los bergantines, ya que, como dijimos, al haber tanta multitud de indígenas aliados, resultaban más un estorbo que ayuda y los defensores desde sus canoas los atacaban a placer desde ambos flancos. Llegados a Nonoalco, al primer puente, se encontraban con un terreno compuesto de isletas y completamente rodeado de cañaverales. Allí se escondían las canoas mexicas ya sea para agarrar a los españoles por sorpresa o bien, protegerse de los ataques de los proyectiles.

A mano derecha tras pasar el primer puente, había una plazoleta con pirámides y otro tipo de construcciones, justo donde ahora está la iglesia de San Miguel. Era el corazón de Nonoalco. De allí hasta el Recinto Sagrado tlatelolca los separaba una distancia de 1300 metros aproximadamente. Sin embargo era un terreno muy embarazoso para avanzar con firmeza. Rodeados de cañaverales (*Iliácac*, que significa “Punta de Alisos”, se llamaba en náhuatl¹¹⁸) e isletas por ambos lados era fácil ser atacados y emboscados. Además, a una

¹¹⁷Incluso la calzada Flores Magón no corresponde exactamente con la antigua calzada de Nonoalco, sino que está desviada unos cuantos metros hacia el sur. Ya ni hablar de las capillitas y las plazoletas del barrio. Todo eso desapareció durante el siglo XX para dar paso a las unidades habitacionales. La iglesia de San Miguel se conservó por puro milagro. Para el plano de Gómez de Trasmonte, una reproducción muy buena se halla en Benítez, Fernando. *Op. Cit.* v.3 pp. 52 y 53

¹¹⁸Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 747

distancia de más o menos 500 metros había otra superficie vasta de agua, probablemente la reminiscencia de la separación original entre las islas de Nonoalco y de Tlatelolco. Allí había un puente, pero al estar metida en el agua, era fácil abrir brechas en ella. Ya pasado este puente habría seguramente otros más pero de menor importancia y ya se llegaba propiamente a Tlatelolco.

Pese a que la distancia era corta, la mezcla de vastas superficies de agua con isletas y cañaverales, hacía del avance una cosa muy penosa. Incluso teniendo ya los bergantines, en este tipo de terreno era fácil que les tendieran celadas y los inutilizasen entre tanto estorbo. Por otro lado, como lo veremos más adelante, los aliados tlaxcaltecas no estaban completamente bajo las órdenes de Alvarado, sino de Chichimecatecutli, y éste era autónomo en muchos aspectos, aunque nominalmente estaría bajo las órdenes del español. Esto crearía seguramente una frágil coordinación entre los movimientos de los españoles y los de los indígenas. Además, en una calzada como la de Nonoalco, que al parecer no era tan ancha como las de Tenochtitlan (ocho pasos, dice Bernal Díaz), la presencia de ambos contingentes, que tenían dos formas muy distintas de vislumbrar lo que era una guerra, hacía que se estorbasen mucho. No era lo mismo con Cortés hasta donde sabemos en el caso de su compañía con Ixtlixóchtli, ya que el mando de Cortés era el más supremo, reconocido así por los indígenas y por los españoles mismos. El caso de Alvarado era distinto, al ser subordinado de don Hernando.

Ya vimos que mientras don Pedro no tuvo los bergantines que le mandó Cortés hasta después de haber penetrado hasta el Templo Mayor, su situación fue precaria. El ataque por la calzada de Nonoalco fue muy desventajoso por repetir el esquema de la Noche Triste: españoles y aliados atrapados en un cabo de calzada rodeados por canoas desde donde les disparaban proyectiles con facilidad. Aunque en esos días en el real de Tlacopan hubo quietud, las escaramuzas que se daban por parte de los mexicas contra los palacios del pueblo seguramente fueron constantes.

Ya con los bergantines la cosa cambió, aunque desde el punto de vista de Bernal, la situación siguió siendo muy precaria para los atacantes. Esta versión de la guerra resulta preciosa precisamente por el realismo de sus descripciones y sus argumentos. Es claro que la guerra no resultó algo fácil para él. Los españoles no salían bien librados en los ataques,

sino que siempre había más de un muerto y todos resultaban siempre heridos ya sea de alguna lanzada o de alguna pedrada. Y aún heridos tenían que luchar, porque si no lo hacían, toda la tropa se podía considerar como “convaleciente”. Es en este relato donde se pone de manifiesto la vulnerabilidad de los españoles. Si los ataques de los mexicas hubiesen sido con armas más efectivas, seguramente no hubieran llegado muy lejos los hispanos. Las heridas se las curaban con quemaduras de aceite mientras un soldado (sic) de nombre Juan Catalán las santiguaba.¹¹⁹

Con las tres o cuatro naves que tuvo Alvarado el avance ya pudo ser cada vez más significativo. El mismo tipo de obstáculos con los que se encontró Cortés en su real fue el que se encontró Alvarado con el suyo: cada vez que tomaban un puente tenían que retroceder y volverlo a tomar otra vez. Alvarado sin embargo, usó del método de poner guardias en los puntos tomados, algo que no hizo Cortés, pero resultó inútil, ya que en la noche, cuando los de la ciudad desazolaban los canales, era tal la oscuridad que no se los podían impedir por más vigilancia que hubiese. Es lo que Cortés temió desde un principio y por lo cual no lo aplicó, aunque pareciese irresponsable. Esto también nos permite ver que era mucho más difícil y agotadora la tarea de cegar canales que la de desazolvarlos, ya que bastaba mover toda esa masa de escombros para que la corriente sola se la llevase.

Hubo un momento en que se tomó ya el primer puente, el de Nonoalco y Alvarado decidió trasladar allí su real, dejando en Tlacopan a las mujeres que les hacían de comer y una ligera tropa que evitaría posibles ataques desde la retaguardia. Este real ya más avanzado sería el equivalente del de Acachinanco de Cortés, ya que éste había establecido su real en Coyoacán y Acachinanco sólo era un punto avanzado en teoría. Lo mismo pasa con Alvarado, que no veía bien aquella guerra de desgaste que usaba Cortés y quería consolidar sus victorias por medio de avances claros hacia Tlatelolco. La ubicación de este nuevo real nos resulta incierta, ya que Bernal Díaz habla de que era donde había unas torres de ídolos.¹²⁰ Pero como desconocemos mucho de cómo era zona realmente, nuestras conjeturas no pasan de ser tales, aunque tratamos de ser lo más fieles posible a las fuentes y a sacar deducciones en torno a lo que éstas dicen. Nosotros creemos que este nuevo real se ubicó en donde se halla la iglesia de San Miguel Nonoalco, ya que claramente se usó, lo

¹¹⁹ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 338

¹²⁰ *Ibid.*

mismo que con Cortés, de un recinto religioso, ya que estos eran los que presentaban infraestructura más sólida y, por lo tanto, aprovechable para ser usada como campo militar. Deducimos esto también, porque en las fuentes coloniales ésta iglesia es la que se encuentra más cercana a la calzada. Las demás iglesias dependientes de Tlatelolco se encuentran en otros lugares.

Ahora bien, para este momento, el avance de Alvarado ya es más claro. Al parecer también hubo entradas por parte de la tropa de éste capitán por la calzada de Tlacopan, ya que Bernal Díaz de repente habla de “las calzadas”, claramente usando el plural. Es probable que cuando se supo que Cortés la comenzaba a tomar por el otro lado, él también hizo lo posible para acelerar su total posesión. No obstante, su principal objetivo siempre fue Tlatelolco y no Tenochtitlan. Con el traslado del real hacia Nonoalco, Alvarado se metía ya mucho en la ciudad. Estaba ya en un barrio tlatelolca, no como Cortés, que estaría en una plazuela sobre la calzada de Iztapalapa solamente. La situación de Alvarado implicaba estar rodeado por barrios enemigos.

De repente sobreviene el desastre para los del real de Tlacopan. Bernal Díaz es el que hace la relación más vívida del acontecimiento.¹²¹ Cabe aclarar que aquí ya no sólo se atacaba por la calzada de Nonoalco, sino que la tropa se introducía por varios caminos entre las chinampas cercanas para destruir y causar el mayor daño posible a los mexicas. Los conquistadores andaban pues, no sólo en un camino, sino en varios. Esta era la enorme ventaja que tenía Tlatelolco sobre Tenochtitlan.

Como los hombres tanto de Cortés como de Alvarado ya estaban sumamente agotados por la guerra de desgaste contra los de la ciudad y como el badajocense era más impetuoso que el extremeño, decidió avanzar de repente lo más que se pudiese. Sus hombres ya lo que deseaban era aproximarse a Tlatelolco lo más rápido posible. Y entonces se da la gran oportunidad para los mexicas de armar una muy buena celada.

La parte que separaba Nonoalco de Tlatelolco era un canal bastante ancho (unos cuarenta metros) cuya ubicación desconocemos, pero que seguramente estaría en las inmediaciones de lo que hoy es Avenida Guerrero. La parte de la calzada de Nonoalco que cruzaba este

¹²¹ *Ibid.* pp. 341 y 342.

ancho canal fue destruída por los mexicas en su totalidad. En su lugar quedó lo que vendrían a ser sus cimientos, un montículo de tierra apenas cubierto por el agua. Era como un banco de tierra a apenas medio metro de profundidad o menos, por lo que era fácilmente vadeable incluso para los caballos. En las batallas de la calzada los mexicas atacaron por dos flancos. Primero, por la parte de Tlacopan hacia dentro de la calzada, con el objeto de atacar por detrás a Alvarado. Con esto lograron que la caballería se concentrara en el ataque por el lado occidental de la calzada. Por el otro lado, hacia Tlatelolco, fueron vencidos rápidamente en las albarradas y fingieron una retirada cruzando este canal a pie por el banco submarino. Los españoles vieron que el paso era vadeable, ya que no había hoyos ni nada peligroso, y decidieron cruzarlo también para continuar venciendo a los mexicas y avanzar hacia Tlatelolco. Esa fue una terrible imprudencia. Los mexicas esperaron que los enemigos hubieran cruzado esa zona vadeable. Cuando sucedió, innumerables canoas de los defensores se colocaron allí, ya que era un lugar donde si bien se podía caminar, también se podía navegar, sobre todo para el tipo de barcas que eran los acalles prehispánicos. Para cerrar bien la emboscada, se colocan estacadas en las bocas de este canal para evitar que los bergantines acudiesen a ayudar a los invasores.

Éstos por su parte, embebidos por sus pequeñas victorias, se habían introducido hacia la parte externa de Tlatelolco¹²² muy imprudentemente, pensando que llegar al Recinto Sagrado tlatelolca era ya fácil. De repente los mexicas realizan un contraataque con mucha determinación y fuerza, tomándolos por sorpresa y obligándolos a retraerse. Cuando vuelven, naturalmente tratan de volver por la calzada, y cuál no fue su sorpresa al ver ese camino custodiado fortísimamente por una flota de canoas guerreras. En su desesperación tratan de cruzar por otro lado donde se reducía la anchura del canal, pero descubren pronto que allí había innumerables hoyos donde se hundían todos. Con la pesadez natural de la armadura de metal esos hoyos submarinos eran una trampa mortal, porque el peso los hundía irremediamente. De repente el espectáculo fue que el canal se llenó de invasores que se ahogaban. Los mexicas, como pescadores con una red, se acercaron al lugar en barcas y capturaron los más posibles para llevarlos a sacrificar a Tlatelolco. Entre los capturados estaría Bernal Díaz, quien sólo se salvó a base de estocadas desesperadas. Nos

¹²²*Ibíd.* Al parecer, cruzando este canal ya se llegaba a una zona ceremonial tlatelolca, ya que dice claramente que del otro lado de este canal había unos adoratorios. Quizá ya era una parte urbana de Tlatelolco. Quizá fue muy cerca del lugar donde en la época virreinal se levantó una capilla del Calvario.

cuenta como se zafó, se echó a nado, llegó al otro lado, pero fue tal la impresión que le causó el verse arrastrado hacia una piedra de sacrificio, que perdió el sentido en cuanto estuvo en salvo. Como desde allí se veía muy bien lo que pasaba en el teocalli de Tlatelolco, los del real de Alvarado pudieron ver cómo sus compañeros eran arrastrados gradas arriba de la pirámide para ser sacrificados en el altar de Huitzilopochtli, el demonio según ellos¹²³.

El golpe moral y psicológico de este espectáculo seguramente fue devastador para los españoles, no sólo para los del real de Alvarado, sino para todos. Finalmente una guerra de desgaste como la que se llevaba a cabo tenía el claro objeto de bajar a lo máximo la moral de los defensores y luego ya hacer que se rindieran. Una victoria de esta magnitud lo único que había logrado era elevar la moral mexicana mientras la de los atacantes bajaba. Esto anunciaba en términos prácticos, una guerra aún más prolongada.

Cuando Cortés supo lo que había acaecido ese día a los del real de Tlacopan, decidió ir a reprender a Pedro de Alvarado y a estudiar la situación del nuevo campamento. Cuando llega a Nonoalco, se espanta de ver lo “metido” que estaba en la ciudad, es decir, qué tan rodeado por territorio enemigo se encontraba. Pero vio que había ganado varios puentes y se le explicó que era mucho más complicado cegar todos los que había, que eran más numerosos y anchos que los que había en la parte del campamento de Cortés. El conquistador mismo dice que su enojo disminuyó al comprender el problema que enfrentaba Pedro de Alvarado¹²⁴.

Para este tiempo, cabe hacer hincapié en el estado de fatiga y hastío en que se encontraban los españoles en aquel momento. Y no sólo ellos, sino también los tlaxcaltecas y texcocanos, que eran los que se llevaban los trabajos más pesados como el cegar canales y los que finalmente ponían las bajas en la guerra. Desgraciadamente no existe una fuente directa de lo que sentían en aquel momento aquellos que finalmente fueron los que, con el número, habrían de conquistar la Nueva España. Las fuentes españolas hablan

¹²³*Ibid.* Cortés también se refiere a este hecho, pero como lo supo de oídas, no es tan prolífico en detalles como Bernal. *Cfr.* Cortés, Hernán, *Op. Cit.* p. 143. Además, cae en claras contradicciones con éste, ya que dice que los bergantines ayudaron a pasar esos “sesenta pasos” de calzada rota, cuando Bernal dice claramente que pasaron el agua a “vuelapié”, es decir caminando, y que los bergantines quedaron atrapados en estacadas submarinas. Por la prolijidad de detalles y el hecho de ser testigo presencial, es más verosímil la versión de Díaz del Castillo, que es la que tomamos.

¹²⁴Cortés, Hernán, *Op. Cit.* p. 144.

marginalmente de ellos, pese a que peleaban codo con codo. Lo único que se vislumbraba para una multitud de hombres tullidos de pedradas, con heridas de varas puntiagudas que servían como flechas y lanzas, hambrientos y cansados de hacer siempre el mismo pesado trabajo, era que la guerra habría de ser todavía más larga por el hecho de que los mexicas se habían anotado una gran victoria en las inmediaciones de Tlatelolco. Lo que ya deseaban era acabar cuanto antes la guerra, que aunque apenas llevaba un mes, ya parecía eterna. No querían emular a los aqueos de Agamenón, que se tardaron diez años en la toma de Troya. El controvertido tesorero Julián de Alderete, del cual Cortés hace poquísimas menciones en la guerra de conquista, al parecer era quien más acicateaba a Cortés a cambiar la estrategia de ataque por una más contundente y feroz.¹²⁵

Si hemos de creer lo que Cortés dice, de que no quería atacar por lo difícil que era el paso de un lugar a otro en una ciudad como México, entonces Alderete estaba en una posición muy soberbia (era funcionario nombrado por Su Majestad) y usaba el descontento de la tropa para adquirir poder a costillas del extremeño. La presión fue tal para Cortés, que decidió salirse de su forma habitual de pelear y tratar de hacer un ataque contundente hacia Tlatelolco. Ese ataque sería el peor error que se pudo cometer, el cual que provocaría que la guerra se alargase todavía mes y medio más. El desbarate de Alvarado no fue sino la advertencia de lo que habría de suceder a Cortés.

Cortés vencido, la gran victoria mexicana

Los hombres de Alvarado ya habían logrado llegar a Tlatelolco en una celada claramente orquestada por los mexicas, pero finalmente se habían acercado al Recinto Sagrado al menos lo suficiente para discernir con claridad cómo varios de sus compañeros capturados subían a ser ejecutados en lo alto del Templo. Con Tenochtitlan y sus dos calzadas bajo el dominio de Cortés, la toma del conjunto ceremonial tlatelolca significaría ya la caída total de México.

En la praxis, los mexicas habían perdido ya las dos terceras partes de la ciudad. tanto ellos como los españoles lo saben. Debido a esto, se abre entre las filas de Cortés un intenso

¹²⁵*Ibid.* pp. 144 - 145

debate sobre si debían avanzar ya de una vez por todas sobre Tlatelolco o seguir con la estrategia seguida hasta entonces. Cortés dice en su *Tercera Carta* que el tesorero Julián de Alderete presionaba mucho para concluir esta guerra y qué mejor para unos hombres ya hartos y tullidos que avanzar hacia el último baluarte de la ciudad. Cortés parece comprender el peligro que resultaría de acercarse a Tlatelolco, proveniente de los innumerables obstáculos que hemos dicho ya con anterioridad. Por otro lado, también es cierto que el cerco sobre los mexicas era rotundo. Bastaría dejar pasar el tiempo para que el hambre y la enfermedad hicieran sus estragos. Tarde o temprano, la ciudad completa sería de Cortés y sus tropas. Pero ese no era el chiste. Rendir a la ciudad por hambre no era algo tan heroico como tomarla palmo a palmo. Además, también el sustento de los atacantes se daba con un sistema de abastecimiento no muy eficaz, y estamos hablando de mantener un numerosísimo ejército, sobre todo indígena, en una tierra donde la siembra había sido dejada de lado al acudir tantos hombres a la guerra. Así pues, el prolongar una guerra con un ejército de esas proporciones, también se traducía en enormes dificultades para los atacantes.

Pero definitivamente lo que va a dominar en este reclamo hacia Cortés es el hastío y cansancio por esa guerra de desgaste que llevaba un mes. ¿Cuánto tiempo más se tendría que sobrellevar esta rutina castrense de entrar, destruir y huir?

Cortés, ante argumentos tan sólidos como los que le decían sus hombres y el tesorero Alderete, se ve orillado a tomar una decisión definitiva, quizá no muy acorde con sus planes. Por consenso decide efectuar un ataque general contra Tlatelolco. No sabemos cuál era la situación en el real de Sandoval en el Tepeyac, pero se decide que este capitán deje unos hombres allí para realizar una celada mientras él se juntaría con Pedro de Alvarado para apoyarlo en su marcha por la calzada de Nonoalco. En esto también tenemos una severa contradicción entre el relato de Bernal Díaz y el de Cortés, ya que el primero es claro al decir que Sandoval no estuvo junto a los hombres de Alvarado, mientras el segundo dice que si lo mandó a apoyar al badajocense. Es una cuestión de difícil solución. Es cierto que Cortés daba órdenes, pero las circunstancias de la guerra hacían difícil su cumplimiento al pie de la letra. Y también es cierto que Bernal Díaz escribía varias décadas después de los hechos, mientras Cortés lo hizo con muy poca diferencia de tiempo.

El día escogido para el ataque será a finales de junio. José Luis Martínez cree que es el día 30, en cuyo caso sería exactamente el aniversario de la Noche Triste¹²⁶. Esto, sin embargo, no es algo que las fuentes primarias digan literalmente, aunque es muy factible que haya sido en una fecha cercana al aniversario de tan fatídico acontecimiento para los conquistadores.

El plan sería el siguiente: Cortés, ya teniendo bajo su control el Recinto Sagrado y los primeros tramos de la calzada de Tlacopan, avanzaría con sus capitanes hacia ésta última. Era la parte donde se preveía una resistencia más feroz, por lo que le pide al badajocense Alvarado que le mande setenta hombres para hacer reforzar su tropa. Este último, por su parte, intentaría penetrar lo más posible hacia el Recinto Sagrado de Tlatelolco por lo que le restaba de la calzada de Nonoalco. Y Sandoval, según el extremeño, acudiría a apoyar a Alvarado con algunos hombres de infantería y de a caballo, mientras en el Tepeyac se prepararía una emboscada por si los mexicas pretendían salir por allí durante el gran ataque.

El objetivo principal era llegar lo más rápido posible al Recinto de Tlatelolco y a su gran plaza del mercado. Con esto, las partes más fuertes de la isla ya quedarían bajo el dominio de los españoles, mientras los mexicas prácticamente tendrían que resistir en las isletas, y en sus barrios de chozas de paja. En realidad el plan no se planteó como un “avance” propiamente dicho; era un ataque total e implacable. Se quería acabar con la resistencia mexica de una vez por todas, y con ésta, la cansada guerra.

Tlatelolco estaba ya en la mira de los tres reales. De Sandoval no sabemos exactamente qué hizo ni qué papel jugó en este día. Pedro de Alvarado tenía a Tlatelolco de frente a casi un kilómetro de distancia de su real; el Templo Mayor era lo que coronaba la vista del fondo de la calzada de Nonoalco. Cortés, ya con los primeros tramos de la de Tlacopan en su poder, tenía en ésta como una plataforma de operaciones desde donde podía dirigir un asalto por varios frentes desde el sur.

El ataque sería entonces por el oeste con Alvarado y por el sur con Cortés. Por la misma situación de la ciudad septentrional, los hombres de ambos frentes aún no podían comunicarse entre sí más que por tardados mensajeros vía lacustre, algo que no podía

¹²⁶Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. p. 126

realizarse durante el ataque. Aunque se había trazado un plan general, cada capitán actuaría aislado desde su campo, eso era inevitable. Los resultados se sabrían hasta después de la jornada, no durante.

Cuauhtémoc y su corte se habían establecido ahora en *Yacacolco*, en lo que ahora es la plazoleta e iglesia de Santa Ana. Allí había un pequeño conjunto arquitectónico compuesto por una pequeña pirámide (mumuzco, le llaman en el Códice Florentino, justo donde se encuentra la iglesia) y una explanada (la pequeña plazoleta) seguramente rodeada de algunos edificios importantes. El lugar es muy estratégico, porque era donde llegaba la calzada principal que unía la plaza de Tenochtitlan con Tlatelolco. Era la puerta de Tlatelolco y era en realidad una bifurcación de caminos. Al norte de la pirámide pasaba una acequia que sobreviviría hasta bien entrado el siglo XIX (en la actual calle de Matamoros), la última que separaba ese punto del mercado de Tlatelolco. Tras la pirámide, a ambos lados de ésta, había dos puentes que cruzaban ese canal. El puente occidental llevaba a una calle que se dirigía directamente al mercado en un trazo diagonal (esta calle sobrevivió hasta la década de 1960 y se llamaba Real de Santiago)¹²⁷ y el oriental era la prolongación natural del camino y tras una ligera curva hacia el oriente, llevaba directamente a la calzada del Tepeyac (esta calle es actualmente la que se llama Peralvillo).

En este punto el tlatoani dirigiría la operación de la defensa de Tlatelolco, acompañado de la más alta nobleza de las ciudades aledañas. Estaban con él su fiel *Cihuacóatl Tlacotzin*, el señor de Cuitláhuac, *Mayehuatzin*, y los otros dos soberanos de la *Excan tlatoloyan*, *Coanacoch*, señor de Texcoco y *Tetlepanquetzal*, de Tlacopan. Estaban también importantes capitanes como *Coyohuehuetzin*, guerrero que al parecer pertenecía a las dos órdenes de caballeros águila y jaguar. Desde allí se defendería la ciudad septentrional con un éxito que ni siquiera ellos mismos se esperarían.

Ya en el ataque, Cortés avanzó sobre la calzada de Iztapalapa sin la menor resistencia y luego dobló hacia la izquierda sobre la calzada de Tlacopan hasta donde la habían ganado anteriormente. Pero dejemos que sea él quien hable:

¹²⁷ Tlatelolco se había mantenido bien conservado en su traza hasta hace medio siglo, cuando el regente de la ciudad Uruchurtu decidió unir Paseo de la Reforma con la calzada de Guadalupe, destruyendo una traza que databa desde tiempos prehispánicos.

Dada la orden ya dicha, otro día, después de haber oído misa, salieron de nuestro real los siete bergantines con más de tres mil canoas de nuestros amigos; y yo con veinte de a caballo y con la gente que tenía y los setenta hombres del real de Tacuba seguimos nuestro camino, y entramos en la ciudad, a la cual llegados, yo repartí la gente de esta manera: había tres calles, desde lo que teníamos ganado, que iban a dar al mercado, al cual los indios llaman Tianguizco, y a todo aquel sitio donde está llámanle Tlatelulco; y la una de estas tres calles era la principal, que iba a dicho mercado; y por ella dije al tesorero y contador de vuestra majestad que entrase con setenta hombres y con más de quince o veinte mil amigos nuestros, y que en la retroguardia llevase siete u ocho de caballo, y como fuesen ganando las puentes y albarradas las fuesen cegando, y llevaban una docena de hombres con sus azadones y más nuestros amigos, que eran los que hacía al caso para el cegar de las puentes. Las otras dos calles van desde la calle de Tacuba a dar al mercado, y son más angostas, y de más calzadas y puentes y calles de agua. Y por la más ancha de ellas mandé a dos capitanes¹²⁸ que entrasen con ochenta hombres y más de diez mil indios nuestros amigos, y al principio de aquella calle de Tacuba dejé dos tiros gruesos con ocho de caballo en guarda de ellos. Y yo con otros ocho de caballo y con obra de cien peones, en que había más de veinte y cinco ballesteros y escopeteros, y con infinito número de nuestros amigos, seguí mi camino para entrar por la otra calle angosta todo lo más que pudiese.¹²⁹

Este pequeño fragmento es material precioso para el objeto de este trabajo. ¿Cuáles eran las tres calles que iban a Tlatelolco? La principal “que iba al mercado” no puede ser otra que República de Brasil, la cual, ya lo dijimos, era la conexión principal de las dos ciudades. Cortés avanzaría por lo que hoy sería la calle de Allende, o al menos una calle muy cercana al trazo actual de ésta¹³⁰. Esta conjetura la explicaremos más adelante. La calle por donde avanzaron Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado no sabemos exactamente cuál sea, aunque es casi seguro que se trate de lo que es actualmente el Eje Central.

La calzadilla por donde avanzó Cortés era de lo más difícil: era sumamente estrecha, y su nivel apenas y sobresalía del agua. Esto último la volvía especialmente peligrosa, ya que cualquier movimiento de tan multitudinarios ejércitos, crearía corriente suficiente para que el oleaje la anegara y la dejara resbalosa. Era tan estrecha que Cortés no avanzó con la caballería, dejando a esta la tarea de custodiar la entrada por la misma calzada de Tlacopan, haciendo hincapié en que no se avanzase más que con una orden suya directa. Él avanzó

¹²⁸Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, según López de Gómara, Francisco. *La conquista de México*. Madrid. Dastin, 2001. p. 306

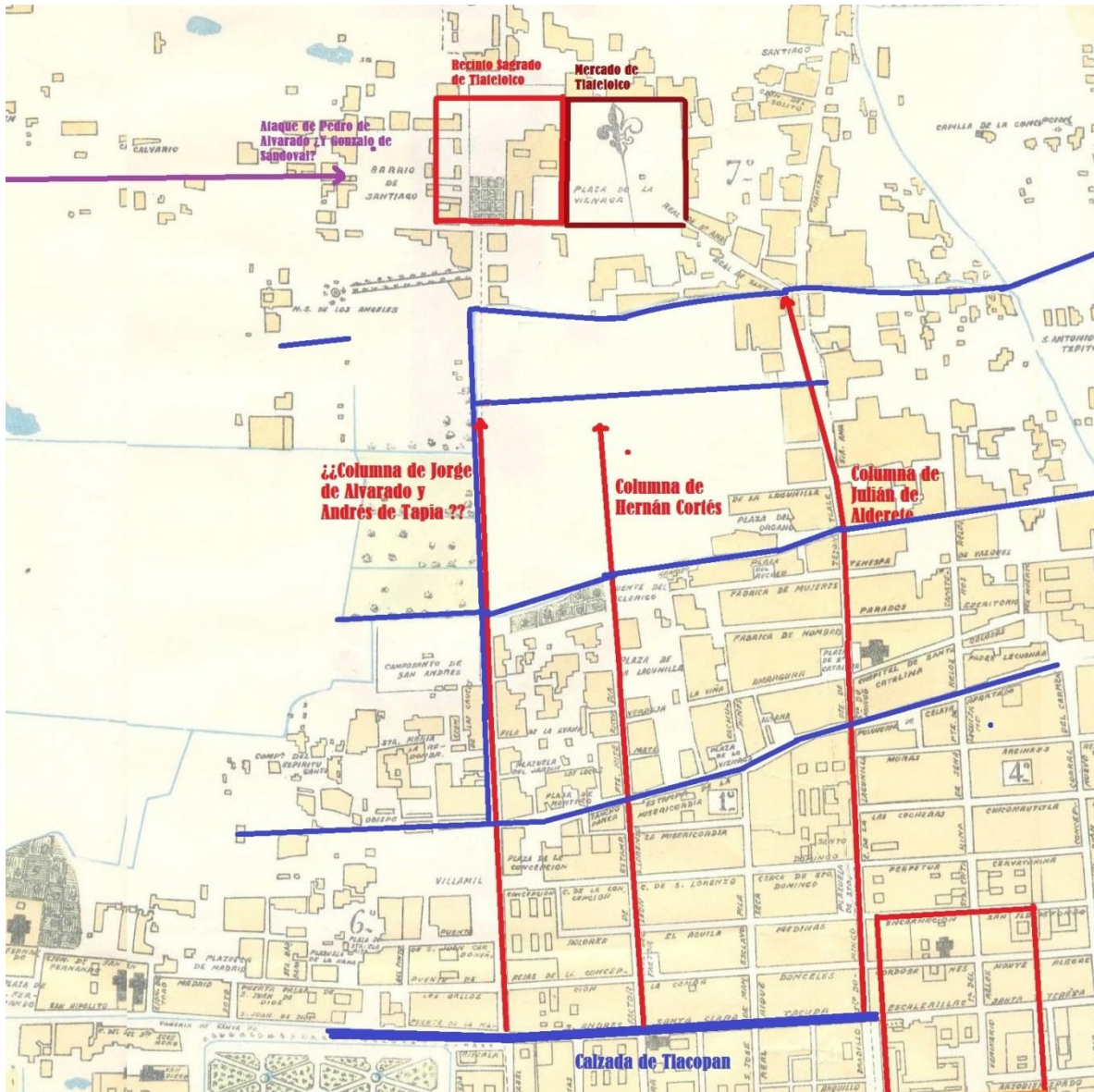
¹²⁹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 145

¹³⁰ Era lo que los indígenas llamaban el camino de Quavecatitlán, que iba hacia donde se vendía la sal en el mercado de Tlatelolco. Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 749

con la infantería española y un nutrido ejército de indígenas aliados. Veamos lo que dice el texto en español del Códice Florentino:

Entraron por el camino que se llama Quavecatitlán que va derecho hacia donde venden la sal; iban tantos indios y españoles que no cabían por el camino, porque por una parte y por otra había agua, y echaron tierra y adobes y maderos, para poder mejor pasar, y como hubieron ensanchado el camino, luego comenzaron a entrar por él en el orden de guerra con su bandera delante, y tocando el tambor y pífano, y venían tras ellos todos los indios de Tlaxcala y de otros pueblos que eran amigos.¹³¹

¹³¹*Ibid.*



Reconstrucción hipotética, sobre el plano de Diego García Conde, de los avances de las tropas españolas el día del desastre de finales de junio. Al norte observamos el conjunto Tlatelolca con su Recinto Sagrado y el tianguis y al sur vemos los puntos sobre la calzada de Tlacopan de donde partieron las tres columnas de Cortés, Jorge de Alvarado y Julián de Alderete. En el punto donde termina la línea de Cortés hacia el norte es el sitio de la gran derrota.

No avanzaban sobre una calzada principal, como estaban acostumbrados, sino una de segundo nivel, que se internaba por barrios chinamperos, todos llenos de canales profundos aquí y allá. Los indios aliados se encargaron de tomar las casas aledañas asaltándolas por las azoteas con una violencia crudelísima de guerra urbana. El espectáculo debió ser aterrador. Los canales llenos de indios luchando por hacerse de las chozas aledañas, con una gritería ensordecedora. Los españoles, ordenados en grupos de ballesteros y escopeteros, avanzaron hasta una primera puente con albarrada (república de Perú),

tomándola con un pequeño cañoncito. Se siguió el avance hasta una segunda quebrada que allí se les tomó a los mexicas.¹³² Como se encontraban en el límite de las dos ciudades, las chinampas de una y otra se encontraban separadas, por lo que había una enorme cantidad de superficie líquida en esta parte. Nos encontramos en lo que después se conoció como Lagunilla, precisamente. La calzadilla se internaba pues, en ésta hasta llegar a una isleta. Cortés ve que en tanta estrechez se confundían aliados con mexicas y decide quedarse allí con veinte españoles mientras los demás seguían instintivamente adelante, hacia Tlatelolco. Cortés había tratado de vigilar las esquinas de las calles y canales aledaños para evitar una sorpresa por los lados, pero en realidad el peligro más fuerte vendría del descuido y la imposibilidad de cegar puentes en una superficie líquida tan vasta. Fue lo mismo que pasó con Alvarado. No era lo mismo cegar con escombros un canal de cinco metros de ancho a un hueco de más de ocho metros en una laguna. En su momento los hombres de Alvarado salvaron el espacio destruido avanzando sobre un banco de tierra a pocos centímetros de profundidad, pero en este caso se trataba de uno de una hondura mucho mayor (dos estados, dice Cortés, o sea más de tres metros). Realmente cegar algo así en medio de un avance que en realidad era un ataque a sangre y fuego, resultaba ocioso e inútil, porque la corriente del agua en una laguna rápidamente acabaría llevándose el escombros. Aunque Cortés argumente lo que argumente, era impensable hacer esto. Según él da claras instrucciones de que no se avance sin que previamente se hubiesen cegado bien los malos pasos.

Ya después de esta isleta, hacia el barrio de *Tlioacan*¹³³ el Recinto Sagrado de Tlatelolco se encontraba muy cerca, con solo dos acequias de separación, muy próximas una de otra, por lo que los hombres que habían avanzado hacia allá iban muy entusiasmados con la idea de la victoria, e incluso podían escuchar el combate que se daba unos metros hacia el poniente con los hombres de Alvarado. “... *los cuales (los españoles) me enviaron a decir que habían ganado mucho y que no estaban muy lejos de la plaza del mercado; que en todo caso querían pasar adelante, porque ya oían el combate que el alguacil mayor y Pedro de*

¹³²Se trata del enorme canal que pasaba por el actual Eje 1 norte, en el mismo punto que desde el siglo XVII hasta el XIX se conoció como “Puente del Clérigo”. Era oficialmente el límite entre Tenochtitlan y Tlatelolco. Es decir, este punto es realmente donde se encontraba la afamada “Lagunilla”, una superficie amplia de agua debida más bien a la separación entre las chinampas de Tenochtitlan y Tlatelolco que a otra cosa.

¹³³Así se menciona el nombre de este lugar en Sahagún, Bernardino de. *Op.Cit.* p. 749

Alvarado daban por su estancia”.¹³⁴ Cortés decide avanzar para ver que los canales estuviesen bien taponados con escombros, y cuando llega al penúltimo¹³⁵ ve que estaba mal consolidado y flojo, pues se había hecho con cañas de carrizo sueltas, siendo fácil avanzar a tientas de uno en uno, pero imposible en caso de una multitud.

Cuauhtémoc y los mexicas no habían estado ociosos para nada. Que el mismo Cortés hubiese decidido internarse por la calzadilla más estrecha y hubiese avanzado casi un kilómetro por ella hasta llegar a *Tlioacan* les daba la oportunidad de armar una muy buena celada. Primero que nada se habían puesto estacadas submarinas en los diversos canales para que los bergantines no pudiesen llegar a la zona. Más adelante, por donde había avanzado la tropa, ya casi junto al borde del mercado, se habían agazapado los mexicas al mando del *Tlapanécatl Hecatzin*. Cuando avanzaron más los españoles y sus aliados, no cegando bien la acequia de San Martín, llevando por delante al alférez con el pendón, se da el grito de guerra y todos los mexicas salen y agarran desprevenidos a los invasores. Hecatzin mismo agarra a uno y lo derriba, según el relato del *Códice Florentino*¹³⁶. Es tan determinado el ataque en esta emboscada que comienzan a arrojar a los españoles al agua con el objeto de capturar prisioneros desde las canoas para el sacrificio. El alférez que llevaba el pendón es capturado y la bandera cae allí justo.

Exactamente cuando Cortés está revisando el avance de su gente desde la isleta hacia *Tlioacan*, ve que todos vienen en una desbandada general por la calleja adelante, huyendo espantosamente. Tras ellos ve a los mexicas, cual una avalancha, aproximándose, matando e hiriendo a todos. Cuando pasan el hueco de la calzada mal cegado, los frágiles materiales ceden y españoles e indígenas aliados caen en el agua. De repente, toda una flota de canoas sale de los lados del canal y empieza a apresarse a todos los que se encontraban luchando por no ahogarse. Como la calle pasaba en aquella parte por una lagunilla, las canoas se pueden dar el lujo de rodearla a ambos lados y matar y capturar a su gusto. Cortés empieza a gritar “tener... tener”¹³⁷, pero la situación fue tan de súbito negativa para los invasores, que el

¹³⁴Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 146

¹³⁵Este puente y su canal existieron probablemente hasta principios del siglo XVII. Después desapareció. Iba de la parte meridional de la plaza de la iglesia de Santa Ana hasta la acequia que pasaba por el Eje Central. Lo llamaremos “acequia de San Martín”, como es probable que se haya conocido en su momento. Coincidiría más o menos con la calle que hoy se llama González Bocanegra

¹³⁶Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 749

¹³⁷Sería el equivalente a decir “aguantad, aguantad”. El sentido se relaciona con “tenerse firmes”.

extremeño, considera ya todo perdido por unos instantes. Nos cuenta cómo se decidió a morir allí peleando y ayudando a salir a los españoles que se sumergían en el agua. Gesto magnánimo de su parte. Muchos de los españoles eran capturados por las canoas y llevados a donde se encontraba Cuauhtémoc, en Yacacolco, que se encontraba muy cerca. La desbandada es brutal por parte de los aliados indígenas. De repente, todas las casas que rodeaban la calzadilla vuelven a manos de sus dueños y desde allí les arrojan a los invasores todo tipo de proyectiles, causando enormes bajas sobre todo en el bando tlaxcalteca.

Para cerrar con broche de oro la acción, se acercan varios guerreros mexicas a Cortés y lo capturan para llevarlo a sacrificar junto a los demás ibéricos. Para restarle fuerza le hieren la pierna de una cuchillada. Si cualquiera de ellos hubiera decidido mejor matarlo en vez de sólo capturarlo, el cariz de la guerra hubiese sido seguramente otro. Y la verdad es que se estuvo a un paso muy pequeño de lograrlo, pero para los mexicas era vital el llevar a los capitanes enemigos al sacrificio. Cuando ya lo tenían apresado, llega un capitán, Cristóbal de Olea, y arremete a estocadas contra los captores. Desgraciadamente para este capitán, esta acción le costó la vida. Cortés queda sumergido en el lodo y ahora varios de sus compañeros tienen que esforzarse en sacarlo de allí. También, nos cuenta Bernal, llegó a su lado un tal Lerma, el cual por poco igualmente muere a manos de los mexicas.¹³⁸ Éstos, como dijimos, ya tenían tomadas las azoteas que bordeaban la calzadilla, de modo que tenían la ventaja de la altura para lanzar todo tipo de proyectiles. Los españoles y sus aliados se encontraban completamente atrapados. Como hacía un año en la Noche Triste, los mexicas, desde las canoas, se entretenían en herir a gusto y atrapar a los españoles para llevarlos presos a Cuauhtémoc, que se hallaba a unas decenas de metros de allí. La situación era muy complicada. Cortés se hallaba herido y al ser liberado cayó en el agua, corriendo el riesgo de ahogarse, y más con una pierna herida y sangrante. Apenas con la ayuda de varios de sus compañeros, logró salir de allí. Trató de continuar en la pelea, pero un capitán bajo su mando, Antonio de Quiñones, al ver el riesgo que había sufrido de caer en manos enemigas, le dice: “Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar”. Cortés se resiste y Quiñones prácticamente lo sujeta como momentos antes los captores mexicas y lo trata de llevar lejos de la refriega. La

¹³⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 348.

calzadilla se hallaba completamente anegada y obstruida de tanto guerrero. Caminar en ella era imposible por lo resbaloso; no digamos ya correr. Por lo atascado de gente los caballos no podían circular por allí.

Los hombres de a caballo que Cortés habría dejado en la boca de la calzadilla, en la calzada de Tlacopan, se trasladaron a la isleta que estaba en medio de la Lagunilla al oír la horrible batalla que se daba adelante. Llegan a la isleta y comprenden que hay problemas graves. Mandan a un criado de Cortés que le lleve una montura, pero cuando llega al lugar del desastre, tratando de hacer espacio con las coces del animal, fracasa, ya que le dan una lanzada que lo hiere en la garganta. Luego enviaron a otro criado. Cortés sube al caballo, descubriendo que la calzadilla estaba tan anegada y tan atestada de gente, que era prácticamente imposible lograr un trote con la montura. La cosa no paró allí, ya que los que estaban en la isleta volvieron a mandar a un tercer criado con otro caballo para Cortés. Este criado era Cristóbal de Guzmán. Apenas se aproximó al lugar y los defensores de la ciudad lo mataron a él y al caballo. Fue una muerte que lamentaría muchísimo Cortés (tanto que hasta menciona su nombre en la Carta de Relación, algo que no hizo con Olea) e incluso Bernal Díaz se acordaría del nombre del criado décadas después.¹³⁹

Los mexicas aprovecharon la situación para capturar españoles, matar un sin número de indígenas aliados, pero también vieron la ocasión de asesinar caballos. En la retraída, Cortés apunta como varios de los hombres que los llevaban cayeron con ellas en el agua que rodeaba la calzadilla y las mataron los enemigos. Ahora bien, el que hubiesen perdido la vida y salido heridos gravemente quienes se aproximaban a Cortés, demuestra la gravedad de la situación de ese día. Esa calzadilla que hoy corresponde con la calle de Allende, por su angostura y longitud, era un punto excelente para tender una emboscada. Como el ataque se había planeado como total, es probable que Cortés ya no pensara en un retroceso hacia el real de *Acachinanco*. Él sólo se metió en la calle más peligrosa y allí sufrió en carne propia la emboscada.

Por lo que se ve, los mexicas planearon muy bien la defensa de ese día. Ya vimos que los bergantines que hubiesen podido llegar a socorrer a Cortés, habían quedado atrapados en

¹³⁹*Ibid.*

las estacadas submarinas que los mexicas armaron¹⁴⁰. Cuauhtémoc y sus capitanes dirigían las operaciones desde el momoztli de Yacacolco. El desastre de Cortés se dio a unos cuatrocientos metros de allí. Inmediatamente de ser capturados, los españoles fueron llevados a Yacacolco:

“Cuando llegaron a Yacacolco se les pone en hilera, en filas fueron puestos: uno a uno van subiendo al templete: allí se hace el sacrificio. Fueron delante los españoles, ellos hicieron el principio. Y en seguida van en pos de ellos, los siguen todos los de los pueblos.

Cuando acabó el sacrificio de éstos, luego ensartaron en picas las cabezas de los españoles; también ensartaron las cabezas de los caballos. Pusieron éstas abajo, y sobre ellas las cabezas de los españoles. Las cabezas ensartadas están con la cara al sol. Pero las cabezas de los de los pueblos aliados, no las ensartaron, ni las cabezas de gente de lejos.¹⁴¹

Cortés ordenó a las filas de Jorge de Alvarado y Julián de Alderete (de las cuales desconocemos su suerte en ese día) que se retrajeran a la plaza de Tenochtitlan. De allí se encaminaron al real en un estado más deplorable de lo que ellos mismos se atrevían a aceptar. Iban todos heridos y las pugnas entre Julián de Alderete (Tesorero nombrado por Carlos I) y el capitán Cortés comenzaron a recrudecerse. Según Bernal Díaz ambos se culpaban entre sí por el desastre.¹⁴²

La batalla, sin embargo, continuaba reciamente por el lado de la calzada de Nonoalco contra los hombres de Pedro de Alvarado. Los españoles habían avanzado con cierta victoria hasta casi llegar al Recinto Sagrado Tlatelolca, tanto así, que los hombres de Cortés que atacaron por el sur los oyeron en su refriega. Bernal nos cuenta que de repente vienen muchos escuadrones de mexicas peleando valientemente y en tan gran cantidad que no servían de mucho las estocadas que daban aquí y allá. Fue una avalancha tremenda de hombres. En eso, les arrojan varias cabezas de los españoles decapitados en el sacrificio y les dicen que son las cabezas de Sandoval y de Malinche (Cortés) y que así habrían de hacer con ellos. Según esto, esta estrategia también la aplicaron con Sandoval en su calzada

¹⁴⁰Para hablar de las peripecias de los bergantines es necesario leer a Bernal Díaz. Cortés no menciona prácticamente nada de los momentos en que las naves zabordaban o eran casi capturadas por los mexicas.

¹⁴¹Texto en náhuatl del *Códice Florentino*, en Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 799

¹⁴² Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 351

de Tepeyac (lo que demostraría que Sandoval no estaba junto a Alvarado, como dice Cortés). Era una guerra de carácter psicológico que desmoralizó a la tropa al ver caer las cabezas barbadas de los españoles. Alvarado decide retraerse lo más en orden posible, por lo que manda a los tlaxcaltecas despejar la calzada en la retaguardia para no estorbar. Los mexicas los persiguen con vehemencia y los hacen llegar a sus ranchos en Nonoalco. Incluso allí, donde los españoles se habían hecho fuertes, llegaron a atacar los escuadrones mexicas con un gran ímpetu. Los de caballo mataban algunos y Pedro Moreno Medrano disparaba los tiros, barriendo con varios guerreros.¹⁴³

Mientras esto sucedía, desde el Templo Mayor de Tlatelolco se oyeron los sones de una melodía sombría para los españoles: era la celebración de la victoria de los mexicas, que la hacían con atabales, caracoles y otros instrumentos.

El desastre que significó esta batalla para los españoles fue mucho mayor de lo que se lee a simple vista en los textos clásicos de la Conquista. Estamos hablando de que fue una victoria total por parte de los mexicas. Esto es sin exageración. Tan es así, que se recupera la perdida ciudad de Tenochtitlan y se vuelve a preparar para la defensa desde el templo de Xoloco. En cambio, los españoles pierden una significativa cantidad de hombres (sobre todo aliados tlaxcaltecas y texcocanos), caballos, y quizá lo más importante: armas. En la refriega de la calzadilla, al caer al agua lo primero que hicieron fue soltarlas para desembarazarse de ese lastre que los amenazaba con ahogar. Los mexicas se las llevaban para ver cómo las podrían adoptar para su propia forma de lucha.

Para los españoles y sus aliados, esta derrota significó realmente un desastre. La moral se vino abajo en los tres reales, sobre todo tras el efecto psicológico de pensar que Cortés había perecido. Una buena parte de la soldadesca estaba herida, como lo dice Bernal Díaz. Eran esas heridas de mediana gravedad que no ponen realmente en riesgo la vida, pero que son harto dolorosas, como lanzadas y pedradas. A esto se sumó el hartazgo que se había venido acumulando a lo largo de todo el asedio en los sitiadores y que fue lo que provocó este ataque. La pólvora y las armas de fuego se perdieron en gran cantidad y varios

¹⁴³*Ibid.* p. 349

bergantines fueron casi capturados. En el real de Alvarado, la cosa no terminó con el retraining de los hombres a los ranchos. Ya que se hallaban en la calzada y los bergantines inutilizados, muchas barcas de guerreros circundaban el lugar y a base de la lluvia de piedras y lanzas, herían a los españoles al mismo tiempo que los vituperaban con palabras injuriosas. Aquí conocemos que Juan Jaramillo (el futuro marido de Malintzin) era capitán de uno de los bergantines y con él ayudó a uno que había sido atrapado por las estacadas, cuyo capitán era Juan de Limpias Carvajal. Éste último, en palabras de Bernal, a base de hacer que los remeros se esforzasen duro, logró romper las estacadas submarinas.¹⁴⁴

A nivel local las consecuencias de esta gran victoria mexicana fueron decisivas. Si bien es cierto que durante esa jornada las canoas de los xochimilcas andaban codo con codo con los bergantines atacando la parte oriental de la isla, la noticia del desastre de Hernán Cortés provocó una serie de dudas sobre de parte de quien convenía mostrarse.

Inmediatamente después de esta señalada victoria, los mexicas se dedicaron a hacer un duro trabajo diplomático con los otros pueblos de la laguna, llevando la noticia de que los españoles habían sido vencidos. Como prueba llevaban cabezas de españoles y caballos muertos. Sin duda esto provocó que la política de los pueblos ribereños se bamboleara. En realidad ellos venían a ser personajes circunstanciales en un conflicto entre dos bandos claramente definidos, que eran los mexicas y los españoles con sus aliados. Si los mexicas resultaban vencedores, la venganza que cobrarían sería feroz; si traicionaban a los españoles y éstos resultaban vencedores, el resultado sería no menos nefasto. Esta complicada situación era similar a la que enfrentaron los pueblos iberos durante las Guerras Púnicas al no saber si apoyar a Cartago o a Roma o más aún a la que enfrentaron los galos cuando Vercingétorix venció en una batalla a Julio César. Su papel era de sobrevivencia; su decisión tenía que basarse en un sagaz análisis de la situación real.

En la laguna al parecer no hubo pueblo quien se pasara en favor de los de la ciudad. Habían visto el poderío de Cortés con sus bergantines y realmente esa arma era mucho más temible que las espadas de obsidiana mexicas. Además, si bien es cierto que habían recuperado Tenochtitlan, el sitio aún continuaba. Todavía los de la ciudad no recobraban el control sobre las aguas de la laguna ni mucho menos de las calzadas.

¹⁴⁴*Ibid.* p. 350

La carta que tenían Cuauhtémoc y sus hombres era puramente psicológica: sembrar la idea de una victoria militar mucho más determinante de lo que realmente había sido. Lo importante era hacer creer que los españoles habían sido vencidos para que los pueblos de la laguna, incluidos los aliados texcocanos, cambiasen de bando. Si esto se conseguía, la suerte de Cortés y los tlaxcaltecas estaba echada. Y qué mejor as que difundir la idea de la muerte del extremeño.

Éste comprendió la estratagema, y en cuanto estuvo en su real lamiéndose las heridas, mandó a Andrés de Tapia que corriese al lado de Alvarado para que hubiese comunicación entre un real y otro. Este capitán tomó un caballo y se dirigió hacia Tlacopan. No obstante, Cuauhtémoc tenía tropas destinadas a evitar esto, por lo que Andrés de Tapia sufrió varios ataques en su trayecto por tierra. No obstante, al llevar caballo, pudo, con relativa facilidad, eludir las tropas de la ciudad y cumplir su misión, llevando al real de Tlacopan la noticia de que Cortés efectivamente estaba herido, pero vivo. Esta noticia fue un gran alivio entre los hombres del badajocense.

Gonzalo de Sandoval, por su parte, según lo que narra Díaz del Castillo, durante el ataque de esa trágica jornada, estuvo en su calzada del Tepeyac (donde se da el dato importante de que era más estrecha que las demás calzadas). Cuando recibe la falsa noticia se retrae lo más ordenadamente que pudo. En cuanto le fue posible, se dirige por tierra al real de Acachinanco y le recrimina lo sucedido. El cuadro político es patético: Cortés y Alderete se echan la culpa de lo acaecido de una manera rayana en lo infantil. Dice Bernal que Cortés lloraba amargamente e incluso se dirigía al alguacil mayor como “hijo Sandoval” y le hacía ver la tristísima situación en que habían quedado tras la derrota.¹⁴⁵ Si hoy se tiene en veneración el árbol de Popotla porque según la tradición (basada en Bernal Díaz también) que allí lloró Cortés durante la Noche Triste, con más razón se debería tener en consideración el lugar del Real de Cortés en Acachinanco, porque en esta derrota, sufrida cuando ya creía la victoria al alcance de la mano, fue con toda seguridad mucho más intenso el llanto y la desesperación que en la noche de la retirada de Tenochtitlan, justo un año antes.

¹⁴⁵*Ibid.* p. 351

Pocos días después, la guerra psicológica de los mexicas surte un efecto aún más demoledor para los hombres de Cortés, ya que las amenazas que éstos decían a los tlaxcaltecas y los otros pueblos aliados de los españoles cobraron mucha verosimilitud con la gran derrota. Nos cuenta Bernal Díaz (curiosamente Cortés omite completamente este episodio) que de repente, cuando se levantaron uno de esos días, los indígenas aliados habían abandonado súbitamente los reales y se habían vuelto a su tierra, por lo que en los campamentos solamente habrían quedado los españoles, solamente en compañía de Ixtlixóchitl.¹⁴⁶

Este escenario es muy verosímil y demuestra el impacto real que tuvo en los indígenas aliados la súbita victoria de los mexicas. La situación de los españoles, como no podía ser de otro modo, se volvió gravísima. Aunque quedaron algunas tropas todavía, el grueso del ejército tlaxcalteca se había perdido. Los hombres de Cortés yacían prácticamente solos, acompañados tan solo por sus caballos y sus bergantines, asediando una ciudad populosísima y muy guerrera. Cualquier sublevación por parte de los pueblos ribereños o una salida contundente de los de la ciudad habría podido ser fatal, y más que los españoles, al estar situados en tres reales muy alejados los unos de los otros, prácticamente estarían diseminados y serían víctima fácil de un ejército nutrido.

Si bien los pueblos de la laguna permanecieron fieles a los españoles en teoría, no fue el caso con pueblos más lejanos como Matlatzinco y Malinalco. Éstos, al saber de la derrota de los españoles, comenzaron a atacar a los aliados de éstos como fue el caso de Cuauhnáhuac (Cuernavaca), cuyas personas vinieron a pedir la ayuda de Cortés.

El extremeño, al relatar esto en su *Tercera Carta*, se lamenta mucho de tener que dar esa ayuda, porque su situación era de por sí muy precaria, sobre todo por haber perdido las armas en esa batalla:

Dende a dos días del desbarato que ya se sabía por toda la comarca, los naturales de una población que se dice Cuarnaguacar, que eran sujetos a la ciudad y se habían dado por nuestros amigos, vinieron al real y dijéronme cómo los de la población de Malinalco, que eran sus vecinos, les hacían mucho daño y les destruían su tierra, y que ahora se juntaban con los de provincia de Cuisco, que es grande, y querían venir sobre ellos a los matar porque se habían dado por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, y que

¹⁴⁶*Ibíd.* pp. 355 y 356.

*decían que después de ellos destruídos habrían de venir sobre nosotros; y aunque lo pasado era de tan poco tiempo acaecido y teníamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro, porque ellos me lo pedían con mucha instancia, determiné de se lo dar, y aunque tuve mucha contradicción y decían que me destruía en sacar gente del real, despaché con aquellos que pedían socorro ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia...*¹⁴⁷

Con esto se advierte la situación tan extrema en la que se hallaban Cortés y sus hombres. Pocos renglones antes de esta cita, dice: “y como todos salimos tan desbaratados y heridos y sin armas, había necesidad de descansar y rehacernos”. Sin embargo, a su juicio se ve obligado a dar esa ayuda, porque si un pueblo se rebelaba y dicha rebelión cobraba fuerza en las circunstancias del momento, muchos pueblos sin duda abandonarían su bando y eso significaría su perdición. Manda a su fiel amigo, Andrés de Tapia, a que combata a los de Malinalco en un período no mayor a diez días. Este capitán cumple el plazo y derrota a los de malinalcas, destruyendo de raíz ese foco incendiario. Pero después llegan los otomíes diciendo que lo mismo pasa ahora (hacia mediados de julio) con los de Matlatzinco. Esta vez el destinado a apagar el nuevo incendio es Gonzalo de Sandoval. Igual que Tapia, sin titubeos se dirige allá y vence a los rebeldes en un periodo de otros siete u ocho días, pero se ve obligado, obviamente, a dejar el real del Tepeyac.

Cortés necesita de los tlaxcaltecas, pero estos habían huído porque creían que la suerte habría de haber dejado a los españoles y que muy probablemente los mexicas sí estarían en condiciones de cumplir sus horribles amenazas contra ellos. El audaz extremeño se ve obligado a hacer un delicado juego político. En esas circunstancias, carece de una fuerza de coerción real para obligar a un “ejército desertor” a volver al campo de batalla. Entonces lo único que queda es la labor política, para la cual tenía muchas dotes, y a ella se avoca tratando de convencer con suplicas de que vuelvan, argumentando que las amenazas de los mexicas son sólo eso y que no les habría de pasar nada si apoyaban su causa hasta el final. Y, por el contrario, si morían los españoles, la ira mexicana habría de caer durísima sobre Tlaxcala y que mejor era derrotarlos juntos de una vez antes que estuviesen en situación de vengarse.

¹⁴⁷Cortés, Hernán. *Op. Cit.* pp. 148 - 149

No obstante que la lucha continua, la intensidad es mucho menor que lo que había sido. Estamos hablando de más de veinte días de genuina inactividad por parte de los españoles. Es cierto que el bloqueo sobre México continúa y la situación de sus habitantes se vuelve intolerable, sobre todo para los pobres macehualtin, pero no hay duda de que en este periodo las barcas de los mexicas salían con menor riesgo a tierra firme por bastimentos. Lo cierto es que, como en todo asedio, estos víveres estaban dedicados exclusivamente a los guerreros y a la clase sacerdotal, y muy probablemente, se dejaba literalmente morir de inanición a las mujeres y los niños.¹⁴⁸ Los mexicas, a pesar de todo, se recuperaron muy bien en esta tregua y ahora tenían ya la ventaja de que sabían cómo combatían los españoles y que no eran invencibles.

Mientras los reales tienen que perder hombres para sofocar las rebeliones de otros pueblos, se intenta atacar a la ciudad, pero al no tener suficientes armas, la pelea se vuelve muy pareja y los españoles apenas y pueden pasar hasta cerca de la gran plaza. En la Acequia Real, los mexicas tienen hecha una excelente albarrada y pelean con mucha determinación. Todos los intentos que se hacen por pasar el canal resultan infructuosos. Esto prueba el valor que tenían los aliados indígenas y las armas para inclinar la balanza en favor de los invasores.

Entre el regreso de Tapia y la partida de Sandoval (alrededor del 10 al 13 de julio), se da un hecho de singular importancia. En el real de Pedro de Alvarado se encontraba el noble tlaxcalteca Chichimecatecuhtli con una gran cantidad de guerreros de su tierra. No sabemos exactamente si este capitán fue de los que abandonó a los españoles cuando la gran derrota, pero el caso es que estaba allí en esos días de julio de 1521 en el real de Tlacopan. Al ver que los españoles en los tres reales habían quedado en esa inactividad tan peligrosa, pese a la vuelta de los tlaxcaltecas, decide realizar un ataque sobre la calzada de Nonoalco que sorprende a todos, lo que demuestra que las capitánías tlaxcaltecas tenían una muy buena capacidad de iniciativa aún bajo las órdenes de los españoles.¹⁴⁹

Cortés, tras uno de los infructuosos ataques que realizaban sus hombres sobre la calzada de Iztapalapa y que llegaban solamente a la Acequia Real tras mucho esfuerzo, decide

¹⁴⁸ Esto lo veremos más adelante, cuando Cortés y los tlaxcaltecas capturan y matan cerca de ochocientas personas, haciendo hincapié en que se trataban de mujeres y niños que salían, en un estado famélico, a buscar qué comer.

¹⁴⁹ Miralles, Juan. *Hernán Cortés. Inventor de México*. Madrid, Tusquets Editores, 2001. pp. 306 – 308

entrevistarse con los mexicas. Allí mismo, tras la albarrada de los de la ciudad y con la acequia de por medio, se realiza una entrevista donde Cortés nuevamente usa de sus dotes políticas. Trata de convencer a los mexicas de que la guerra va a estar perdida para ellos y que el hambre terminaría por arrasar a la población. Usa palabras amorosas para convencerlos de que esta guerra tan cruenta ya termine. Entonces viene una escena dramática: uno de los sacerdotes ancianos cercanos al tlatoani saca comida y la ingiere frente a los españoles, mostrando que no tenían ninguna necesidad.¹⁵⁰ Esto lo único que demostró es que los mexicas estaban más dispuestos que nunca a continuar la guerra en el tenor que se encontraba.

Cortés todavía cree que esta resistencia se debe a que esperaban ayuda de los hombres de Matlatzinco y Malinalco. Cuatro días después de esta entrevista, sin embargo, aparecen los hombres de estos pueblos pidiendo perdón por su rebeldía y vienen a ofrecerse a Cortés. El extremeño va a hablar nuevamente y les dice a los mexicas que si esperaban algún socorro de ellos, ya no lo esperen más porque son ahora sus aliados. Que ya no hay ningún otro pueblo de donde puedan esperar refuerzos para la causa de la ciudad. Pero lejos de desmoralizar a los mexicas, estas palabras les infundieron nuevo valor. Con mucha determinación continuarían la lucha.

Durante este periodo de inactividad, muchos ataques de los mexicas se dieron sobre la calzada de Nonoalco hacia el real de Alvarado, ya que era el más cercano a Tlatelolco y que se hallaba muy metido en la ciudad. Bernal Díaz describe como continuamente resistían los ataques y menciona al artillero Medrano que por medio de disparos de su cañon lograba proteger el real a duras penas.¹⁵¹ Allí Bernal Díaz nos informa que los mexicas ya usaban las propias ballestas españolas contra ellos mismos, pero de una manera patéticamente infructuosa, ya que eran armas que requerían pericia y práctica para su manejo, las cuales, obviamente, no tenían los indígenas. Uno de estos ataques se da en la madrugada que siguió a la rendición de Malinalco y Matlatzinco. Vienen los hombres de Tlatelolco y el real se sostiene a base de cañonazos. Cortés, desde Acachinanco, escucha las explosiones de los disparos e inmediatamente organiza un ataque por el sur, para que el ataque aflojase por Nonoalco.

¹⁵⁰ Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 151

¹⁵¹ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 349

Como hemos dicho, la situación de los españoles, pese a la vuelta de los tlaxcaltecas, era difícil al haber perdido un buen número de armas en la gran derrota. Es por ello que sus ataques resultan ineficaces. Estaban casi igualados con los defensores. No había nada que inclinara la balanza en favor suyo más que sus corazas y los caballos.

Sucede entonces un hecho, que podríamos llamar providencial, que ayuda mucho a la causa de Cortés: en esos días justamente, uno de los navíos de la expedición de Juan Ponce de León anclaba en el puerto de Veracruz tras su desastrosa expedición a la Florida, donde los naturales de allá la habían desbaratado completamente.¹⁵²

Llegaba en un estado deplorable, buscando víveres. Era otra de las expediciones de exploración que terminaban en un desastre al chocar con la feroz resistencia de los indígenas, sumándose a las de Hernández de Córdoba, Grijalva y después a las de Cabeza de Vaca. Tras haber sido desbaratado había seguido la costa del Golfo y había aportado a la costa de Veracruz. Su estado era más de pedir ayuda que de darla, pero las situaciones de Cortés y las suyas curiosamente se complementaban. Ambos necesitaban lo que el otro tenía. Ponce llegaba sin víveres pero con muchas armas y Cortés tenía muchas provisiones pero carecía de armas. Este episodio se dio hacia mediados de julio de 1521. Los hombres de Cortés apostados en Veracruz inmediatamente mandaron un buen número de armas como espadas y ballestas además de una gran cantidad de pólvora hacia la cuenca de México donde se hallaban el extremeño y sus hombres.

Más oportuna no pudo ser esta llegada del armamento. Fue justo cuando la guerra estaba estancada y los mexicas hasta se daban el lujo, pese a estar sitiados, de rehusar cualquier propuesta de redención honrosa. Se veía a los españoles cerca de su fin. Es cierto que todavía bloqueaban las entradas de la ciudad, pero era cuestión de tiempo que la pólvora se les acabase. Ya sin los tiros, los ataques a los reales serían mucho más eficaces y destructivos.

Cortés vuelve a buscar negociaciones con los mexicas, pero siempre encuentra en ellos la misma renuencia, esa molesta renuencia mezclada con altivez que tanto admiraran Escipión Emiliano en Numancia y Julio César en Alesia. Como sucede en esas ocasiones, la frustración al ver deshechos sus maniobras políticas por un simple *no*, motiva en Cortés una

¹⁵² Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 151

decisión radical. Como comprende que tendría que repetir toda la guerra del mes de junio empezando de cero, decide asolar la ciudad de manera completa, es decir, que sus hombres no avanzasen sin que antes dejaran todo derruido tras ellos. Es una campaña de allanamiento que ya había sido practicada en la primera fase de la guerra, pero ahora tendría que ser mucho más radical y general que antes: será una destrucción más sistemática. Para ello manda que los señores de Tlaxcala y Texcoco les manden hombres con las coas (el instrumento de labranza mesoamericano).

Cuatro días después del reinicio de las hostilidades los mexicas Cortés avanza por la calzada de Iztapalapa hasta la Plaza Mayor. En la acequia real los mexicas piden una tregua. Cortés piensa que su política no había sido del todo errática y que algo habría movido el ánimo de los férreos defensores mexicas. Inmediatamente acepta la tregua y pide hablar directamente con Cuauhtémoczin mismo. Los mexicas dicen que espere. Cortés acepta. Pasa una hora y nada. Entonces, tras la albarrada que vendría a ser la entrada a la plaza, los mexicas comienzan un ataque férreo de pedradas y lanzadas. Cortés y sus hombres ven esto como una traición, pero es cierto que así como la tecnología militar, el código ético castrense también difería notablemente entre ambas culturas. El extremeño decide combatir la albarrada y tras una ligera resistencia, la toma. Al parecer esta maniobra fue premeditada por parte de los mexicas para mostrarle a Cortés sus obras de fortificación que habían practicado sobre la plaza.

Cuando avanza sobre ésta, descubre que la explanada está repleta de enormes pedruscos. Fue una obra muy astuta por parte de los defensores de la ciudad, ya que de esta manera los caballos quedaban neutralizados en cualquier maniobra que se intentase. Asimismo, las bocacalles que a ella daban estaban cerradas por tapias de adobe, de modo que si querían lanzarse al ataque por cualquiera de ellas, resultaba prácticamente imposible. Mientras la plaza estaba llena de estorbos para la caballería, los mexicas estaban apostados en las alturas de los palacios y las casas (habían tenido tiempo para hacer algún tipo de arreglo tras la victoria de fines de junio, por lo que nuevamente podían estar a cubierto en esas alturas) no osando pelear en el mismo terreno que los españoles. Desde allí lanzaban sus proyectiles. Cortés decide hacer un alto y entonces comienza su obra de demolición sistemática. Lo primero que logra es cegar de manera completa la acequia real “*cegamos de*

tal manera aquella calle de agua que salía de la plaza, que nunca después los indios la abrieron”¹⁵³. Anteriormente el cegar de las acequias consistía en echar escombros hasta que era transitable por los caballos, pero ahora, ya con las obras que inician los indígenas aliados de demolición total, se echó de tal modo el escombros que quedó una masa muy bien compacta. Además, los mexicas ya estaban preparándose a defender Tlatelolco, sabiendo que Tenochtitlan ya no era defendible. Ya lo que hacían era simplemente atacar a los enemigos, tratando de causarles el mayor número de bajas posible. Es decir, el recinto de Tenochtitlan era simplemente un campo de batalla y no ya tanto un sitio que se propusieran defender con tenacidad. Los bergantines y las canoas volvieron a incursionar por los canales y a destruir lo que pudieron.

Desde este día hasta una semana después Cortés se dedicó a estas obras de allanamiento de la ciudad. Seguramente el saqueo y la destrucción de todos los barrios de Zoquipan y Moyotlán fue intensísimo. Eran alrededor de ciento cincuenta mil indígenas tlaxcaltecas y texcocanos que se dedicaron a estas obras durante siete días. Cortés decide también provocar batallas con los mexicas en la zona de la plaza y el Recinto Sagrado para producirles el mayor número de bajas posible. Para esto se dirige al Templo Mayor y se sube allí. Como los mexicas veían muy mal esto, salían y combatían duramente con los tlaxcaltecas y los soldados españoles de a pie. Cuando éstos se veían en problemas, acudía la caballería y dispersaba a los atacantes. En estas refriegas, quienes combatían más que nada eran los tlaxcaltecas y texcocanos; los españoles sólo intervenían cuando la balanza se inclinaba desfavorablemente hacia los indígenas aliados. Ya en la tarde, a la hora en que se retraía Cortés hacia su real, echaba primero a los tlaxcaltecas y quedaban los de caballo en la retaguardia. Como siempre los mexicas en estos momentos salían en persecución contra los invasores de una manera muy decidida, los caballos aprovechaban el ataque multitudinario para alancear a varios. Sin embargo en estos días al principio las cosas no fueron así, ya que los mexicas se encontraban, como hemos dicho, apostados en las azoteas y tras paredes horadadas y desde allí atacaban. Los de caballo no podían hacerles mucho daño. Al contrario, los que estaban tras las paredes tendían trampas o arrojaban sus lanzas, logrando herir caballos. Sólo algunos de los que perseguían a pie sufrían las arremetidas de la caballería. Incluso la estrategia de los españoles consistirá en tratar de hacer salir a los

¹⁵³Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 152.

indígenas hacia campo abierto. Pero no lo hicieron y al contrario, varios caballos salieron lastimados de la refriega de la retirada. No obstante, las obras de demolición si se llevaron a cabo y prácticamente todo el sur de Tenochtitlan quedó devastado.

La Celada

Cortés, viendo las precauciones que ya tomaban los mexicas para evitar ser alanceados por la caballería, ideó una medida radical. Normalmente sobre la plaza y la calzada de Iztapalapa siempre había alrededor de ocho caballos. Con ellos bastaba para arremeter contra la multitud de mexicas que saliesen en su contra cuando se retraían hacia Acachinanco. Ahora va a tratar de hacer una masacre general para marcar con contundencia su dominio sobre Tenochtitlan, desde su real hasta la plaza. Para ello idea una celada de grandes proporciones que inmediatamente pondría en práctica.

Manda que Gonzalo de Sandoval vaya con quince de a caballo tanto de los suyos como de los de Pedro de Alvarado a su real de Acachinanco. Entre los de Alvarado estará presente Bernal Díaz del Castillo. A ellos se les va a sumar todos los que estaban apostados en Coyoacán en el puesto de Cristóbal de Olid, alrededor de unos veinticinco. Entre todos sumarían cuarenta. A la mañana del día siguiente Cortés mandó a diez de la caballería y a los tlaxcaltecas que atacasen hacia la zona de la plaza tal y como solían hacer siempre. Cortés inclusive va con varios españoles hacia el Templo Mayor y se sube en él como solía para usarlo de observatorio, al tiempo que era una clara provocación para los mexicas. Según él ese día varios españoles hallaron una sepultura de la que lograron extraer alrededor de mil quinientos castellanos de oro.

Los treinta de a caballo restantes se apostaron en unas casas muy cercanas al lugar donde llegaba la calzada de Iztapalapa a la Plaza, en lo que después fue la Plaza del Volador y donde hoy se alza el palacio de la Suprema Corte de Justicia. Allí esperaron horas y horas en el más completo silencio sin osar moverse. Para solidarizarse con su insoportable espera, Cortés se unió a ellos. Mientras, los diez de a caballo y los tlaxcaltecas habían actuado

como normalmente hacían siempre. Entraron a la plaza y atacaron duramente hasta obligar a los mexicas a retraerse hacia el norte, hacia el camino a Tlatelolco.

En todo ese tiempo, que debió haber sido interminable para los emboscados, las maniobras se repitieron y después llegó la tan deseada hora de la retirada. Los de caballo se dirigieron hacia la entrada de la plaza y hacían como que arremetían contra los perseguidores mexicas. Estos no osaron seguirlos más adelante por lo que volvieron a repetir la maniobra de fingir que no se atrevían a atacar. Esto confió a muchos de los defensores de la ciudad, que bajaron de sus azoteas y salieron de tras las paredes y atribuyendo que los españoles actuaban así por no osar atacarlos, se fueron aglomerando en la plaza. Finalmente tenían frente a sí a los de caballo tal y como siempre sucedía. Cuando ya pensaron que los españoles no atacarían, varios comenzaron la persecución hacia la calzada de Iztapalapa, cruzando el puente cegado de la Acequia Real. Y en cuanto pasaron frente a las casas donde estaban apostados los hombres de Cortés, incluido Bernal Díaz, se dio la señal de ataque, que era un tiro de escopeta. En cuanto se oyó, todos salieron a galope y arremetieron contra la multitud de guerreros mexicas que había en la plaza. Con cuarenta caballeros se desató una cruenta carnicería donde perecieron, según Cortés, casi quinientos guerreros mexicas, una baja terrible. El nombre del apóstol Santiago, patrón de las guerras españolas contra los moros, se escuchaba en las bocas de aquellos guerreros. Los mexicas apenas y tuvieron tiempo de dirigirse a sus azoteas para tratar de ponerse en salvo. Con una violencia sin igual, los hombres de Cortés recorrieron la plaza alanceando a todos los que se encontraban. Los tlaxcaltecas estaban más que contentos, porque podrían comer carne mexica hasta hartarse. Probablemente estamos hablando de la mayor carnicería que se haya llevado a cabo en nuestro actual Zócalo. Ni siquiera en los famosos tumultos del siglo XVII hubo tantos muertos¹⁵⁴.

El golpe psicológico surtió su efecto. Los mexicas ya no osarán en adelante salir en persecución de los invasores por la Plaza. Ese día se retrajeron a los edificios con azoteas que todavía conservaban y mandaron a algunos esclavos a ver qué sucedía cuando los españoles los vieran. Éstos desdichados fueron perseguidos brutalmente y masacrados, con el objeto de mostrar la determinación de los españoles contra los mexicas.

¹⁵⁴Los de 1624 y 1692.

La moral de los defensores de la ciudad disminuyó severamente. Es muy curioso que este acontecimiento no sea mencionado en el texto del Códice Florentino dedicado a la Conquista. Era algo que seguramente los mexicas tratarían de borrar de su memoria. En cambio los tlaxcaltecas cobraron mucho ánimo y se encontraban más que dispuestos a continuar la guerra contra sus odiados enemigos. Lo mismo sucedió con los españoles. La derrota de fines de junio comenzaba a ser lavada con sangre. La baja moral que tuvieron prácticamente durante todo el mes de julio por fin se revertió cuando, tras la celada, las esperanzas de vencer volvieron a ser reales y tangibles.

Ahora sí, Cortés decide ya evitar mayores retrasos y avanzar sobre Tlatelolco. Al tiempo de que se retraían esa noche de gran victoria para los cristianos y sus aliados, ya se comenzó a hablar de hacer una guerra rápida, pero sin llegar a las precipitaciones que llevaron a la gran derrota de fines de junio. Sería rápida pero no se avanzaría sino cegando perfectamente todos los canales por donde avanzasen y derrocando las casas y palacios que encontrasen en su camino.

En el bando de los mexicas la situación resultó desastrosa. No solamente los españoles volvieron a hacerse de armas, sino que ahora habían demostrado de lo que eran capaces de hacer. La situación de los macehualtin, sobre todo de las mujeres y los chicos, era terrible, porque los víveres se destinaban única y exclusivamente a los guerreros y a ellos se les dejaba morir de hambre. Lo que los mantenía con esperanza era una rápida victoria por parte de los mexicas que acabase con los españoles. Pero esto se acabó con la masacre de la Celada. El destino de los mexicas era perecer, pero los que antes perecerían serían las mujeres y los niños. El hambre los privaría de ver caer su otrora poderosa ciudad.

No sabemos si estos macehualtin fueron expulsados de la zona defendida por los guerreros mexica para deshacerse de la carga que representaban o bien, viéndose en la más absoluta desesperanza, lo hicieron por su propia iniciativa. Lo que ocurrió fue que, tras la celada, en una noche salió infinidad de gente a buscar que comer en la zona allanada por los invasores. Es decir, iban a encontrar entre los escombros de sus propias casas si había algo qué llevarse a la boca. También llevaban instrumentos para pescar en los canales, lo que encontrasen. Tanto fue así que llegaron frente al real de Cortés. Éste, no sabiendo qué sucedía realmente, organizó realizar una salida. Con los bergantines y los caballeros

saldrían desde antes del amanecer para caer por sorpresa contra aquellos seres que pululaban entre las ruinas de los barrios. Los espías avisarían de cuando fuese el momento oportuno para el ataque.

Cuando se dio la señal, los españoles y los tlaxcaltecas salieron al ataque. Vieron qué clase de personas eran aquellos miserables que sólo buscaban encontrar algo qué comer y entonces arremetieron durísimamente contra ellos, logrando una cifra, entre muertos y presos de ochocientas personas, demostrando que su mano dura no se ablandaría ni con mujeres ni con niños. Las palabras de Cortés reflejan la sangre fría con la que se actuó:

*“...como eran de aquellos más miserables y que salían a buscar qué comer, los más venían desarmados y eran mujeres y muchachos; e hicimos tanto daño en ellos por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de más de ochocientas personas, y los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, e hicieron en ellas mucho estrago. Y como los capitanes y principales de la ciudad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pelear con nosotros; y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos”*¹⁵⁵

El avance sobre Tlatelolco

Con el doble escarmiento impuesto por Cortés a los mexicas, el de la Celada y el de la matanza de mujeres y muchachos, los mexicas se habían llenado del más absoluto espanto. Cortés era tan implacable que ni a los más débiles e indefensos perdonaba. También demostraba el grado al que estaba dispuesto al llegar en la guerra cuando mandó la demolición de las casas y barrios de la ciudad por la parte sur. El mensaje que transmitía Cortés era inequívoco: él deseaba la paz como la salvación misma- en sus propias palabras- pero también era implacable al grado máximo en la guerra. Si querían paz, la encontrarían inmediatamente, pero si deseaban continuar con la guerra, sufrirían las peores consecuencias.

¹⁵⁵*Ibíd.* p. 155

Desconocemos realmente qué sucedía en la corte de Cuauhtémoc en esos momentos. El relato tlatoalca del Códice Florentino arroja alguna luz, pero es muy vago y se centra en la parte final de la guerra. Al parecer el jovencísimo tlatoani, basado en presagios que le decían sus sacerdotes, buscaba prolongar lo más posible la guerra, esperando algún fenómeno que revocara la situación crítica en la que se encontraba. Los sacerdotes le aconsejarían que esperara hasta que la guerra cumpliera determinado tiempo y entonces algo sucedería que acabaría con los españoles. Este relato, sin embargo, es más de cuarenta años después de los hechos. Realmente no sabemos qué pasaba en la mente de ese joven sacerdote ni cuáles eran sus móviles para resistir hasta ese límite. No sabemos si realmente sus móviles son motivados por los rituales de premonición de los sacerdotes o bien porque sabía el destino que les esperaba al ser conquistados. También tenía un compromiso de estirpe: su padre era el ya legendario tlatoani Ahuizotzin, quien llevó los ejércitos de la Triple Alianza hasta la zona oaxaqueña tres décadas antes. Perder México era algo inverosímil. Es una lástima desconocer qué pensaba y a qué obedecía la estrategia de este joven tlatoani, cuya hazaña puede ser fácilmente calificada como épica.

Tras la doble celada, Cortés ya decide el avance sobre Tlatelolco. Al día siguiente (24 de julio, probablemente) avanzan hacia la plaza y comienzan a destruir de la manera acordada la ciudad. Muchos indígenas aliados llegan para ayudar a esto. Al parecer los hombres al mando de Cortés se dividieron en dos columnas. Una de ellas avanzó sobre la calzada de Tlacopan, cegando los canales que la atravesaban y terminándola de ganar hasta el pueblo de este nombre y ya con esto se cumplió el anhelo de Cortés de que sus hombres se pudiesen comunicar con el real de Pedro de Alvarado vía la ciudad.

La otra columna es la que avanzó sobre el camino de Tlatelolco. Cortés es muy escueto al describir este avance, pero se puede reconstruir fácilmente por los detalles:

“...y por la calle principal, que iba al mercado, se ganaron otras dos puentes y se cegó muy bien el agua, y quemamos las casas del señor de la ciudad, que era mancebo de edad de dieciocho años, que se decía Guatimucín, que era segundo señor después de la muerte de Mutezuma; y en estas casas tenían los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua. También se ganaron otras dos puentes de otras calles que van cerca de esta del mercado, y se cegaron muchos pasos; de manera que de cuatro

partes de la ciudad las tres estaban ya por nosotros, y los indios no hacían sino retraerse hacia la más fuerte, que era a las casas que estaban más metidas en el agua”¹⁵⁶

Los dos puentes que se ganaron corresponden con las acequias de Santo Domingo (República de Perú) y la del Tezontlale (Eje 1 norte). En las otras calles también se ganaron hasta esta altura. Éstas otras calles se refieren a las mismas por donde se había intentado avanzar el día del gran desastre (Allende y Eje Central).

En cuanto a las casas de Cuauhtémoc, cuya localización comúnmente se propone en la parte ocupada hoy por la Plaza de Santo Domingo, debemos decir que no sabemos exactamente en qué lugar se encontraban, ni mucho menos cómo eran. Es cierto, y se comprueba por este relato, que se alude a un lugar sobre la actual calle de Brasil, pero definitivamente no a la Santo Domingo. Debemos analizar muy bien las fuentes para darnos cuenta de esto:

En el fragmento que reproducimos arriba primero se menciona el cegamiento de dos puentes, que corresponden con las acequias de Santo Domingo y de Tezontlale y luego ya se menciona la casa de Cuauhtémoc, que se dice claramente, estaba cercada de agua. Para que esto fuera posible, estas casas debían estar fuera de la plataforma central de la isla de Tenochtitlan, a menos que se piense en una especie de fosos artificiales tipo las fortalezas europeas, algo que no es verosímil en México – Tenochtitlan. Lo verosímil es que se trate de una casa que se encontraba precisamente en las inmediaciones de la acequia del Tezontlale, en la *Lagunilla*, donde había una gran cantidad de agua, como lo vimos durante la gran derrota de Cortés. Ahora bien, relacionemos esto con que, tras la caída de Tenochtitlan en junio, Cuauhtémoc tenía sus cuarteles en las inmediaciones de Yacacolco, como lo prueba el siguiente fragmento del texto hispano del Códice Florentino: “*lleváronlos(unos cautivos) delante del Quauhtemoctzin que estaba en un lugar que se llamaba Yacaculco, donde está ahora una iglesia de Santa Ana en el Tlatilulco*”¹⁵⁷, donde se colocó el tzompantli con las cabezas de los españoles y tlaxcaltecas. Al pasar la acequia de Tezontlale (Eje 1 norte) la zona de Yacacolco (plaza de Santa Ana) se encontraría a escasos cuatrocientos metros. Además también tenemos la referencia de que allí había

¹⁵⁶*Ibíd.* p. 155

¹⁵⁷Sahagún, Bernardino de. *Op.Cit.* p. 748.

varias casas de magnates en el mismo texto del Códice: “*por su parte, algunos magnates que en la cercanía de Yacacolco tenían su morada, tales como Xiuhcozcatzin el Tezcacócatl, Cuauhcuahztzin el Tepenécatl, Huitzin, Itzquiuhztzin, no se detenían remisos*”¹⁵⁸. Es decir, en esa parte existían casas para todos aquellos que ostentaban algún cargo importante en el gobierno de Tlatelolco. Al estar metidas en una zona muy lacustre, y ser casas nobiliarias, cubren perfectamente la descripción de las “casas fuertes” de Cortés. Si Cuauhtémoc estaba en Yacacolco, seguramente se encontraba hospedado en alguna de las casas fuertes que había allí, que, efectivamente, al estar cerca de la zona del canal de Tezontlale (o Lagunilla), estarían rodeadas de agua. También esto se confirma en el último párrafo de Cortés que reproducimos arriba “*y los indios no hacían sino retraerse hacia la (parte) más fuerte, que era a las casas que estaban más metidas en el agua*”. Sin embargo, fray Juan de Torquemada es quien lo dice textualmente en el libro cuarto de su *Monarquía Indiana*: “*lleváronlos todos al rey Quauthémoc, que estaba en sus casas, en el barrio de Yacacolco (que es donde agora está la hermita de Santa Ana)*”¹⁵⁹. Es decir, las casas de Cuauhtémoc se encontrarían efectivamente en la “parte fuerte y metida en el agua” ya en zona tlattelolca; además, por la sintaxis de Cortés de mencionar primero los puentes cegados y luego el ataque a estas casas, cabe entender que para llegar a ellas primero se ganaron los dos puentes.

Con esta argumentación pretendemos exponer suficientes razones para argüir que las llamadas “casas de Cuauhtémoc” no se encontraban en la plaza de Santo Domingo, sino muy adelante, cruzando el canal de Tezontlale (Eje 1 Norte Rayón), ya en Tlatelolco, probablemente por las inmediaciones de las actuales calles de Jaime Nunó y Libertad, cerca del metro Lagunilla. Ahora bien, el que Cuauhtémoc residiera allí en la guerra de Conquista era algo incidental. En realidad como tlatoani, al estar todo el tiempo en guerra contra los españoles, difícilmente hubiera pensado en la transición de 1520 a 1521 en mandarse a construir casas para él ni mucho menos hubieran estado terminadas en tan escaso y turbulento tiempo. *Casas de Guatimucín* es como Cortés se refiere a las casas donde sabía que se hospedaba el tlatoani al tiempo de guerrear contra él, mas no a casas de su propiedad ni mucho menos, sino a aquellas que le servían de residencia al tlatoani durante la guerra.

¹⁵⁸*Ibid.* p 801.

¹⁵⁹Torquemada, fray Juan. *Monarquía indiana*. Ed. Facsimilar. Madrid, Imprenta de Nicolás Ramírez Franco, 1723. p. 552

Los Mexicas se retrajeron hacia Tlatelolco y los españoles no pudieron pasar ese día más allá de la zona de la Lagunilla. Cruzaron el canal y tras una férrea lucha contra los tlatelolcas que defendían los palacios metidos en el agua, lograron poner fuego al que servía de residencia al tlatoani. Pero sólo eso. El incendio al parecer no fue de grandes dimensiones, sino sólo se hizo como una demostración rápida del poder español.

Finalmente las tropas de Cortés se retrajeron como siempre y las acequias ganadas ese día fueron desazolvadas por los mexicas. Es curioso que en el relato del Códice Florentino, precisamente al referirse a estos mismos hechos es cuando se explica lo del desazolve de los canales y no antes. Esto probaría que los tlatelolcas apenas estarían viviendo esta situación, algo que los tenochcas ya habían padecido desde el inicio de la guerra. Cortés nuevamente tendría que empezar a ganar los canales un día y recuperarlos al siguiente en una guerra de desgaste. Pero sus hombres ya no permitirían esto, por lo que al avanzar sobre la actual calle de Brasil, se iba derribando todo su entorno de manera sistemática.

Al otro día, *día del apóstol Santiago*, es decir, 25 de julio, retornan nuevamente los invasores. Al parecer en Tenochtitlan no hay resistencia. Ya prácticamente todo los esfuerzos de los defensores se concentran en proteger Tlatelolco. Así es que Cortés avanza sin problemas sobre la calle de Brasil y se da un enfrentamiento en la primera acequia (calle de Perú). Como ésta era muy ancha, y la albarrada que estaba tras ésta se había hecho muy fuerte, hubo una batalla relativamente larga. Finalmente, la ganan los españoles. Viene después la muy agotadora tarea de cegar el agua para que los caballos puedan pasar. Para ello se procedió al derribo sistemático de todas las casas y edificios aledaños a la calle de Brasil. Con ello ya los mexicas difícilmente podrían retornar a hacerse fuertes en ese lugar tras el retiro de los españoles. Era una demolición general llevada a cabo por los tlaxcaltecas, que seguramente lo hacían con un indecible placer.

Los mexicas, que tras la batalla se habían retraído, ven que es muy tardado el proceso de cegar una acequia tan ancha como la de Santo Domingo, por lo que los caballos no pueden pasar aún. Eso les infunde valor y comienzan nuevamente a atacar con pedradas y lanzadas. Los españoles, no obstante, no se encontraban ya tan indefensos como tras la derrota de fines de junio. Gracias a la llegada del navío de la expedición de Juan Ponce de León, ahora ya tenían ballestas y con éstas procedieron a disparar a los atacantes, los cuales no pudieron

hacer otra cosa sino resistir cuanto se pudo para luego retraerse tras la albarrada, o lo que quedaba de ésta. Ven impotentes la demolición de su ciudad desde el otro lado de la acequia, una demolición a manos de sus más acérrimos enemigos tlaxcaltecas y de algunos españoles que acudían con picas mandadas hacer ex profeso. Entonces los comienzan a vituperar, y de una manera que refleja tanto su impotencia como su estoicismo, le dijeron a los tlaxcaltecas *“que no hiciesen sino quemar y destruir (las casas), que ellos se las tornarían a hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que habría de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros (los españoles)”*¹⁶⁰. Es decir, les estaban recordando su situación de subordinados: al derribar lo único que hacían era cargarse de trabajo en el futuro, porque o se las hacían de nuevo a los mexicas si salían vencedores, o a los españoles, pero de que era trabajo del que no se habrían de librar, era seguro.

Los invasores terminaron de cegar esa acequia lo mejor que se pudo, pero ya no pudieron pasar más adelante y debieron retraerse. Pero en este retroceso ya no hubo quien los persiguiera; los mexicas quedaban ya defendiendo Tlatelolco. Será al siguiente día, 26, cuando se reanude el avance de los invasores. Llegan a la acequia de Santo Domingo y la encuentran bien cegada, tal y como la habían dejado el día anterior. Así pues el pasar este canal no representó en realidad ningún problema.

Toma del Templo Mayor de Tlatelolco

Ahora bien, en este día, se daba simultáneamente un avance muy significativo por las tropas de Pedro de Alvarado que resultó vital para los invasores. Al parecer, el interminable avance sobre la calzada de Nonoalco y los barrios adyacentes, por fin estaba rindiendo sus frutos a los españoles y ya estaban a unos cuantos pasos de llegar al Recinto Sagrado. Este lugar, lo mismo que el de Tenochtitlan, aunque se componía de muchos edificios, entre cada uno de ellos había amplio espacio. Este espacio abierto resultaba mortal para la guerra que se estaba llevando a cabo, ya que los caballos podían tomar vuelo y realizar una

¹⁶⁰Cortés. *Op. Cit.* p. 155.

interminable matanza. Los mexicas ya lo habían experimentado muy bien desde el inicio de la guerra.

Así pues, al ver tan cerca a las tropas de Alvarado, todas las entradas del muro delimitador de este recinto estaban muy fuertemente defendidas por albarradas. Era tan fuerte su defensa que las tropas de a pie no pudieron pasar, ya que eran continuamente heridas por las pedradas y las lanzadas. No obstante, tras un rato de recio combate, los hombres de a caballo pudieron quebrar esas defensas, y por más que los bravos tlatelolcas combatían sin descanso, varios de a caballo pudieron penetrar en el Recinto Sagrado. Esto resultó fatídico para los mexicas, ya que en cuanto los de caballo se vieron en suelo firme y amplio, comenzaron alancear a cuanto guerrero osaba atravesarse en su camino. De este modo recorrieron todo el circuito del Recinto, volviéndose mortal para los mexicas el estar en espacio abierto.

Lo que pudieron hacer los desgraciados defensores de la ciudad, lo único que les quedó, fue irse a refugiar a los teocallis. Allí al menos los caballos no podían subir gradas tan empinadas. Eso ya sería labor de los hombres de a pie. Éstos avanzaron y se dieron muy duros combates en prácticamente todo el Recinto Sagrado. Los mexicas peleaban con un coraje admirable, no arredrándose ante la muerte en lo más mínimo. Los españoles no sabían si admirar aquello o reprobar tan terca resistencia. Ni siquiera en Numancia se dieron combates así, ya que los defensores lusitanos terminaron por rendirse ante Escipión Emiliano. Probablemente algo comparable a ello sería Cartago ante este mismo general, donde los romanos tuvieron que avanzar casa por casa antes de llegar adonde se refugiaba el rey Asdrúbal.

Los hombres de Alvarado se dividieron en tres capitanías para ir a combatir por separado los diferentes teocallis que se habían convertido en fortalezas. La que se encaminó al Templo Mayor fue la de Gutierre de Badajoz por orden del mismo Alvarado (quizá porque era de su misma ciudad). Como era el punto más fuerte de todo Tlatelolco (y quizá de todo México) allí se refugiaron los sacerdotes de las deidades y se atrincheró un buen número de guerreros. Los españoles al mando de este capitán se dieron a la ardua tarea de subir las ciento catorce gradas que, según Bernal Díaz, tenía la pirámide. Como genuinamente era de una pendiente muy empinada y de escalones altos y estrechos, el ascenso era muy tardado y

la defensa que lograban hacer los mexicas con sus armas de madera y piedras resultaba realmente muy eficaz. Muchos españoles, los más osados que se separaban del grupo y subían a la vanguardia, caían rodando gradas abajo lastimados con pedradas y varazos, entre ellos el mismo Gutierre de Badajoz. Los mexicas resistían muy bien el ascenso español, que resultaba sumamente trabajoso. La columna se vio muy pronto en serios aprietos y entonces varios hombres de las otras dos capitanías que combatían en otros lugares, tuvieron que correr a socorrerla, entre ellos Bernal Díaz del Castillo. Como esto implicó una pequeña retirada de los puntos en que se combatía, los mexicas pudieron atacar a retaguardia e hirieron a gran número de españoles. Finalmente éstos llegaron al Templo Mayor y ayudaron en el empuje de las tropas de Gutierre de Badajoz. Éste volvió varias veces a caer rodando gradas abajo por los defensores, aunque finalmente, tras un tenaz ascenso, logró llegar hasta arriba. En la cima del teocalli los españoles se encontraron en una situación que no fue del todo buena, ya que resultaba muy difícil sostener la posición. Allí la resistencia mexica no cesó en lo absoluto, aunque la diferencia de las armas resultó el fiel de la balanza. Fieles al simbolismo militar europeo, Gutierre de Badajoz, junto con su alférez, decidió realizar el acto que significaba la toma del lugar: incendió los adoratorios gemelos y el alférez plantó el estandarte castellano allí, victorioso. (Este acontecimiento fue el mayor logro que tuvieron Gutierre de Badajoz y su alférez en su vida. Tan es así que sus escudos de armas ostentarán en su imagen el dibujo esquematizado de un teocalli.¹⁶¹) Luego que se logró esto, como no era sostenible la situación de las tropas de Alvarado, tuvieron que hacer un peligrosísimo descenso del teocalli y tras una larga pelea en la parte baja del Recinto Sagrado, las tropas españolas retrocedieron al real en Nonoalco.

Esta entrada fue lo mismo que en el lado de Cortés se hizo cuando se quemaron las llamadas casas de Cuauhtémoc. Consistió en avanzar todo lo posible y hacer el mayor y más significativo daño para luego retroceder. No obstante, esta batalla fue una clara victoria española y el daño moral que recibieron los mexicas al ver arder los adoratorios gemelos en la cima del Templo Mayor de Tlatelolco fue brutal. El doctor Barlow llama a ese episodio, la verdadera caída de Tlatelolco, y efectivamente, de este modo, el *axis mundi* de esta urbe quedó destruido por el fuego. El incendio se extendió muy rápidamente y abrazó la cima

¹⁶¹Vid. Barlow. *Tlatelolco. Fuentes e historia*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia – Universidad de las Américas, 1989. Vid. Cap. XVI: “Gutierre de Badajoz, conquistador del cu de Tlatelolco”.

entera de la pirámide. Allí, en medio de las llamas, ondeaban los estandartes de los españoles. La humillación fue rotunda.

Con estos graves acontecimientos acaecidos en el Recinto Sagrado de Tlatelolco, los mexicas se vieron obligados a concentrar todas sus fuerzas en dicho punto para resistir a los hombres de Pedro de Alvarado, por lo que la parte de Yacacolco quedó desprotegida. Es por ello que Cortés, cuando llegó nuevamente a la acequia de Santo Domingo (calle de Peru), la encontró igual de cegada que como la había dejado el día anterior. Sin mucho problema avanzó “dos tiros de ballesta” y atravesó “dos acequias grandes de agua que tenían rotas en lo sano de la misma calle”¹⁶². Tras esto llegó al corazón mismo de Yacacolco, la actual plazoleta de Santa Ana.

No sabemos exactamente que era la plazoleta de Yacacolco en la época prehispánica. Sabemos, por la descripción de Cortés mismo, que donde actualmente se encuentra la parroquia, había un Teocalli (mumuztli, le llaman en el *Códice Florentino*). Tras este, al norte, sobre la actual calle de Matamoros, pasaba una acequia (que duró hasta mediados del siglo XIX, pues incluso aparece en la litografía de Casimiro Castro, que data de 1856).¹⁶³ De cada lado del Teocalli había un puente cruzando la acequia. El oriental era el que correspondía con la calle de Peralvillo, que tras este puente, gira ligeramente al este y se dirige directamente a la calzada del Tepeyac. El otro, el occidental, daba a una calle diagonal que iba a parar al mismísimo gran Tianguis de Tlatelolco. Esta calle se conoció como “Real de Santiago” a lo largo de los siglos posteriores. Veamos como describe este lugar el mismo Hernán Cortés: “y desde aquella torre iba a la calle derecha, que era la misma a donde estábamos, a dar a la calzada del Real de Sandoval, y a la mano izquierda iba otra calle a dar al Mercado, en la cual ya no había agua ninguna, excepto una que nos

¹⁶²Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 156. Se tratan de las acequias que actualmente coinciden con el Eje 1 Norte (Canal de Tezontlale) y con la calle de Bocanegra. Esta última originalmente marcaba el límite sur de la Plaza de Santa Ana. Venía de la acequia de Santa María la Redonda (Eje Central, donde también existía una calzada paralela al canal), pasaba por donde fue anteriormente el gran desbarate de Cortés en la actual calle de Allende y terminaba en la plazoleta de Santa Ana. Llegando a la calle de Brasil (nombrada Peralvillo a esa altura), doblaba hacia el sur por el flanco oriental de la calle y bajaba al sur hasta llegar al Canal de Tezontlali. Esto es lo que se aprecia en el valioso plano de Uppsala, que es nuestra única fuente.

¹⁶³ Tovar de Teresa, Guillermo. *La ciudad de los Palacios. Crónica de un patrimonio perdido*. México, Vuelta, 1990 . v1. p. 18

defendía”. Gracias a esta descripción, el doctor Alcocer pudo ubicar este lugar como el de la actual Plaza de Santa Ana¹⁶⁴.

Bernal Díaz habla, refiriéndose a esta plazoleta, que estaba rodeada de varios edificios. Ya sabemos que al sur de esta plazoleta se encontraban las casas de los nobles tlatelolcas y desde ellas despachaba el tlatoani Cuauhtémoc. No sabemos, sin embargo, si estas casas bien metidas en el agua se encontraban a ambos lados de la calle de Peralvillo, o de uno solo, pero es probable que lindaran con la parte meridional de esta plazoleta. Dicha plazoleta se trataba no de tal, sino de una explanada a la que darían varios edificios tlatelolcas, o bien, solamente el patio previo al momoztli de Yacacolco.

Cortés, ya dijimos que llegó ahí sin ningún problema. Solo hasta llegar a la plaza, desde la acequia que corresponde con la calle de Matamoros, le daban combate a algunas tropas mexicas, ya que si los españoles cruzaban este canal, prácticamente ya tendrían paso franco hacia el gran tianguis. Pero Cortés no avanzaría de ahí ese día. Por una parte tenía que consolidar el avance y no podía hacer otra cosa sin hacer que los españoles se fortificaran en una plazoleta que militarmente bien podía ser considerado un baluarte exterior de Tlatelolco. Pero también hubo un espectáculo que fue muy traumático para los españoles en general. Ya dijimos que Cuauhtémoc tenía ahí su cuartel principal, hospedado en alguna de las casas de magnates durante la batalla en que Cortés fue capturado. También dijimos que fue en la plazoleta de Yacacolco donde se llevó a cabo el sacrificio de todos los prisioneros españoles y tlaxcaltecas capturados aquel día de fines de junio. Los mexicas, siguiendo su tradición, pusieron sus cabezas en un tzompantli exactamente debajo de la pirámide. Nos cuenta el relato del *Códice Florentino* que hasta hubo un orden para acomodar las cabezas: arriba la de los españoles, en medio las de los tlaxcaltecas y hasta abajo las de los caballos. Allí dejaron dichas cabezas, a la falda del teocalli, en ese monumento tan típico del Posclásico Mesoamericano, que es el tzompantli. Y en realidad hubo tres de estos, dos de enemigos y otro para los propios caídos. Los dos primeros estarían en el Recinto Sagrado y en Yacacolco. Por ello Bernal se encuentra con uno y Cortés con otro cuando llegan al

¹⁶⁴La traza de Tlatelolco se conservó de manera notable en sus calles básicas a lo largo de los siglos coloniales, el XIX (en el que desaparecieron los acequias) y la primera mitad del XX. Todo esto cambió radicalmente cuando el presidente Adolfo López Mateos y el regente Ernesto Uruchurtu trazaron el llamado “proyectazo”, que consistió en prolongar Paseo de la Reforma desde la Glorieta del Caballito hasta enlazarla con la calzada de Guadalupe. La calle real de Santiago desapareció por completo, lo mismo que el Tecpan (cuya fachada principal se trasladó a la parte oriental del antiguo colegio de Santa Cruz) y la calle de Peralvillo dejó de ser el camino natural hacia la calzada del Tepeyac.

Recinto Ceremonial y a Yacacolco respectivamente. Quien nos explica estos detalles más a fondo es el *Anónimo de Tlatelolco*:

*...Fue cuando hicimos los de Tlatelolco armazones de hileras de cráneos. En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de Tlilan (Calco: "casa negra"), es donde están ensartados los cráneos de nuestros amos (los españoles). En el segundo lugar, que es (Y) Acacolco también están ensartados cráneos de nuestros amos y dos cráneos de caballo. En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la Mujer (Cihuacóatl) hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.*¹⁶⁵

Cuando Cortes llega ahí a la plazoleta, lo primero que vio fue precisamente ese monumento, donde yacían las cabezas de sus compañeros sacrificados. No obstante, con la frialdad que lo caracterizó siempre, sus palabras a este respecto son bastante escuetas, diciendo simplemente: *"llegamos a una torre pequeña de sus ídolos, y en ella hayamos ciertas cabezas de los cristianos que nos habían muerto, que nos pusieron harta lastima"*.¹⁶⁶ Bernal Díaz resulta mucho más emotivo al recordar este espectáculo a través de décadas de acaecido. Cuando éste tzompantli fue visto por él ya fue varios días después de cuando llegó Cortés, pero aún así cuenta que vio aquellas cabezas y las vio con el pelo y barbas crecidos, como si estuvieran vivos aún y dice incluso que lo vio con sus propios ojos.

Lo que sorprende es que Cortés, pese a ver las cabezas de sus compañeros al llegar a Yacacolco, no las quitó de allí. Si así hubiera hecho, Bernal no hubiera podido verlas. En la mente de un hombre tan calculador como Cortés, seguramente veía a la obra de desmontar el tzompantli como una pérdida de tiempo, ya que ganado todo México, sería fácil ya darles sepultura cristiana. Ese día sólo se dedicó a derribar lo ganado, es decir, desde la acequia de Santo Domingo a la plazoleta de Santa Ana. Pero como era un trecho muy grande, no era una tarea que se hiciese rápido aun cuando los tlaxcaltecas se abocaran a hacerlo. Ya cuando los edificios quedaron más o menos inservibles para una defensa eficaz por parte de los mexicas, Cortés se retrajo a su real hasta Acachinanco.

¹⁶⁵Sahagún, Bernardino de. *Op. Citp.* 818

¹⁶⁶Cortés, Hernán. *Op cit.* p. 156

Al otro día, como a eso de las nueve de la mañana Cortés se alistaba para entrar a la ciudad y hacía los preparativos tradicionales como una misa (quizá llevada por Bartolomé de Olmedo o Juan Díaz) y el plan del día. Estaba en esos menesteres cuando vio a lo lejos, hacia Tlatelolco, que se alzaban columnas intensas de humo. No podían ser sahumeros. Aquel humo negro, denso, era de un incendio. Comprendió entonces que el enorme teocalli de la ciudad del norte ardía en llamas, y supuso que Alvarado había llegado allí. En realidad había llegado desde el día anterior, como hemos visto, ardiendo la cima de la pirámide durante toda la noche y ya en la mañana lo que vio fueron los rescoldos del incendio, una pequeña nube de humo negro contrastando con el aire puro y transparente de México.

Cuando vio eso Cortés, comprendió que la competencia que desde junio se había establecido entre los españoles para ver quien llegaba primero a Tlatelolco, había sido ganada por Alvarado, que era obvio que era quien tenía más posibilidades de llegar primero, ya que se encontraba en la calzada que iba directo de Tlacopan a Tlatelolco. Bernal Díaz incluso se atreve a decir que Cortés sintió envidia. No lo podríamos asegurar ni desmentir, aunque es cierto que Cortés describe una enorme satisfacción cuando comprendió la virtual caída de Tlatelolco. Ese día llega a la plazoleta de Santa Ana y continuó simplemente con la tarea de demoler las casas y construcciones que flanqueaban la calle de Brasil – Peralvillo. Al retraerse en la noche, los mexicas atacaron pero fue “a su costa”.

Por el lado de Nonoalco los españoles de Pedro de Alvarado volvieron a atacar Tlatelolco. Ya incendiado el Templo Mayor desde el día anterior, los españoles se enfocarían más en apoderarse del Recinto Sagrado y de cada uno de sus edificios, algo no muy difícil en una zona plana y abierta aunque llena de pirámides, plataformas y edificios pequeños. Las albarradas ya no fueron lo suficientemente fuertes para impedir que los españoles y sus temibles monturas atravesaran la línea de defensa.

Ahora bien, la enorme plataforma de Tlatelolco se componía en su núcleo de dos espacios perfectamente determinados aunque enlazados. Uno de ellos era el Recinto Sagrado, bordeado también por una plataforma piramidal conocida como “muro delimitador”. Este cuadrilátero se encontraba al occidente coincidiendo mucho en la zona arqueológica de la

Plaza de las Tres Culturas y la iglesia y edificio del antiguo colegio de Santa Cruz. El límite oriental de este recinto coincide con el muro trasero de dicho colegio.

Detrás de este muro, hacia el oriente, se extendía lo que fue el famoso mercado de Tlatelolco. Este era un enorme cuadrilátero, del mismo tamaño quizá del Recinto Sagrado. Su traza se conservó notablemente hasta la época de Uruchurtu, convertido en el “Jardín Santiago”. Las áreas del edificio del tecpan marcan lo que fue el límite oriental de la plaza. Alrededor de este enorme cuadrilátero existía una arcada que lo rodeaba y al centro se alzaba una plataforma cuadrada de unos cuatro metros de altura. En su inmensa superficie, equiparable a la de nuestro Zócalo, era donde se asentaban todos los vendedores. Así pues, esta plataforma sólida que constituía el núcleo de Tlatelolco, era un binomio que formaba un rectángulo orientado en dirección este - oeste. Dicho rectángulo, aunque era un todo completo, estaba dividido claramente en dos partes: el Recinto Sagrado hacia el oeste y el gran tianguis hacia el este.

De la plazoleta de Santa Ana partía en diagonal la calle “real de Santiago” y era la entrada principal del mercado por el plano oriental. Ese era el punto de acceso viniendo desde Tenochtitlan por el camino principal (calle de Brasil - Peralvillo). Es decir, estando Cortés en Yacacolco, esa calle era lo único que le quedaba por ganar para llegar al mercado.

Ahora bien, no sabemos exactamente cómo se definió la división entre el Recinto Sagrado y el mercado propiamente dicho. En la época colonial y hasta el siglo XX esta división fue el ábside de la iglesia y el muro trasero del colegio. Es probable que en ese mismo punto existiera un muro delimitador similar al de Tenochtitlan y que a partir de allí se distribuyeran las portadas alrededor de la enorme plaza.

El Recinto Sagrado y el mercado eran los puntos más fuertes de México, tal y como lo hemos explicado líneas arriba. Eran fuertes porque para llegar a ellos se necesitaba atravesar una gran cantidad de anchos canales, que formaban amplias zonas acuáticas ocupadas por casas grandes pertenecientes a los *pipiltin* y finalmente, lugares llenos de carrizales y casas pequeñas desde donde tender emboscadas era sencillo. No obstante, cuando el invasor llegó a la plataforma, la zona se volvió totalmente indefendible. La

fortaleza era la dificultad de su acceso, pero una vez llegados a ella los invasores, los mexicas tenían muy pocos lugares donde resistir.

Cuando Alvarado llegó por segunda vez y tomó el Recinto Sagrado, ya sin muchos problemas la caballería recorrió su amplio y despejado espacio, alanceando a todos los defensores que se encontraban en el camino o al alcance de sus armas. En un momento determinado cruzaron la línea que separaba el lugar sagrado del mercado y entraron a éste. El tianguis estaba constituido por un espacio todavía más espacioso que el Recinto Sagrado, ya que era una gran explanada rodeada de portales. Sin obstáculos, la caballería se dio vuelo y atacó a cuantos enemigos encontró. Pero como eran pocos los españoles y muchos los indígenas, los primeros no atacaban sino a caballo, manteniéndose hasta cierto punto fuera del alcance de los ataques mexicas. La infantería se mantuvo retraída.

Al ver esto, los mexicas decidieron realizar una estrategia de ataque similar a la que habían empleado en Tenochtitlan poco antes de la Celada, consistente en atacar lo mejor posible manteniéndose a cubierto. Aunque desconocemos a detalle cómo eran los portales que bordeaban la explanada del mercado, sabemos que tras estos se hallaban casas de un solo nivel que servían de almacenes o de tiendas propiamente dichas. Lo que no sabemos es que si juntas formaban un muro continuo o había separación entre ellas, formando recovecos. Lo cierto es que los mexicas comprendieron que el principal peligro venía de la gran velocidad que los caballos llegaban a adquirir al tomar vuelo en un lugar tan despejado como la explanada. Así pues, la estrategia consistió en horadar los muros de las casas adyacentes para usarlos como trincheras. Era la misma maniobra que se usó en las acequias. Cuando pasaba un español lanza en ristre, esquivaban el golpe metiéndose al hueco (de la misma manera como en su momento lo hicieron arrojándose al agua desde las calzadas), y luego contratacaban con proyectiles que eventualmente lastimaban a los equinos. Como los hombres de Pedro de Alvarado no se atrevían a atacar todavía con infantería como ya hemos dicho, por el enorme número de mexicas, esta estrategia dio muy buenos resultados por varias horas.

Pese a todos estos esfuerzos por parte de Cuauhtémoc y los tlatelolcas, la realidad era que Alvarado ya era dueño tanto del Recinto Sagrado como del mercado mismo. Ciertamente era muy difícil que con un ataque certero los españoles se retrajeran nuevamente. Aunque

eran pocos, para mantenerse en salvo, los mexicas debían mantenerse a cubierto, ya que cualquiera que saliera de los huecos de los muros, con toda certeza moriría atravesado por una lanza. La resistencia mexica tarde o temprano cedería; esa era la realidad. Incluso poco a poco las trincheras ya parecieron insuficientes para el enorme número de defensores y éstos se trasladaron a las azoteas de los portales, donde el ataque hacia los españoles era más cómodo y seguro. No obstante, eso significó que solamente las azoteas y las casas siguieran en poder de los mexicas, mientras la enorme explanada ya pertenecía a Alvarado y sus hombres.

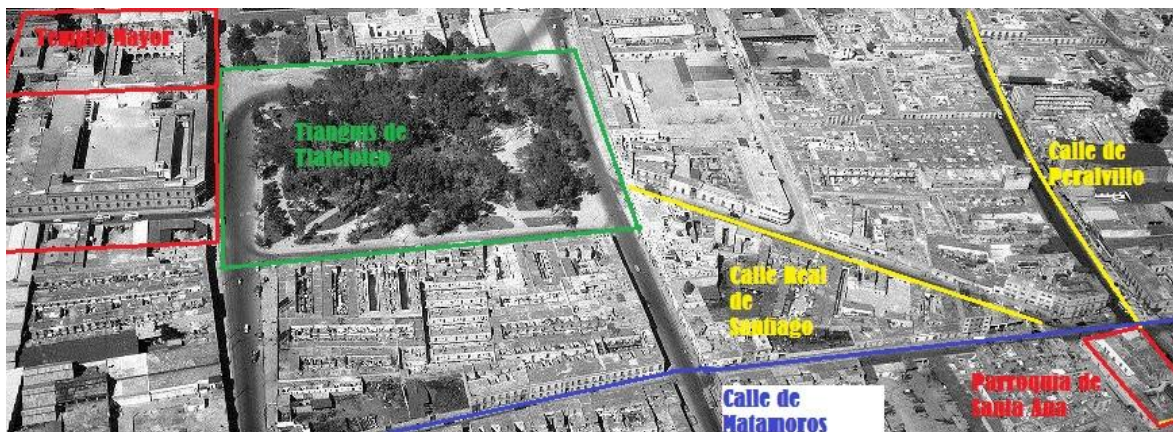
Al mismo tiempo que esto sucedía en la plataforma central de Tlatelolco, Cortés volvió a entrar en la ciudad y avanzó por la calle de Brasil – Peralvillo hasta llegar a la plazoleta de Yacacolco. Ya estando allí, tras la pequeña pirámide, quedaba la última acequia por ganar, que era la que pasaba por la actual calle de Matamoros¹⁶⁷. El día anterior solamente se había dedicado a la tarea de derrumbar las casas adyacentes a la calle de Brasil – Peralvillo, para tener paso franco y seguro desde Tenochtitlan. Mas ese día si decidió dedicarse por fin a atacar esa última calle de agua. La defensa mexica resulta muy escasa, precisamente debido a la situación que se vivía en la plaza del mercado, donde la defensa requiere el mayor número de elementos para tratar de preservarla. Fue tan escasa dicha resistencia, que bastó que dos alférez cruzaran a nado el canal para que los mexicas desampararan la albarrada. Cortés se dedica tranquilamente a cegar el paso con el escombros que había obtenido de las casas adyacentes. Hemos visto que tras la pirámide habían dos puentes, uno que seguía por la calle de Peralvillo y otro que daba a la calle diagonal que iba a dar a la plaza del mercado (Calle Real de Santiago). Cortés atacó éste último. *“Y como no había por ganar hasta llegar al mercado sino una travesía de agua con su albarrada”*.¹⁶⁸

Para ese momento, Pedro de Alvarado, que había recorrido ya toda la explanada del mercado varias veces, decide aventurarse con cuatro hombres de a caballo por la calle diagonal que salía del ángulo sureste del tianguis. Cual no sería su sorpresa al encontrarse metros más adelante al mismísimo Cortés y viceversa. Frente a frente los dos capitanes se encontraron, precisamente en esa calle diagonal que se conoció hasta el siglo XX como

¹⁶⁷Esta acequia duró allí hasta el siglo XIX, como lo demuestra la famosa litografía aérea que hizo Casimiro Castro hacia 1856, aunque cometió ciertos errores, precisamente en la zona de Tlatelolco.

¹⁶⁸Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p.156.

“Real de Santiago”. No solo el extremeño y el badajocense, sino los hombres de ambos reales mostraron un inmenso júbilo con este encuentro tan emotivo, porque eso significaba que prácticamente toda la ciudad ya estaba en sus manos y la guerra acabaría por fin¹⁶⁹.



Fotografía de la década de 1950 donde se muestra Santiago Tlatelolco hasta la parroquia de Santa Ana. La traza desde la época prehispánica se mantuvo casi intocada. El Jardín Santiago fue la plaza que en su momento ocupó el famosísimo tianguis de Tlatelolco. Hacia el ángulo inferior derecho se aprecia la Parroquia de Santa Ana, otrora el teocalli de Yacacolco. A la derecha se ve la calle de Peralvillo, que subsiste hasta hoy. También se aprecia la calle de Matamoros, la última acequia ganada por Cortés antes de entrar al tianguis. Finalmente la calle diagonal no es otra sino la calle Real de Santiago, el lugar donde se encontraron Cortés y Alvarado. Todo esto desapareció sin pena ni gloria en la época del regente Ernesto Uruchurtu, quien prolongó reforma hasta la calzada de Guadalupe.

Tras haberse cegado y aderezado el canal y los hombres del real de Acachinanco pudieron pasar, Cortés decide recorrer a caballo la plaza del mercado, acompañado de Pedro de Alvarado. *“Y después que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales de ella los cuales por la azoteas estaban llenos de enemigos y como la plaza era muy grande y veían por ella andar los de caballo, no osaban llegar”*¹⁷⁰

Tras estudiar la situación peculiar que se vive en la explanada del tianguis, el extremeño decide subir al Gran Teocalli. Nuevamente se encuentra con un tzompantli lleno de cabezas de españoles capturados el día del gran desastre de fines de junio. Desde allí observó lo que tenía ganado de la ciudad y calculó que serían unas siete octavas partes fácilmente. Vio la situación en que se hallaban los defensores y comprendió que ya era muy difícil para ellos seguirse manteniendo en tan corto espacio y con tantas carencias. La caída total ya era un hecho consumado. Sólo habría que esperar a que el hambre y la enfermedad hiciesen sus estragos en la población y eso era todo.

¹⁶⁹ *Ibid.*

¹⁷⁰ *Ibid.*

Efectivamente. Cuando ya se unen las tropas de Cortés y Alvarado, prácticamente toda la isla se hallaba en manos de los invasores. Los hombres de un real y de otro podían ahora recorrer toda la ciudad e ir de uno a otro campamento sin problemas. Es cuando Bernal Díaz pudo ver la plazoleta de Yacacolco, y cuando se admira del fenómeno (que atribuye a milagro) de que las barbas de sus compañeros estaban muy crecidas aun después de muertos.

No obstante, aun cuando Cortés y Alvarado se encontraron, el extremeño aun no permitió el traslado de los reales a Tlatelolco. Al referirse a estos acontecimientos, Bernal Díaz muestra que su memoria ya no es tan fidedigna como cabría esperar, ya que empieza a confundir la temporalidad de los hechos. Él, por ejemplo, sitúa la gran Celada después de la toma de Tlatelolco, lo cual resulta absurdo, pues ya Tenochtitlan estaba arrasada para entonces. También decía que hubo después una retirada y que los mexicas los persiguieron, lo cual no era ya factible. Asimismo comenta que también Gonzalo de Sandoval pasó el real hacia Tlatelolco. Es decir, en lo general el relato de Bernal Díaz es verdadero, pero en lo particular, falla en los detalles y en la temporalidad, algo perfectamente entendible teniendo en cuenta las décadas que habían transcurrido desde estos acontecimientos.

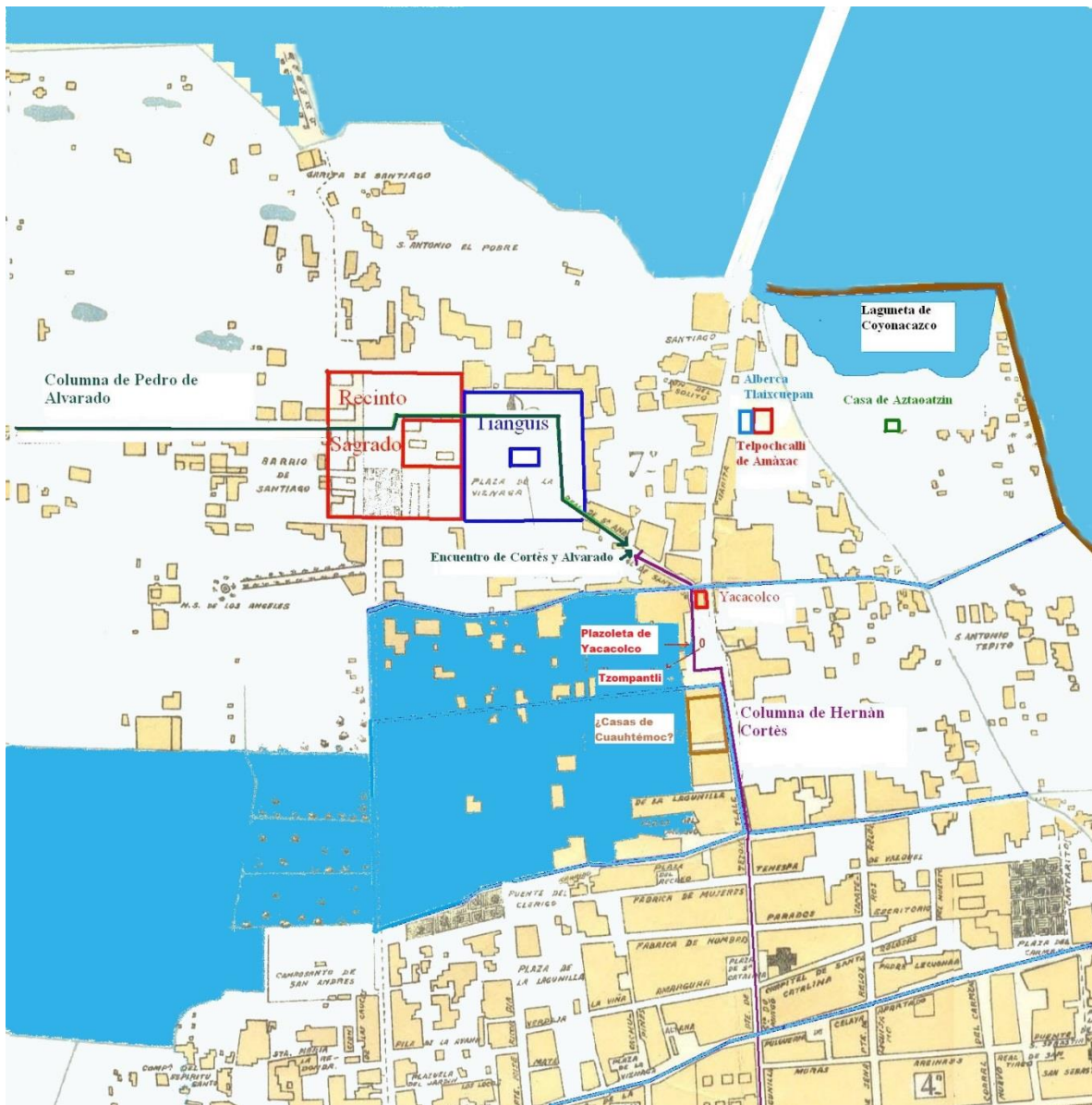
Lo factible es que los reales de Cortés y de Alvarado ya quedaban conectados por la ruta de Tlatelolco, mientras Sandoval todavía quedaba en la calzada del Tepeyac, porque si bien es cierto que ya la plataforma central de Tlatelolco estaba en manos de los españoles, la parte norte y noroeste de la isla seguían aún en manos mexicas, incluyendo la parte de la calle de Peralvillo entre la calzada del Tepeyac y la plaza de Yacacolco. Así pues, aún el real de Sandoval quedaba aislado. Cortés y Alvarado ya tenían comunicación entre sus reales por la ciudad desde la famosa Celada de la plaza por las calzadas de Iztapalapa y de Tlacopan, pero como Alvarado ya se había establecido hacia Nonoalco, de Tlacopan se debía dirigir ahora hacia ese punto, por lo que el rodeo era largo. Ahora, sin embargo, el contacto ya era mucho más directo por la plataforma central de Tlatelolco.

Para este momento la situación de México y sus desgraciados habitantes, era espantosa. La victoria española y tlaxcalteca era ya segura. Ambas ciudades gemelas yacían en poder de los invasores y realmente ha de haber sido una imagen devastadora ver la otrora admirable urbe mesoamericana reducida a escombros. Bernal Díaz es quien nos da una imagen

conmovera de este cuadro: “podíamos ir de un real a otro por las calles y casas derrocadas; y puentes y albarradas deshechos y aberturas de agua, todo ciego”¹⁷¹.

Para esa entonces los mexicas ocupaban los barrios más marginales de la isla, pertenecientes a Tlatelolco, las azoteas de las casas que bordeaban el enorme cuadrilátero de la plaza del tianguis y algunas de las mansiones de pipiltin que existían en las inmediaciones de Yacacolco y por el lugar donde se desbarató a Cortés, hacia el sur del Recinto Sagrado. Efectivamente, tal y como nos dice Cortés en la *Tercera Carta*, cuando subió al Gran Teocalli de Tlatelolco y vio la situación desde esas alturas, los invasores ya tenían siete octavas partes de la ciudad. Los defensores solo conservaban los barrios localizados al norte y sur del Recinto Sagrado y los que venían a formar la esquina noreste de la isla, coincidiendo actualmente con el barrio de Tepito, donde se encontraba el importante edificio del Telpochcalli, lugar que albergaba las efigies de las deidades mexicas evacuadas de los teocallis profanados. En pocas palabras, estaban arrinconados en la orilla norte de la isla de México. Todo lo demás ya estaba en poder de los invasores. La dramática situación que tanto se esforzaban en ocultar los pobres mexicas, salió a la luz con un realismo ciertamente conmovedor.

¹⁷¹Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 364.



Reconstrucción hipotética, sobre el plano de García Conde, del escenario de la guerra en Tlatelolco. La columna de color lila es la de Hernán Cortés y la de color verde es la de Pedro de Alvarado.

Con los recintos principales, tanto de Tenochtitlan como de Tlatelolco en manos de las tropas de Hernán Cortés, las calles arrasadas, las casas totalmente destruídas, realmente era ya un hecho la caída de la orgullosa Ciudad de México. Cuauhtémoc mismo, que tenía su residencia en las inmediaciones de Yacacolco junto a la de varios funcionarios importantes, tuvo que irse de allí hacia la orilla norte de la isla, hacia el lugar donde se encontraba el Telpochcalli, en compañía de su consejo compuesto tanto por los más grandes pipiltin tenochcas y tlatelolcas. Muchos de ellos abandonaron sus residencias para irse hacia ese rincón junto con un buen número de la población. Estos barrios del norte y noreste de la isla

eran barrios muy lacustres, además de ser barrios con muchas casas de macehuales. Ya vimos que en Tlatelolco, fuera de la plataforma formada por el tianguis y el Recinto Sagrado, todo lo demás eran isletas muy separadas entre sí por canales anchos.

Cortés, siempre lacónico incluso para describir escenas apocalípticas y espeluznantes, nos da una descripción del estado en el que se encontraban sus enemigos:

*Y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos raídas las raíces y cortezas de los árboles.*¹⁷²

Esta última etapa de la resistencia mexicana en los barrios de Tlatelolco dejará una profundísima huella en la mente de los supervivientes a esa catástrofe. El relato del *Códice Florentino* sobre los detalles militares de la guerra en general resulta muy escueto. No obstante, será en esta última etapa donde adquirirá mucha profundidad en la descripción de los avances y las luchas y ésta será muy detallada. Dicha etapa de la guerra ya fue vista por ambos bandos como una mera prolongación de lo inevitable. Para los tlatelolcas será una etapa de mucho heroísmo. Allí se destacarán varios jefes militares en acciones que calificarían de épicas. Sin embargo para Cortés y el resto de los españoles, incluido Bernal Díaz, ya será una etapa de resistencia rayana en lo suicida. Bernal Díaz mismo no entra en detalles porque lo vio todo muy rápido desde que el mercado cae en manos de Alvarado.

Cortés usará de la diplomacia para persuadir a Cuauhtémoc de que se rinda ya. La obstinada resistencia de éste y sus capitanes le sorprende mucho, pero no le despierta admiración. Como en todos estos casos en la historia, ésta no llega sino cuando ya todo acabó.

Cuauhtémoc y los mexicanos se encuentran en una situación desesperada. Ya no hay en su poder más que unas cuantas acequias donde parapetarse y construir albarradas. Su capacidad ofensiva resulta ser mínima. Alrededor de la plaza del mercado se encuentran apostados en las azoteas, mientras los españoles hacen lo que quieren a sus pies, en la explanada. No pueden prácticamente ya nada más que observar atónitos. Sus fieros

¹⁷² Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 157

enemigos, los tlaxcaltecas, recorren el lugar a sus anchas, burlándose de ellos y amenazándolos.

Finalmente la estrategia de devastación que se había realizado, dejaba camino libre hacia Tlatelolco y poco podían hacer los mexicas para atrincherarse nuevamente tras las acequias, ahora sí muy bien cegadas por los españoles. Al ver Cortés tan reducidos a sus enemigos, decide suspender el ataque y llevarles la paz por medio de la rendición. La respuesta de los mexicas resulta contundente: ...

Y ellos decían que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando. Y que de todo lo que tenían no habríamos de haber ninguna cosa, y que lo habrían de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese; y yo, por no dar mal por mal disimulaba en no les dar combate¹⁷³.

Estas palabras resultan muy controvertidas en una revisión historiográfica, ya que trasluce que muy probablemente Cortés se mostraba conciliador no tanto por amor ni compasión a los mexicas, sino para no provocar que éstos se deshiciesen de sus riquezas, con lo cual ya no había de quedar botín para los españoles. Así se percibe muy claramente párrafos después:

...y una de las cosas porque los días antes rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza habían de echar lo que tuviesen en el agua, ya que no lo hiciesen nuestros amigos (los tlaxcaltecas) habían de robar todo lo demás que hallasen; y a esta causa temía que se habría para Vuestra Majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y según la que yo antes para vuestra Alteza tenía.¹⁷⁴

Así pues, Cortés lo que deseaba era lograr una rendición rápida de sus enemigos para que estos no se deshiciesen de sus pertenencias echándolas a la laguna. Esto resulta muy verosímil como se ve en estos párrafos, ya que el principal móvil de las tropas españolas era el deseo de botín. Si los mexicas se determinaban a morir peleando, dicho botín habría de desaparecer con ellos. Ahora bien, es muy probable que estos temores si se volvieran

¹⁷³*Ibid.*

¹⁷⁴*Ibid.* p. 160.

realidad, ya que como lo veremos más adelante, ya consumada la conquista, la gran frustración de los hombres del extremeño radicarán en lo poco cuantioso que resultó el botín. La tortura de Cuauhtémoc responderá precisamente a esto, a que revelara el lugar en que se encontraba el gran tesoro mexicana.

La catapulta

Tras los primeros intentos diplomáticos por lograr la rendición, viene un episodio que resultará ser bochornoso para los españoles. No obstante, tanto Bernal Díaz, como el mismo extremeño y como el relato tlutelolca del *Códice Florentino* hacen una especial mención de él. Consiste en el hecho, hasta cierto punto poco lógico, pero que explicaba dentro de la mentalidad española de esos tiempos, de que ya tomada la explanada del mercado, Cortés es convencido de instalar en la plataforma o momoztli que había en medio de la plaza una catapulta (trabuco, como le llamaba Cortés). ¿Qué pretendía lograr con un artefacto de ese tipo? Realmente hay muchas hipótesis. El extremeño dice que ya hacía quince días que tenía platicada la fabricación de dicho artefacto diciendo ser la causa que nuevamente había escasez de pólvora. Bernal Díaz nos dice que un sevillano de apellido Sotelo, que residía en el real de Cortés en Acachinanco, aprovechó la ocasión de que el extremeño se mostraba muy apesadumbrado por no lograr la rendición tan anhelada, para comenzar a hablar sobre ingenios de guerra. Dijo haber participado en las batallas de Garellano y Chirinola al mando del gran Capitán en Italia y se ofreció en hacer la dicha catapulta porque con uno de estos ingenios, la andanada de pedruscos que lanzaría hacia las casas donde estaban los mexicas, resultaría devastadora y el tlatoani no tendría otra que rendirse.¹⁷⁵ Por otro lado, en el relato de Sahagún, los informantes (gente que no ha de haber visto una catapulta verdadera en toda su vida, salvo esa vez) dicen que este instrumento fue creado para infundirles un alto grado de temor a todos los que se encontraban en las azoteas de la parte que aún conservaban los mexicas. Los tlaxcaltecas fanfarroneaban diciéndoles que con eso los acabarían totalmente.¹⁷⁶

¹⁷⁵Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 366.

¹⁷⁶Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 802

Es factible que la impresión que causaría en los sitiados los efectos de una catapulta (un instrumento conocido en el mundo Mediterráneo desde la época hitita pero desconocido totalmente en el Nuevo Mundo) sería material, pero sobre todo psicológicamente, devastadora. Una andanada de piedras podría barrer fácilmente una decena de las sencillas casas mexicas y no se diga a los defensores apostados en sus azoteas. Era una situación que nuevamente habría de tomar por sorpresa a los hombres mesoamericanos, y más teniendo en cuenta que la artillería de Cortés apenas constaba de algunos cañones gruesos, nada en comparación de lo que causaría un trabuco.

Hernán Cortés es parco para describir la catapulta que se fabricó. Sólo menciona que pasaron más de cuatro días en su fabricación y colocación. Sin embargo, su resalto resulta de interés porque describe el edificio que había en la mitad de la explanada del tianguis.

*Uno como teatro que está en medio della (la plaza), hecho de cal y canto, cuadrado, de altura de dos estados y medio y de esquina a esquina habrá treinta pasos, el cual tenían ellos para cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes de ellos se ponían allí porque toda gente del mercado y los que estaban en bajo y encima de los portales pudiesen ver lo que se hacía.*¹⁷⁷

En el relato del *Códice Florentino* le llaman a este edificio un “momoztli” (teocalli pequeño) en el texto en español y “templete” en el nahua.¹⁷⁸ Parecería ser que este edificio más bien sería una plataforma parecida a la que hoy se encuentra en el centro de la plaza de la pirámide de la Luna en Teotihuacán y que bien concuerda con la clasificación de momoztli que los mismos nahuas le dan.

La fabricación de la máquina que tanto presumían los tlaxcaltecas a los mexicas se llevó realmente mucho tiempo para una guerra de desgaste: cuatro días; cuatro días en que se mantuvieron sin hacer nada ambos contendientes. Este tiempo fue usado por Cortés para hacer una labor de daño psicológico, en el que amenazaba a los mexicas continuamente, diciéndoles e infundiéndoles la idea de que ese artefacto sería mortal. Nuevamente pretendía moverles a promover algún tipo de rendición. No le faltaba razón. Los mexicas se encontraban prácticamente desarmados en las azoteas y lo único que podían hacer era

¹⁷⁷Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 157.

¹⁷⁸Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 752 y 802

esperar a ver qué resultado tenía contra ellos esa extraña máquina. La tensión debió ser muy fuerte. Y más con las bravatas que les decían continuamente sus enemigos de Tlaxcala. Pero la rendición no se dio, quizá porque Cuauhtémoc, Tlacotzin, Temilotzin, Topantémoc y Coyohuehuetzin se encontraban lejos de la zona amenazada y finalmente eran ellos quienes decidían todo.

En este momento, como ya hemos dicho, los mexicas ocupaban una parte muy estrecha de la isla, concentrándose la mayoría en la esquina noreste de ella. Los que ocupaban las azoteas de las casas del tianguis realmente eran inofensivos porque se hallaban, solamente con sus *maquahuilitl* y sus insignias. Desde el momoztli del tianguis el tiro debía ser rectamente hacia el este y seguramente caería sobre el último gran reducto mexica, que era lo que hoy es la parte norte de la colonia Morelos.

El señor Sotelo, sin conocimientos suficientes en la fabricación de máquinas de guerra y procediendo seguramente bajo un recuerdo remoto de la época en que el Gran Capitán luchó en Italia en las batallas de Garellano y Chirinola, realizó un trabajo que resultó muy defectuoso. La mejor descripción que tenemos de este artefacto nos la da Bernal Díaz: “*Y trajeron cal y piedra y madera de manera que lo demandó el soldado (Sotelo) y carpinteros y clavazón y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, se hicieron dos hondas de recias sogas y cordeles, y le trajeron grandes piedras, mayores que botijas de arroba*”¹⁷⁹. La descripción del *Relato de la Conquista* del Códice Florentino también resulta de mucho interés, ya que los tlatelolcas informantes del padre Sahagún jamás habían visto algo así ni nunca volverían a verlo en su vida:

Los españoles manejan para tirar contra ellos (los tlatelolcas). Van a lanzarles un tiro como si fuera una honda. En seguida le dan vueltas en espiral, y dejan enhiesto luego el maderamiento de aquella máquina de palo que tiene forma de honda...

*Luego se dejó ver qué era: en su punta había una onda; la cuerda era muy gruesa. Y por tener esa cuerda se le dio el nombre de “honda de palo.”*¹⁸⁰

¹⁷⁹Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p.366

¹⁸⁰Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 802

El tal Sotelo y sus carpinteros improvisados trataron de lanzar unas cuantas piedras, pero el artefacto resultó un fiasco. El tiro fue cortísimo. Si se encontraba en medio de la plaza, sobre el momoztli y, como dicen los mexicas “cayó en un rincón del mercado”¹⁸¹, la potencia de disparo resultó ser risiblemente escasa. Bernal Díaz dice algo peor: que el tiro fue hacia lo alto y cayó exactamente encima de la misma catapulta, probablemente dañándola. Cortés se enojó mucho con el sevillano Sotelo y le dijo que no servía para otra cosa sino hablar.¹⁸² En la *Tercera Carta* se limita a decir el extremeño que se trató de disimular el defecto del artefacto con compasión hacia los indígenas, que miraban atónitos cómo funcionaba la máquina que los habría supuestamente de aniquilar de manera tan radical sin poder hacer ellos otra cosa que mirar.¹⁸³

Según el relato del Códice Florentino el trabuco tenía la finalidad de lanzar un tiro contra el lugar donde estaban ubicados el mayor número de mexicas en el barrio conocido como *Amáxac* (la parte norte del barrio de Tepito). Si es así, desde el momoztli de la plaza del tianguis (cerca de donde hoy se halla el pabellón central en el Jardín Santiago), el tiro sería recto hacia el este.

La última octava parte...

Cabe aclarar que este lugar tan estrecho, que serviría de último refugio a los valientes mexicas y que se corresponde con la parte norte de la colonia Morelos, yendo por la calle de Peralvillo desde la iglesia de Santa Ana hasta el entronque con la calzada de Guadalupe, es un lugar del cual desconocemos muchos detalles. Es lo mismo que pasa con prácticamente todos los barrios del México – Tlatelolco prehispánico: con los cambios tan radicales que sufrió el entorno lacustre a lo largo de los siglos virreinales, todo lo que fueron chinampas y canales, se convirtieron en desolados campos de polvo y lo que antes fueron barrios populosos ahora se transformaron en llanuras deshabitadas. Por eso saber bien a bien cómo era el rumbo de Nonoalco, Yacacolco y éste último de Amáxac, resulta

¹⁸¹*Ibíd.*

¹⁸²Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p.366

¹⁸³Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 157.

una tarea muy difícil. Incluso el plano de Uppsala, que fue hecho hacia 1540, ya refleja un cambio muy radical al Tlatelolco donde combatieron mexicas y españoles.

Lo que podemos deducir es que era una zona altamente lacustre, llena de canales que, salvo uno que otro, no han dejado rastro posterior.¹⁸⁴ Aquí y allá se alzaban algunas casas de nobles, pero no era como Yacacolco, donde una buena parte de nobles tenía su residencia, sino más bien se trataba de pocas casas de nobles salpicadas aquí y allá, rodeadas por gran número de casas macehualtin. Como lo veremos, a esa altura, la calle de Peralvillo estaba flanqueada precisamente por casas pobres. Era, y siguió siendo hasta el siglo XX, un barrio marginal, prácticamente a la orilla de la laguna.

La parte donde la calle de Peralvillo se convertía en la calzada del Tepeyac, es decir, la orilla norte de la isla, corresponde claramente con el mapa actual, pero ahora en vez de la orilla de la laguna tenemos que por ahí pasa la Avenida Canal del Norte (nombre que se le dio por un canal que se trazó junto al albarradón y que subsistió hasta el siglo XIX), que es justo el punto donde hoy Reforma se convierte en las calzadas de los Misterios y de Guadalupe.

En la época de la Conquista, allí, a mano derecha de la calle de Peralvillo, se encontraba una laguneta más o menos grande. Se trataba del barrio conocido como *Coyonacazco*. Era una considerable filtración de la laguna de Texcoco, ya que era el punto donde el albarradón terminaba (como también lo hizo en la época virreinal), casi entroncando con la calzada del Tepeyac, quedando separados unos cuantos metros. Esta superficie de agua subsistió hasta el siglo XVII, ya que aparece en diversos planos de la ciudad.

La lagunilla estaba bordeada al norte por una pequeña lengüeta de tierra sobre la que se construyó la albarrada (muralla le llaman los mexicas). Sobre ésta los mexicas habían construido infinidad de fortificaciones, ya que era un punto muy fácilmente atacable por Sandoval y los bergantines. La parte de separación entre la calzada y dicha península estaba completamente cerrada por albarradas defensivas. Hay una descripción vaga de este lugar

¹⁸⁴Había uno que al parecer corría paralelo a la calle de Peralvillo hasta el norte. También hubo otro que duró hasta el siglo XIX que venía desde la zona de Aztacualco en una diagonal paralela a la hoy Avenida del Trabajo (que corresponde con el albarradón colonial) para después juntarse con la calle de Peralvillo en el punto que se convierte en la calzada de Guadalupe, formando una cuchilla.

en el Relato de la Conquista, refiriéndose a un ataque durante el tiempo de la gran derrota de Cortés:

4.-También en otra ocasión llevaros sus bergantines al rumbo de Coyoacazco para dar batalla y atacar. Y cuando hubieron llegado allá, salieron algunos españoles. Venía guiando a aquella gente Castañeda y Xicotécatl. Este venía trayendo su penacho de plumas de quetzal. Tiraron con la ballesta y uno fue herido en la frente, con lo cual murió al momento.

5.- El que tiró la ballesta era Castañeda. Se arrojaron sobre el los mexicanos y a todos los acosaron, los hicieron ir por el agua y a pedradas los abrumaron. Hubiera muerto allí Castañeda, pero se quedó cogido de la barca (bergantín) y fue a salir a Xocotitlán.

6.-Había puesto otro bergantín en la espalda de la muralla (albarrada), donde la muralla da vuelta, y otro estaba en Teotlecco (sic), donde el camino va recto hacia el Peñon. Estaban como en resguardo de la laguna.¹⁸⁵

Con “la espalda de la muralla” se refiere el texto al otro lado de la albarrada y “donde da vuelta” es el punto estrecho donde casi se tocan la albarrada y la calzada del Tepeyac, precisamente el hueco desde el cual se da la filtración.

Al sur de la laguneta habría muchas casas y chinampas. Precisamente pocos metros al sur, casi pegado a la calle de Peralvillo, se encontraba un edificio de gran importancia: el Telpochcalli. Todo parece indicar que su ubicación exacta coincide con la iglesia de Santa Lucía¹⁸⁶, ya que incluso el nombre colonial de este templo y su barrio adyacente lo indican: *Santa Lucía Telpochcaltitlán.*¹⁸⁷ Justo en este punto, si seguimos lo que nos indica el plano de Uppsala, se encontraba un cruce de varias acequias. Estos lugares fueron los que entonces se conocieron como los barrios de *Amáxac* y *Atlicehuian*. Entre la calle de

¹⁸⁵Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 797 y 798

¹⁸⁶Esta pequeña iglesia desapareció en el siglo XVIII, lo mismo que la de San Martín, pero su emplazamiento resulta más preciso gracias a la calle del barrio que se llama así en su honor, a instancias de don Luis González Obregón. Se encontraría en lo que hoy es el cruce de la calle de Constancia con la de Santa Lucía, ya que la calle de Constancia coincide con aquella que salía del mercado y se dirigía precisamente a este punto.

¹⁸⁷ Un estudio esmerado respecto a los antiguos barrios indígenas de las ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco es el del excavador de Monte Albán, Alfonso Caso. *Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco*. México, Academia Mexicana de la Historia, 1956. Para ver el caso particular de esta parte de la ciudad y del barrio de Santa Lucía, *vid.* pp. 36 – 38. Con algunos de sus deducciones diferimos un poco, pero es un muy buen esbozo de este lugar.

Peralvillo y el edificio del Telpochcalli, justo en el cruce de los canales, se hallaba un espejo de agua artificial del que hablaremos más adelante, que al parecer precedía a la entrada a éste.

Fue en el Telpochcalli donde Cuauhtémoc habría de buscar el último refugio para los mexicas en esa guerra. Desde que Cortés incendió las casas de Yacacolco donde se hospedaba, tuvo que irse a otro lado aunque no sabemos precisamente dónde. Ya en el evento del tabuco sabemos que se encontraba en este rincón de la isla, y muy probablemente en este Telpochcalli, ya que se adaptó como fuerte, almacén y panteón de deidades.

Cuando Cortés fabrica la catapulta y amenaza este rumbo con el tiro, prácticamente ya todos los mexicas se hallaban metidos allí. Algunos ocupaban las azoteas de los edificios que rodeaban el mercado, como ya lo hemos mencionado y algunos puntos del sur del mercado, cerca de donde se dio el desbarate de Cortés. No obstante, su situación ya resultaba insostenible. La única vía fuerte que ocupaban era la calle de Peralvillo, entre Yacacolco y la salida hacia la calzada.

En el *Relato de la Conquista* del *Códice Florentino*, estos momentos son perfectamente recordados por los informantes. Aunque Cortés dice que nos e les dio batalla cuando se armaba el tabuco, por lo que se aprecia en dicho relato, es distinto. Es probable que las tropas ya unidas del extremeño con las de Alvarado efectivamente no atacasen, pero los bergantines, acompañados de las tropas de los pueblos mismos de la laguna (Xochimilcas y tlahuicas) siguieron la guerra de devastación como hasta entonces la habían llevado. Los mexicas trataban de contener estos ataques, y muchas escenas épicas narradas en el relato de Sahagún, se dieron en estos momentos.

El Telpochcalli, debemos señalar que era un lugar de una importancia sustantiva. Desde que Cortés llegó sorpresivamente al Recinto Sagrado de Tenochtitlan, en las primeras fases de la guerra, se decidió trasladar a Huitzilopochtli a este edificio. Y es probable que, a estas alturas, en este edificio se encontraran prácticamente todas las efigies que habrían sido evacuadas de sus templos, ya que en el *Relato de la Conquista* se hace mención a que allí

se encontraban muchos ídolos.¹⁸⁸ El Huitzilopochtli de Tenochtitlan se encontraría allí durante toda la guerra prácticamente. Y conforme los mexicas fueron perdiendo templos, seguramente trasladarían a las deidades a este lugar, las cuales también terminarían tan amontonadas y apretujadas como ellos mismos. Quizá a esto se deba que este lugar haya sido el último reducto y el que habrían de defender con tanta saña.

En estos momentos los españoles llegan por el rumbo que se conocía como *Totecco* (hacia la orilla oriental de la isla por este rumbo) por medio de los bergantines y logran poner fuego al Telpochcalli, aunque al parecer el incendio fracasó. Los barcos no tenían quien los detuviese, aunque su capacidad de daño en edificios localizados resultaba más bien limitada. Como hemos dicho, su función era la devastación general, las razzias, no los asaltos calculados.

Pero los ataques por agua no sólo venían de los bergantines, sino también de las barcas de los xochimilcas y tlahuicas. Las batallas con ellos merecen párrafos enteros en el *Relato de la Conquista*. Allí destaca la participación de varios jefes y pili tlatelolcas, de los que pertenecían al séquito de Cuauhtémoc, pero que no por eso renunciaban a sus tareas militares que sus puestos les obligaba a asumir. Allí destacan el *tlacochohcácatl* y el *tlacatécatl* (ambos títulos son los más altos, comparables a cónsules, según se les llama en el Relato de Sahagún). El primero se llamaba Coyohuehuetzin, caballero tanto águila como jaguar y el segundo Temilotzin. En una de las acciones de los xochimilcas, Coyohuehuetzin estaba en una barca, mientras Temilotzin custodiaba un templo pequeño y desde allí vio al enemigo. Le da aviso a Coyohuehuetzin y éste los persiguió y según esto, logró hacerlos retroceder y además defendió el templo junto a Temilotzin y mató a muchos xochimilcas.¹⁸⁹

Con los de Tláhuac resulta que al pelear piensan que su señor Mayehuatzin fue muerto por los mexicas, algo que resultó ser falso. Mayehuatzin le dice a Coyohuehuetzin que les diga que está vivo. Titubean en creerlo los tlahuicas pero cuando el mismo Mayehuatzin se incorpora y se muestra diciéndoles: “No he muerto. Que no se os olviden mis bezotes, mis jades, mis insignias de guerra.” Entonces la guerra continuó.

¹⁸⁸Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 804.

¹⁸⁹*Ibid.* p. 801

Así el sur del mercado también se dieron fuertes batallas. Por el mismísimo lugar en que desbarataron a Cortes a fines de junio, los españoles mandan a gente de *Tliliuhquitepec* y de *Atetemolan* a que por esa zona, muy acuática, ataquen la casa de un noble llamado *Tlacatzin*. Los mexicas los obligan a retroceder y luego el tlapanécatl, que tenía una casa cerca de ahí, en *Atezcapan*, sale a su encuentro. Resulta capturado por el enemigo, pero los mexicas lo liberan quedando herido solamente en el muslo.¹⁹⁰

Como vemos, estos combates que se plasman en el *Relato de la Conquista*, resultan ser casi anecdóticos, de muy escasa importancia. Sin embargo debemos entender que lo que los informantes cuentan es precisamente el ataque a sus propios barrios en una guerra terrible que nunca antes, ni después, habrían de volver a ver. Es entendible que cuando la guerra llega al escenario mismo de su cotidianidad y la viven en toda su crudeza, incluso los detalles que podrían parecer intrascendentes para el desarrollo de la guerra misma, adquieren un valor y una significación mayúscula. Es cuando atacan el hogar propio de los que narran estos acontecimientos.

Cuando se da el fracaso de la amenaza de la catapulta, los mexicas habían permanecido prácticamente inmóviles. Al volver al otro día los españoles, se sorprende Cortés de la escena tan terrífica que se le aparece: mujeres y niños, seguramente macehualtin, salían a las calles con las evidencias del hambre plasmadas en su físico. Cortés, según su propio relato, manda a los tlaxcaltecas que no hiciesen daño a esas criaturas, totalmente contrario a lo que ocurrió en Tenochtitlan, donde, como vimos, los niños y mujeres fueron atacados con lujo de violencia. No obstante, “...de la gente de guerra no salía ninguno a donde pudiese recibir daño, aunque los veíamos estar encima de las azoteas cubiertos con sus mantas que usan y sin armas...”¹⁹¹. Esto indica posiblemente una decisión política por parte de Cuauhtémoc y su séquito de funcionarios. Para poder racionar a un más las escasas provisiones con las que contaban, factiblemente se expulsó del campo a las mujeres y a los niños para que fueran los guerreros, la elite de la sociedad mexicana, la que tuviera más posibilidades de sobrevivir para proseguir en la lucha. Obviamente esto es una especulación, pero dados estos detalles que nos proporcionan las fuentes, no sería nada descabellada.

¹⁹⁰Sahagun. *Op. Cit.* p.802

¹⁹¹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 157

Cortés aprovecha esta situación y pide hablar con los mexicas para parlamentar. Pero Cuauhtémoc y los nobles deliberaban mucho, lo que el extremeño interpretó como disimulaciones. Entonces los amenaza diciendo que manden a recoger a sus mujeres y niños porque los iba a combatir. Nuevamente hay titubeo en la élite mexica y entonces Cortés decide ponerlos en una situación todavía más desesperada. Le ordena a Pedro de Alvarado tomar un barrio muy populoso, localizado muy probablemente en la parte oriental del mercado, donde se vendía el incienso. Ahí había una especie de baluarte o muro, localizado en un camino que conducía al Telpochcalli del que ya hicimos mención. Este camino coincide posiblemente con la actual calle de Constanca (este “fuerte” es muy probable que se trate del Telpochcalli mismo o una parte de él al menos. Solamente la versión castellana del *Relato de la Conquista* menciona un “fuerte” como tal. Por lo tanto es muy posible que “el camino que conducía a Amáxac” haya sido el camino que iba de la parte oriental del mercado hacia el Telpochcalli, coincidiendo, como ya dijimos, con la calle de Constanca)¹⁹².

Si ubicamos la iglesia de Santa Lucía en los planos coloniales, desde el de Uppsala hasta el de Chappe de Auteroche, vemos que esta capilla no se encontraba sobre la calle de Peralvillo directamente, sino a unos metros hacia el este. De hecho, la calle que lleva se nombre es paralela a ésta, a unas decenas de metros. Si es cierto que la iglesia de Santa Lucía coincide con el lugar del Telpochcalli, entonces éste no estaba en el camino hacia el Tepeyac, sino separado de él por un amplio espacio. Este espacio lo ocupaba un estanque de agua o alberca que tendría una función ritual relacionada con el Telpochcalli. Así pues, tenemos una idea más o menos precisa del escenario que ocupa este episodio: de la parte oriental del mercado sale un camino directo hacia el este hasta topar con la calzada del Tepeyac (calle de Peralvillo), y del otro lado está el gran complejo del Telpochcalli con un espejo de agua al frente y luego el edificio propiamente dicho.

Cuando Cortés le ordena a Alvarado hacerse con ese punto y estrechar a los mexicas aún más, para “ponerlos en la más extrema necesidad”, se da una batalla durísima y cruel. Los indígenas aliados, que eran los que iban por delante siempre, realizan un ataque sistemático sobre la calle de Peralvillo para saquear a los pobres que vivían allí y se preparan para

¹⁹²Cfr. Caso, Alfonso. *Op. Cit.* p. 37

atacar el Telpochcalli. A esas alturas, si hacemos caso al plano de Uppsala, un canal flanqueaba la calle de Peralvillo por el lado oriental, y al parecer, como ya vimos, muchas acequias tlatelolcas se juntaban precisamente allí, junto a la gran alberca del Telpochcalli, lo que refuerza la idea de importancia que tenía ese sitio. Este espejo de agua resultó un gran estorbo para atacar el edificio. Es cierto que, como ya vimos, desde un ataque por bergantín se le había prendido fuego ya, infructuosamente, pero ahora el ataque era con la infantería (la caballería no podía maniobrar muy bien en ese lugar en palabras del propio Cortés, por la gran cantidad de canales y la estrechez de los espacios entre las casas). Mientras Alvarado atacaba desde el mercado, Cortés lo haría desde Yacacolco. El saqueo de los macehualtin de esa parte insular de la calzada del Tepeyac tuvo como objeto el hacerse de materiales para cegar la alberca, cuyo nombre era *Tlaixcuepan*. El barrio más al norte, del lado poniente de la calzada del Tepeyac se llamaba *Teteuhtitlan*. Allí se da un duro saqueo por parte de los tlaxcaltecas, que, presurosos llevan escombros de casas y maderos para cegar la alberca *Tlaixcuepan*. En esta parte el Relato de la Conquista nos dice como sus principales jefes se aprestaron al combate, el *Tlacochohcácatl* Coyohuehuetzin y el *Tlacatécatl* Temilotzin, además de otros jefes, como *Tlaczin* y *Topantemoctzin*.¹⁹³ Los dos primeros eran caballeros jaguar y los últimos águilas.

Como esa parte era un punto de confluencia de varios canales, estos cuatro jefes político-militares llegaron de diferentes lados. Un jaguar y un águila se dirigen por el canal que flanqueaba la calle de Peralvillo hacia el norte, de donde vienen los saqueadores. Según el relato, les cortan el paso y al verlos llegar, los saqueadores pretenden huir. Los otros dos jefes esperaron a que comenzaran a cegar el espejo de agua *Tlaixcuepan*. Como era una superficie lacustre amplia los indígenas aliados tuvieron que meterse en ella para hacer la tarea dura de arrojar los escombros. Cuando ya estaba medianamente llena esta alberca, aunque no del todo cegada, entran los guerreros en las barcas, y como muchos tlaxcaltecas, xochimilcas y tlahuicas quedan anegados entre tanto escombros, se hace en ellos una muy cruel matanza. La alberca ahora se ha transformado en lodo y los invasores son arrastrados por los mexicanos para el sacrificio¹⁹⁴. No obstante estos hechos, que los tlatelolcas sobrevivientes recordarán como gloriosos, Alvarado y Cortés ya tenían asegurado el

¹⁹³Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 803

¹⁹⁴*Ibid.*

camino hacia el Telpochcalli. Si acabó la pelea fue porque llegó la noche, pero, como ya estaban acostumbrados los mexicas, al día siguiente los españoles ya comienzan el ataque. La batalla es muy fuerte, pero los españoles logran atravesar la alberca y llegar al edificio. Éste está muy fortificado, ya hemos dicho que inclusive se le ha llamado “fuerte” ya que era el último gran sostén de los sitiados: no solamente allí se encontraban las efigies de prácticamente todos los dioses mexicas, incluido el Huitzilopochtli de Tenochtitlan,¹⁹⁵ sino que también era donde tenían el bagaje (o lo que quedaba de él). La defensa de este punto resulta heroica. Los españoles, espada en mano, entran con suma violencia, dando estocadas a diestra y siniestra, y muchos mexicas, ya viéndose perdidos, deciden arrojar del edificio hacia el agua, probablemente hacia la alberca o hacia alguno de los canales que pasaban por ahí. No obstante, no todos se amedrentaron con el empuje tan violento. Un jefe cuáchic llamado *Huitzilhuatzin*, al mando de un grupo nutrido de guerreros, se queda parado en la azotea del edificio y resisten juntos a los españoles de forma estoica, recibiendo estocadas y muriendo inmovibles. Dice el texto náhuatl del Relato de la Conquista:

*...se hizo fuerte como un muro (Huitzilhuatzin) y por un tiempo le hicieron caso los indios. Pero el enemigo le daba golpes, lo hería, le rasgaba el pecho. Otra vez iban a tirar los mexicanos y luego dejaron libre al capitán. Luego lo tomaron pero no pudo morir. Entonces se fueron los españoles y todo quedó en paz.*¹⁹⁶

El texto en español difiere un poco, pero es en esencia lo mismo:

*...y un capitán que se llamaba Vitziloatzin, con muchos soldados que estaban sobre los tlapancos, comenzaron a resistir a los españoles poniéndose por muro para que no pasasen a donde estaba el bagaje y los españoles arrojáronse contra ellos y comenzaron a matar en ellos y a destrozarlos, y salieron otros soldados en favor de aquellos, de manera que no pudieron los españoles pasar a donde querían y retrujéronse.*¹⁹⁷

Parece que los españoles efectivamente no pudieron hacerse con el edificio de una sola vez, pero a la hora de retraerse, prendieron fuego ahora si ya no al edificio directamente, sino a

¹⁹⁵Esto lo manifiesta el *Relato Anónimo de Tlatelolco*. *Ibíd.* p. 815.

¹⁹⁶*Ibíd.* p. 804.

¹⁹⁷*Ibíd.* p. 753.

todas las efigies de las deidades mexicas que ahí se guardaban. Allí perecieron realmente todos los dioses mexicas que tan delicadamente se habían esforzado los mexicas de ponerlos en salvo tras las tomas de los Recintos Sagrados de ambas ciudades.

Los mexicas al último extremo

La desesperación de los mexicas resultó indescriptible. Ya no hallaban qué hacer para tener alguna esperanza de sobrevivencia como pueblo. Todos los macehualtin se habían congregado en Amáxac y Coyoacazco, la última esquina, detrás del Telpochcalli donde aun no habían llegado a pie los enemigos. Ya vimos que a mujeres y niños los habían sacado, muy probablemente para garantizar la sobrevivencia de los guerreros. Y aunque se vio que los españoles no hacían ya daño a estos seres indefensos, su sobrevivencia resultaba sumamente dudosa. Tenemos noticias de que había mujeres que se vestían de guerreros, no tanto para combatir a los españoles por ellas mismas, sino para que no las echasen de ahí. Esta actitud cruel por parte de la elite mexica va a tratar de ocultarse, pintando a las mujeres como heroínas, aunque la realidad es que probablemente se les condicionó a pelear o a irse: “...aunque no lanzaban dardos (los españoles) contra las mujeres, si no es contra aquellas que andaban en figura de varones”. El *Relato Anónimo de la Conquista* de 1528 también habla de este hecho “fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas”.¹⁹⁸

Al otro día Cortés ordena que no se ataque a los mexicas, y entra hacia las inmediaciones del Telpochcalli. Los sitiados lo llaman para conferenciar. Los españoles, que también ya estaban hartos de esa guerra lo mandan llamar entusiasmados. Cortés se acerca y habla con varios de aquellos principales.¹⁹⁹ Como no son del séquito de Cuauhtémoc, el extremeño duda mucho que su capitulación sirva para algo, porque bien sabe que solamente Cuauhtémoc y los grandes capitanes de Tenochtitlan y Tlatelolco son los que tienen la última palabra. No obstante, hace lo que le queda por hacer en su papel de magnánimo vencedor: les dice que se rindan, de que ya prácticamente ya todo acabo para los mexicas,

¹⁹⁸*Ibid.* p. 818

¹⁹⁹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 158

pero ellos le contestan que de una vez los acabe de matar, que él, como hijo del sol (astro que en solo un día da la vuelta a todo el cielo) por qué no los mataba ya de una vez, y que ellos ya querían irse con Huitzilopochtli a descansar.²⁰⁰ Esto es lo que relata Cortés, aunque muy probablemente haya una mal interpretación en el sentido de las palabras. Lo más probable es que los mexicas quisieran que, ya viéndose vencidos, de una vez los sacrificaran, como era costumbre en el Posclásico, para acompañar al sol en el trayecto matutino.²⁰¹

Cortes aprovecha la situación en la que se encuentran los defensores de la desdichada ciudad para mostrarse magnánimo. Les pide e insiste que se rindan, pero es inútil. Estamos ante la escena de dos pueblos totalmente distintos llegados al último extremo en una guerra. Es el extremo de un vencedor y un vencido absolutos. Sin embargo, resaltan las diferencias en lo que hoy llamamos “ética” militar de una manera asombrosa, al grado que siguen sin entenderse aun tras una larga guerra. Lo que Cortes busca es lo que durante el contexto de las Guerras Mundiales se conoció como “rendición incondicional” del vencido cuando este ya ha sido puesto en el último extremo. Pero este es un concepto ajeno a los mesoamericanos. Anteriormente en las guerras contra Tlaxcala y Cholula, lo que habían hecho los españoles era una demostración de fuerza, a veces brutal, y los indígenas entonces ofrecían su ayuda pero contra el gran poder central. Pero esto no era una rendición incondicional, porque había un pacto de alianza contra un tercero. Es decir, había una negociación en la que ambos salían beneficiados de un modo u otro. En México, en ese agosto de 1521, las negociaciones no son factibles, porque los mexicas han sido prácticamente acorralados. ¿Qué beneficio, si no la supervivencia, pueden obtener los mexicas? Además, para una mentalidad guerrera como la de ellos, cuando ya está todo perdido lo mejor es morir dignamente como tales, como guerreros, en sacrificio. No obstante esa forma de heroísmo no la entienden los españoles. Por otro lado, para su imagen personal, Cortes debía presentarse como magnánimo; de otra manera si se llegaba al exterminio total su gran victoria no sería vista como tal, sino como una matanza de enemigos innecesariamente cruel.

²⁰⁰*Ibíd.*

²⁰¹Esta interpretación se basa en lo que dice al respecto Eduardo Matos Moctezuma. *Vid. Tenochtitlan*. México, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México, 2004. p. 183

Para tratar de convencer a los mexicas y a Cuauhtémoc de que se rindan, Cortés busca una salida diplomática de alto nivel y entonces manda a un noble tenochca capturado en la guerra, muy herido. La fuente que mejor describe ese momento es el relato de la conquista de 1528. Según esta fuente, los españoles lo llevan a dejar a la parte oriental del mercado, donde se vendía el incienso, es decir, en el camino que unía el mercado con el Telpochcalli. Lo llevan sosteniendo de ambos lados por lo maltrecho que se hallaba. Lo reciben los mexicas, guiados por el capitán de *Huitznáhuac* (su nombre era *Motelchiuhtzin* según el relato náhuatl del Códice Florentino). Él le lleva la noticia a Cuauhtémoc, y este conferencia con *Topantémoc* y le pide que vaya a hablar con el capitán mal herido, de nombre *Xóchitl*. Lo colocan en el templo de Cihuacóatl. De ahí va *Topantémoc* acompañado de los “cónsules” tlatelolcas Temilotzin y Coyohuehuetzin a informar a Cuauhtémoc que se trata de *Xóchitl*, el de *Acolnáhuac*. Toman consejo y tanto tenochcas como tlatelolcas se niegan a aceptarlo.

“que no lo traigan acá..., ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agüeros con papel, ya hicimos agüeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger”. Es decir, solo Motelchiuhtzin escucharía la embajada. Xochitl le dice que les diga: *“-oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantémoc. ¿No tiene compasión de los pobres, de los niñitos, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¿acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya! ¡Vengan mujeres blancas, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aun se le permite. ¿Qué dice? ¡Por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca!...”*

Motelchiuhtzin comunica el mensaje a las demás autoridades reunidas en consejo. Deliberan y entonces el *Tlacochohcácatl* Coyohuehuetzin pide hablar con el capitán de *Huitznáhuac*. Desgraciadamente en esta parte hay una laguna en el texto, aunque por lo que se lee en párrafos posteriores, *Xóchitl* regresa a las filas mexicas aunque según la versión de Cortés, más bien éstos lo sacrificarían²⁰².

Ya para ese momento Cuauhtémoc y las autoridades tlatelolcas y tenochcas recurrían a rituales adivinatorios para decidir cómo obrar. En el *Relato del Anónimo de Tlatelolco* que acabamos de citar, se ve que se habían hecho ya “agüeros” con papel e incienso. De hecho,

²⁰²Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 819 y 820

tras la posible ejecución de Xóchitl en sacrificio, estos rituales continuaron. Tras la laguna del texto, se ve una escena con un sacerdote “el sabedor de papeles, el que corta papeles”. Les dice lo siguiente: “...*príncipe mio: oíd lo que de verdad diremos –solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de el tenéis que ver por vosotros? Dejemos que se pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta*”²⁰³.

Así pues, muchas de las decisiones que se toman en estos momentos críticos ya fueron basadas en los rituales propios de la cosmovisión náhuatl y más específicamente de la mexica, que giraba en torno a Huitzilopochtli. En la peculiaridad de dicha cosmovisión, el tlatoani y sus ministros esperaban ver cuántas esperanzas tenían realmente de salir de esa espantosa situación. ¿Realmente esperaban un hecho ya sobrenatural para salir de esa situación? No todos compartían la misma opinión. Había varios, que ya siendo realistas, sabían que todo estaba perdido y que si había que morir, era mejor hacerlo bajo el filo de una espada (a falta de un cuchillo de pedernal) que bajo los golpes del hambre o los proyectiles.

Al parecer se ignoró este último agujero de los cuatro días y la guerra se reanudó bajo el mando de Motelchiuhtzin, según el *Anónimo de Tlatelolco*:²⁰⁴ “Y hecho esto, no se hizo caso. Y también nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a darle comienzo a la guerra el capitán de Huitznáhuac, el huasteco”. Cortés y los españoles esperaban la respuesta a su embajada, pero lo único que sucedió fue que los mexicas atacaron sorpresivamente, diciendo que no querían sino morir, y comienzan a disparar sus flechas y a arrojar piedras. Con las armas españolas capturadas lograron adaptar el filo del metal a sus armas tradicionales y con ellas ya incluso en esa ocasión mataron un caballo. Cortés dice al respecto que les costó caro, porque murieron muchos de ellos, mientras los españoles se volvieron a los reales.²⁰⁵ Los altos dignatarios mexicas, siguiendo o no los agujeros, habrían de dar una respuesta negativa al extremeño. Motelchiuhtzin fue el que la dio, la dio de una manera digna de varones: peleando hasta la muerte.

²⁰³*Ibíd.* p. 820.

²⁰⁴*Ibíd.*

²⁰⁵Cortés, Hernán. *Op. Cit.* pp. 158 – 159.

Militarmente era ya prácticamente imposible hacer nada. Los mexicas varones (y las mujeres ataviadas como hombres) se hallaban en la punta noreste de la isla, en el barrio de Coyonacazco. Como había una laguna pequeña allí, de la cual ya hablamos, se trató de volverla el último reducto de los mexicas. Ya vimos que la entrada lacustre desde el lago de Texcoco era junto a la calzada del Tepeyac. En ese hueco se habían hecho infinidad de albarradas con el objeto de que ni por tierra ni por agua pudiesen llegar ahí los enemigos.

Ya la situación de los mexicas era tan de total indefensión, que los tlaxcaltecas se quedaban en la noche dentro de su ciudad, lo que constituía una cruel ofensa para ellos. Pero no podían hacer otra cosa que lamentarse, porque ya ni en futuras venganzas se prestaba la situación para pensar. Ni siquiera los españoles lo hacían, porque siguiendo el itinerario de diario, siempre volvían a Tlacopan y Acachinanco. Al otro día Cortés decide no atacar a los mexicas, que ya se encontraban como lo hemos descrito, hacinados en medio de una feroz y mortífera pestilencia. Solamente se dedica a pasear por la derruida ciudad, esperando que tarde o temprano llegara un mensaje por parte de los mexicas para capitular. A caballo se acerca al Telpochcalli, pidiendo hablar con los principales que él conocía: Tlacotzin, Coyohuehuetzin, Temilotzin y/o Topantémoc. Les trata de persuadir nuevamente con su magnanimidad, diciéndoles que si él quisiera, rápidamente podría acabar con ellos, pero que no lo hacía por esperar que Cuauhtémoc voluntariamente se rindiera. Les promete que serán muy bien tratados y que el tlatoani no tiene nada que temer de él ni los españoles. Ellos le dicen llorando que conocen bien que se equivocaron y que habrían de ir a hablar con Cuauhtémoc. Se desaparecen un rato y luego reaparecen diciendo que el tlatoani no puede venir por ser ya tarde, pero que al día siguiente, a mediodía, vendría a hablarle a la plaza del mercado.

Cortés, con riesgo de parecer tonto, al otro día acude al momoztli donde otrora armaron la catapulta y allí levanta un estrado, colocando comida en abundancia. El centro mismo de Tlatelolco se convertía ahora en la sala de capitulación. Sin embargo Cuauhtémoc no vino a la cita, sino fueron los de su séquito. Dicen al extremeño que el tlatoani no acude por encontrarse enfermo y porque tiene miedo de mostrarse ante él, pero que finalmente, como cercanos suyos, le dirían lo que tuviese qué decirles. Cortés repite nuevamente que no hay nada que temer por parte de él, que él los recibirá con mucho cariño y les da provisiones

para que la lleven Cuauhtémoc. Se fueron los pipiltin y luego regresan tiempo después obsequiándole en respuesta ricas mantas, pero diciendo que el tlatoani en ninguna manera habría de acudir a la cita. Cortés vuelve a repetirles que no entiende el porqué de su animadversión de comparecer ante él y los españoles y hasta les dice que a ellos (los principales) no les hizo ningún castigo en esas embajadas, pese a saber que ellos fueron los instigadores más acérrimos de la guerra. Ellos nuevamente prometen de hacerlo así y se van.

Al otro día, muy de mañana se acercan en barca nuevamente los pipiltin y le dicen a Cortés que Cuauhtémoc los habría de recibir ahora sí en el momoztli del tianguis, pero para hablar les pide como condición que los tlaxcaltecas se salgan de toda la isla. Cortés accede y acude a Tlatelolco. Manda salir a los tlaxcaltecas tal y como los mexicas lo solicitaron.

Antes que nada envía la orden a Gonzalo de Sandoval de que entrara con los bergantines *“por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes, por manera que losuviésemos cercados, y que no los combatiese hasta que viese que nosotros combatíamos”*. Es decir, manda rodear *Coyonacazco* con las naves por el otro lado de la albarrada.

Cortés cumple con el protocolo que le queda cumplir: espera al tlatoani en el estrado, pero pasan las horas y el extremeño comprende que nuevamente se estaban burlando de él. Los dos días pasados no había hecho nada sino tragarse el coraje que le daba esas burlas por parte de gente a la que ya había derrotado completamente, pero ahora ya no está dispuesto a seguir siendo objeto de esas burlas. Por ello ya había mandado a Sandoval que estuviese listo con los bergantines. Cuando ve que Cuauhtémoc no va a acudir por tercera vez, manda llamar a los tlaxcaltecas que se habían quedado fuera, en las calzadas, y juntos nuevamente preparan un ataque. Se precipitan sobre lo último que les queda a los mexicas y éstos ya no pueden hacer absolutamente nada. *“Y como llegaron (los tlaxcaltecas) comenzamos a combatir unas albarradas y calles de agua que tenían, que ya no les quedaba otra mayor fuerza; y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos.”*²⁰⁶ Estas simples palabras son las que Cortés usa para describir esta batalla contra los sitiados. Los informantes tlatelolcas de Sahagún recuerdan esto también, pero con mayor detalle:

²⁰⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 160

Y a los cuatro días sucedió algo semejante. Se pusieron en movimiento nuestros enemigos hacia el rumbo en donde estaba colocado el pueblo. Hacia allá se encaminaron los españoles. Iban con grande lentitud.

Por su parte, el tlacatécatl Temilotzin aun en vano se puso en guardia contra ellos; se resguardó en una muralla. Estaba ataviado como águila y llevaba una espada en la mano con la cual intentaba cerrarles el paso. Pero al ver que ya no era posible por parte alguna, luego se echó al agua, se fue caminando por el agua. Había gran estrépito, de nuevo se recrudeció la batalla: Llegó hasta aquel punto y duró el día entero²⁰⁷.

Sandoval también atacó por la laguna y la saña con que se dio esta batalla fue brutal, más que nada por parte de los tlaxcaltecas, que veían ahora saciado su rencor de décadas hacia los mexicas. Cortés dice que entre prisioneros y muertos de esta batalla, ascendieron a la cifra de cuarenta mil. El estrépito de ese día lo hicieron los gritos de las mujeres y los niños, que eran constantemente ultrajados e incluso asesinados por los tlaxcaltecas sin que los españoles pudiesen hacer mucho por evitarlo:

... y ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación tan recia se vio, ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales de estas partes. Nuestros amigos hubieron este día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres, y ningún recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible.²⁰⁸

Para esa entonces la mayoría de los mexicas, sobre todo macehualtin, ya sin poder sostenerse en ningún punto firme, se hallaban hacinados en *Coyonacazco* a la orilla de la laguneta e incluso muchos ya dentro de ella. El espectáculo debió resultar dantesco. Horas y horas en la misma posición, sin poderse mover en lo más mínimo, hambrientos y enfermos, y lo peor de todo, compartiendo el espacio vivos con muertos. El único piso que tenían era quizá el cuerpo de algún compañero suyo, quizá un hermano, un hijo o un padre. Ya no era posible atacar de ningún modo. Los brazos y las manos estaban firmemente

²⁰⁷Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 804.

²⁰⁸Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 160

pegados a los costados porque a menos de un centímetro de ellos se hallaba otro mexicana sufriendo de lo mismo. La opresión que cada uno sentía por hacinarse entre tanta multitud debió resultar espantosa. Muchos seguramente murieron por asfixia y opresión en el pecho. Otros, los que habían tenido la peor suerte de estar con el agua al pecho, murieron ahogados junto a los que andaban en la laguneta. Pero poco importaba para el caso ya que el morir no cambiaba la posición de los cuerpos. Para los vivos, incluso el poco aire que se podían llevar a los pulmones era pútrido por la descomposición de sus compañeros, ya cadáveres.

Es tal el cuadro, que Cortés decide para el otro día llevar tres tiros gruesos a ese lugar. Esto con el objeto de atacar de lejos a los desgraciados mexicanos, ya que estaban tan hacinados unos contra otros, que si eran atacados por los españoles, por lo apretados que estaban podían con su misma masa apretar y sofocar a quien sea que atacase. Así lo dice él mismo: “...por que yo temía que, como estaban los enemigos tan juntos y que no tenían por donde se rodear, queriéndolos entrar por fuerza, sin pelear, podrían entre si ahogar los españoles...”²⁰⁹ Es decir, temía que sus hombres fuesen devorados por esa enorme masa humana de vivos y muertos.

Ante tal situación, Cuauhtémoc y sus capitanes recurren a un último ritual para tratar de tener alguna leve esperanza. Es un ritual que alude probablemente a la tradición mesoamericana del investimento del poder de un nagual, que en este caso ya se usa como última carta contra los enemigos invasores. Vale la pena reproducir íntegro todo el texto:

“Por su parte el rey Cuahtemoctzin y con él los capitanes Coyohuehuetzin, Temilotzin, Topantemoctzin, Ahuelitocztzin, Mixcoatlailotlactzin, Tlacuhtzin y Petlauhtzin tomaron a un gran capitán de nombre Opochtzin (del barrio de Coatlan, cerca de la parroquia de Santa Catarina Mártir, según la versión hispana del texto²¹⁰), tintorero de oficio. En seguida lo revistieron, le pusieron el ropaje de tecolote de quetzal, que era insignia del rey Ahuizotzin.

-Le dijo Cuauhtemoctzin:

²⁰⁹*Ibíd.*

²¹⁰La versión del texto en español es muy similar, pero precisa algunos detalles como este y otros que más abajo señalaremos con paréntesis. Reproducimos el del texto náhuatl por considerarlo nosotros a nuestro juicio, como el más completo. El del texto en español se encuentra en Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 753 – 754.

-Esta insignia era la propia del gran capitán, que fue mi padre Ahuizotzin. Llévela éste, póngasela y con ella muera. Que con ella espante, que con ella aniquile a nuestros enemigos y queden asombrados.

Y se la pusieron. Muy espantoso, muy digno de asombro apareció. Y dispusieron que cuatro capitanes fueran en su compañía, le sirvieran de resguardo. Le dieron aquello en que consistía la dicha insignia de mago. Era esto:

Era un largo dardo (un arco con saeta, según el texto hispano) colocado en vara que tenía en la punta un pedernal. Y con esto lo dispusieron tal que pudiera contarse entre los príncipes de México.

Dijo el cihuacóatl Tlacutzin:

- *Mexicanos tlatelolcas:*
- *¡nada es aquello con que ha existido México! ¡Con que ha estado perdurando la nación mexicana! Se dice que en esta insignia está colocada la voluntad de Huitzilopochtli: la arroja sobre la gente, pues es nada menos que la “serpiente de fuego” (Xiuhtli), el “Perforador del fuego” (mamalhuaztli). ¡la ha venido arrojando contra nuestros enemigos!*
- *Ya tomáis mexicanos la voluntad de Huitzilopochtli, la flecha. Inmediatamente la haréis ver por el rumbo de nuestros enemigos. No la arrojaréis como quiera a la tierra, mucho la tenéis que lanzar contra nuestros enemigos. Y si acaso a uno, a dos, hiere este dardo, y si alcanza a uno, a dos, de nuestros enemigos, aún tenemos cuenta de vida, aún un poco de tiempo tendremos escapatoria. Ahora, ¡como sea la voluntad de nuestro señor...!*

Ya va en seguida el “tecolote de quetzal”. Las plumas de quetzal parecían irse abriendo. Pues cuando lo vieron nuestros enemigos, fue como si se derrumbara un cerro. Mucho se espantaron todos los españoles: los llenó de pavor: como si sobre la insignia vieran alguna cosa.

Subió a la azotea (donde los tlaxcaltecas habían acumulado el botín robado) el “tecolote de quetzal”. Y cuando lo vieron algunos de nuestros enemigos, luego regresaron, se dispusieron a atacarlo (una vez incluso le hacen huir al darse cuenta que es humano, dice

el texto en español). *Pero otra vez los hizo retroceder, los persiguió el “tecolote de quetzal”. Entonces tomó las plumas, el oro y bajó inmediatamente de la azotea. No murió él, ni se llevaron (oro y plumas) nuestros enemigos. Y también quedaron prisioneros tres de nuestros enemigos”*²¹¹

Tras esto acabaría la batalla por ese día, que sería el tercero desde que se consultó el agüero con papel. El *Relato Anónimo de Tlatelolco*, no obstante, no hace mención a este ritual del *Quetzalteculotl*, así como el de los informantes no hace mención del de los agüeros con incienso y papel y donde se piden cuatro días, que el primero sí menciona. No existe un motivo para dudar de la existencia de este ritual, ni tampoco los que menciona el texto de 1528. No obstante, resulta de un interés muy especial, porque es una ceremonia de investimento del poder de un nagual, en la que los atavíos de la deidad transmiten su poder a un hombre valiente, el cual en este caso se transformaría en el *Quetzalteculotl*, y con las armas de Huitzilopochtli combatiría con los españoles²¹². Estando los mexicas en el último extremo, y cuando ya sus fuerzas no daban ni para levantar el *maquahuitl* recurrieron ya a este ritual que nosotros podríamos considerar como mágico. Era el último aliento de esperanza que tendrían los mexicas...

Sobre los efectos que haya tenido en los enemigos este ritual no lo sabemos. Si es cierto que gracias a este ritual los tlaxcaltecas abandonaron la azotea donde tenían acumulado su botín, entonces resultó exitoso, aunque resulta muy dudoso que haya tenido efecto alguno contra los españoles, ya que ellos no eran vulnerables a los rituales mesoamericanos.

Durante la noche los mexicas se quedaron donde estaban, con el agua al pecho algunos, soportando una cruda lluvia y el acoso de los mosquitos, por no decir ya la horrible pestilencia a cadáver que reinaba. La punta noreste de la isla de México, el barrio de Coyonacazco, era el escenario del estoico sufrimiento del otrora invencible pueblo del

²¹¹Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 805

²¹² Durante la conquista de Guatemala, en tierra maya, se da un ritual de investimento muy similar. Aparece en los títulos de la casa de Ixquin Nehaib. Es el combate entre Pedro de Alvarado y Tecúm Umán. Éste, que era un poderoso nagual, porta las insignias de un águila y “se convierte en águila”. Con esto ataca al badajocense, aunque cuenta el relato que “una niña” le impedía el acceso a donde se encontraba el español. Luego, tras volar por los cielos para tomar vuelo, ataca en picada a Alvarado, por éste lo mata atravesándolo con su lanza. *Vid.* León Cázares, María del Carmen. “La conquista. invasión y resistencia” en *Del katún al siglo. Tiempos de colonialismo y resistencia entre los mayas*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992. p. 32

Posclásico mesoamericano. Durante esa noche tuvieron una manifestación muy negativa, un aviso sobrenatural de que ya sería el fin de todo...

“Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brazas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyonacazco fue a parar. Desde allí fue luego a medio lago, allí fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo, nadie chistó una palabra”²¹³

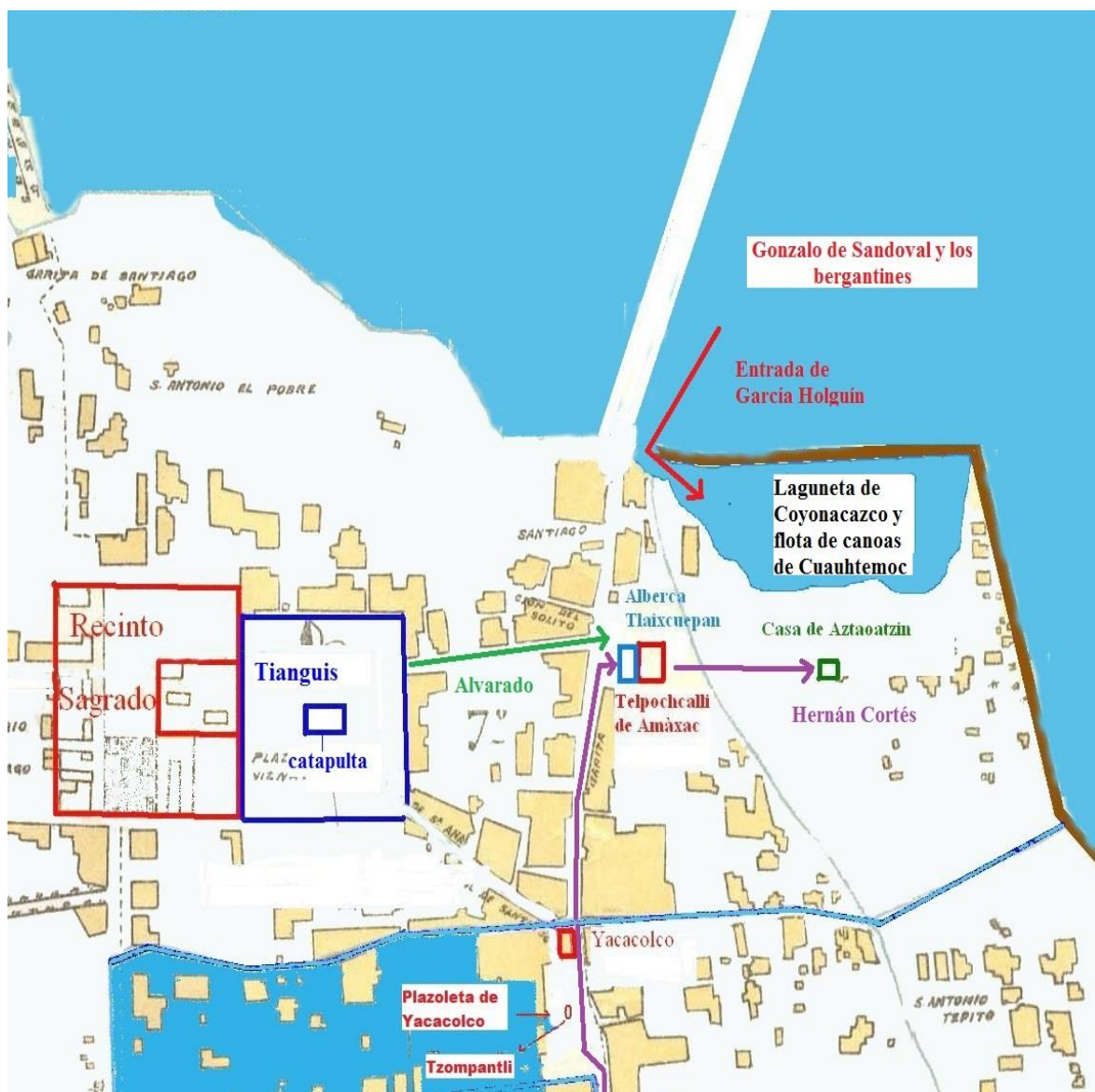
13 de agosto de 1521

Es 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito. El tlatoani y su séquito, impresionados quizá por este agüero natural según los informantes de Sahagún, deciden ponerse en salvo. Ya en tierra es imposible y además muy peligroso, porque convivir con los cadáveres resultaría mortífero, y finalmente ellos eran la cabeza de México. Así pues se van a apostar en medio de la laguneta de Coyonacazco, en una gran canoa. Allí se concentró la élite mexicana encabezada por Cuauhtémoc, seguido de sus funcionarios: Tlacotzin, el Cihuacóatl de Tenochtitlan; Motelchiuhtzin, capitán de Huitznáhuac; Coyohuehuetzin, el Tlacochealcatl de Tlatelolco; Temilotzin, el Tlacadécatl; y Topantémoc, cuyo cargo era Ticociahuacatl. También con él estarían los otros señores, el de Tlacopan, Tettlepanquetzaltzin y el de Texcoco, Coanacotzin. Ellos estuvieron al lado de Cuauhtémoc durante toda la guerra, pero es interesante saber que no participaron realmente en las decisiones referentes a la defensa de la ciudad, ya que estas fueron jurisdicción exclusiva de Cuauhtémoc y los nobles tenochcas y tlatelolcas. Es un respeto de jurisdicciones muy claro y sorprendente.

Cortés todavía intenta hacer un último esfuerzo para resolver diplomáticamente el conflicto. Los tlaxcaltecas se hallaban allí a su lado, esperando cualquier oportunidad para abalanzarse sobre los despojos humanos de la otrora gran ciudad. A las mujeres y niños que

²¹³Ibíd. pp. 805 y 806

huían, ya vimos cómo los ultrajaban y mataban con una saña que impactó al mismísimo Cortés. Éste trataría de evitar que se diera una matanza general por parte de ellos, lo cual opacaría la gran victoria de la toma de México, por lo que desde el día anterior ordenó a sus capitanes las posiciones que habían de tener ese último día: a Alvarado que permanezca en el mercado sin hacer nada hasta recibir una orden y a Sandoval a que se aliste a entrar con los bergantines a la laguneta de Coyoacazco en cuanto él diese la señal. La señal de iniciar las hostilidades sería un tiro de escopeta.



Escenario hipotético de la última parte de la guerra. Los mexicas se encontrarían en la orilla de la laguneta de Coyoacazco. Algunos dentro del agua, otros fuera de ella.

Cortés ya prácticamente sin resistencia penetra hasta el barrio de Amáxac y se sube a la azotea de una casa noble desde la cual se podía ver muy bien lo que sucedía en la laguneta. Se encontraba unos metros al sur de ésta. Es la casa de *Aztaoatzin* o *Aztautzin*. Allí traslada el pabellón con dosel que había puesto en el mercado con objeto de la capitulación de Cuauhtémoc. Desde allí puede ver todo: la laguneta llena de barcas y cerrada por la albarrada, los bergantines comandados por Sandoval que se aprestan a penetrar por el hueco que hay entre la albarrada y la calzada del Tepeyac y los hombres de a pie que se distribuyen alrededor de la laguneta para dejar sin escapatoria a los infelices mexicas. Todavía era temprano.

Acudieron al pabellón varios hombres del séquito de Cuauhtémoc, los mismos que hablaron con Cortés en el mercado de Tlatelolco. Nuevamente el extremeño les repite que si él quiere los acabaría de matar en menos de una hora, pero al no hacerlo les demuestra su buena voluntad. Pide por enésima vez que vaya Cuauhtémoc a hablar con él. Nuevamente la escena se repite. Van los mexicas y dizque hablan con el tlatoani... luego vuelve el cihuacóatl Tlacotzin y le dice al conquistador que de ninguna manera Cuauhtémoc habría de acudir a la cita. Cortés entonces ya le dice que se vaya y que se apresten, porque los habría de acabar de matar...

Para ese momento, la situación de los pobres mexicas, que andaban encima unos de otros entre vivos y muertos, era la de los condenados. Ya sabían que todo había acabado para ellos y su fabulosa ciudad. Los españoles y el infinito número de tlaxcaltecas se encontraban en la orilla esperándolos, pero para muchos eso ya no importó. No querían seguir apretujados unos contra otros y si habían de morir, entre más pronto, mejor. Preferiblemente lo harían de una estocada que por asfixia, por hambre o por la peste que seguramente les sobrevendría al convivir con tanto cadáver. Así pues comienzan desesperadamente a salir de ese infierno, apretándose unos contra otros. Algunos caían y morían ahogados o pisoteados por sus propios compañeros para transformarse en uno más de los muchos cadáveres. Cortés ordena a los españoles custodiar los caminos principales por donde habrían de salir los mexicas para evitar que los tlaxcaltecas abusasen y los matasen²¹⁴. Así las cosas, ya como a eso de las tres de la tarde habían salido un gran

²¹⁴Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 161.

número de vencidos hacia los españoles, los cuales tenían la orden de no hacer nada contra ellos, lo cual obviamente no ocurrió. Efectivamente no los mataron, pero si los registraron ávidamente en busca de oro: “*Por su parte, los españoles, al borde de los caminos, están requisando a las gentes. Buscan oro. Nada les importan los jades, las plumas de quetzal y las turquesas*”²¹⁵. Los españoles además, no pudieron evitar que los tlaxcaltecas los atacasen con saña. Entre muertos y sacrificados pasaron, según Cortés, en más de quince mil personas...²¹⁶

Es cierto que muchos salieron de esa laguneta infernal hacia los españoles, pero también muchos todavía quedaron allí. Por otro lado, las autoridades mexicas no daban señal alguna de querer rendirse de ningún modo. Cortés decide presionarlos aún más e hizo asentar dos tiros gruesos en una azotea, que según el *Relato de la Conquista*, se trató de la casa del tlacochcácatl Coyohuehuetzin en *Atactzinco*, y hasta se usó de una barca para transportarlos a ella. Ya puestos allí, se dispararon hacia la multitud de gente, causando algunas bajas más.²¹⁷ Como tampoco sucedió nada significativo con esto, Cortés ya ordena disparar la escopeta... Los españoles de a pie toman el último rincón, arrojando a sus ocupantes al agua.

Sandoval, por su parte, al mando de los bergantines, entra en la laguneta arrasando a su paso toda la flota de canoas que allí había. Le ordena al capitán García Holguín que se acerque con su bergantín hacia una barca que luce especial, más adornada y llena de gente que las demás. Y efectivamente, esa era la barca donde se encontraba Cuauhtémoc junto a toda la nobleza mexicana y de los otros pueblos importantes que le acompañaban. Aunque Bernal Díaz dice que Cuauhtémoc pretendía huir, versión que ha contado con cierto apoyo de los que han estudiado el episodio, esto parece poco probable, ya que la laguneta de Coyonacazco era totalmente cerrada, por lo que una huída era prácticamente imposible. Los ballesteros que se encontraban en el bergantín de García Holguín apuntaron hacia la barca, pero les dan señales de que no disparen, ya que allí van los nobles.

Holguín captura a Cuauhtémoc y a todo su séquito. Sandoval le ordena que se los entregue a él, pero este capitán se niega diciéndole que él fue quien logró la hazaña, por lo que él en

²¹⁵Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 807.

²¹⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 161.

²¹⁷*Ibid.* p. 162. *Cfr.* Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 806

persona acude a entregar al prisionero a Cortés, en la azotea de casa de Aztaoatzin. Los españoles lo tratan con respeto y benevolencia. Allí en el estrado se da, por fin, la entrevista tan deseada por Cortés, pero a la que tanto rehuyó el tlatoani.

Nuevamente resalta que el gran rey mexica desconoce por completo el protocolo militar e incluso las intenciones del extremeño. Lo que éste buscaba era seguir el ritual de las “Capitulaciones”, que tanto honor les había dado a los Reyes Católicos en 1491 en Granada. Era una conversación en las que se habían de discutir las condiciones en que, como en este última ciudad hacía tres décadas, México pasaría a manos de los españoles. Pero a diferencia de Boabdil, que pidió respeto hacia los musulmanes granadinos, Cuauhtémoc lo que hace es decir que él ya ha hecho todo lo que estuvo en sus manos como tlatoani para defender su ciudad, hasta el grado de que ésta y su población fueron prácticamente arrasadas. Señala la daga que Cortés llevaba al cinto y le pide que con esa arma le abra el pecho. Son famosas las palabras que dice, según Bernal Díaz: “*Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él.* (luego, tachado en el manuscrito original, se agrega:)... y el mismo Guatemuz le iba a echar mano dél.”²¹⁸ Mientras éste busca cumplir el protocolo de rendición que conocía, el hispano, el joven rey busca cumplir el que él por su parte conocía, el nahua. Ya que se había dado una derrota, quería al menos morir debidamente, morir en sacrificio.²¹⁹ Los españoles interpretarán esto nuevamente bajo su propia óptica occidental: Cuauhtémoc quiere morir por la *vergüenza* de no haber podido defender su ciudad, y como *hombre de honor* no podría seguir viviendo con ese estigma, por lo que pide la muerte e incluso intentaría dársela él mismo. Así pensaría un hombre europeo... pero el caso del tlatoani es totalmente diferente: él quiere seguir a su vez el protocolo al que está acostumbrada su cultura. Cortés, actuando también como *hombre de honor* que respeta y admira (ahora sí) a quien defiende con valor su ciudad, en un gesto magnánimo le concede la vida, rehusando matarlo. Pero a los ojos del tlatoani, que no entiende ese concepto de *clemencia*, de *perdonar la vida*, esto probablemente fue una severa humillación, a tal grado, que cuando, cuatro años después, va a ser ahorcado en el viaje a

²¹⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 368.

²¹⁹ La interpretación de todo esto se basa en Matos Moctezuma, Eduardo. *Op. Cit* p. 183.

las Hibueras, dice la leyenda que le echa en cara a Cortés no haberlo muerto en ese momento ni haber permitido que él mismo se suicidara; según Bernal Díaz, el tlatoani diría estas palabras: “¡Oh, Malinche: días había que yo tenía entendido que esta muerte me habrías de dar y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! Dios (sic) te la demande, pues yo no me la di cuando te me entregaba en mi ciudad de México”.²²⁰

Cortés lo hace su prisionero. Mientras tanto, los desventurados mexicas que quedaban en la laguneta de Coyoacazco comienzan a salir ya todos. La pestilencia por la descomposición de los cadáveres resulta espantosa. Tanto Bernal Díaz como Cortés la recuerdan en sus respectivos textos. Todo el barrio de Coyoacazco era un inmenso cementerio de cadáveres sin enterrar. Los supervivientes salían con la intención de alejarse lo más posible de ese espantoso lugar.

De ahí la desbandada comienza hacia todos los rumbos, hacia el Tepeyac, hacia Nonoalco y hacia las casas de los que vivían en la orilla del agua. En los caminos son requisados por los españoles (los cuales si los veían salir con sus armas, los mataban, según el *Relato de la Conquista*²²¹). Ellos buscan oro, la más mínima pieza de este metal debía pasar a poder de los españoles para juntar el botín general. No les importan los jades y las plumas ricas, que eranpreciadas por los mesoamericanos, sino solo buscan oro. También están a la caza de mujeres hermosas y de color claro para volverlas sus mancebas, por lo que muchas de ellas se untaron de lodo y se vistieron de harapos para no ser apetecibles sexualmente. También se apoderan de hombres jóvenes y fuertes, para volverlos sus “mandaderos” (es decir, esclavos), marcándolos en la mejilla con fuego. Curiosamente hacia Xoloc (el extremo sur de la isla, como lo vimos al principio de éste capítulo) y hacia Mazatzintamalco (cerca de Nonoalco) nadie va, según el *Relato de la Conquista*²²². Esto se puede explicar en el sentido de que hacia estos rumbos se hallaban los reales de Cortés y Alvarado respectivamente.

²²⁰ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 470. Eduardo Matos señala lo imprecisas que pueden ser estas frases atribuidas al tlatoani, ya que siempre se tradujeron, primero por medio de la triangulación Malintzin - Jerónimo de Aguilar, y luego ya directamente la Malintzin, por lo que su significado muy probablemente esté mal entendido. Lo del intento de suicidio parece poco probable y el posterior reclamo al respecto, también. *Vid.* Matos Moctezuma, Eduardo. *Op. Cit.* p. 183.

²²¹ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 806

²²² *Ibid.* pp. 806 y 807

Cortés, ya con el tlatoani prisionero, se dirige a su real en Acachinanco para descansar. Al otro día vuelve a Tlatelolco en compañía ya de todos los grandes señores. Se dirigen a la casa donde se habían puesto los cañones el día anterior, que era la de Coyohuehuetzin. Allí nuevamente se pone el pabellón para continuar las conversaciones. Llevan a todo el séquito de la corte, a los funcionarios y a los reyes de Tlacopan y Texcoco.

Entonces comienza el interrogatorio de lo que más les interesa a los españoles: el paradero del oro. Cortés es muy parco en la descripción de los días siguientes:

*Allí en el real estuve tres o cuatro días, dando orden en muchas cosas que convenían, y después nos venimos a la ciudad de Cuyoacán... Recogido el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de vuestra majestad se hizo fundición de ello, y montó lo que se fundió más de ciento y treinta mil castellanos, de que se dio el quinto al tesorero de Vuestra Majestad (Julián de Alderete), sin el quinto de otros derechos que a Vuestra Majestad pertenecieron de esclavos y otras cosas...*²²³

No obstante el relato indígena del *Códice Florentino* si entra en minuciosos detalles de lo que ocurrió. Estando Cortés frente a la nobleza gobernante bajo un dosel, pregunta por el oro de la ciudad caída. Quien platicará con él será el *cihuacóatl* Tlacotzin. Le ordena llevar una barca cargada del precioso metal: ajorcas, pulseras, diademas y adornos en general. Cortés lo ve y se le hace muy poco y entonces, inconforme y preocupado por lo que comprendió que se le vendría con sus hombres, pregunta por el tesoro de Moctezuma. Exige el oro mismo del que se apropiaron antes del repliegue de la Noche Triste. Tlacotzin le dice que ese oro los españoles se lo llevaron aquél 30 de junio, a lo que el extremeño contesta: “-Si, es verdad, todo lo tomamos; todo se juntó en una masa y todo se marcó con sello, pero todo nos lo quitaron allá en el canal de los Toltecas; todo nos lo hicieron dejar caer en el agua. Todo lo tenéis que presentar”²²⁴. Entonces viene en el relato indígena una parte que bien se puede interpretar como rencor tlatelolca hacia los tenochcas, en especial al *cihuacóatl*, ya que la justificación que éste da es que los tenochcas no pelean en barcas, sino solo los tlatelolcas, por lo que ellos son a quienes debían preguntarles (en esto se infiere que los tlatelolcas Temilotzin y Coyohuehuetzin no se encontraban allí en esas

²²³Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 162.

²²⁴Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 808.

conferencias, lo cual es poco creíble). Cuauhtémoc argumenta que es probable que lo hubiesen tomado los de Tlatelolco, pero que finalmente todo el metal áureo se juntó en un lugar llamado *Texopan*. Se piensa entonces que alguien del pueblo, algún sobreviviente pudo llevárselo escondido. Cortés entonces pide, como pedirá Pizarro a *Atahualpa* una década después, una cantidad determinada: “-*Tenéis que presentar doscientas barras de oro en este tamaño.- y señalaba la medida abriendo una mano contra la otra.*²²⁵” Después habla *Ahuelítoc*, de título *Mixcoatlailótlac* y de una manera que resultará ingenua, le explica que ese oro llegaba a Tenochtitlan como tributo de los demás pueblos, que así era como Moctezuma se había hecho con esas riquezas.

La situación del oro no terminará aquí. Tanto Cortés como Alderete quedan muy insatisfechos con el botín recaudado, sobre todo el primero, ya que ese era el móvil que mantuvo a los españoles a soportar esa terrible guerra hasta el final. Y ahora resultaría que su premio es un despojo mínimo. Los ciento treinta mil castellanos que le reporta a Carlos I no es suficiente cantidad para saciar a todo un ejército que soñaba con volverse rico tras la captura del tlatoani.

Ya terminados los asuntos que lo retenían en el real de Acachinanco, se repliega a Coyoacán, donde durante toda la guerra estuvo Cristóbal de Olid prácticamente inactivo guardándole las espaldas. Lo que hace Cortés es volver a su real original, ya que el de Acachinanco no era más que la avanzada sobre la calzada de Iztapalapa, como ya lo hemos mencionado. Es como cuando Alvarado retrocedía de Nonoalco hacia Tlacopan. No debemos perder de vista este detalle, ya que explica en sí mismo por qué Cortés elige Coyoacán como sede del gobierno. Simplemente instala en su real el gobierno y desde allí despachará, no perdiendo de vista nunca la gran ciudad de la isla en medio del lago... o lo que quedaba de ella.

²²⁵*Ibíd*

Capítulo III: La nueva ciudad mestiza

1521 – 1522. La ciudad de los vencidos.

Tras la caída de la gran Ciudad de México con la captura de Cuauhtémoc, la situación en el Altiplano Central se volvió caótica en muchos aspectos. Fuera de los mexicas y de los españoles, realmente resulta difícil determinar quiénes eran los vencidos y quiénes los vencedores. Es una falta de exactitud, tan inmensa como frecuente determinarlo a una forma racial, reduciendo como vencedores a los españoles y como vencidos a los “indígenas”. Probablemente este juicio adquiera verosimilitud teniendo en cuenta lo que sucedió a partir de ese momento en adelante, durante el siglo XVI, en el cual, efectivamente los españoles como raza quedaron en una jerarquía superior a los naturales, teniendo como argumento la religión y la cuestión racial en que se cuestionaba la “capacidad intelectual” de estos últimos. Pero esto es algo que se comenzó a vislumbrar *a posteriori*. Mucho tiempo después de 1521.

Para ese año, no obstante, el grupo de los vencedores era múltiple. Los tlaxcaltecas, que participaron de manera tan destacada en el asedio y la caída de la metrópoli del Altiplano Central, por supuesto que se consideraban vencedores. No de igual manera se pudo sentir el otro gran pueblo de la antigua *excan tlatoloyan* o Triple Alianza, los acolhuas de Texcoco, quienes se vieron claramente divididos desde el inicio del asedio cuando Ixtlixóchitl se pasa del lado de los españoles y Coanacoch queda al lado de Cuauhtémoc hasta el final. De hecho, por lo que se ve, esta es la situación de varios pueblos de la laguna, no solo Texcoco. Pero aun cuando sus señores se mantuvieran del lado de Cuauhtémoc, la hábil forma política en que se manejó la situación después del 13 de agosto es muy factible que haya dejado una sensación de victoria en ellos. Ahora bien, este sentimiento no era ingenuo en lo más mínimo. Todo lo que se pueda reprocharles es por los hechos que sucedieron en los años siguientes, no en ese momento. Sin ambages, ellos fueron quienes realizaron la conquista. Ya vimos en el capítulo precedente qué es lo que sucedió con los hispanos cuando los tlaxcaltecas abandonaron el campo de batalla tras la gran derrota de fines de junio en lo que después será San Martín. En las entradas que trataron de hacer a la

ciudad ni siquiera pudieron cruzar la acequia de Xoloco, por lo que todo julio prácticamente fue un mes donde se hacinaron en los reales.

La única circunstancia que para ese momento ponía a los naturales por debajo de los españoles es que reconocían fielmente la autoridad de éstos, sobre todo de Hernán Cortés y se habían declarado vasallos del rey de Castilla. Y efectivamente, Cortés, como el Alejandro del Nuevo Mundo, consolidó de facto un poder autócrata en torno a su persona, mas dentro del nuevo escalafón jerárquico que se formó, ellos estaban incluidos perfectamente en su carácter de aliados. Exactamente de la misma forma que durante la guerra contra México, los españoles ocupaban la categoría más alta simplemente por ser los más fuertes y quienes podían aglutinar un poder efectivo en torno suyo, pero obviamente, los aliados más destacados, tlaxcaltecas y texcocanos, se hallarían inmediatamente por debajo de este nivel.

Situación ambigua debió ser la de los pueblos ribereños de la zona lacustre, como Xochimilco y Cuitláhuac (Tláhuac), que en un principio se mostraron acérrimos enemigos de los españoles y no cambiaron de bando sino hasta ya prácticamente el final, cuando sus intereses, e incluso su existencia misma, estuvieron en juego. De hecho, igual que en el caso de Texcoco con Coanacoch, sus señores se encontraban al lado de Cuauhtémoc formando parte de su séquito. Fue más bien un grupo alterno de nobles quienes toman la decisión de traicionar el bando mexica. Y esto se debió a que los chalcas, los aliados de Cortés más tempranos en la zona chinampera, los atacaron por la retaguardia talándoles los campos y dejándolos literalmente entre dos fuegos. Precisamente por esta circunstancia, de que fueron literalmente aliados forzados, realmente era muy dudosa su situación ya hacia la última parte de 1521. Xochimilco, si bien contribuyó de una manera destacada al ataque a la Ciudad de México con una fuerte flota de barcas, también debemos recordar que allí fue donde por poco se captura a Cortés durante la campaña de circunvalación de la cuenca. Y el extremeño nunca tuvo fama de olvidar agravios. Por lo tanto resulta difícil saber exactamente qué status tendrían dichos pueblos entre vencedores y vencidos.

Por otro lado, Cortés si tuvo muy en cuenta la diferencia entre los españoles y los indígenas, aliados o no. Esto lo demostró en la praxis y los mismos indígenas reforzaron esta realidad con su fidelidad hacia él. Desde el famoso banquete de Coyoacán, ya la

victoria se va a manejar como un resultado de la voluntad divina muy enmarcado en la concepción cristiana. Era la voluntad de “Dios Nuestro Señor”²²⁶ o a “Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, su bendita madre. Amén”²²⁷. Desde el inicio de la Conquista la connotación religiosa es inmanente y muy fuerte por parte de los españoles. Al ser una lucha entre los cristianos y los idólatras, es una lucha entre deidades aunque para los primeros era más clara la situación: era la lucha entre Dios y el Demonio. Al ser vencidos los mexicas, había sido vencido Satán. La victoria hispana, por lo tanto, era debida a que ellos portaban la verdadera fe mientras los indígenas habían sido engañados por las artimañas del demonio.

Con este discurso, la valiosísima ayuda de Tlaxcala, Texcoco y los otros pueblos allende los volcanes es fácilmente infravalorada. Si ellos, siendo idólatras, participaron en la guerra fue por voluntad divina. Fue Dios quien quiso que ellos actuaran en su favor, ni más ni menos. Ya después, el mismo Dios se encargaría de hacerles salir de su error idolátrico. Por lo tanto su papel en la guerra había sido únicamente auxiliar y Cortés habría de resaltar esto en la praxis. Ellos habían sido instrumentos de Dios para vencer a los que se habían rebelado abiertamente contra la verdadera fe y contra la autoridad de la Corona representada por ellos, la española.

Por lo tanto, para finales de 1521 existía una fuerte jerarquización dentro del bando de “los vencedores”. Los españoles en la cúspide y por debajo, los indígenas aliados. Sin embargo, la brecha entre estos dos grupos era y habría de ser, para siempre, infranqueable. Era el nacimiento de la separación estamental entre los hispanos y los indígenas. Cualquier español que llegase de allende los mares tendría una ventaja jerárquica frente a cualquier indígena, por más que perteneciese a alguno de los pueblos del bando “vencedor”. Solamente la alta nobleza indígena podría igualarse con los españoles, pero siempre y cuando pasaran por un severo proceso de aculturación e hispanización. No obstante, esta situación estaba en estado embrionario hacia 1521 y no era algo todavía tan tangible como lo será en los años y lustros siguientes. Incluso los grandes perdedores de toda esta enorme y sangrienta contienda, los mexicas, muy pronto habrían de dejar de ser tratados como tales y tendrían muchos privilegios, comparables (e incluso superándolos) a los de los

²²⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 162

²²⁷Díaz del castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 369

mismísimos tlaxcaltecas. De facto, tanto indígenas aliados como los mismos mexicas se unificarán en un solo segmento, sobre todo a partir de las nuevas campañas de conquista emprendidas por los generales de Cortés. Allí se unificarían bajo las mismas banderas a los mexicas con sus otrora acérrimos enemigos.

Ahora bien, se ha dicho durante mucho tiempo que la Ciudad de México fue vista como la ciudad de los vencidos por los conquistadores de Cortés. Es una visión inexacta. Es cierto que la ciudad fue prácticamente demolida en su totalidad durante los avatares de la guerra y para la segunda mitad de 1521 era una gran mole de edificios arruinados y llenos de despojos sangrientos. Pero esta situación habría de durar muy poco tiempo. De hecho, como lo veremos a detalle, desde el principio Cortés muestra la intención de que se vuelva a habitar por sus antiguos moradores.

De agosto de 1521 hasta finales de ese año, la isla de México permaneció deshabitada completamente. Según George Kubler, Cortés incluso penaría con muerte a quien se atreviese a ir a aposentarse allí.²²⁸ Pero en caso de ser cierto, esto no fue porque Cortés pensase en “sembrar de sal” esa ciudad y convertirla, como a la antigua Cartago, en ciudad maldita, donde nadie pudiese habitar ni sembrar. No era el plan el volver yerma la tierra de las chinampas de México.

El porqué se prohibió establecerse ahí fue por una medida sanitaria muy obvia. El desalojo de la ciudad y dicha prohibición se dieron debido a los estragos de la guerra. Entre tantos muertos y ruinas era fácil que se desatase una epidemia si antes no se deshabitaba del todo. Si alguien iba allí, aspiraba los miasmas pestíferos y putrefactos de la multitud de cadáveres, era esperable que se propagara una epidemia en todo el valle e incluso en toda la Nueva España. Y en realidad esto fue el único porqué de la orden del extremeño de deshabitar México. Nunca pensó, como el viejo Catón, en ver esa ciudad reducida a cenizas como Cartago, sino que esto se hizo por una necesidad muy básica de sanidad. Cortés mismo enferma con estos miasmas, según nos informa Bernal²²⁹ y al parecer es Cuauhtémoc quien le solicita la orden de evacuación. Además, en el momento en que Cuauhtémoc cae en su poder y él, magnánimamente, rehúsa atravesarle el pecho con un

²²⁸Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. p.74

²²⁹Díaz del Castillo Bernal. *Op. Cit.* p.370

puñal, como lo solicitaba el vencido tlatoani, el extremeño le devuelve su autoridad y le pide que se encargue de comenzar a reparar la infraestructura de la ciudad. Bernal Díaz es muy claro al recordar esto:

*La primera cosa, mandó Cortés a Guatemuz que adobasen los caños de agua de Chapultepec según y de la manera que solían estar y que luego fuese el agua por sus caños a entrar en la Ciudad de México, y que limpiasen todas las calles de los cuerpos y cabezas de muerto, que los enterrasen, para que quedasen limpias y sin hedor ninguno la ciudad, y que todas las puentes y calzadas las tuviesen bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas las hiciesen nuevamente, que dentro de dos meses se volviesen a vivir en ellas y les señaló en qué parte habían de poblar y la parte que había de quedar desembarazada para que poblásemos nosotros.*²³⁰

Así pues, la discusión de la repoblación de México por sus habitantes se encuentra fuera de lugar. En realidad fue una obvia medida sanitaria la evacuación de dicha ciudad y la petición misma de Cuauhtémoc se explica en que “les permitiese salir”, ya que como vimos, los españoles y tlaxcaltecas se habían apostado fuera de las calzadas para requisar a los miserables mexicas derrotados. Lo que seguramente pedía Cuauhtémoc era una especie de salvoconducto para su pueblo. Cortés accede y ordena la evacuación y que no se moleste a los vencidos.

De esta manera, tenemos que la ciudad permanece deshabitada y en ruinas más o menos en el período de la segunda mitad de 1521 y ya para fines de este año se encuentra limpia de escombros y comienza oficialmente la reconstrucción hacia los primeros meses de 1522. El cómo se hará esta reconstrucción será clave para entender los vagos conceptos de “vencedor” y “vencido”. Si se manejase a los mexicas como vencidos, efectivamente lo que se hubiera procedido a hacer es maldecir el sitio, sembrarlo de sal y prohibir rotundamente la repoblación, pero el hecho mismo de la “reedificación” es un reconocimiento del valor y el aprecio hacia este sitio. México, cuando vuelva a nacer lo hará de una manera gloriosa, nada que ver con una ciudad vencida.

²³⁰*Ibid.* pp. 373 – 374

Así pues, el único período en que se puede hablar de una “ciudad de los vencidos” será de agosto de 1521 a finales de este mismo año.

Echemos un vistazo a lo que fue la ciudad en este corto período.

La ciudad mesoamericana se encontraba totalmente en ruinas, a excepción de los recintos sagrados de Tenochtitlan y Tlatelolco. De esta última ciudad seguramente ya hubo una destrucción menor, puesto que su caída significó poner a los mexicas en último extremo y por lo tanto no se hizo necesaria la demolición sistemática. Pero Tenochtitlan prácticamente si fue arrasada del todo, debido principalmente a la estrategia de desgaste que Cortés utilizó para hacer las entradas desde su real de Acachinanco. Por lo menos, desde la plaza hasta Xoloco, sobre lo que hoy es Pino Suárez, si fue completamente echado al suelo todo para evitar que las casas sirviesen de fortalezas o trincheras a los defensores. Y no solo sobre la calzada, sino prácticamente todo lo que se encontraba en el sur de la ciudad fue destruido. Las calles se limpiaron de casas en ese rumbo, también para tener escombros con que cegar las tres acequias en cada una de las entradas a la plaza. De esta manera resulta factible suponer que toda la parte sur de la ciudad, sus zonas residenciales y alguno que otro templo pequeño fuesen totalmente echados abajo y por la segunda mitad de 1521 fuese un mar de escombros y muros derruidos, lamidos por las llamas.

De las casas de los tlatoanis, donde Cortés había admirado la casa de las aves, sólo quedaban muros relamidos por el fuego aunque sería fácil en ese momento distinguir las partes internas de lo que habían sido esos palacios. La mayor destrucción radicó en el incendio de las techumbres de madera. Realmente no había necesidad ni tiempo para echar semejantes moles abajo. Quizá fueron demolidos varios muros con el objeto de hacerse con el preciado escombros.

Hacia el oriente de la ciudad los ataques fueron severos, aunque la destrucción resultara mucho menor. Esto se debió a que por allí se daban entradas por los bergantines, ya que hacia ese rumbo se hallaba la parte más profunda de la laguna. Del oriente no podemos hablar de destrucción sistemática de calles enteras, sino más bien de ataques hacia grupos de casas y su respectivo saqueo. Esto es debido a la forma en que se daban los ataques desde los bergantines. Ya vimos que ellos entraban por los canales y cuando veían un lugar

amplio o bien, la acequia se estrechaba o torcía, entonces se desembarcaba y se procedía al ataque y saqueo de los lugares aledaños. Obviamente la destrucción no pudo ser tan brutal como en el sur por el simple hecho de que eran contados efectivos los que tripulaban las naves mientras por el sur era un ejército entero de tlaxcaltecas e indígenas aliados quienes se volcaban a la demolición. En el oriente lo que procedió fue el saqueo y después prenderle fuego a las casas. No era posible hacer más.

Los ataques por el poniente no sabemos muy bien qué magnitud tuvieron, porque en realidad, por ese rumbo prácticamente no los hubo. Pedro de Alvarado siempre se enfocó hacia Tlatelolco, no a Tenochtitlan. Los bergantines hicieron algunos ataques, pero fueron muy contados. Cuando Cortés, tras la gran celada, procede a tomar desde el interior la calzada de Tlacopan, sigue el procedimiento de demoler los edificios adyacentes que adopta tras la derrota de fines de junio. Pero desconocemos si esto solamente se circunscribió a los edificios aledaños a la calzada o a todos los que se encontraban hacia el poniente, aunque es más probable que fuera lo primero, ya que a esas alturas no había ya tanta necesidad de quitarles parapetos a los mexicas.

Por el norte, hasta Tlatelolco sabemos que la destrucción se dio solamente por el camino que comunicaba ambas ciudades, o sea la calle de República de Brasil y su continuación de nombre Peralvillo. Por los otros caminos, como el de la gran derrota de junio (la actual calle de Allende) y la calzada que después se conocerá como Santa María la Redonda (Eje Central), al ser un rumbo tan lacustre seguramente hablamos de una destrucción que resultará, genuinamente, mucho menor. Y ya en Tlatelolco, como lo dijimos, la demolición fue mucho menor, circunscribiéndose a las construcciones adyacentes a la calle de Brasil – Peralvillo, como las casas de los pipiltin tlatelolcas cercanas a la plazoleta de Yacacolco y a otros puntos fuertes como el Telpochcalli, el último refugio de las deidades mesoamericanas. Todo lo que se hallaba lejos de las vías primarias permaneció a salvo relativamente.

Así pues la imagen de la ciudad hacia fines de 1521 era, a grandes rasgos, la de dos ciudades gemelas con sus enormes conjuntos piramidales (cada uno con su respectivo Templo Mayor) alzándose en medio de un mar de edificios destruídos. Para el mes de octubre, como veremos, ya estaba la ciudad limpia de escombros, pero aun así la imagen era

desoladora. El sur de la ciudad estaba completamente allanado, lo mismo que todas las vías principales. Las casas lejanas a los reales y a las principales calzadas habían sufrido saqueo e incendio, pero no habían sido demolidas del todo, por lo que aquí y allá se podían apreciar conjuntos de casas en estado regular. El mercado de Tlatelolco, ese enorme cuadrilátero rodeado de portales, se hallaba prácticamente intacto, lo mismo que su enorme teocalli. La plaza de Tenochtitlan se hallaba rodeada de muros sólidos pero semidestruídos y solo por el norte se notaba el Recinto Sagrado casi incólume.

Esa fue la ciudad de los vencidos, la ciudad mesoamericana en ruinas y llena de cadáveres. Duró como tal muy poco tiempo, pero fue suficiente para mostrarla como el triunfo de los españoles, sobre todo para las provincias que aún no se sometían al poderío de Carlos I. Con el desencanto entre los conquistadores provocado por la escasez que resultó el botín de México, Cortés decide continuar inmediatamente las campañas militares de “pacificación” hacia otras provincias. De esta manera, como lo veremos más adelante, se conjuraba el peligro de una desestabilización entre los españoles mismos, la cual podía resultar gravísima para todos. Pánuco, Zacatula, Michoacán, Colima y muy pronto Oaxaca serán escenario de dichas campañas. El caso de Michoacán resulta muy importante e ilustrativo, porque la tarasca era una cultura que décadas antes había medido sus fuerzas contra las de los mexicas y había logrado resistirles. El caltzontzin podía mirar cara a cara al tlatoani de México. Cuando se entera, sin embargo, de la conquista y destrucción de la ciudad, el soberano tarasco manda emisarios para ver cual era la situación. Cortés es cuando muestra con alarde esa “ciudad de los vencidos”. La muestra con un gesto claramente amenazador. No solo eso, sino que en Coyoacán hace “escaramuzar los de caballo” delante de ellos para mostrar la capacidad de las armas españolas. Los tarascos, que llegarían a fines de año, ya van a ver la ciudad limpia de cadáveres y escombros, pero aún así la desolación de la que fueron testigos fue tal que ellos y el caltzontzin se rinden a la autoridad de la corona inmediatamente. Cortés aprovecha la situación para mandar dos españoles a la dicha provincia de Michoacán.²³¹

Quizá fue este el uso más importante que Cortés dio a la Ciudad de México en ruinas. La imagen misma de la ciudad arrasada le conquistó de la manera más pacífica el reino

²³¹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 163

tarasco; el orgulloso reino que se pudo medir contra los mexicas frente a frente no opuso la menor resistencia. Como dice el refrán “una imagen habla más que mil palabras”. Y ¡Qué imagen debió ser aquella de México arrasada!

A este respecto Bernal Díaz incluso recuerda que no solo fueron los tarascos quienes quedaron boquiabiertos ante la imagen en ruinas de la vieja México. También de Oaxaca y Colima hubo emisarios que mandaron los gobernantes a ser testigos de una escena tan inusitada. Veamos lo que dice Bernal Díaz:

...porque en aquellos días que habíamos ganado a México, como lo supieran en todas estas provincias que he nombrado (Michoacán, Oaxaca, Zacatula y Colima) que México estaba destruída, no lo podían creer los caciques y señores de ellos, como estaban lejanos y enviaban principales a dar a Cortés el parabién de las victorias, y a darse por vasallos de Su Majestad, y a ver cosa tan temida, como de ellos fue México, si era verdad que estaba por el suelo y todos traían grandes presentes de oro que daban a Cortés, y aun traían consigo a sus hijos pequeños y les mostraban a México, y, como solemos decir, aquí fue Troya, se lo declaraban.²³²

Situación política tras la Conquista

Los indígenas

La caída tan ansiada de México fue celebrada en grande por los españoles en Coyoacán, donde se establecería el gobierno provisional de Cortés. Se hizo un enorme banquete donde hubo hasta puercos en el menú. Bernal Díaz, que es el único autor que hace referencia a este acontecimiento, es tan vívido en el relato de los detalles que incluso nombra a las mujeres que acompañaban a los conquistadores. Esto recuerda mucho a aquellos banquetes celebrados en Persépolis por Alejandro dentro del palacio de Jerjes, en los cuales hasta una mujer decidió el incendio de éste con tal de vengar las campañas del Gran Rey contra los griegos más de cien años antes²³³

Y efectivamente, este banquete, que en comparación con el del macedonio resultaría *peccata minuta*, significaba también la caída de una civilización. Era la euforia de la

²³² Díaz del Castillo. *Op. Cit.* p. 378

²³³ Plutarco, *Vida de Alejandro*, párrafo XXXVIII

conquista. El profundo estrés que, desde Cortés hasta el más insignificante rodadero, sentían por más de dos meses de encarnizada lucha, ahora encontraba su alivio en la comida, la bebida y en la compañía femenina. Sin embargo, ese momento tan entendible de euforia, resultaría muy poco duradero para todos.

Inmediatamente vendría el choque terrible entre la realidad y las ilusiones que preservaron la voluntad de los soldados a lo largo de toda la campaña de asedio. El botín que significó la toma de la ciudad resultó muy escaso para el soldado común. José Luis Martínez hace los cálculos, basado en las cifras de Bernal Díaz. El total de oro tomado sería de 130,000 castellanos. De ellos 46, 800 se usarían en el quinto real y el quinto de Cortés. Y, el resto a repartir ascendería a 83,200 castellanos. Así pues, si esto se repartiese en los novecientos soldados, a más de ochocientos cincuenta les correspondió menos de cien. Pero esto no es todo, ya que los pagos se daban tomando en cuenta la jerarquía militar. Así pues, resulta que los escopeteros, ballesteros y rodaderos tendrían un ingreso de apenas ochenta pesos como resultado del botín, cifra muy lejana a cubrir incluso las deudas contraídas en la compra de armamento durante la guerra²³⁴. La situación era apremiante, ya que incluso repartiendo íntegramente el quinto de Cortés la situación del soldado individual no cambiaría más que en unos cuantos pesos.

Así pues, Cortés, investido de un poder autocrático, se encontraba en una situación políticamente muy delicada. Tenía al menos dos frentes vitales que cubrir y era una tarea bastante complicada. Por un lado, para evitar que la proeza de la conquista se perdiera, era vital que los españoles se mantuvieran unidos entre sí bajo su autoridad, y para ello era preciso calmar y paliar su descontento con el botín. Por otro lado tenía que consolidar su autoridad en el mundo indígena. De facto tenía más poder que Moctezuma II hacía poco más de dos años, ya que tlaxcaltecas, cholultecas y texcocanos lo reconocían como autoridad suprema. Sin embargo, dentro de los muchos pueblos importantes que, bien a la fuerza o voluntariamente, habían caído bajo su autoridad durante la guerra, existieron miembros vinculados al poder que eran francamente hostiles a los españoles. Si en Tlaxcala misma, famosa por su fidelidad al conquistador, un hijo de Xicoténcatl se había rebelado contra los españoles, ¿qué se podía esperar de los pueblos de la laguna, que solo se habían

²³⁴Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. pp. 206 – 207

vuelto a favor de los españoles cuando sintieron el yugo de su poder militar? Recordemos que Texcoco se alió con ellos sólo por el influjo de Ixlixóchitl, pero el gran señor, Coanacoch, permaneció con Cuauhtémoc hasta la caída de la ciudad. También había pueblos donde se habían cometido atrocidades y se temía un rencor muy lógico de su parte, como fue Cholula. Todos ellos tenían secretamente, o habían tenido, una facción en pro de los españoles pero otra en contra de ellos, muy hostil. Cortés desconocía que dentro del mundo mesoamericano, una vez vencidos los pueblos, su fidelidad era casi una garantía. Efectivamente, las autoridades mismas de Tenochtitlan, como Cuauhtémoc mismo o el cihuacóatl, pese a mostrar una feroz resistencia durante la guerra, tras la caída de México fueron muy fieles a la autoridad del extremeño. Esto, sin embargo, no lo sabía Cortés y le era muy difícil suponerlo. La idea de la rebelión mexicana será un temor contante en los españoles al menos hasta la mitad del siglo XVI. Cortés emprende entonces lo que hoy calificaríamos como una “cacería de brujas” o “régimen del terror” contra todos los elementos del mundo indígena que pudieran resultar potencialmente subversivos.

La persecución que se desata desde Coyoacán resulta implacable. Al ser culturas, tanto la hispana como la mesoamericana, donde el poder está íntimamente vinculado con la religión, el choque será todavía más trascendente que si se tratara de una cuestión meramente política. Como ya hemos visto, para Cortés una forma en que los indígenas mostraban fidelidad era tomando parte activa en la causa de los españoles, ya sea en la guerra o en la realización de trabajos pesados en pro de ésta. Pero ahora que la ciudad había caído y él tenía un poder supremo también exigirá el abandono de la religión y los rituales mesoamericanos para adoptar el cristianismo.

Cualquier elemento de la clase sacerdotal antigua que mostrara (o hubiese mostrado durante la guerra) la más mínima inconformidad contra los españoles, estaría destinado a un severísimo castigo. Juan Miralles atribuye esto a que Cortés no encontraba un lugar para la clase sacerdotal prehispánica dentro del nuevo estado que estaba bosquejando.²³⁵ Más bien todo apunta a que buena parte de los sacerdotes tenían puestos políticos de mucha importancia, y obviamente vieron con malos ojos la imposición de la nueva religión europea por parte de los conquistadores, ya que sus intereses o incluso su existencia misma,

²³⁵ Miralles, Juan. *Op. Cit.* pp. 319 - 320

dependían de la sobrevivencia de la cosmovisión mesoamericana. Por lo tanto, eventualmente una gran parte de ellos estuvieron en contra de Cortés y los suyos, y sólo ante la impotencia de hacerles frente, se unieron a la causa hispana.

El extremeño siempre mostró la disposición de derribar ídolos y poner, ya sea una cruz o una imagen de la virgen, pero el mismo fraile Bartolomé de Olmedo le había dicho que eso no era prudente en las circunstancias previas a agosto de 1521. Sin embargo, ese celo religioso volvió a él durante el gobierno de Coyoacán. La clase sacerdotal prehispánica, sobre todo la que estaba relacionada con el “servicio” de los dioses, le era particularmente ofensiva. Eran aquellos que hacían los sacrificios que tanto horror causaban a los europeos, quienes interpretaban “la voz del demonio” y quienes cuidaban de los bienes de las deidades, quienes en su aspecto llevaban las huellas inconfundibles del culto pagano. Tras la caída de la ciudad no sabemos bien a bien qué sucedió con respecto a ellos, Solo las fuentes indígenas nos mencionan que sufrieron una persecución implacable.

Algunos sacerdotes, como el de Huitzilopochtli mismo, trataron de proteger las pertenencias de su dios en particular, por lo que recurrieron a esconderlos en lugares recónditos. Las efigies habían sido abrasadas por el fuego cuando los españoles asaltaron el Telpochcalli de Amáxac, pero sus atavíos y sus adornos sobrevivieron. Así pues, los desdichados sacerdotes trataron de evitar la profanación total y ocultaron todo lo que pudieron. Cortés, que estaba muy necesitado de oro para sus insatisfechos soldados, realizó pesquisas para hacerse con todo el oro que hubiera. Y como tenía noticia de que algunos de los atavíos de las efigies, mesoamericanas consistían en joyas del áureo metal, quiso adueñarse de éstas. Todo parece apuntar a que se mandó llevar a Coyoacán todo lo relativo a las deidades paganas. Y aquellos sacerdotes, que sabiendo lo que deparaba a dichos bienes, trataron de permanecer ocultos, fueron acusados de subversión. Incluso algunos que llevaron lo que se les pidió, si sospechaba Cortés que algo habían ocultado, eran víctimas de ejecuciones crudelísimas. No sólo serían las deidades mexicas, sino las de prácticamente todos los pueblos, incluso de aquellos que habían sido aliados tempranos de los conquistadores, como los cholultecas. El extremeño desconocía que una gran cantidad de ídolos no poseían más bienes que sus atavíos y códices, por lo que cuando veía esto como parte de los bienes, lo consideraba erróneamente como burla.

El sacerdote de Huitzilpochtli, la deidad más importante de los mexicas y la más conocida por los españoles, decidió llevarse todas sus pertenencias a un lugar al norte, en medio de la laguna de Xaltocan. Cortés pidió por él inmediatamente y con pesquisas intensivas dio con su paradero. El desdichado fue ahorcado en el camino junto a sus colaboradores.²³⁶ Es probable que Cortés, siguiendo su mismo impulso de imponer por la fuerza el cristianismo, haya obligado a todos estos sacerdotes a recibir el bautismo y a profanar las insignias y efigies de la deidad a la que ellos servían. Como la información con la que contamos son testimonios indígenas (ya que Cortés ocultaba estos actos de severa crueldad por obvias razones, lo mismo que los demás españoles), desconocemos exactamente qué era lo que sucedía en esa especie de juicio o proceso al que eran sometidos, pero es de suponer que esto que decimos no se aleja mucho de la realidad. En un acto de conversión como el que se había hecho tradición en España contra los moros, el bautismo iba acompañado con un acto ritual de profanación de los símbolos de la fe erradicada. Y, como en España, en Mesoamérica hubo una profunda resistencia. No es algo sencillo cambiar de ideas y mucho menos de cosmovisión. Esa sería una tarea larga y ardua solamente llevada a cabo por especialistas en estos temas, que serán los frailes mendicantes. Pero para el periodo 1521 – 1522 ni siquiera los tres célebres franciscanos flamencos habían llegado.

Cortés, como vemos, confundía intencionadamente la fidelidad hacia los españoles con la conversión por medio del bautismo. La lógica resistencia que oponían los indígenas a renunciar a sus ideas y a adoptar una que les era totalmente extraña, sería castigada brutalmente. En el caso específico de los sacerdotes, que ya hemos señalado que tenían una fuerte influencia en asuntos políticos, la resistencia era vista de dos maneras, muy ligada la una a la otra. Era la persistencia en su fidelidad al demonio y el no arrepentimiento de haber realizado los atroces sacrificios humanos; por otro, era la persistencia de no obedecer a Cortés, lo que era visto a su vez como la posibilidad de una rebelión futura contra los españoles. Esto, aunado al ocultamiento de la hacienda de las deidades, despertará una actitud de extrema intolerancia por parte del extremeño. Como en la Antigua Roma, los someterá a un suplicio por lo demás cruel y humillante: **el aperreamiento**.

²³⁶ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 821 - 822

Según el llamado “*manuscrito del aperreamiento*”, (ubicado en la Biblioteca Nacional de Francia), el suplicio consistía en amarrar al condenado a un poste y entonces se soltaba a los mastines, los cuales se arrojaban contra el desdichado y, literalmente, lo mataban a dentelladas.²³⁷ El horror que generaba este tipo de castigo en hombres que no estaban familiarizados con el perro, era brutal. Durante las batallas entre españoles e indígenas, sea cual fuere la tribu, se usó esta arma y era tan devastadora psicológicamente como el cañón mismo. El miedo a lo desconocido era el motor que actuaba en este caso. Lo mismo que la artillería aniquilaba instantáneamente y su explosión era ensordecedora, el perro demostraba una crueldad sin igual; y al igual que la artillería, el ruido feroz de los ladridos causaba profundo horror.

Cabe mencionar que este tipo de suplicio no tenía parangón alguno. Su objetivo era causar terror y humillar a aquellos que ostentaban una imagen muy significativa para el pueblo mesoamericano. Fueron actos tan crueles y tan injustos, que los españoles se habrán de cuidar muy bien de mencionar. ¿Cuántos nobles sacerdotes perecieron de este modo? Al menos sabemos que las víctimas fueron sacerdotes de Xochimilco, dos de Ehécatl, el mayordomo de la llamada “casa negra”, y aproximadamente siete de Cholula. Según el relato de Fernando de Alva Ixtlixóchitl, también Coanacoch estuvo a punto de sufrir este castigo.²³⁸

Esto es de lo que tenemos noticia solamente, aunque es de suponer que la cifra fue mucho mayor. Según el manuscrito del aperreamiento, Cortés primero arengaba a una conversión al cristianismo y quien se resistía era ejecutado inmisericordemente. Los sacerdotes cholultecas, xochimilcas y mexicas son nada más los que nos han confirmado las fuentes pero seguramente solo se trata de una pequeña muestra. Estamos hablando de una verdadera campaña para purgar la clase sacerdotal prehispánica. Como ya dijimos, Juan Miralles piensa que esto se hizo porque en el plan del nuevo país que visualizaba Cortés, no tenía cabida alguna la antigua clase sacerdotal prehispánica.²³⁹

²³⁷Boornazian Diel, Lori. “El Manuscrito de Aperreamiento: castigos abominables” en *Arqueología Mexicana*, núm. 115 (mayo – junio 2012) pp. 71 - 73

²³⁸ Alva Ixtlixóchitl, Fernando de Alva. “Decimatercera relación, de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica” en Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 854

²³⁹ Miralles, Juan. *Op. Cit.* pp. 319 - 320

Ahora bien, no sólo se trató del suplicio de aperreamiento, que es el que más despierta horror en la mentalidad actual, sino también hubo ahorcamientos por todos lados. Ya vimos por ejemplo, que este fue el castigo que le impusieron al sacerdote de Huitzilopochtli, a sus ayudantes y a los reyes de Culhuacán y Huitzilopochco. Será asimismo el suplicio al que se condenará a Cuauhtémoc, Tetlepanquetzal y Coanacoch en el viaje a las Hibueras. No sabemos en qué radicaba la diferencia para determinar qué tipo de suplicio le tocaba a cada uno, aunque parece ser que el ahorcamiento lo dedicó a los más nobles, mientras el aperreamiento se centró únicamente en sacerdotes de deidades menores, que habían practicado sacrificios.

Sea como fuere, lo que importa señalar es que ambos suplicios fueron la columna vertebral de la política de terror que aplicaría el extremeño para someter a los elementos más peligrosos que existían contra su poder dentro del mundo de los conquistados. Como vemos, estas campañas, similares en esto a las de las guerras civiles de la Roma antigua o a las purgas nazis o stalinistas del siglo XX, fue implacable.

No obstante esto, parece que esta tremenda persecución contra la clase sacerdotal prehispánica más bien estuvo enfocada contra los elementos de la clase sacerdotal que el extremeño consideraba subversivos o potencialmente subversivos. Esto debe ser mencionado porque precisamente una de las acusaciones que se le hacen en el *Juicio de Residencia* apunta exactamente a lo contrario, de que no mostró esfuerzo alguno por extirpar la idolatría.²⁴⁰ Más bien Cortés sabía de la imposibilidad real de hacer una evangelización por medio de su autoridad solamente, ya que en la *Cuarta Carta de Relación* él pide al rey la venida de los franciscanos. Serán ellos, los mendicantes, y solo ellos los que tendrán la tarea de llevar acabo la conversión de la población indígena. La política de terror de Cortés estará enfocada únicamente a la clase sacerdotal antigua.

Los españoles

El otro punto nodal en que debió enfocarse Cortés fue el que constituían sus hombres, que cada vez se mostraban más peligrosamente insatisfechos por su botín de guerra. Mientras

²⁴⁰Martínez, José Luis. *Documentos...* v. II. México, Fondo de Cultura Económica, 1991. pp. 40- 41

con los indígenas, fueran de la nación que fueran, Cortés podía mostrarse implacable y sanguinario, con sus hombres tenía un margen de maniobra mucho más estrecho y limitado. Podía, eso es cierto, mutilarlos y ejecutarlos, pero no someterlos a suplicios tales como el del aperreamiento por cuestiones de insubordinación, ya que este tipo de castigos antes que crueles, buscaban ser humillantes. Para sostenerse en el poder, necesitaba contar con el apoyo de los españoles y su reconocimiento como autoridad suprema. Por lo tanto, resultaba imperativo conciliar los ánimos entre ellos, al menos para impedir los conflictos internos, ya que de otra forma la empresa de la conquista se vería en riesgo. Si los españoles se rebelaban contra él, su autoridad se esfumaría. Debía, si no mantener contentos a todos, al menos a una mayoría significativa sí, capaz de contener a los inconformes. Ya dijimos que el conflicto tuvo inicio desde que se recogió el botín de México. Muchos soldados habían sembrado las esperanzas de su futuro en la toma de la gran metrópoli. Durante el terrible asedio de más de dos meses, se veía con esperanza el final; era algo que ya se deseaba con verdadera ansia. Los españoles se esforzaban diariamente en tomar acequias para que los indígenas aliados las cegasen; todos tuvieron que lidiar con lluvia sin ningún tipo de protección e innumerables heridas menores causadas por las armas mesoamericanas como piedras y palos. Todo eso se soportó con la esperanza de que el botín final les diera tan enorme riqueza que jamás deberían preocuparse por el sustento diario. Finalmente esto es lo que sucedía en todas las guerras, y más en las conquistas de imperios. Por ello cada uno de los soldados trataba de destacar en lo que fuera posible. Es el caso del soldado Medrano, el artillero que en la avanzada del real de Alvarado en Nonoalco, durante los días críticos que siguieron a la derrota de fines de junio, logró mantener a salvo la posición gracias a su hábil manejo de la artillería. Caso menos afortunado será el de Sotelo, el que se encargó de hacer la catapulta en el centro del tianguis de Tlatelolco con base en su experiencia en las campañas con el Gran Capitán en Italia, cuyo resultado fue totalmente patético. Ambos son ejemplo de lo que pasaba en el ánimo de los conquistadores. La motivación que tenían durante la lucha era el salir de pobres, como diríamos hoy en día. Imaginemos ahora el grado de frustración que tuvieron cuando vieron que su parte del botín no alcanzaba siquiera a saldar sus deudas.

El reparto del botín, como vimos, era esencialmente injusto al asignarse un quinto para Cortés. Aunque esa medida ya se había tomado desde antes de la llegada a México en 1519,

ahora resaltaba más que nunca cuan abusiva era por parte del extremeño. El quinto real era algo totalmente legal y por lo tanto, se aceptaba sin chistar. Pero el de Cortés era algo extraoficial que él mismo se había asignado, aprovechándose de su posición como capitán. Anteriormente no se había percibido claramente el grado de inequidad de esta medida, ya que antes del 13 de agosto de 1521 los botines habían sido menores en los diferentes pueblos. Durante la Noche Triste, donde cada soldado pudo agarrar lo que quiso del tesoro de Moctezuma, el “reparto” no se puede llevar a cabo por el hecho de que casi toda la riqueza mexicana se hundió en el Canal de los Toltecas, junto a todos los que perecieron en esa huida. Era precisamente ahora, en los meses siguientes a la Conquista, cuando la situación se percibe como injusta de una manera ya mucho más nítida.

Del botín dos quintas partes iban para las obligaciones con el rey y la imposición de Cortés. Es decir, lo repartible entre toda la tropa, desde los capitanes y alguaciles hasta el soldado de a pie, era solamente poco más de la mitad del botín entero. La situación se volvió insostenible cuando el botín de México resultó ínfimo. La frustración se hizo presente en forma general y la insatisfacción se tornó muy explosiva.

El primer impulso fue culpar a los mexicas de haber ocultado el oro para evitar su saqueo. Esto, aunque *a posteriori* fue considerado infundado, en el momento tuvo mucha lógica. Como Cuauhtémoc y su corte fueron capturados en la laguneta de Coyoacazco, misma donde todos los sobrevivientes mexicas se apretujaban mezclándose entre ellos y los cadáveres, se pensó que allí se habían arrojado todas las riquezas. Los mexicas trataron de satisfacer las demandas de los españoles juntando todos los atavíos de oro que tenían, como bezotes, orejeras y otras cosas. Obviamente, el monto resultó ridículo.²⁴¹ Resultó evidente que el gran tesoro de los mexicas no era otro que el que habían visto en los grandes aposentos de Moctezuma y que ya habían saqueado con anterioridad, durante la Noche Triste. Se corrió entonces el rumor de que ellos habían rescatado ese tesoro zambulléndose en el Canal de los Toltecas y ocultándolo. (Esto lo ilustra claramente el *Relato Anónimo de la Conquista*, cuando los tlatelolcas llevan pequeñas joyas de oro a Cortés y éste responde molesto: “¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer

²⁴¹ Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 821.

en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? Se necesita.”²⁴²) Es probable que se hiciesen pesquisas en dicho canal, pero se halló poco oro y no es poco factible que los españoles que las realizaron hayan robado lo poco que hallaron.

Para hallar el paradero del “tesoro” interrogan a Cuauhtémoc y a Tlacotzin como vimos al final del capítulo anterior. Ellos no pueden darles pista alguna y hasta le describen ingenuamente que ellos reciben el oro como tributo de otros pueblos.²⁴³ En la laguneta de Coyonacazco sí se hacen pesquisas, al igual que en las casas de Cuauhtémoc, cerca de Yacacolco, en las que participa el mismo Bernal Díaz del Castillo. Nos cuenta que se encontraron algunos objetos pequeños de oro, todos pertenecientes al ajuar del mismo tlatoani. Cortés decide vigilar estas obras para evitar el robo y cuando ve que el valor de todo es muy poco, se decide entregarlo a los tullidos y lisiados de la guerra.²⁴⁴

El tesorero real, Julián de Alderete, al parecer, viendo que es muy difícil hallar más oro, decide someter a tormento a Cuauhtémoc, quemándole los pies junto a Tettlepanquetzal para que dijese el paradero del tesoro. Cortés se opone políticamente a esto y se lamenta, pero no lo impide, quizá porque sabía que si lo hacía iba a sulfurar más los ánimos. Tettlepanquetzal, señor de Tlacopan, decide llevarlos a dicho pueblo, sólo para suspender el tormento, pero cuando lo llevan confiesa que no tenía nada y pide que lo maten.²⁴⁵

Cuando ya resultó evidente que los mexicas no tenían más oro, es decir después de todo esto que sucedió, el rumor giró en torno a que Cortés había exigido al tlatoani que escondiera el oro para tenerlo él y solo él y que por eso opuso resistencia al tormento de Cuauhtémoc.

Y al no aparecer el oro, los españoles, para no perder la esperanza, alimentan la idea de que el extremeño es quien lo tiene escondido. El rumor crecerá y enemistará a muchos soldados, sobre todo los venidos con Pánfilo de Narváez.

²⁴² *Ibid*

²⁴³ Ya más adelante, durante el gobierno de Cortés, probablemente, se ahondará este tema tan importante. La llamada *Matrícula de Tributos* es quizá el ejemplo más destacado de lo que se hizo a este respecto. *Vid.* De Rojas y Gutiérrez de Garandilla, José Luis. “Los libros pictográficos de tributos. Códice Mendoza y matrícula de Tributos” en *Estudios de historia social y económica de América*. Num. 12. 1995. pp. 651 – 662. Las rutas del tributo serán importantes para las futuras campañas de conquista. Así lo declara Bernal Díaz del Castillo. *Op. Cit.* p. 378.

²⁴⁴ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 375

²⁴⁵ *ibid.*

Estando Cortés en Coyoacán, hospedado quizá en los palacios de los grandes señores tepanecas, los españoles, frustrados, realizan pintas en el encalamiento de las paredes reclamándole a Cortes que acaparara toda la riqueza de los mexicas. Al principio, el extremeño no le dio a esto mucha importancia; se conformó simplemente con contestar a esos *grafiti* con otro que decía “Pared blanca, papel de necios”²⁴⁶. Pero conforme estas pintas fueron subiendo de tono, y además se descubre que un hombre de los venidos con Narváez era quien las promovía, amenaza con castigar a los que en adelante se sorprendiese haciéndolas.

Al parecer, el mayor enemigo de Cortés dentro del grupo de españoles fue precisamente Julián de Alderete desde los tiempos del asedio de México. Él, como tesorero real, era independiente de la influencia del extremeño, y le tenía recelo por el enorme poder que de facto ejercía en los pueblos indígenas. Cuando algunos conquistadores le llegaban a preguntar qué era lo que sucedía con el botín, él les respondía simplemente que no le preguntaran a su persona, sino a Cortés.²⁴⁷ Es decir él, por lo que parece, buscaba canalizar la ira de los infortunados conquistadores contra el capitán, siendo así un elemento altamente subversivo. Si, subversivo precisamente porque él, como funcionario real, ostentaba una jerarquía que lo legitimaba incluso frente a Cortés.

La situación se puso muy mal para el extremeño. Sin embargo, al final, los españoles no eran tontos y sabían que la estabilidad política de toda la tierra conquistada dependía precisamente de que Hernán Cortés se mantuviera al mando, porque no era ningún secreto que los recién conquistados a quien permanecían fieles era a él y a nadie más. Si lo quitaban del mando y/o lo ejecutaban, seguramente la conquista se perdería irremediabilmente. Precisamente por esto es factible la idea de que el extremeño se hubiese adueñado de una buena parte del botín, más allá de su peculiar “quinto”. Su situación política con los pueblos indígenas lo volvía un elemento totalmente imprescindible, y por ende, capaz de actos tiránicos y déspotas como los que ya vimos que realizó con buena parte de la clase sacerdotal prehispánica. El hecho mismo de los *grafiti* en la pared de Coyoacán demuestra una actitud de impotencia donde los ataques son indirectos y a hurtadillas. Lo que en realidad se buscaba, era presionar lo suficientemente a Cortés, de una

²⁴⁶*Ibid.* p. 376

²⁴⁷*Ibid*

manera muy similar a las protestas populares de hoy en día. Era demostrarle que sus hombres estaban insatisfechos y que no iban a aceptar la injusticia sin chistar. Obviamente esto sí lograba ejercer presión sobre el capitán, ya que, pese a todo, actos de insubordinación, apoyados (aunque sea moralmente) por alguien de la talla de Alderete, resultaban peligrosos por el nivel de inestabilidad que podían generar, aunque esto no supusiera que su posición estuviese realmente en peligro.

El caso más problemático que se presentó para Cortés durante 1521 fue la llegada de Cristóbal de Tapia a Veracruz, al cual se le había concedido por la Corona la gobernación de las nuevas tierras. Cortés, de una manera parecida, aunque no tan violenta como fue en el caso de Pánfilo de Narváez, lo neutraliza diciendo que por la situación política de las tierras recién sometidas, resultaba riesgoso el aceptarlo como gobernante, ya que él, Cortés, y sólo él era a quien los grandes señores le reconocían el mando supremo. No obstante esta crisis se daría hasta diciembre de ese año.

La única posible salida a los problemas con los soldados conquistadores fue, hasta cierto punto, fácil de prever. El imperio mexica dominaba una parte muy importante de la Mesoamérica central, es cierto, pero definitivamente no podemos hablar que toda la región estuviese bajo su dominio. Esas zonas que no habían caído previamente bajo el yugo de la Triple Alianza se convirtieron en posibilidades de nuevas conquistas, las cuales podían proporcionar el botín que la toma de México no dio. A primera vista irse de campaña los españoles sin siquiera haber establecido una población sólida en la cuenca, era algo riesgoso, porque significaba de facto una dispersión, y si existía una sublevación por parte de los indígenas, iban a estar en una posición mucho más vulnerable. Pero Cortés sabía también que para promover una campaña militar, tenía que llevar forzosamente ejércitos mesoamericanos, compuestos principalmente por los fieles tlaxcaltecas, y ahora, los recién vencidos mexicas. Para dirigirlos estarían sus propias autoridades nativas. Los españoles simplemente los usarían para dirigir de la misma manera que sucedió con el asedio de México, pero quienes realmente pelearían y expondrían sus vidas serían los indígenas mismos.

Cuando se anuncian estas nuevas campañas, los conquistadores inconformes se aprestan a partir inmediatamente. Una nueva campaña es una nueva oportunidad de hacer botín, y la

tomarán sin chistar. El sometimiento del resto de Mesoamérica era cuestión de unos cuantos años, exceptuando la zona maya, que resultará muy problemática para su reducción. Será una clara continuación de las conquistas que se habían realizado desde Axayácatl hasta Moctezuma II, aunque esta vez serán los españoles quienes cuenten con el mando supremo. Aquellos soldados que habían luchado por la caída de la soberbia Ciudad de México, apenas pasados unos meses de aquel agosto de 1521 ya estaban prestos para partir a rumbos muy distintos. Se dispersaron en las campañas de Pánuco, Michoacán, Colima, Zacatula, Oaxaca y Tututepec. Sandoval, Alvarado y Olid (el mismo Cortés haría una campaña hacia Pánuco) los mismos que estuvieron al mando de los reales durante el asedio a la ciudad serán quienes dirigirán las campañas. No es lugar aquí para hablar a profundidad sobre éstas, pero lo que es obligado decir es que a estas guerras se les deberá el fenómeno poblacional que caracterizará a la Ciudad de México durante prácticamente todo el siglo XVI. Bernal Díaz nos cuenta que le preguntaban con cierta frecuencia por qué los conquistadores que habían sometido realmente a la orgullosa metrópoli del Altiplano, no vivían allí. Y Bernal les daba la explicación, bastante elocuente, de que precisamente en los meses siguientes a la conquista, la frustración por la carencia de oro hizo que la soldadesca, conociendo de dónde venían los tributos que otrora llegaban a México, se lanzara a las campañas siguientes de sometimiento de nuevas regiones y finalmente encontraron allí una posición que consideraron mejor que volverse vecinos de la gran ciudad.²⁴⁸ La apuesta, como lo demuestra nuestro cronista desde Guatemala, no fue muy buena que digamos. Nos cuenta que incluso el mismo Cortés le pidió a él que reconsiderara su decisión, pero Díaz del Castillo ya estaba más que puesto para unirse a la campaña de Gonzalo de Sandoval hacia el este.

Y efectivamente, esto será de una enorme trascendencia para la historia de la ciudad, ya que los hombres que hicieron la conquista, tanto del bando conquistador como el del mexicana mismo, no serán quienes la habiten en los años subsiguientes. Las autoridades mexicas genuinas, tenochcas, habrán muerto en su mayoría hacia 1528; estamos hablando de alrededor de un ochenta por ciento. Los soldados conquistadores se habían marchado ya hacia otras regiones hacia este mismo año. Prácticamente desde 1525 todos los que gobiernen en la ciudad serán personas que llegaron después de establecida la nueva urbe

²⁴⁸*Ibid.* p. 378

hispana sobre las ruinas mesoamericanas.²⁴⁹ Los conquistadores que quedaron en México tendrán un coto de poder que en realidad será muy limitado, en el Ayuntamiento de la Ciudad de México, en el célebre Cabildo. Su carácter de conquistadores será más bien como un título muy valioso (sin llegar a ser equivalente al de la nobleza) que acompañará a sus respectivos nombres y les dará una serie de privilegios sobre los migrantes posteriores. Sin embargo, su real influencia, en el Cabildo, será total y únicamente de carácter local.

Este período de más o menos un año después de la Conquista, como ya lo vimos en su momento, se dedicó a obras de saneamiento. Para ello Cortés devuelve el poder a Cuauhtémoc y a su fiel cihuacóatl, Tlacotzin, ahora llamado con el nombre cristiano, Juan Velázquez. Ya vimos que se trató de un período muy difícil, de estabilización política y dónde se estaba dando, de una manera muy rudimentaria, la construcción de un estado mesoamericano compatible con la tradición hispánica. Debido a este carácter rudimentario de lo que podríamos llamar la “administración de Cortés” aunque más bien debemos hablar de un período de poder autocrático, las obras públicas que se llevaron a cabo no dejaron documento escrito alguno, por lo que es prácticamente imposible saber realmente qué sucedió en esta materia. No obstante, por documentos posteriores como las Actas de cabildo, podemos suponer gracias a documentos claves que grandes cuadrillas de indígenas de toda la cuenca se volcaron a la ciudad para retirar los cadáveres y recoger los escombros. Podemos suponer que fueron obras verdaderamente inmensas. Así como los ejércitos de tlaxcaltecas y pueblos allende los volcanes fueron los contingentes que realmente sometieron a la gran ciudad, ese mismo número, millares, fueron los que se encargaron de las dichas obras públicas de saneamiento. Debido precisamente a la magnitud de la mano de obra, como veremos, fueron obras que se desarrollarían relativamente rápido. Esos dos meses que Cortes les da, en palabras de Bernal Díaz, a los mexicas para que regresen a la ciudad, seguramente fueron los meses en que se hicieron las obras de saneamiento de la ciudad. Obviamente estas obras trataron en primer lugar de quitar el inmenso número de cadáveres que había. Es probable que, debido al desarrollo de la guerra misma, el mayor número de cuerpos muertos se hallasen en la parte norte de Tlatelolco, mientras

²⁴⁹ Efectivamente, a partir de octubre de 1524, con la partida de Cortés, hacia las Hibueras y el gobierno que se establece en la capital bajo los llamados “oficiales reales”, cuyo desempeño estuvo muy lejos de ser deseable, el poder en la Nueva España estuvo prácticamente en manos de personas que no habían participado en la guerra contra los mexicas, a excepción de Gonzalo de Sandoval, que gobernaría en un corto período de 1527 junto a Alonso de Estrada. *Vid.* Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. pp. 318 - 319

Tenochtitlan más bien se reduciría a un montón de ruinas. Ya vimos que tras la gran celada de la plaza, los mexicas se habían concentrado en la defensa de Tlatelolco, por lo que la cantidad de cuerpos, ya hacia mediados de agosto, era mínima en Tenochtitlan. Por lo tanto, las obras que hubiera en ésta última simplemente se reducirían al retiro de escombros. Con las cuadrillas masivas de trabajadores con las que se contaba éstas obras no habrían llevado mucho tiempo.

Haciendo caso del período de dos meses, en los que la ciudad estuvo vacía, moviendo la escoria de la guerra, tenemos que estaba la ciudad estaría ya limpia hacia el mes de octubre. También coincide este tiempo con el momento más álgido del rencor hacia Cortés por parte de sus hombres por la falta de botín, y cuando éste comienza a plantear las nuevas campañas militares hacia las regiones no sometidas a la autoridad de la Corona. Es decir, cuando Cortés empieza a plantear las nuevas campañas, la ciudad todavía no estaba poblada por españoles en lo más mínimo. Era todavía Coyoacán la sede provisional del gobierno. La traza y el reparto de solares fue una obra posterior, probablemente a fines de 1521 o principios de 1522.

No obstante, es en estos momentos de la administración de Cortés en Coyoacán, cuando se realizan obras que serán emblemáticas para la vida posterior de la ciudad. Serán obras, que, al menos en el siglo XVI en su totalidad, serán parte del escenario cotidiano de la nueva ciudad. Si bien ésta no fue habitada por muchos de los soldados que vertieron su sangre en la campaña de su sometimiento por las causas que ya vimos anteriormente, el recuerdo de éstos y su hazaña quedará plasmado aquí y allá. Hacia mediados del siglo, era fácil aún reconstruir la guerra de Conquista por los muchos símbolos que en torno a dicha gesta levantarían los vencedores. Pero entremos en el tema.

Conquistadores piadosos: los exvotos de la Conquista

Precisamente en este tiempo, el tiempo en que México se puede llamar con toda propiedad “la ciudad de los vencidos”, que es el período en que permaneció siendo escombros y cadáveres, es curiosamente cuando también puede llamarse con igual derecho, pero en otro sentido, “la ciudad de los conquistadores”. Efectivamente es el período en que todos los

hombres que participaron en el sometimiento de la heroica ciudad, estaban presentes en ella y tomaban decisiones sobre su suerte. Como ya lo vimos líneas arriba, su presencia en la Cuenca va a ser temporal.

En una cultura como la hispánica, católica, y con una larga tradición de “guerra santa” contra los infieles estaba muy presente el concepto del monumento con vocación religiosa, conocido con el nombre, más apropiado, de exvoto. En el cristianismo primitivo el lugar donde morían los fieles en nombre del Señor y/o el lugar donde se había dado una victoria, era recordado con un monumento. El Vaticano mismo es un ejemplo de esto, ya que se asienta en la cima del monte que sirvió como escenario del suplicio del apóstol san Pedro en la época de las persecuciones del emperador Nerón.

La conquista de la Ciudad de México dará bastantes motivos para ex votos, precisamente en el momento que los conquistadores estaban presentes aún en la Cuenca. Ya mencionamos que las circunstancias mismas del gobierno de Cortés no permitieron la emisión de documentos respecto a las obras realizadas. Cortés daba una orden verbalmente y ésta se cumplía sin chistar. Lo mismo sucedía con las autoridades indígenas que manejaban las cuadrillas de trabajadores. El cihuacóatl Tlacotzin, Ixtlixóchitl y el mismo Cuauhtémoc también dirigían las obras de manera verbal. Esto presenta el problema de que nos es prácticamente imposible saber exactamente la fecha de cuándo se realizan las obras, cómo y con qué objeto realmente se hicieron. Particularmente esto está presente en los exvotos de la Conquista, debido a la ulterior historia de la ciudad, llena de transformaciones de carácter religioso con motivo de la Contrarreforma, que transformó completamente el sentido y la historia real de dichos exvotos a tal grado que la motivación original de éstos se olvidará y se inventará otra, en el ámbito de la religión.

La historia de estos exvotos será muy diversa y trataremos de dilucidarla en las siguientes líneas. Veamos cuáles monumentos son éstos que recuerdan la gran hazaña de los Conquistadores y su verdadera motivación. Como en toda gesta que se recuerda por medio de monumentos dentro de la tradición cristiana, los exvotos tendrán dos ejes muy claros: el martirio inicial y la victoria final.

Dentro del ámbito que se puede calificar como “martirio” en la Conquista, se encuentran dos acciones, ambas ocurridas a fines de junio y quizá el mismo día. Hablamos de la Noche Triste, a la que se le atribuye la fecha del 30 de junio de 1520, y la gran derrota sufrida por Cortés, donde por poco es capturado, cerca de lo que hoy es la esquina de Paseo de la Reforma Norte y Allende.

La Noche Triste será fuente de al menos dos monumentos de gran importancia para la vida colonial ulterior. Infortunadamente la memoria de uno de éstos será totalmente menospreciada hacia fines del mismo siglo XVI y demolida. De ahí que naciese un error histórico que se ha venido arrastrando hasta nuestros días y del cual hablaremos a continuación. Hemos visto que la llamada Noche Triste fue una retirada de los españoles cuando su situación se volvió insostenible en el palacio de Axayácatl. Muchos pensaron que esa era su única oportunidad de hacerse con algo de riqueza y fueron cargados con el oro de Moctezuma. Al cruzar la primera acequia por la calzada de Tlacopan, se usó un puente portátil de madera, que quedó atascado cuando los españoles fueron atacados por las barcas mexicas. Esta acequia se encuentra en el sitio conocido después como La Mariscal, en la actual esquina de Eje Central y Tacuba. Es en la segunda cortadura, donde, al no tener alguna forma de cruzar tan enorme hueco los españoles quedan atrapados y son atacados por ambos flancos desde las barcas mexicas. El canal que cruzaba en este punto se encontraba cerca de la iglesia de San Juan de Dios, por la calle actual de Valerio Trujano. Se conocía como “Canal de los Toltecas”. En ese lugar, los españoles, no queriendo soltar el oro que cargaban, no pudieron defenderse y cayeron al agua, heridos severamente y murieron ahogados. Precisamente es en esta acción dónde se acusará a las autoridades mexicas de haber “robado” el oro que ellos llevaban y por el que quemarán los pies a Cuauhtémoc.

Ya todo sosegado, durante el gobierno de Cortés, los españoles, que jamás olvidarían semejante noche, hacen un exvoto en este punto de la calzada de Tlacopan. Este monumento será parte fundamental de la vida citadina de casi todo el siglo XVI. Se trata de la Ermita de los Mártires.

Después de recoger los heridos y rehacer sus filas como fue posible, los españoles siguieron huyendo hacia el Poniente, aún perseguidos fieramente por las tropas mexicas al mando de

Cuitláhuac. Finalmente las fuerzas se les acabaron y buscaron un lugar para descansar con cierta seguridad. Encontraron uno que tenía un teocalli pequeño en su cima, conocido como Totoltepec. Fue en ese momento del descanso tras la huída, cuando muchos agradecieron a la Virgen el estar vivos aunque heridos, y le pidieron que curara sus males y les diera reposo. Allí se construirá otra iglesia como exvoto, dedicada a la Madre de Dios, pero en su advocación de ayuda contra los males: Nuestra Señora de los Remedios. La imagen que allí se venerará será importantísima durante la época virreinal, y de hecho, será el estandarte de las tropas realistas durante la Guerra de Independencia.

Un posible tercer exvoto que tiene que ver con la Noche Triste será la Iglesia de San Hipólito. Como veremos más adelante, no se puede asegurar que ahí haya pasado algo durante la Noche Triste, aunque Cervantes de Salazar atribuya a que también hubo muertos durante la huída en ese punto. También sería viable que en ese lugar fuese donde, ya cruzado el Canal de los Toltecas, por fin se sintieron ligeramente a salvo y emprendieron la carrera hacia la costa de Popotla. Lo que podemos decir es que ese punto no coincide con el lugar de la gran matanza como se ha llegado a creer. Más adelante volveremos a tocar el tema.

Sobre la gran derrota sufrida por Cortés en la parte sur de Tlatelolco, que coincide con el aniversario de la Noche Triste, ya durante el asedio de la ciudad, no hubo un exvoto como tal. Recordemos que esta acción se debió al intento de lanzar un ataque masivo sobre Tlatelolco cuando ya muchos de los conquistadores estaban cansados del tipo de guerra que se realizaba de hacer entradas en la mañana para retirarse en la tarde y que todo volviera a quedar igual. Al ser una zona muy rodeada de agua (por allí se encontraba lo que después se conoció como la Lagunilla), no era un lugar muy apreciado por los españoles. Sabemos, gracias al *Relato de la Conquista* de Sahagún, que justamente allí se levantó una iglesia (desaparecida en el siglo XVIII junto a otras muchas de Tlatelolco) con la advocación de San Martín. Dicha iglesia, que sí aparece en mapas de mediados del siglo XVIII (como el de Chappe d' Austerroche) nos permite reconocer exactamente el lugar de la acción de Cortés, gracias a lo cual sabemos que se encontraba en lo que actualmente es la esquina de Paseo de la Reforma con la calle de Allende, precisamente al norte del monumento de José de San Martín.

Lo que sí sabemos respecto a esta gran derrota de Cortés es que en el convento de Santiago Tlatelolco existió una pintura dedicada a este tema. Es el doctor Barlow el primero en señalar esto.²⁵⁰ Dicha pintura no se conservó, desapareciendo en el mismo siglo XVI, pero su temática fue precisamente este episodio de la Conquista donde Cortés por poco es capturado y llevado a sacrificar.

Si bien no hubo un exvoto como tal a este importantísimo evento, que pudo significar la pérdida de la guerra, sí se relacionó con el de la Noche Triste, quizá porque ambos están vinculados al tema del martirio. Todos los españoles capturados ese día recordemos que fueron sacrificados en el teocalli de Yacacolco, donde en ese momento Cuauhtémoc tenía sus cuarteles. Probablemente también se realizaron sacrificios en el Gran Teocalli, ya que Bernal Díaz habla de esto. ¿Cómo se realizaban realmente estos sacrificios en las circunstancias de la guerra? Es algo que desconocemos. Seguramente los españoles capturados, que, a diferencia de los tlaxcaltecas, consideraban el sacrificio como algo demoníaco, poco antes de que su pecho fuera abierto, se encomendarían a Dios y a la Virgen y les vociferarían a los sacerdotes nahuas que estaban engañados y que esos eran ídolos, por lo que no es difícil atribuirles una conducta digna de un mártir, que expone su fe cristiana hasta el último momento. Después de muertos, las cabezas de los sacrificados se pusieron en diferentes tzompantlis²⁵¹: el de Yacacolco, donde se encontraba Cuauhtémoc (actualmente la iglesia de Santa Ana); el de la Casa Negra y el de *Zacatla*, frente al templo de Cihuacóatl, ambos en el Recinto Sagrado.

Tras la victoria del 13 de agosto, las cabezas de esos soldados fueron desprendidas de la sangrienta estructura y se llevaron a la Ermita de los Mártires, que finalmente terminó siendo un osario de conquistadores, mas no los de la Noche Triste, cuyos huesos seguramente se perdieron.

Sobre los exvotos relacionados a la victoria podemos enumerar otros tantos. El principal sin lugar a dudas en la iglesia de Santiago Tlatelolco, cuya advocación de Santiago está íntimamente relacionada con la tradición hispánica de un apóstol guerrero dirigiendo a las huestes cristianas contra los moros. Lo que se va a recordar aquí no es la captura de

²⁵⁰Barlow. “Una pintura de la conquista en el Templo de Santiago” en *Tlatelolco. Fuentes e historia*. pp. 199 – 210

²⁵¹Esto nos lo dice el *Relato Anónimo de la Conquista*. Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 818.

Cuauhtémoc, sino lo que Barlow llama “la verdadera caída de Tlatelolco”,²⁵² que es la batalla descrita por Bernal Díaz, donde, tras vencer los obstáculos que les impedían llegar al Recinto Sagrado de Tlatelolco, los hombres de Alvarado se enfrentan a los ejércitos mexicas y Gutierre de Badajoz logra llegar hasta la cima del Templo e incendiarlo. Al ser una batalla muy fuerte y con un nivel muy alto de resistencia por parte de los defensores se difundió la idea de que hubo un guerrero montado a caballo que alanceaba a los tlatelolcas y condujo a la victoria a los españoles. Ya caída México, los conquistadores deciden la construcción de la iglesia exactamente en la ubicación del Templo Mayor, por lo que éste es de los primeros edificios que son demolidos. Su advocación será la de ese apóstol que por siglos había dirigido a los españoles cristianos contra los musulmanes y ahora lo hacía contra los indígenas idólatras. Su nombre quedará ligado por siempre al de Tlatelolco, e incluso, en algunas épocas lo desplazará completamente.

Otro exvoto relacionado con la parte victoriosa de la Conquista será la iglesia del Tepeyac, conocida como Nuestra Señora de Guadalupe. En ese punto se encontraba el real de Gonzalo de Sandoval, el cual fue mandado allí tras su convalecencia de una herida sufrida en las primeras batallas sobre la calzada de Iztapalapa. Fue cuando Alvarado reportó que por ahí entraban bastimentos a la ciudad. Aunque la participación de este alguacil mayor en el asedio es desconocida parcialmente por la falta de alguna crónica que hable de lo que sucedía allí, parece ser que fue limitada en comparación a las acciones de Cortés y Pedro de Alvarado. No obstante, cuando ya los mexicas tenían como último refugio el Telpochcalli y la laguneta de Coyoacazco será él quien se ponga al mando de los bergantines, y recordemos que uno de ellos llevará a cabo la hazaña de la captura de Cuauhtémoc. Es decir, para muchos de los conquistadores el final de la guerra se deberá a Gonzalo de Sandoval.

En el lugar donde Cortés oteaba esta última operación de la guerra, una azotea de un noble tlatelolca al sur de la laguneta de Coyoacazo y donde Cuauhtémoc fue llevado preso, se levantó una iglesia que subsiste hasta nuestros días, la de la Concepción Tequipeuhcan, en el corazón del actual barrio de Tepito.. El nombre indígena significa precisamente lo que

²⁵²Barlow. *Op. Cit. vid.* Cap. XVI: “Gutierre de Badajoz, conquistador del cu de Tlatelolco”

significó la captura del tlatoani.²⁵³ En nuestros días ahí se levanta una placa diciendo que en ese lugar fue capturado el tlatoani. Pero más bien fue allí donde fue llevado tras su captura. Ese es otro exvoto a la conquista, ya que fue una iglesia que se levantó allí precisamente por la significación del lugar.

Al parecer hubo otros exvotos en relación a la victoria, como en Acachinanco, lugar donde Cortés tuvo su real. Allí, al parecer, se levantará una cruz inmensa. Esto lo mencionamos porque dicha cruz aparece en el plano de Uppsala, coincidiendo su ubicación con Acachinanco. Infortunadamente en este aspecto sólo podemos presentar esto como hipótesis.

En el real de Alvarado, como era en el pueblo de Tlacopan, no se levantó ningún exvoto, ya que este real se ubicó en los palacios de los señores tepanecas. Sin embargo, en la avanzada del real, en Nonoalco, se levantó una iglesia que hasta hoy existe con el nombre de San Miguel. No podemos asegurar que su fundación fuese exactamente un exvoto a la Conquista, porque aquí también se hallaba una plataforma sólida con un teocalli pequeño, que precisamente por esto sirvió como avanzada del real. Si esto es así seguramente se trata sólo de la transformación de un teocalli en una iglesia, que va a ser un proceso general en toda la ciudad durante la década de los veinte.

Muchas de estas incógnitas presentadas aquí permanecerán como tales debido a que las pruebas, tanto testimoniales como materiales a este respecto, no han llegado a nosotros hasta donde sabemos. Saber la intencionalidad de una fundación religiosa en las circunstancias que existían hacia 1521- 1522 es una tarea muy difícil. Todo lo que aquí hacemos es lanzar hipótesis con base en datos que nos resultan verosímiles.

Ahora analizaremos cada uno de los exvotos antes mencionados con mayor detalle.

²⁵³El término Tequipeuhcan significa: “donde comenzó la servidumbre”

La Ermita de los Mártires

Esta pequeña ermita se ubicó en la calzada de Tlacopan justo en el cruce con el *canal de los Toltecas*. Fueron los soldados conquistadores quienes la hicieron, obvio, con la ayuda de las cuadrillas de trabajadores nativos. Así lo dice claramente Bernal Díaz del Castillo “una iglesia que hicimos que se dice de los Mártires”.²⁵⁴ Desconocemos cómo era esta iglesia exactamente, aunque en el plano de Uppsala al parecer, se representó esta pequeña ermita entre San Hipólito y la acequia que después se conoció como de San Juan de Letrán. Se ve claramente como en este punto cruza un canal de agua. No existe señalización alguna sobre este edificio, pero por su ubicación es factible que se trate de ésta ermita. Si es así, sería la única imagen que nos queda de este monumento. Parecería que es de planta circular, cubierta con una pequeña bóveda o cúpula. Tampoco sabemos sus dimensiones, aunque al ser claramente una “ermita” nos habla de un edificio pequeño. Se ubicaba en las inmediaciones de lo que hoy es el cruce de la calzada de Tacuba con la calle Valerio Trujano o un poco más hacia occidente.

Esto se deduce de las Actas de Cabildo. Frente a esta capillita se fundaría una tenería que será famosa por sus pleitos con el Ayuntamiento, la tenería de Morcillo. Los documentos se refieren siempre a ésta como “frente a los Mártires”. Dicho establecimiento se enfrascó en eternos problemas por su cercanía con el acueducto, argumentando el Cabildo que el caño sufría contaminación. Al final de la centuria, en la época del virrey Luis de Velasco II, la tenería sería demolida. Pero lo más destacable de esto es que el motivo de esta demolición será la fundación de la Alameda. Es decir, si la tenería se encontraba “frente a los mártires” y fue demolida para hacer la Alameda, resulta que ésta quedaría también frente a esta ermita.²⁵⁵ Ahora bien, sabemos que la Alameda original, de forma cuadrada, coincide solamente con la parte central de la actual, en lo que ahora son sus extremos hubo plazas: al poniente estuvo primero el llamado tianguis de San Hipólito, que después fue el famoso Quemadero de la Inquisición y por el oriente estuvo una plazoleta que se conoció como de Santa Inés. Entonces tenemos que “los mártires” se encontraría muy cerca de la calle central de la Alameda actual, donde se encuentra el kiosko. Sólo la arqueología nos podría

²⁵⁴ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit p. 364*

²⁵⁵ AHCM. *Acta de Cabildo* del 15 de octubre de 1593

ayudar a confirmar su ubicación exacta, si es que sus restos no fueron borrados con las obras que se han hecho en la ciudad.

La fundación de esta ermita se atribuye a un tal Juan Garrido, que seguramente fue el que más se destacó entre los conquistadores para la construcción. Como podemos ver en las Actas de Cabildo, esta ermita sirvió de referencia obligada de la calzada de Tlacopan durante prácticamente todo el siglo XVI.²⁵⁶ El acueducto, que pasaba en medio de la calzada, tenía menores restricciones para los que querían hacer negocios del tipo de las tenerías “pasando la *Yglesia de los Mártires*”²⁵⁷. Es decir, sirvió como un límite intangible de la ciudad. Hablar de transitar sobre Tlacopan forzosamente requería hablar de una u otra manera de dicha ermita.

Este templo, cuya advocación nos podría parecer chocante por considerar “mártires” a los avariciosos conquistadores que murieron en la Noche Triste al no zafarse de su lastre de oro, en realidad sólo se liga con los muertos de la Noche Triste por su ubicación. Su función real fue guardar en suelo sacro los huesos de los conquistadores muertos en la derrota de Cortés durante el asedio, hacia finales de junio de 1521. Es decir, la ermita se ubicó en la zona del desastre de la Noche Triste pero hospedaría los huesos de los conquistadores que murieron exactamente un año después, sacrificados en Yacacolco y el Recinto Sagrado de Tlatelolco. Sus huesos, o mejor dicho cráneos, fueron hallados en los tzompantlis aledaños a los templos donde fueron ejecutados.²⁵⁸

Hacia finales del siglo XVI, ya cuando la Ciudad de México era más una ciudad manierista y la mentalidad de sus habitantes había cambiado severamente a partir de la Contrarreforma²⁵⁹, la capilla resultaba un estorbo porque se hallaba a mitad de la calzada, pegada probablemente al acueducto y además, estaba en muy mal estado. Hacia principios de la década de 1580 se decide su “traslado”, (que en este caso debemos hablar de una demolición), y que se rehaga en San Hipólito.²⁶⁰ Los restos óseos que allí yacían hacía más de setenta años, fueron trasladados a la vecina iglesia de San Hipólito y a ésta se le cambia

²⁵⁶AHCM. *Actas de Cabildo* de 17 de septiembre de 1529 y 17 de febrero de 1540

²⁵⁷AHCM. *Acta de Cabildo* de 17 de septiembre de 1529

²⁵⁸Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 364

²⁵⁹ Para las transformaciones sociales que hubo en el período 1570 – 1590 véase el estudio de María Alba Pastor. *Crisis y recomposición social*. Estas transformaciones son muy visibles sobre todo en la Ciudad de México.

²⁶⁰ AHCM *Acta de Cabildo* de 1 de septiembre de 1581

la advocación, adjuntándole la de “los mártires”²⁶¹. Es por esto que esta iglesia lleva el nombre de “los Mártires y San Hipólito”. Precisamente por este pequeño detalle que aclaramos con los documentos citados, se cometió el error de pensar que la matanza de la Noche Triste, o al menos la parte más severa de ésta, se llevó a cabo frente a San Hipólito, cuando en realidad fue unas decenas de metros más hacia el oriente. A tal grado llegó la confusión que se creyó que al hablar tanto de la Ermita de los Mártires como la de San Hipólito, se aludía a lo mismo. Edmundo O’ Gorman, en sus notas a Cervantes de Salazar, comienza a percibir la diferencia cuando dice que Cervantes se contradice y que al parecer se trata de dos iglesias distintas.²⁶² Pero aun así no se atreve a asegurarlo, sino que sólo hace el señalamiento pertinente al respecto.

Nosotros, con los documentos citados, pretendemos zanjar la cuestión y decir claramente que “los Mártires” y “San Hipólito” eran dos templos distintos. También pretendemos con esto que la gran matanza de la Noche Triste se llevó a cabo a la altura de la Alameda realmente. El famoso y mítico “Salto de Alvarado” no se habrá llevado en la avenida que lleva el nombre que alude a esa acción, Puente de Alvarado.

Esta ermita, escenario cotidiano de los habitantes de la Ciudad de México durante el siglo XVI, estuvo destinada a pasar al olvido con el cambio de mentalidad y de sociedad en Nueva España. Aquellos conquistadores que la hicieron y le dieron la advocación (muchos de los cuales no habitaron la urbe, como será el caso del mismo Bernal Díaz) no se imaginaron que la gesta de 1521 plasmada allí fuera tan severamente despreciada por los habitantes de casi ochenta años después. Era un adelanto de lo que sería el eterno destino de esta maravillosa ciudad.

Nuestra Señora de los Remedios

Al final de la Noche Triste, los españoles se encontraban en una situación prácticamente desesperada. Se habían salvado del peligro mayor al llegar a tierra firme, pero eso no

²⁶¹ AHCM. *Acta de Cabildo* de 1 de diciembre de 1589. En esta acta se pide buscar los documentos del traslado de dichos restos óseos.

²⁶² Cervantes de Salazar. *México en 1554 y el Túmulo Imperial*. p. 124. México, Porrúa, 2000

significaba de ningún modo que estuvieran a salvo. Por el contrario, Cuitláhuac, mandó grandes contingentes de guerreros a que persiguieran a los invasores hasta prácticamente aniquilarlos. Finalmente eran muy pocos españoles en comparación a los mexicas. Los tlaxcaltecas emprenderían la huída hacia su tierra inmediatamente y ellos no representaban ningún temor para los de la ciudad. Así pues, en tierra firme los españoles lo único que hicieron fue reorganizarse y continuar con la huída general. Grandes contingentes de guerreros los perseguían y les tendían emboscadas por el camino. Lo mejor que pudieron hacer fue internarse en zona montañosa desde Tlacopan, siempre defendiéndose. Cuando buscaron ya un lugar de reposo, que tanto lo necesitaban, no sólo para descansar el cuerpo, sino para poner en orden sus ideas. Eventualmente llegaron a un pequeño cerro que en su cima tenía un recinto religioso. Su nombre era Totoltepec. Se decide que allí podrían tener ese respiro tan deseado. Cortés manda proteger la retaguardia de los incesantes ataques mexicas.

Ya en la cima de Totoltepec, el extremeño y sus hombres adaptan el recinto de modo que pudieran defenderlo. Allí es donde realmente pueden dedicarse a recontar los muertos y heridos, a llorar por los compañeros fallecidos, y finalmente a descansar. Era una escena de desesperanza. Los más buscaban aliviar sus heridas y reponer fuerzas. Sus compañeros los ayudaban. Allí seguramente se encomendaron a la protección de la Virgen de los Remedios, advocación relacionada precisamente con el consuelo y la reparación de males y sufrimientos. Allí los conquistadores recuperaron fuerzas y se dirigirían a Tlaxcala para organizar la conquista definitiva.

Ya tras la caída de México, ese lugar tan significativo fue venerado por los conquistadores realizando una iglesia dedicada precisamente a la Virgen a la que se encomendaron en aquellos horribles momentos. Afortunadamente en esto si contamos con fuentes de primera mano.

Bernal Díaz lo describe de esta manera: *“en aquel cu y fortaleza nos albergamos y se curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos, pues de comer ni por pensamiento; y en aquel cu y adoratorio, después de ganada la gran Ciudad de México hicimos una iglesia que se dice Nuestra Señora de los Remedios, y van ahora allí en*

romería y a tener novenas muchos vecinos y señores de México”²⁶³. Con esta descripción nos queda claro que esta iglesia fue hecha por los conquistadores en un lugar donde pudieron dedicarse al reposo y al consuelo. Es por ello que la advocación no es gratuita. Ya después, como sucederá con la otra gran imagen promovida a través de estos exvotos, leyendas aparicionistas relacionadas a la época barroca crearon el relato de la aparición de la Imagen. Ésta, sin embargo, no va a estar desligada de la Noche Triste, ya que se dice que en ese momento Rodríguez de Villafuerte, un conquistador, portaría la imagen en madera como amuleto, la cual fue extraviada allí y que diecinueve años después, el indio Juan de Águila oyó la voz de la imagen y encontró la estatuilla.

No obstante, la evidencia histórica dejada por Bernal Díaz es irrefutable. Fue una fundación hecha por los conquistadores para dar gracias a la virgen a la que se encomendaron en el lugar en que pudieron reposar tras la derrota de la Noche Triste.

San Hipólito

Lo mismo que la Ermita de los Mártires, seguramente la de san Hipólito data de aquellos meses de 1521 en que la ciudad realmente pertenecía a sus conquistadores. Su relación con la gesta la indica su advocación. San Hipólito celebra su día el 13 de agosto, día en que García Holguín, bajo las órdenes del alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, capturó a Cuauhtémoc. Que se relacione con la Noche Triste es algo que no sabemos bien a bien. Su ubicación sobre la calzada de Tlacopan y su cercanía con la Ermita de los Mártires podrían apuntar a que sí. Cervantes de Salazar dice en su *Crónica* que en su lugar murieron también muchos de los hombres de Cortés, aunque deja claro que fue más hacia atrás (el canal de los Toltecas, donde se levantó la ermita) donde murieron los más.²⁶⁴ Si esto fuese así, entonces tendríamos dos lugares donde perecieron los españoles. Lo curioso es que están muy cercanos el uno del otro, uno correspondiendo a los Mártires y otro a San Hipólito. En una situación tan particular como lo fue la Noche Triste no es algo inverosímil, pero si un poco difícil de sostener.

²⁶³Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 257

²⁶⁴Cervantes De Salazar, Francisco. *Crónica*. Lib. V. cap. 197. *appud*. Notas a Francisco Cervantes de Salazar por Edmundo O’Gorman. *Op. Cit.* p. 124

Veamos, son dos puntos que distan apenas unos doscientos metros el uno del otro. Además, siempre que se habla de la matanza de la Noche Triste se habla de que en el segundo puente fue dónde recibieron los conquistadores el más nutrido ataque y adónde caerían para morir ahogados. No se menciona nunca otra puente donde se haya repetido la acción de manera similar, ni que, cruzado el canal de los Toltecas, los españoles hubieran sido víctimas de otra emboscada de proporciones similares.

Ahora bien, el hecho de que Cervantes de Salazar lo diga hacia mediados de siglo indica que sí había una relación entre este edificio y la Noche Triste, o al menos era lo que se creía en el momento (hacia fines de la década de 1550) entre los doctos de la ciudad. A nuestro juicio, lo que podría ser realmente es que en ese punto los españoles se sintieron a salvo ya, porque habrían vadeado la zona de la matanza y quisieron dar gracias también en este punto levantando la iglesia que conmemoraría la fecha de la caída de México. Esto último es más verosímil. Recordemos que Cervantes es, antes que un cronista, un literato; escribe basándose en testimonios de conquistadores, pero siempre busca embellecer y sobrecargar las descripciones y los Diálogos respectivamente. Ahora bien, para ese momento el entorno de la Ciudad de México era radicalmente distinto del que existía en la ciudad de Moctezuma II y más en la zona de la calzada, donde para entonces la laguna se había desecado y en su lugar existían hermosas huertas.

Este ex voto, durante casi todo el siglo XVI permaneció como tal, como un recuerdo de los “justos caídos” contra los indígenas paganos. Cobró mucha importancia en las festividades que se comenzarían a realizar en conmemoración a la toma de México, ya que San Hipólito se convertiría en el patrón de la ciudad. Como resultado de esto se llevaría a cabo cada 13 de agosto, hasta finales de la época virreinal, el famoso Paseo del Pendón. No obstante, el sentido de la iglesia misma cambió radicalmente para mediados de la década de 1560 cuando, por petición y obra de Bernardino Álvarez, se convertiría en un hospital para albergar a enfermos mentales.

Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac

Parecería ser que incluso las pruebas y testimonios históricos, por cierto azar, no arrojan mucha luz sobre el origen del templo del Tepeyac. Sobre el santuario de los Remedios, Bernal Díaz dice claramente “hicimos una iglesia”.²⁶⁵ No obstante, sobre la fábrica o fundación de la iglesia del Tepeyac, no lo precisa de una manera tan contundente. Hace algunas menciones, claro está, pero no constituyen una afirmación de que la primitiva iglesia con esta advocación fuese resultado de un exvoto de la Conquista. Al hablar del establecimiento del real de Sandoval en el Tepeyac durante el asedio de México, nos dice: “...y luego mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa y fuese por tierra a poner cerco a otra calzada que va desde México a un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y santos milagros”.²⁶⁶ Y, ya al final de su libro, cuando está enumerando los grandes “provechos” que se han seguido de la Conquista “... y la santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a México”.²⁶⁷ Por lo que se percibe con esto, para los conquistadores originales estaba muy clara la relación entre el Tepeyac y el real de Gonzalo de Sandoval.

Desgraciadamente, cabe la reiteración, no contamos con un documento histórico que diga el origen real de la iglesia del Tepeyac. Sin embargo, las evidencias nos llevan por un hilo deductivo que apunta a que, efectivamente, el origen de dicho edificio tiene que ver con un exvoto de la gesta de 1521. Por un lado tenemos el origen extremeño tanto de Cortés como de Gonzalo de Sandoval y muchos de los hombres que hicieron la gesta de 1521. Edmundo O’Gorman cita testamentos de conquistadores que aluden a este santuario extremeño.²⁶⁸ Allí se reúne con personajes importantes a los que obsequia con oro y algunas curiosidades

²⁶⁵Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 257

²⁶⁶*Ibid.* p.237

²⁶⁷*Ibid.* p. 583

²⁶⁸ O’Gorman, Edmundo. *Destierro de sombras. Luz en el origen del culto a Nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac.* México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2005. p. 9.

mesoamericanas.²⁶⁹ Esto pone en evidencia la enorme devoción que tenía esta advocación en la España del siglo XVI y principalmente en los extremeños.²⁷⁰

Ya hemos dicho que el Tepeyac²⁷¹ era el punto más cercano de tierra firme hacia el norte de la isla de México, por lo que se hizo una calzada que uniese ese cerro con Tlatelolco. En la guerra de conquista, allí establece Sandoval su real por un motivo puramente estratégico: evitar la entrada y salida a la ciudad por ese punto. Por lo tanto, establecido un campamento militar o real, ese cerro fue el hogar de muchos españoles conquistadores durante casi dos meses, lo mismo que Acachinanco, Tlacopan y Nonoalco. Aunque Sandoval no tuvo una participación directa en la toma de la ciudad, labor que hicieron Cortés desde el sur y Alvarado desde el Poniente, circunstancialmente a él es a quien se le da el mando de los bergantines ese día 13 de agosto. Cuando García Holguín con su bergantín captura a Cuauhtémoc, la hazaña la pelea Sandoval por ser el capitán asignado por Cortés de toda la flota de los bergantines. Entonces la caída definitiva de México se atribuirá al real de Sandoval, sito en el Tepeyac.

Aunque aquí no hay ningún documento ni testimonio que diga, como en el caso de la ermita de los Mártires y los Remedios, “nosotros lo hicimos”, todo apunta a que existió una capilla en el Tepeyac mucho antes que fray Alonso de Montúfar promoviera el culto a la imagen hacia 1555. No queremos entrar en el terreno del misterio que ya tanto ha dado este tema. Lo que podemos decir es que para 1554 ya hay una mención, muy escueta por cierto, de este templo. Fue hecha por Cervantes de Salazar y fue anterior a la gran promoción del culto que hará el segundo arzobispo de México.

Nuestra hipótesis (desgraciadamente no podemos llegar a más) consiste en que el templo original fue también un exvoto de la conquista. La diferencia respecto a los Mártires y los Remedios es que éstos estaban vinculados a prácticamente todos los conquistadores mientras la ermita del Tepeyac estaría limitada exclusivamente a los hombres que pelearon

²⁶⁹Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* pp.523 – 524.

²⁷⁰ O’Gorman, Edmundo. *Op. Cit.* p. 10. El historiador contradice esto que decimos, desvinculando el culto a la Guadalupana de la situación de que en el Tepeyac estuviese el real de Sandoval, aludiendo a que no hay pruebas al respecto. Nosotros creemos que el problema de O’Gorman es que parte de la premisa de que la ermita del Tepeyac era “una ermita de indios”, con todas las implicaciones que esto conlleva. Si la ermita, por el contrario, se le ve como un ex voto, la hilazón que hay entre el culto posterior a la virgen y el real de Sandoval parecería mucho más clara. Discrepamos en cuanto al tema de la fundación de la iglesia únicamente. En todo lo demás estamos perfectamente de acuerdo con él.

²⁷¹*Tepeyácac* en náhuatl, significa “el cerro de la punta”.

desde el real de Gonzalo de Sandoval, por lo que el vínculo emocional que tuvo con gente como el mismo Cortés o Bernal Díaz, que estuvieron fuera de ese cerro durante el asedio, no sería muy fuerte. Debemos pensar más bien en una fundación hecha por los hombres que estuvieron allí vertiendo su sudor y su esfuerzo en los combates contra los mexicas. Pero desgraciadamente no sabemos ni hay testimonios de cómo fue la guerra desde el real del Tepeyac.

Bajo esta hipótesis, la ermita original debió ser muy pequeña y su advocación sería a la patrona de los extremeños, Nuestra Señora de Guadalupe. Y esto se explicaría porque de esta patria eran el mismo Sandoval, Cortés y muchos otros conquistadores; no es de extrañar esta advocación, pues.

Lo que sucedería después es que en la vida de la nueva ciudad española el Tepeyac era un lugar irrelevante. Era una zona vinculada a Tlatelolco desde hacía más de un siglo, lo mismo que Tenayuca y todo el límite sur de toda la sierra que hoy se llama de Guadalupe. La existencia de la ermita podía pasar desapercibida, ya que tendría un culto muy limitado, tanto para españoles como para indígenas. Si la ermita de los Mártires, que estaba muy cerca de la ciudad, cayó en descuido rápidamente, como lo dice Cervantes de Salazar, mucho más podemos esperar de templos alejados como los Remedios o Guadalupe. Circunstancialmente, hacia mediados de la década de 1550, desde el colegio de San José de los Naturales en Tenochtitlan se pretendería renovar la imagen existente en la ermita, seguramente la original traída por los españoles. El encargado de hacer la nueva imagen sería el indio Marcos Cipac.²⁷² Pinta la imagen y después, con la nueva mentalidad contrarreformista, se le empiezan a atribuir “milagros”. El arzobispo Montúfar aprovecha la circunstancia y ve la ventaja de introducir este tipo de devociones y conceptos cristianos en los tlatelolcas, que eran de una enorme influencia entre los indígenas. Por lo tanto, promueve el culto a dicha imagen, un culto que los franciscanos, en ese momento tan apegados a su reforma del Santo Evangelio, van a rechazar de manera contundente. Para ellos era un culto de sustitución, es decir, se rebajaría la imagen cristiana al mismo nivel que un “ídolo” pagano ante los ojos de los indígenas. No obstante la mentalidad de la

²⁷² O' Gorman. *Op. Cit.* p. 13.

Contrarreforma se habría de imponer y el culto a Nuestra Señora de Guadalupe comenzaría a prosperar.

Fue tan fuerte la promoción de ese culto y la consecuente devoción, que el mismo Bernal Díaz, como vimos líneas arriba, celebra los milagros que se le atribuían entonces a la imagen. De esta forma, lo que vino a ser un exvoto de la Conquista, se convertiría en un santuario mariano, olvidándose completamente su origen y el porqué de su existencia.

Capilla de la Concepción Tequipeuhcan

Cuando se llevaba a cabo la última operación del asedio de México, en el momento mismo en que los mexicas se hallaban hacinados en la laguneta de Coyoacazco esperando el final inevitable de la guerra que los había puesto en situación tan extrema, Cortés se hallaba en una azotea localizada al sur de toda la escena observando toda la operación. Según el *Relato de la Conquista* de Sahagún, esa azotea era la de la casa de Aztaoatzin, un noble tlatelolca. No conocemos las dimensiones exactas de esa construcción (Es todavía factible realizar excavaciones arqueológicas en sus inmediaciones, puesto que el lugar no está cubierto de edificios salvo la capilla), pero probablemente se trata de un pequeño palacete. Allí Cortés había establecido un pequeño campamento. La ubicación de esa casa le permitía tener desde allí una vista excepcional del escenario de la guerra, ya que se encontraba inmediatamente al sur de la laguneta de Coyoacazco.

Cuando se dirigió la última operación de la guerra de Conquista, él se encontraba allí como si fuese una torre de observación. Dio la orden a Sandoval para que atacase con los bergantines el grupo de canoas donde presumiblemente estuviese el tlatoani Cuauhtémoc. Vio desde allí cómo el bergantín de García Holguín capturó al tlatoani y ordenó a dicho capitán que lo trajese a su presencia. Fue allí donde el joven monarca se entrevistó con Cortés y dónde se da la escena, tan digna de una tragedia griega, dónde pide que lo mate el extremeño con la daga que tenía al cinto y éste le concede la vida.

Allí, tras la Conquista, se levantó otro monumento en honor a tan magno acontecimiento, una capilla con la advocación de Nuestra Señora de la Concepción. Éste, igual que Santiago

Tlatelolco, fue un monumento construido en un contexto plenamente indígena. No sabemos si se hizo inmediatamente después de la caída de México, en la época previa a la fundación de la ciudad española, o poco después, pero el nombre que recibirá por parte de los indígenas es inequívoco. A diferencia de otras capillas cercanas, este templo no se fundó sustituyendo a un teocalli previo, sino a la casa de un guerrero noble tlatelolca, la cual fue el escenario de la entrevista que Cortés le hace al tlatoani tras su captura.

Tanta fue la significación que tuvo la fundación de este exvoto, que su nombre en náhuatl alude al acontecimiento: *Tequipeuhcan*, “donde comenzó la servidumbre”. Pero ahora, pasemos al exvoto más importante que tuvo la guerra de Conquista.

Santiago Tlatelolco

La ciudad septentrional de México va a ser notablemente respetada prácticamente durante toda la época virreinal, constituyéndose como una ciudad indígena de primer orden. Muy pocos españoles (por no decir ninguno) habrían de establecerse allí, ni mucho menos influir en decisiones trascendentales de la vida indígena. Sin embargo, el núcleo de la ciudad sí habría de tener una enorme significación para los españoles. La gran batalla donde los hombres de Pedro de Alvarado por fin logran llegar, tras muchos esfuerzos, hasta el Recinto Sagrado de Tlatelolco será importantísima para la memoria de aquellos que la vivieron. De hecho sorprende la escueta forma en que Bernal Díaz del Castillo describe este destacadísimo episodio, explicable probablemente porque él no se benefició directamente de dicha victoria. Pero en el recuerdo de aquellos hombres sí perduró este hecho tan emblemático. Para alguien como Gutierre de Badajoz, el que dirigió el ascenso al Gran teocalli, toda su fama y autoridad posterior la debió a esta hazaña.²⁷³ Como vimos en su momento, en realidad las batallas en los anchos canales protegidos por albarradas eran mucho más fuertes que los que se daban en zonas abiertas o explanadas. En este último caso, prácticamente los mexicas se veían acorralados y los españoles masacraban fácilmente al tener libre la caballería. La batalla de Tlatelolco, por lo mismo, al ser un espacio abierto, fue una batalla relativamente fácil de ganar. Los mexicas se concentraron

²⁷³Barlow: *Op. Cit. Vid.* Cap. XVI: “Gutierre de Badajoz, conquistador del cu de Tlatelolco”

en defender el gran Teocalli junto a otros dos puntos²⁷⁴, que no sabemos exactamente cuáles son, y lo hicieron de una manera muy brava y determinada. No obstante, sus esfuerzos fueron inútiles. La batalla, aunque fue ganada con facilidad, la misma ferocidad de los defensores la volvió épica.

En un espacio tan abierto como era el Recinto Sagrado de Tlatelolco y sobre todo la plaza del mercado, la caballería se dio rienda suelta alanceando y matando las huestes de los desdichados tlatelolcas. Tanto el Recinto Sagrado como la gran plaza del tianguis fueron escenario de verdaderos ataques lanza en ristre por parte de los españoles. Nos podemos imaginar multitudes y multitudes de indígenas que se defendían desesperadamente, a la vez que un fuerte contingente de guerreros montados luchaban contra ellos. Por lo tanto, en escenas de este tipo resultó fácil, entre tanta ferocidad y resistencia, crear el mito de que uno de los jinetes de los varios que se vieron allí, era el del Apóstol Santiago, que, lo mismo que otrora contra los moros, esta vez arremetía contra los “infieles” indígenas.²⁷⁵

Es por ello que pese a que Tlatelolco será un lugar muy independiente del poder español en general, su núcleo, compuesto por el gran Teocalli, fue un lugar reverenciado con singularidad por los conquistadores. Sabemos que fueron ellos los que demolieron la gran estructura e hicieron en su lugar la iglesia que lleva la advocación del apóstol guerrero. Bernal Díaz nos describe este hecho de una manera singular:

*...que después que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón y guidor Señor Santiago, y cupo mucha parte de la del solar del alto cu para el solar de la Santa Iglesia de aquel cu de Uichilobos, y cuando abrían los cimientos para hacerlos más fijos, hallaron mucho oro y plata y chalchihuis y perlas y aljófar y otras piedras...*²⁷⁶

Destaca aquí que nuevamente Bernal Díaz habla en primera persona del plural al decir “propusimos” que se demoliera el teocalli y se hiciera una iglesia dedicada a Santiago. Esto es importantísimo porque fue una decisión anterior a la llegada de los frailes, a quienes se

²⁷⁴Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 364

²⁷⁵Las apariciones del apóstol Santiago son un tema muy interesante. Seguramente fue tradición oral de origen, y ya después llegó a oídos de López de Gómara, que es el primero que habla de estas supuestas apariciones del apóstol guerrero en la batalla de Centla. *Vid.* López de Gómara, Francisco. *Op. cit.* p. 80.

²⁷⁶Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 175.

les atribuye la práctica de sustituir teocallis por iglesias. Fue una fundación de los conquistadores, aunque serán los franciscanos quienes tendrán a su cargo este templo, convirtiéndola primero en un extraordinario colegio que habría de rivalizar con el de Tenochtitlan. Fue una decisión de los conquistadores, y por lo tanto, dicha fundación es claramente un exvoto a la guerra de Conquista.

El tesoro que se encontró en el cimiento del teocalli, como nos dice Bernal Díaz del Castillo, fue usado para la obra misma de la iglesia.²⁷⁷ Lo destacable de este exvoto en particular es que se levantó en el lugar mismo del Gran Teocalli en el corazón de Tlatelolco, y esta ciudad fue muy respetada y hasta privilegiada tras la conquista, como veremos más adelante. Fue un exvoto cuyo discurso fue la victoria de los españoles contra los indígenas. Esto sería lógico en un lugar hecho por y para españoles, no así en uno dentro de un contexto totalmente tlatelolca. Muchos de los que serían feligreses de dicho templo seguramente participaron o fueron testigos de la parte más terrible de la guerra de conquista, que fue precisamente desde que Cortés y Alvarado se juntaron en la calle que iba de Yacacolco al mercado (después Real de Santiago, calle hoy desaparecida) y los indígenas cada vez más se fueron atrincherando en el último rincón del Telpochcalli y la laguneta de Coyonacazco. Muchos de ellos seguramente también presenciaron la batalla en cuyo honor se levantó el templo y fueron de los que derramaron lágrimas cuando vieron arder la cúspide del Teocalli, cuando Gutierre de Badajoz llegó a ella.

En pocas palabras, el que este gran exvoto se hubiese levantado en el lugar donde otrora se hallaba el teocalli principal fue un hecho que tuvo un significado aún mayor que lo que harán los frailes años después al mandar construir iglesias sobre los recintos sagrados prehispánicos. Así es, en Tlatelolco la motivación religiosa incluso es secundaria; el tema principal es la conquista. La advocación de Santiago es la mejor prueba de esto. En la praxis, este templo vino a ser, desde un inicio, un monumento de la conquista en el corazón ritual mismo de los conquistados; será un eterno recordatorio de que ellos fueron vencidos por los españoles y sus antiguas deidades fueron derrumbadas simbólicamente por aquel santo, campeón por excelencia en la guerra contra los infieles. De 1522 en adelante, los tlatelolcas tendrán en el corazón mismo de su ciudad un monumento que celebraba

²⁷⁷*Ibid.* p. 176

precisamente su derrota, si, y curiosamente una derrota en la lucha más épica que ningún otro pueblo mesoamericano nunca jamás había tenido. Los tlatelolcas que recordarán la guerra en el futuro, como los informantes de Sahagún, nunca olvidarían que esa guerra la pelearon con la mayor bravura y heroísmo del que fueron capaces. Sin embargo, el discurso del monumento mismo era que pese a sus grandes esfuerzos, finalmente cayeron. Y esos esfuerzos no los inspiraba ningún tipo de “orgullo” mexicana, ni la resistencia a ser dominados por gentes extrañas, sino que simplemente era el demonio que los tenía engañados quién les daba dicha inspiración, personificado en las deidades mesoamericanas. Así pues, los españoles serían héroes también por saber combatir semejante heroísmo y vencerlo, porque el hacerlo era el símbolo de la victoria de Cristo (y Santiago) contra la resistencia del demonio. Al final los tlatelolcas tenían que estar agradecidos con la conquista, porque, pese a su obstinación, los españoles habían persistido en la obra de vencerlos y llevarles la Verdadera Fe, que los salvaría del infierno al que irían por vivir engañados.

Este ex voto a la Conquista será quizá el más magnífico y perdurable de todos como tal. Ya vimos que templos como los Remedios y Guadalupe, que nacieron naciendo un exvoto, terminaron siendo lugares sagrados de una índole muy distinta, olvidándose incluso la razón de su construcción original. Los Mártires y San Hipólito quedarían olvidados por los nuevos habitantes de la ciudad española terminando la primera demolida hacia la década de 1590 y la otra convertida en un Hospital de Dementes. Sólo Santiago Tlatelolco se conservaría a lo largo de toda la era colonial como un recuerdo a la guerra de Conquista, como lo demuestra el famoso relieve del ábside de la iglesia, otrora parte central del retablo, donde aparece Santiago sobre su caballo matando indios, ya que es una imagen mucho muy posterior a los hechos. Esto se debe a la gran importancia que cobró el templo como núcleo de la ciudad indígena. Su advocación fue tan significativa, que ya a finales del siglo XVI veremos cómo el nombre indígena de Tlatelolco empieza a desaparecer de los documentos y a ser sustituido por el de *Santiago*. Incluso en los siglos XVII y XVIII la antigua ciudad de Tlatelolco era conocida como “la parcialidad de Santiago”. No fue sino hasta época posrevolucionaria, en pleno siglo XX, cuando el nombre de Tlatelolco volvió a cobrar importancia.

1521 - 1522. El inicio de la ciudad hispana

Se ha discutido largamente el tema sobre los motivos que llevaron a Hernán Cortés a establecer la capital del nuevo estado *hispano – indígena* precisamente en la sede de la que había sido la gran metrópoli. El historiador del arte George Kubler ya dedica a este tema varias líneas en su libro *Arquitectura Mexicana del siglo XVI*, enumerando una serie de razones por las cuales el extremeño tomaría la decisión, prevaleciendo el aspecto simbólico que tenía la ciudad en la mente de todo el mundo indígena.²⁷⁸

A nuestro juicio, pensar que tanto el extremeño como sus hombres tomarían una decisión muy concienzuda, basada en un debate serio sobre el tema, es no tener muy en cuenta las circunstancias que rodeaban a los conquistadores precisamente en aquellos momentos, ni tampoco el carácter propio de Cortés y sus hombres.

El extremeño, recién capturado Cuauhtémoc ese día 13 de agosto de 1521, decide trasladarse desde el real de la calzada de Iztapalapa a Coyoacán. La elección de este pueblo es meramente circunstancial; recordemos que en realidad el real estuvo desde el principio en Coyoacán, lugar donde estará confinado Cristóbal de Olid sin otra tarea que cubrir las espaldas del extremeño de posibles ataques por parte de los pueblos del sur de la cuenca. El real de la calzada, en Acachinanco, será un punto adelantado solamente, pero éste dependía enteramente de Coyoacán. Desde allí recibía hombres y caballos cuando era menester. Es exactamente lo mismo que sucede con Pedro de Alvarado, cuyo real fue el pueblo de Tlacopan, pero tuvo una avanzada en Nonoalco. Estas posiciones adelantadas eran insostenibles por sí mismas. Alvarado, como lo demuestra Bernal Díaz frecuentemente, siempre tenía que apoyarse en Tlacopan para protegerse las espaldas y asegurarse bastimentos; y esto mismo es lo que sucedía con Cortés. Así pues al asentarse en Coyoacán, lo único que hizo el extremeño fue retroceder a su real. Buscar otras razones del porqué se escogió este pueblo, es exagerar las cosas. Para Cortés, en la situación en que se encontraba, lo más sencillo y práctico era trasladarse a Coyoacán.

Este pueblo, ubicado en la orilla meridional de la laguna salada, era una posición muy importante entre las poblaciones que rodeaban la superficie líquida. Recordemos que hacía

²⁷⁸Kubler. *Op. Cit.* pp. 74 – 75.

un siglo fue una sede nada despreciable del poder tepaneca. El mismo Tezozómoc nombró a su hijo Maxtla como gobernante de este pueblo y allí sería derrotado hacia 1430 por la alianza entre Itzcóatl, Nezahualcóyotl y Acolnahuacatl tras haber usurpado el poder azcapotzalca.²⁷⁹

Seguramente en la época de la conquista Coyoacán contaba con edificios y plazas de enorme calidad. Habría formidables palacios y el recinto ceremonial contaría con grandes espacios abiertos y templos suntuosos. Éstos fueron parte de la infraestructura del real de Cortés (de Cristóbal de Olid en la praxis) durante el asedio de México, lo mismo que los de Tlacopan lo fueron para el de Alvarado. Resulta obvio que dicha infraestructura fue más que suficiente para que los españoles se asentasen allí y se organizara todo lo que había que hacerse tras la caída de México. Los palacios serían habitados por las huestes españolas, y también por los tlaxcaltecas antes de que se decidieran a regresar a su tierra cubiertos de gloria.

Efectivamente allí se comenzó a organizar lo que podríamos llamar un gobierno. Cortés ejercería un poder autocrático en todos los sentidos. Sin embargo, la tradición a la que él pertenecía, dictaba que ese poder tenía ciertos parámetros para legitimarse y cobrar legalidad ante la Corona. Desde la época de la reconquista, en España, cada que un territorio era arrebatado a los reinos moriscos, la forma de consolidar tanto efectiva como simbólicamente dicha conquista era por medio del establecimiento de las instituciones hispanas, la cuales contaban con ascendientes tanto castellanos como aragoneses. Era la forma en que se asentaba realmente el poder de los reinos cristianos sobre la población conquistada.

Esto mismo lo vemos en los sucesos de la conquista de las Antillas desde la época de Colón hasta Diego Velázquez. Cortés y sus hombres se mantendrán fieles a dicha tradición desde el inicio. Ya sabemos que en 1519, lo primero que se hace al desembarcar frente al islote de san Juan de Ulúa es fundar una ciudad y dotarla de instituciones hispanas, representadas por el Cabildo. Esto mismo se hará hacia 1520 en Tepeaca, donde se fundará la ciudad de Segura de la Frontera. Veamos lo que dice el conquistador en la *Segunda Carta de Relación*

²⁷⁹ Alvarado Tezozomoc, Hernando. *Crónica Mexicana*. Madrid, Dastin, 2000. pp. 96 – 99.

“...y así por esto como por otras razones y causas muy convenientes, nos pareció que para evitar lo ya dicho (posibles sublevaciones que cortasen el camino a Veracruz) se debía hacer en esta dicha provincia de Tepeaca una villa en la mejor parte de ella, adonde concurriesen las calidades necesarias para los pobladores de ella. Y poniéndolo en efecto, yo, en nombre de Vuestra Majestad, puse su nombre a la dicha villa, Segura de la Frontera, y nombré alcaldes y regidores y otros oficiales, conforme a lo que se acostumbra”.²⁸⁰

Asimismo, después de la caída de México, durante las nuevas campañas militares organizadas desde Coyoacán, resulta muy ilustrativo lo que sucede con el alguacil mayor hacia finales de 1521. El 30 de octubre parte de este pueblo Gonzalo de Sandoval hacia Segura de la Frontera disponiéndose a someter la provincia de Guatuxco. Tras veinticinco días de marcha (hacia el 23 de noviembre) reporta a Cortés que los habitantes de ese lugar se mostraron pacíficos y bien dispuestos a declararse vasallos de la corona española. Pasaron otros quince días (hacia el 8 de diciembre) e informa que pasó aún más allá y le pide al extremeño que dicte las órdenes correspondientes para que se establezca una ciudad con sus autoridades. Cortés dice al respecto:

“...toda aquella tierra estaba ya de paz y que le parecía que para la tener segura era bien poblar en lo más a propósito de ella, como mucho antes lo habíamos puesto en plática, y que viese lo que cerca de ello debía hacer. Yo le escribí agradeciéndole mucho lo que había trabajado en aquella su jornada en servicio de vuestra majestad, y le hice saber que me parecía muy bien lo que decía del poblar; y enviéle a decir que hiciese una villa de españoles en la provincia de Tuxtepeque y que le pusiese nombre Medellín; y enviéle su nombramiento de alcaldes y regidores y otros oficiales; a los cuales todos encargué mirasen todo lo que conviniese al servicio de vuestra majestad y al buen tratamiento de los naturales”.²⁸¹

Como vemos, la fundación de nuevas ciudades era efectivamente la forma que se consideraba legítima para establecer el poder español dentro de la tradición política de la Corona. Gonzalo de Sandoval tampoco es ajeno a esta idea. También debemos tener en

²⁸⁰Cortés, Hernán. *Op.Cit.* p. 89

²⁸¹*Ibid.* p. 165

cuenta que dentro de esta tradición había asimismo razones muy prácticas: al fundar una ciudad y dotarla de autoridades municipales, automáticamente se convertía en un reducto hispano, donde un buen número de europeos, convertidos en vecinos, permanecían unidos y armados. De esta forma, esa nueva población se convertía en una posición netamente española, desde la cual se podían organizar nuevas campañas militares tanto de conquista de nuevas regiones como de represión contra posibles sublevaciones de la población ya sometida.²⁸² Los romanos practicaron también este sistema desde el sometimiento de los samnitas. Las ciudades nuevas eran plazas fuertes en medio de territorios potencialmente hostiles.

Así pues, tras la conquista, Coyoacán funcionaría *de facto* como sede del poder. Desde allí Cortés tuvo la tarea de consolidar el nuevo reino conquistado, la cual, como vimos anteriormente, fue una labor complicada al tener simultáneamente que someter por medio del terror a los elementos potencialmente subversivos de la sociedad indígena y darles esperanza y consuelo a sus hombres, frustrados por la pobreza del botín. Sin embargo, institucionalmente hablando hacía falta consolidar este poder fundando una ciudad precisamente en la gran cuenca lacustre.

A diferencia de las otras ciudades como Veracruz, Segura de la Frontera y la reciente Medellín, la fundación que se había de hacer en la cuenca tenía que ser planeada como algo más que una simple posición española. Cortés y sus hombres tenían muy definida la situación: aún cuando no se asentase sobre la vieja ciudad mexicana, la ciudad que se fundara en sus inmediaciones, tendría que fungir como la capital de todo el reino. Esto tenía razones tanto simbólicas como también pragmáticas. Entre las últimas podemos decir que como allí se encontraba la ciudad cabeza del imperio mexicano, ya existía una infraestructura que conducía y giraba en torno a ella de un tamaño sorprendente: caminos, sistema de postas, rutas comerciales y de tributo y además un alto nivel de sistema agrícola en la zona chinampera.

Establecer la capital en otro lugar habría sido desperdiciar toda la obra que se inició desde casi un siglo antes en el gobierno de Itzcóatl y se consolidó sobre todo con Ahuizotl y Moctezuma II. Esto hablando en cuestión de infraestructura, pero muy ligado a ella estaba

²⁸²Kubler, George. *Op. Cit.* p. 75

la cuestión política. Los pueblos de la cuenca tales como los acolhuas y los tepanecas, por no mencionar a los mexicas mismos, eran los que predominaban tanto política como militarmente la zona comprendida entre Michoacán y la costa del Golfo. Y estos pueblos, si Cortés quería realmente que su proyectado reino tuviera viabilidad, tenían que ser la piedra sobre la que éste se sustentara. Los españoles tenían que aprovechar al máximo la estructura ya establecida con anterioridad a su llegada. En la *praxis* el imperio mexica ya era un gran reino establecido tanto política como materialmente. Había algunas disidencias e inconformidades como lo ilustran desde el inicio los zempoaltecas y tlaxcaltecas, pero eso no obstaba para que se notara la uniformidad que existía a nivel cultural. Si realmente Cortés quería traspasar todo esto a la Corona, lo que tenía que hacer era mantenerlo lo más intacto posible. Cualquier cambio podía significar grandes convulsiones e iniciar todo desde cero. Los españoles, además, no podían conformar un reino ellos solos, y menos con el reducido número que conformaban. El reino lo iban a formar sus habitantes, claro, con los españoles a su cabeza (tal y como se vio en la organización bajo la que se dirigió el asedio a México), pero conformado en una inmensa mayoría por los pueblos indígenas mismos. Si ellos ya tenían una consolidada estructura tanto política como material, ¿para qué modificarla?

Es por esto que la capital del reino proyectado por Cortés para Carlos I en Mesoamérica tenía que estar en la zona de influencia directa de la antigua Triple Alianza o *excan tlatoloyan*.²⁸³ El gran capitán lo entendió así desde un inicio, lo mismo que sus hombres. Todas las fundaciones españolas, presentes y futuras, estarían subordinadas a la que se fundase en la cuenca lacustre. De hecho, ya hemos señalado que la intención de la campaña que llevó a Cortés ante Moctezuma II hacia 1519, era someter tanto a éste como a su reino lo más pacíficamente posible a la autoridad española. El tlatoani acepta, aunque los recelos de Cortés ante el tremendo poder tenía, lo lleva a hacerlo prisionero. Ya después, el arrebatado impulso de Pedro de Alvarado, que ordenó la matanza de nobles mexicas durante la fiesta de tóxcatl, hizo que los mexicas se rebelaran y opusieran una resistencia que rayaría en lo épico. Pero el proyecto del extremeño era el traspaso pacífico del imperio mexica, tal cual, a la Corona Española. Esta idea no se modificaría nunca. Tanto Cortés y

²⁸³ Es lo que comúnmente llamamos “Triple Alianza”. Es la alianza que forman los señores de México, Tlacopan y Texcoco tras la derrota de Azcapotzalco durante el gobierno del tlatoani Izcóatl. Vid. Noguez, Xavier. “Primeros Memoriales” en *Arqueología Mexicana*, Num. 96. (marzo – abril 2009) pp. 84-85.

sus hombres, como los mismos funcionarios reales venidos después, tenían como hecho dado que la capital del reino se encontraría en las inmediaciones de la vieja México.

Para el período que va de agosto a octubre de 1521 lo que urgía era precisamente la consolidación de la conquista en la parte simbólica, estableciendo las instituciones hispanas en una población de españoles en la cuenca, lo cual no significaba precisamente la fundación de una ciudad. Ésta, como habría de ser la capital, tenía que planearse con más calma y reflexión. Pero precisamente la situación tan delicada que se había vivido tras la captura de Cuauhtémoc había concentrado las tareas del conquistador en otros rubros y se había pospuesto el establecimiento de un Cabildo.

El tema, ya había sido tratado en pláticas con anterioridad entre Cortés y sus hombres. Pero no se pone realmente sobre la mesa sino hasta que Cortés se entera que las campañas que partieron de Segura de la Frontera se coronaron con el éxito: la de Tuxtepec (con la fundación de la villa de Medellín, que ya citamos) y la de Oaxaca. Sintiendo ya más asegurada la estabilidad del reino, entonces ya siente que puede ya tomar una decisión oficial sobre la cuestión de la fundación de la capital por medio del establecimiento de un Cabildo. Si hacemos caso de la cronología que el conquistador da, como ya lo vimos líneas arriba, esto debió suceder aproximadamente el 8 de diciembre o poco después.²⁸⁴ Veamos lo que dice al respecto en la *Tercera Carta*.

“Habiendo dado orden en el despacho de estas dos conquistas, y sabiendo el buen suceso de ellas, y viendo cómo yo tenía ya pobladas tres villas de españoles (Veracruz, Segura de la Frontera y Medellín) y que conmigo estaba copia de ellos en esta ciudad de Coyoacán, habiendo platicado en qué parte haríamos otra población alrededor de las lagunas, porque de ésta había más necesidad para la seguridad y sosiego de todas estas partes; y asimismo viendo que la ciudad de Temixtitán, que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha hecho, pareciónos que en ella era bien poblar, porque estaba toda destruída; y yo repartí los solares a los que se asentaron por vecinos, e hízose nombramiento de alcaldes y regidores en nombre de vuestra majestad, según en sus reinos se acostumbra; y entre tanto que las casas se hacen, acordamos de estar y residir en esta

²⁸⁴*Ibid.*, pp 164 – 165. Seguramente esto fue antes del 24 de diciembre que es cuando se da la nueva crisis que desata a llegada de Cristóbal de Tapia reclamando la gobernación de Nueva España

*ciudad de Coyoacán, donde al presente estamos. De cuatro o cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitán se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante; y se hace y se hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que de ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos”.*²⁸⁵

Por las palabras de Cortés “*habiendo platicado en qué parte haríamos otra población alrededor de las lagunas*” se puede entender que el tema estuvo sobre la mesa desde un inicio, pero no adquirió ninguna formalidad, sino hasta este momento en que ya se sentía cierto sosiego. Qué se platicaba, cómo se abordó el asunto, qué tanto cambiarían las opiniones, tanto de Cortés como de sus hombres, a lo largo de esos meses y en qué sentido son cuestiones que no podemos saber bien a bien. Gracias a las respuestas que, en el juicio de residencia, da Bernardino Vázquez de Tapia, tenemos alguna luz.

“XXXVII.- A las treinta e siete preguntas dijo este testigo que, en cuanto a los asientos de los pueblos e puertos de mar, queste testigo sabe que el dicho don fernando puso diligencia en los buscar e facer poblar por a mejor manera que pudo y en los mejores lugares que a todos pareció, excepto que en el asiento de esta cibdad de México, cuando se hobo de poblar de españoles, todos quisieran que fuera la población en Cuyuacán, ques dos leguas de esta cibdad o en Tacuba, ques una legua de aquí o en Tezcuco, ques ocho leguas, e que solo el dicho don Fernando fue de opinión que aquí poblase puesto que cualquiera de los otros lugares era mejor en ellos españoles que no estacibdad, esto dice este testigo por quel todos contradecían al dicho don Fernando, al fin no se pudo acabar con el otra cosa e que todos los más sospechaban que esto hacía el dicho don Fernando por se hacer fuerte, creyendo que como había preso a Narváez e echado a Tapia de la tierra, temía que habían de venir sobre él, e que viniendo en esta cibdad estaba más fuerte para defenderse que no en otro lugar ninguno, puesto que el dicho don Fernando decía que, pues esta cibdad en tiempo de los indios había sido señora de las otras provincias a ella comarcanas que también era razón que lo fuese en tiempo de los cristianos e ansí mismo decía que, pues Dios nuestro señor en esta cibdad había sido ofendido con sacrificios e idolatrías, que aquí fuese servido con que su santo nombrado e ensalzado más que en otra parte de la tierra. Preguntados y vido quel dicho don Fernando repartió solares de tierras e caballerías a la gente que con él anduvo, sin afición sino dando a cada uno lo que merecía por su persona e servicios, e dando ansí mismo a las

²⁸⁵*Ibíd.* p. 165

*villas e cibdades sus términos e ejidos dijo que vidoquel dicho don Fernando, al tiempo que se hizo la traza de esta cibdad, dio a muchos sus solares e primero a sus amigos e debdos e para sí tomó cincuenta e seis o sesenta solares en lo mejor de la plaza e que señaló a la cibdad ciertos solares por propios, puesto que el tesorero Alonso de Estrada tiene e posee por suyo alguno de ellos en la cibdad agora, después que el abdiencia vino, se lo pide por justicia, e así mismo vido este testigo que el dicho don Fernando señaló por propios desta cibdad cinco o seis pueblos e que después se los tuvo el dicho don Fernando para sí e que nunca la cibdad se ha aprovechado de ellos, salvo en facer una casa para Cabildo, la cual hasta hoy está por acabar”.*²⁸⁶

Cortés en su *Tercera Carta* deja entrever que la decisión se habría hecho por consenso de todos los españoles presentes en Coyoacán, cuando dice *“habiendo platicado...(y luego)... pareciónos que en ella era bien poblar”*. Pero teniendo en cuenta lo que dice Vázquez de Tapia, parece más bien que fue una decisión solamente suya, la cual, por el poder tan fuerte que tenía, terminó por imponerse ante la de los demás. En la respuesta que se dio en el juicio de residencia, no se desmiente que su decisión fue contraria a la de los demás aunque tampoco lo afirma del todo. *“...de más de lo cual, los testigos no se ponen de vista ni de cierta ciencia, ni de las conjeturas que dicen son tales, que faga violenta presencia, ni son verdaderas, porque lo que los testigos arguyen de haber fundado esta cibdad en la laguna e no en otra parte, el dicho don Hernando Cortés tovo muy justas cabsas para ellos, ansí por estar mejor y más conveniente parte, que no en otra alguna desta tierra, como porque dejando de poblar en ella, era cueva e fortaleza de los indios, e se tornara a alzar ligeramente cada que se les antojara, e no se podiera dar miente e fama de estar poblado despañoles esta dicha cibdad, los indios se sujetaron”*.²⁸⁷

Lo que las preguntas y respuestas del juicio de residencia dejan ver, lo mismo que sus aseveraciones en las *Cartas de Relación* es que en la mente de Hernán Cortés siempre estuvo presente la idea de la reconstrucción de México. Muy probablemente este no sea el caso de buena parte de los españoles, como dijo Vázquez de Tapia. Pero el hecho de la construcción de los exvotos a los que ya nos referimos también muestra claramente el vínculo emocional que había en otros conquistadores al menos hacia el escenario de la gran gesta que habían vivido, aunque, claro está, esto no prueba tampoco que desearan

²⁸⁶Martínez, José Luis. *Documentos*. pp. 40- 41

²⁸⁷*Ibid.* p. 175

establecerse allí. Es muy diferente venerar un lugar por el significado que tiene a que se quiera convertirlo en su lugar de residencia. Además, curiosamente, dichos exvotos se encontrarían todos fuera de lo que será la ciudad cortesiana.

Así pues tenemos que mientras Cortés arguye o trata de dar a entender en sus *Cartas* que la decisión se tomó consultando la opinión de los demás, Vázquez de Tapia dice que él solo impuso su voluntad. Ahora bien, es muy probable que la opinión de muchos conquistadores haya cambiado a lo largo de los acontecimientos que van de agosto a diciembre de 1521, por las más diversas razones. Pero si tenemos en cuenta lo que dice Bernal Díaz de que los indígenas sólo estarían ausentes de la ciudad durante dos meses, el tiempo necesario para hacer las labores de limpieza y reparación que se necesitaban, (que coincidiría con lo que dice el *Relato Anónimo de la Conquista* respecto a que Cortés autorizó a los tlatelolcas para regresar a sus casas por petición de éstos ante su persona debido al maltrato que recibían de los habitantes de los pueblos donde se hospedaban), para octubre ya estaría retirado el escombros y erradicado el riesgo de infección, por lo que ya era factible pensar en la repoblación. Seguramente conforme fue limpiándose la ciudad, y mientras surgían sus diferencias con el extremeño, los conquistadores fueron definiendo su posición respecto al tema. No podemos pasar por alto que muchos de los que se inconformarían ante las órdenes de Cortés a partir de entonces, tendrían como móvil más que nada su rencor hacia éste, no tanto lo acertado o no acertado de dichas órdenes en la *praxis*.

Las “pláticas” que hubo, según el gran conquistador, debieron empezar a tener lugar precisamente en estas fechas. En diciembre se tomará la decisión trascendental, pero la discusión iniciaría hacia mediados de octubre. Para entonces, las circunstancias habían cambiado bastante de cómo estaban en agosto.

Tenochtitlan, aunque estaba toda destruída, ya estaba limpia de escombros. Toda la plataforma central, donde se ubicaban el Recinto Sagrado, la gran explanada y los otrora monumentales palacios, lucía ya limpia. Prácticamente todos los edificios estaban muy maltrechos, sin techo y con los muros derruídos e incendiados; solamente los enormes teocalis del Recinto Sagrado permanecían en pie enteros, aunque con sus adoratorios sin las deidades, profanados y calcinados. No obstante, aunque asolada del todo, ya estaba limpia y su infraestructura estaba casi vuelta a la normalidad. Ésta en realidad será la escena que

verán los emisarios del caltzontzin. La ciudad de Tlatelolco, por su parte, también estaba ya limpia de escombros y además ya se habían retirado todos los cadáveres de los caídos en la guerra, por lo que la amenaza de peste ya se había conjurado. Los mexicas, al menos los tlatelolcas, habían (o estaban a punto de hacerlo) regresado a sus hogares; al menos así lo indica el *Relato Anónimo de la Conquista*: “-Dice el capitán: que se vayan, que vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido. Puede ser que de veras están padeciendo los del pueblo, pues de él se están mofando. Que se vengan, que vengan a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengan a establecerse los tlatelolcas.” Esto también indicaría que la infraestructura básica de la isla se había ya restablecido en buena medida. Las calzadas serían aderezadas nuevamente, los puentes sobre ellas ya se estarían reconstruyendo, el caño de agua ya correría con normalidad. De eso se estaban encargando las autoridades mexicas. Muchos macehualtin habrían regresado a sus casas e iniciarían de nuevo su vida cotidiana.

Los conquistadores se encontraban divididos básicamente en dos bandos, como ya lo vimos líneas arriba: los que apoyaban a Cortés y los que se habían molestado con él. El ejército, que debió mostrar lo más posible disciplina y unidad durante el asedio de México, ahora ya se había dividido irremediablemente. Cortés enfrentaba la animadversión de quienes pensaban, siguiendo a Julián de Alderete, que él había robado parte del tesoro mexica además de su espurio quinto personal. Era un mal que ya no podía paliar. Sabía que estos hombres, nada más por su odio personal contra él, descalificarían todas sus decisiones y las atribuirían a intereses ruines de su parte.

En buena medida, la cuestión de la fundación de la nueva ciudad española en la cuenca lacustre se ajustaría a la posición política. Los soldados conquistadores, como lo hemos dicho, no tenían un gran conocimiento acerca de las conveniencias o no de asentar una ciudad en un lugar u otro. Esto ya se había demostrado muy a las claras al fundar la primera ciudad novohispana, Veracruz, en 1519, en un lugar que se volverá famoso por su clima malsano. Los hombres de Narváez, que habrían venido hacia 1520 no estarían mejor capacitados que los primeros de la campaña. La opinión de cada uno de ellos, por lo tanto, tendrá por móvil la simpatía o la animadversión al extremeño.

Quitando esta cuestión, muchos hombres quizá también motivaban su opinión en la lógica pura. Veían que la vieja ciudad mexicana se encontraba rodeada de agua y pantanos, y que si bien era muy *ad hoc* para la vida indígena, difícilmente lo sería para ellos.

“...cuando se hobo de poblar de españoles, todos quisieran que fuera la población en Cuyoacán, ques dos leguas de esta cibdad o en Tacuba, ques una legua de aquí o en Tezcuco”

Coyoacán *de facto*, a querer o no, ya se había convertido en la sede del poder de Cortés y, por lo tanto, en el hogar de los conquistadores que se encontraban en la cuenca. A diferencia de lo que pasaba en agosto, en que todavía no se sabía bien a bien qué sucedería ni dónde se establecerían, en octubre éste pueblo ya se había afianzado (al menos en la mente de los conquistadores) como la capital del nuevo reino, porque efectivamente fungía como tal. Ya existía una infraestructura que por el momento, satisfacía las necesidades básicas de los españoles. Había un palacio, que era donde habitaba Cortés seguramente y donde se estableció la iglesia en que se practicaba el culto; había plazas donde los caballos podían “escaramuzar” (como se demostró frente a los tarascos) y el agua no faltaba en lo absoluto.

Por otro lado, su ubicación era muy buena. Se hallaba en una superficie plana suficiente para erigir una ciudad española según los cánones renacentistas y además se hallaba en la orilla de la laguna. Además, este pueblo tenía muy buenos recursos maderísticos por los bosques que entonces llegaban a sus orillas y contaba también con una excelente cantera de piedra para la construcción que era el pedregal, que se hallaba muy próximo.

Por lo tanto, es muy factible que las discusiones que se llevaron a cabo hacia el mes de octubre giraran en torno a la idea de fundar la ciudad española en Coyoacán. Finalmente ya existía una infraestructura que se estaba aprovechando. Lo único que se tenía que hacer era consolidarla y proceder a trazar la ciudad.

Esta cuestión de la infraestructura es muy importante para los conquistadores. Es algo que no debemos perder de vista, ya que los requerimientos de una ciudad española eran muy diferentes a los de una ciudad mesoamericana, por más que ésta fuese la capital de un imperio. Destaca aquí que, según Vázquez de Tapia, los conquistadores también habían visto con buenos ojos otras ciudades tales como Tlacopan o Texcoco, que curiosamente

eran las otras dos ciudades de los señoríos de la *excan tlatoloyan* y por lo tanto, contaban con la mejor infraestructura posible.

En torno a esto giraban las ideas de los conquistadores hacia los meses de octubre y noviembre. Establecerse en Tlacopan o Texcoco significaba hacer una ciudad en tierra firme pero con un alto nivel de infraestructura. Mucho mejor que la isla de México. Coyoacán, cabe señalarlo, no tendría tal nivel de infraestructura, pero estaba el hecho que ya señalamos, de que estaban ya allí.

Seguramente las pláticas entre los españoles fueron acaloradas y los opositores de Cortés estarían más feroces que nunca. Sin embargo el poder que ostentaba Cortés era inmenso y su opinión siempre fue la de establecer la ciudad en Tenochtitlan. Ese era una idea que había tenido desde el inicio y sobre la cual actuó. Para octubre, como veremos, se habría ya dado un hecho trascendental respecto a la isla de México: la vuelta de los mexicas a sus casas. Dice Bernal Díaz: “...*que dentro de dos meses se volviesen (los mexicas) a vivir en ellas, y les señaló en qué parte habían de poblar y la parte que habían de dejar desembarazada para que poblásemos nosotros.*”²⁸⁸

En realidad la vuelta de los mexicas se daría dos meses después de la captura de Cuauhtémoc. Sería precisamente hacia el mes de octubre, cuando regresen. Es factible que los primeros en llegar a la ciudad hayan sido los tlatelolcas. Al menos eso se deduce de las palabras del *Relato Anónimo de la Conquista* de 1528 que ya citamos. Es probable que, efectivamente los tlatelolcas hayan sido los primeros en regresar, ya que Cortés no habría de establecer la nueva ciudad en Tlatelolco, sino en Tenochtitlan. Lo importante es que México ya estaba siendo poblada nuevamente por sus habitantes originarios.

Por lo tanto, los argumentos y razones que hubiesen dado los conquistadores que buscaban establecer la ciudad en Coyoacán, Texcoco o Tlacopan, realmente no importarían mucho al extremeño. Y éste, con el poder que ostentaba, podía e hizo lo que le pareció mejor. Las pláticas sobre el tema fueron una formalidad nada más. Bernardino Vázquez de Tapia es lo que señala en su declaración en el Juicio de Residencia.

²⁸⁸Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 374

Las razones que arguye Cortés para la reconstrucción de México serán varias. La principal es de índole simbólica: hacer una ciudad, heredera directa de la gran ciudad mesoamericana, y por ende, de todo su poder y fama; asimismo, al reconstruirla como una ciudad cristiana, compensaba las “ofensas” que se habían hecho en ella a Dios con todos los sacrificios humanos que se hicieron en las ceremonias mexicas. En la *Tercera Carta* él mismo nos dice “*viendo que la ciudad de Temixtitán, que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha hecho, pareciónos que en ella era bien poblar*”. En la declaración de Vázquez de Tapia, éste se confirma que este argumento era el que argüía el extremeño:

“...el dicho don Fernando decía que, pues esta cibdad en tiempo de los indios había sido señora de las otras provincias a ella comarcanas que también era razón que lo fuese en tiempo de los cristianos e así mismo decía que, pues Dios nuestro señor en esta cibdad había sido ofendido con sacrificios e idolatrías, que aquí fuese servido con que su santo nombrado e ensalzado más que en otra parte de la tierra.”

Cortés, en la cuestión simbólica (de trascendencia más bien política), realmente lo que busca es dar una sensación de continuidad entre una ciudad y otra. La palabra “reconstrucción”, que se repite muchas veces en las fuentes del momento, tiene una connotación muy clara de continuidad. No se reconstruye lo que no hay, sino lo que estaba. En efecto, para el discurso de Cortés, en este caso dirigido sobre todo hacia el mundo indígena, la ciudad nueva era la misma que había antes. A ésta se habían visto los españoles obligados a destruir por la resistencia tan férrea que opusieron los mexicas durante la guerra, pero él tenía toda la intención de preservarla. Y ahora, en vista de que había sido destruída lamentablemente, lo que restaba por hacer era reconstruirla.

Esto tenía además, una significación todavía más evidente: quienes la habrían de poblar, precisamente en la parte más sagrada y respetada de toda ella, serían los españoles, con Cortés al mando a nombre del rey Carlos I. Lo que se quería dar a entender era precisamente que el poder que antes ostentaba Moctezuma y su corte, ahora lo tenían los españoles, siendo sus legítimos (no herederos) poseedores.

Respecto a la cuestión religiosa, de que se pensaba compensar la ofensa a Dios por los cultos y sacrificios paganos, la cosa no parece muy clara. Una de las declaraciones contra

Cortés en el Juicio de Residencia es que no puso ningún empeño en construir iglesias, sino que erigía un oratorio donde él habitaba, tesis que, como veremos, se confirma en la traza de la ciudad. Es cierto que a esas alturas de 1521 no había quién atendiese los templos mas que personas como fray Bartolomé de Olmedo y era inútil levantar iglesias que no tendrían sacerdotes. Pero es cierto que el celo mostrado por Cortés en este rubro no fue muy grande. Seguramente no dio tiempo de probar esto durante su gobierno, pues cuando se levantan los grandes conventos de San Francisco y Santo Domingo, será hacia 1526. Recordemos que el poder de facto lo perdió hacia 1525 cuando se dirige a la campaña de las Hibueras, por lo que estas obras ya no pueden atribuírsele a él.

La otra razón de peso que argumentará el conquistador será la cuestión de la **seguridad**. Recordemos que una de las cosas que había hecho a México una ciudad tan fuerte era precisamente su situación lacustre, la cual permitía una defensa muy eficaz contra la tecnología militar mesoamericana. Como vimos, México tardó mucho tiempo en caer ante Cortés precisamente porque los ataques sólo se podían dar por las calzadas, las cuales se rompían con facilidad y el paso quedaba vedado. Solamente ejércitos de mano de obra gratuita podían hacer la obra titánica de cegar diariamente las cortaduras con escombros, algo que se pudo hacer porque se contaba con prácticamente todos los efectivos tlaxcaltecas para ese propósito, circunstancia que difícilmente se podría dar nuevamente a menos que se hablara de una rebelión general de todos los pueblos mesoamericanos contra los españoles. Cabe señalar también que los ataques vía lacustre eran totalmente ineficaces; incluso los bergantines, de mucha mejor tecnología que las canoas indígenas, tuvieron una función más bien auxiliar durante el asedio, limitándose a atacar puntos determinados o a ayudar al ejército en los avances por las calzadas.

Por lo tanto, era muy lógico pensar que si los españoles se establecían allí, con su tecnología serían verdaderamente invencibles. En la respuesta que se da al juicio de residencia se dice lo siguiente: *“lo que los testigos arguyen de haber fundado esta cibdad en la laguna e no en otra parte, el dicho don Hernando Cortés tovo muy justas cabsas para ellos, ansí por estar mejor y más conveniente parte, que no en otra alguna desta tierra, como porque dejando de poblar en ella, era cueva e fortaleza de los indios, e se tornara a alzar ligeramente cada que se les antojara, e no se podiera dar miente e fama de estar*

poblado despañolesesta dicha cibdad, los indios se sujetaron".²⁸⁹ Resulta un poco desconcertante esta afirmación. Efectivamente, los españoles serían invencibles estando ellos en la isla de México, pero lo lógico sería que *sólo ellos*. En cambio, Cortés había promovido la vuelta de sus habitantes, acérrimos enemigos unos meses antes, incluso antes que se reconstruyera la ciudad.

Cortés quiso que sus habitantes se volvieran a habitar en ella, al menos en la parte norte de Tlatelolco, y quizá *después* se dio cuenta de la peligrosa situación que esa circunstancia entrañaba, al menos para la lógica de los españoles. El extremeño mismo sufría de un constante temor de un nuevo alzamiento por parte de los mexicas. Eso se demuestra con la venida de Cristóbal de Tapia. Él y sus hombres ven peligroso que abandone la cuenca y cuando unos indígenas le piden que vaya a la costa a ver los navíos de Tapia, él asegura que fue producto de una conspiración entre un grupo de mexicas para alzarse.²⁹⁰ Por eso mismo resulta contradictorio que haya autorizado y promovido la vuelta de ellos a la isla, incluso antes que los españoles mismos. Efectivamente, si se restablecía la gran ciudad mexicana tal y cómo estaba anteriormente, ésta podía volver a alzarse contra los españoles.

No obstante, si bien la opción de que los conquistadores habitasen solos la isla era muy buena para la cuestión de la seguridad, el tamaño de ésta era verdaderamente inmenso para un puñado de apenas un millar de hombres. Los principales aliados de Cortés durante el asedio, los tlaxcaltecas, huejotzincas y texcocanos, a esas alturas ya se habían vuelto a sus tierras y sería impensable que "colonizaran" la destruida ciudad. El profundo arraigo que existía a la tierra por parte de los nahuas del posclásico se justificaba incluso en su cosmovisión, en la cual ellos pertenecían a un Altépetl y no podían abandonarlo.²⁹¹ Además, el extremeño seguramente jamás pensó en eso. La única opción para habitar semejante isla eran precisamente sus antiguos habitantes. Es por ello que autoriza su vuelta.

²⁸⁹Martínez, José Luis. *Documentos...* v. II. p. 175

²⁹⁰Cortés, Hernán. *Op. Cit.* pp. 147 – 148

²⁹¹ El mejor estudio sobre el concepto nahua de Altépetl lo encontraremos en la obra de James Lockhart. *Los nahuas después de la Conquista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999. pp. 27 – 88. Allí se hace un extenso estudio, basado en fuentes coloniales, acerca de la organización barrial nahua, explicando los conceptos de *Calpulli* y *Tlaxilacalli*. También véase Alcántara Gallegos, Alejandro. "Los barrios de Tenochtitlan. Topografía, organización interna y tipología de sus predios" en *Historia de la vida cotidiana en México I. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*. Coordinado por Pablo Escalante Gonzalbo. México, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México, 2004. pp. 167 – 198.

Si el extremeño accedía ante sus hombres y la nueva ciudad tomaba como sede oficial Coyoacán, el peligro quedaba muy latente. Así pues, las dos opciones visibles para la isla de México eran, o ser habitada nuevamente por los mexicas y hacer más que posible una nueva rebelión; o ser habitada por esos pocos españoles, quedando desierta en buena parte. Cortés conjugaría ambas, potenciando las ventajas y conjurando las desventajas de ambas. ¿Cómo? Tomando ambas: la ciudad sería habitada tanto por sus habitantes originarios como por los conquistadores.

Realmente esta solución fue una maniobra política extraordinaria. No sabemos si los mexicas sí pensaban volver alzarse o no, pero era un peligro latente en la mente de los conquistadores (y lo será para los españoles en general durante toda la primera mitad del siglo XVI). Cuando Cortés decide, contra la opinión de varios de sus hombres, establecerse en México, logra que los españoles estén en una posición estratégicamente muy buena y logra además revivir la gran ciudad, señora del Altiplano Central, en todo su esplendor. El objetivo simbólico de que la ciudad nueva sea simplemente la reconstrucción de la antigua y por lo tanto, Cortés a nombre de la Corona sea el continuador del poder tenochca, se cumple perfectamente.

Aunque se tenía un fuerte temor a una rebelión, que no resultaba infundado en la lógica de los españoles (no se demostraría que este temor era injustificado sino hasta la década de 1550), Cortés decide que tanto españoles como mexicas habiten en el mismo espacio. ¡Aqueos y troyanos viviendo uno al lado del otro! Cortés creyó que estando uno al lado del otro, los mexicas se sujetarían (como realmente pasó): *“porque dejando de poblar en ella, era cueva e fortaleza de los indios, e se tornara a alzar ligeramente cada que se les antojara, e no se podiera dar miente e fama de estar poblado despañoles esta dicha cibdad, los indios se sujetaron”*²⁹².

Esta decisión es la que se toma. Hacia diciembre de 1521, cuando se entera del éxito de la campaña de Sandoval, se formaliza, nombrando alcaldes y regidores, es decir, siguiendo la tradición de la fundación de un Cabildo. Como México estaba aún destruída, se tienen que hacer las obras necesarias para hacerla habitable para los españoles, por lo que éstos permanecen temporalmente en Coyoacán. Éste pueblo, entonces sí, pasa a constituirse en la

²⁹² Martínez, José Luis. *Documentos...v. II*. p. 175

sede provisional del gobierno. “...e hizose nombramiento de alcaldes y regidores en nombre de vuestra majestad, según en sus reinos se acostumbra; y entre tanto que las casas se hacen, acordamos de estar y residir en esta ciudad de Cuyoacán, donde al presente estamos.”²⁹³.

Para conjurar el riesgo de una rebelión por parte de personas que vivían lado a lado con los españoles, Cortés actuó de manera política. Aunque habían sido sus grandes enemigos, les concedió una serie de prerrogativas que nuevamente ponían a los mexicas como un pueblo próspero y orgulloso. Su vida cotidiana volvió a la normalidad. Volvían a ser los grandes guerreros y los grandes comerciantes. Aunque Cuauhtémoc era el tlatoani, el extremeño lo tenía preso, por lo que al *cihuacóatl* Tlacotzin, bautizado como Juan Velázquez, le concedió todo el poder que antiguamente tenía tal investidura. Pese a que había sido uno de los que más apoyaron a Cuauhtémoc en el asedio, Cortés lo volvió muy allegado a su persona. De esta forma, la ciudad, una ciudad híbrida (mestiza diríamos hoy con más justicia que nunca²⁹⁴), tendrá como acto fundacional no precisamente el sometimiento de uno al otro, sino la alianza y amistad entre los dos. Los temibles mexicas y los grandes conquistadores se unirán con un lazo indisoluble: la cotidiana convivencia entre ambos. Los mexicas seguirán siendo señores junto a los conquistadores. Discursivamente, como ya lo hemos comentado, la oposición de los mexicas a la presencia de los españoles tras la matanza del Templo Mayor, fue manejada como una *rebelión*. El asedio de México fue el acto con que se sofocó esa rebelión. Pero este pacto del que hablamos, ya se había dado mucho antes, a la llegada de los españoles a Tenochtitlan, cuando Moctezuma II se somete a la Corona Española ante Cortés. Éste lo que hace, siempre en el plano simbólico, sencillamente es reestructurar las cosas tal y como estaban antes de su partida a pelear contra Narváez.

²⁹³Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 165

²⁹⁴ El primer trabajo que alude a la ciudad de México como “ciudad mestiza” lo debemos a la doctora Carmen León Cázares, en su obra *La Plaza Mayor de la Ciudad de México en la vida cotidiana de sus habitantes. (Siglos XVI y XVII)*. México, Instituto de Estudios y Documentos Históricos, Claustro de Sor Juana, 1982. Basándose primariamente en el trabajo de dicha doctora, y dirigido por ella, Holguer Lira Medina bautizó su tesis de Licenciatura como *Urbanismo Mestizo. Antecedentes y juicios sobre la idea de la primera traza de la Ciudad de Mexico, 1521-1524*. México, Facultad de Filosofía y Letras, 2005.

El nacimiento de una nueva ciudad

Decidido ya que la nueva capital sería exactamente la misma donde habitó y gobernó Moctezuma II, se debió proceder a establecer el lugar donde se construiría la nueva ciudad. Y para hacerlo, se tuvo que determinar qué parte estaría poblada por sus antiguos habitantes y qué parte por los conquistadores. Es cuando se habla de la “traza”.

El lugar elegido por el conquistador para erigirla es el que ocupaban los grandes monumentos de Tenochtitlan. El corazón del imperio. Nos referimos a la plataforma central de la ciudad, incluyendo el Recinto Sagrado. Cortés quería adueñarse e implantarse sobre lo que fue la sede del poder temporal y espiritual del Imperio Mexica. Allí se establecerían los españoles.

Es un dato muy interesante que se haya elegido solamente la parte central, porque eso significó prácticamente respetar *en ese momento* toda la zona chinampera, que era la parte habitacional de los tenochcas. En efecto, los cuatro grandes barrios de la ciudad serán respetados en esencia. Si Cortés quería revivir el dinamismo de la antigua metrópoli, ésta tenía que estar habitada por el pueblo bajo (o macehualtin) de la misma manera que lo había estado en la época anterior. Los españoles solamente se adueñarían y transformarían la zona de lo que hoy llamaríamos *edificios públicos*, palacios administrativos y templos, sin afectar en lo posible la tierra chinampera. Eso también tenía una razón más bien lógica. Fuera del simbolismo que ya hemos hablado, la zona palacial de Tenochtitlan era asimismo la más seca y sólida, por lo que se prestaba perfectamente a la construcción de una nueva ciudad. La parte chinampera, rodeada de canalillos, tenía una función agrícola, por lo que era muy húmeda. Por lo tanto, para los españoles no resultaba atractiva en lo más mínimo. Como lo veremos al final, será solamente hasta 1526 cuando la ciudad empiece a invadir éstas zonas habitacionales por la necesidad de fundar los grandes conventos de franciscanos y dominicos. Para 1521 – 1522 la *nauhcampan* tenochca estaba aún completa.

Para dirigir las obras y, al mismo tiempo, afianzar la lealtad de los mexicas, el extremeño reestructuró el estado mexica casi tal y como estaba. Cuauhtémoc, el tlatoani, estaba preso bajo su poder por razones de seguridad, lo mismo que había estado el año anterior

Moctezuma II. Pero a Tlacotzin, el cihuacóatl, le cede prácticamente todo su poder tradicional. Y éste es el que dirigirá las cuadrillas de trabajadores, primero enfocados en la limpieza y después en la construcción de la nueva ciudad.

Las atarazanas

El primer edificio que se manda construir en la isla de Mexico ya por mandato de Hernán Cortés va a ser las atarazanas. El objetivo de esta construcción precisamente va a ser el de volver a México una ciudad inexpugnable en todos los aspectos. Se construyó en lo que probablemente era un embarcadero tenochca ubicado en la costa oriental de la isla, exactamente detrás del Templo Mayor.²⁹⁵ En ese lugar los españoles tendrían un refugio seguro en caso de una rebelión de los mexicas, ya que era una fortaleza de primer orden. Cortés la describe así en la *Cuarta Carta*:

*“Puse luego por obra, como esta ciudad se ganó, de hacer en ella una fuerza en el agua, a una parte de esta ciudad en que pudiese tener los bergantines seguros, y desde ella ofender a toda la ciudad sin en algo se pudiese, y estuviere en mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisiese, e hízose. Está hecha tal, que aunque yo he visto algunas casas de atarazanas y fuerzas, no la he visto que la iguale; y muchos que han visto otras más, afirman lo que yo; y de la manera que tiene esta casa es que a la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias; y la una de estas torres sale fuera del lienzo hacia la una parte con troneras, que barre todo él un lienzo, y la otra a la otra parte de la misma manera; y desde estas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los bergantines, y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hacia el agua; y todo este cuerpo tiene asimismo sus troneras, y al cabo de dicho cuerpo, hacia la ciudad, está otra muy gran torre, y de muchos aposentos bajos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciudad. Y porque la enviaré figurada a vuestra sacra majestad como mejor se entienda, no diré más particularidades de ella sino que es tal que con tenerla es en nuestra mano la paz y la guerra cuando la quisiéremos, teniendo en ella los navíos y artillería que ahora hay.”*²⁹⁶

²⁹⁵El lugar actualmente lo ocupan las ruinas de la iglesia de San Lázaro.

²⁹⁶Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p 197

Efectivamente, en caso de una rebelión, los conquistadores podían irse a refugiarse allí, y cualquier ataque desde dentro de la ciudad o desde la laguna estaría perfectamente conjurado. Si los mexicas decidían atacar desde la ciudad, serían barridos fácilmente por la artillería y si había un ataque vía lacustre, los bergantines estaban allí para romper cuantas canoas se encontrasen en su camino.

Las atarazanas se encontraban bastante lejos de lo que va a ser la ciudad española, pero el camino que iba a ese lugar (prolongación de la calle de Tacuba hacia el oriente) se aderezó y aseguró para tenerlo disponibles los españoles. Este edificio va a ser el equivalente de las murallas y los castillos en una ciudad lacustre como México. Era impensable amurallar teniendo un suelo húmedo como el de las chinampas. De esta forma Cortés resolvió la cuestión de la seguridad.

La historia de este edificio es más bien triste, porque jamás sirvió para lo que fue construido. No obstante, al principio se le dio tanta importancia que hasta contaría con un alcaide. En los primeros años de la vida novohispana serviría de prisión en las disputas políticas que hubo cuando Cortés marchó a las Hibueras. Pero su historia no pasó de allí. Debido a su presencia en la costa oriental de la isla de México, toda ésta se conocerá como “las Atarazanas”. Varias de las calles que se dirigían hacia el oriente se conocieron como “que va a las atarazanas” Como nunca hubo ninguna rebelión, ésta fortaleza cayó en desuso, lo mismo que los bergantines, hacia mediados de siglo. Para el siglo XVII su memoria ya se había borrado de los habitantes de la ciudad. Triste destino del primer edificio que se construyó en la ciudad española.

Alonso García Bravo y la traza

Se han hecho bastantes estudios sobre el hombre al que Cortés le encarga la tarea de trazar la ciudad. Este no es lugar para analizar su vida nuevamente, sino su labor. Cortés se refiere a él como un muy buen “jurmétrico”, es decir, lo que hoy llamaríamos topógrafo.

Seguramente entre los hombres que estaban presentes con Cortés hacia 1521, él era el más adecuado para realizar la labor de la traza de la ciudad.²⁹⁷

Hemos visto a lo largo de toda la campaña de conquista que los hombres que habían venido con Cortés desde 1519 y los de Narváez en 1520 no eran precisamente muy versados en los oficios necesarios para llevar a cabo las tareas que se requerían según las circunstancias. Vemos, por ejemplo, a Martín López diseñar los bergantines, los cuales estuvieron muy lejos de llevar a la laguna de México la tecnología naviera conocida en Europa. Él hizo realmente naves muy sencillas con la capacidad de soportar el peso de pequeña artillería y a una buena cantidad de hombres que luchasen a bordo. Su gran ventaja consistió en que usaban la vela y eran, por lo tanto, muy maniobrables. Pero nada más. También vimos al tal Sotelo hacer una catapulta en el tianguis de Tlatelolco durante la fase final de la guerra que resultó un verdadero fiasco.

Hablamos pues, de hombres que tenían conocimientos de alguno que otro oficio útil para las campañas tanto militares como de establecimiento. Pero aunque hayan sido muy versados en dicho oficio, al ser los únicos que se podían llamar profesionales, no contaban realmente con el apoyo necesario para llevar a efecto las tareas completamente. No contaban con oficiales capacitados y la mano de obra era esencialmente indígena. Mucha de la labor que en Europa o las Antillas hubiera llevado a cabo un oficial, aquí la llevaban a cabo algunos jefes indígenas, cuyo conocimiento era diferente al que se requería. Por lo tanto, hablamos de obras más bien sencillas que se hacían como diríamos hoy en día, para *salir del apuro*. Eran tareas improvisadas cuyo resultado era más bien limitado. No obstante, como en el caso de Martín López, aun cuando fuera tan limitado, bastaron sus bergantines para vencer a la flota de barcas mexicas cerca del Peñón.

Alonso García Bravo no sería la excepción en este caso. Ya había demostrado sus dotes de arquitecto al construir un palenque en Pánuco y al colaborar con la traza de la Villa Rica de

²⁹⁷El nombre se presta a confusión por el hecho de que un alarife casi inmediatamente posterior a este trazador se llamaba prácticamente igual: Alonso García. Por eso debemos distinguir entre el “trazador” y el alarife. *Vid.* Toussaint, Manuel, *et. al. Op. cit.* p. 21.

la Veracruz.²⁹⁸ Cortés, por lo tanto, no duda en encargarle a él la labor de trazar la nueva capital.

En realidad deberíamos no hablar de “trazar”, sino de “retrazar”, porque en realidad eso fue lo que hizo. La ciudad de Tenochtitlan ya estaba perfectamente trazada desde la época de Itzcóatl. Su labor consistió simplemente en adaptar lo que ya estaba para cubrir las necesidades de una población española.

Ahora bien, la pregunta que nos debemos hacer es: ¿Cuál fue la traza que hizo García Bravo? Manuel Toussaint nos la resume de una manera muy contundente:

“Para hacer la traza de la nueva ciudad, García Bravo tenía que sujetarse a los elementos que quedaban de la anterior población: algunos edificios; las principales avenidas y las acequias que no era posible cegar de golpe. Las cuatro avenidas o calzadas principales que llegaban a los muros del coatepantli vinieron a servir de ejes para la traza y los dos palacios de Moctezuma, el viejo y el nuevo, que Cortés se apropió, y por ende eran intocables, marcaron los derroteros fijos a que tenía que sujetarse. Las acequias le pusieron el límite y así, por el poniente, la que seguía la actual calle de San Juan de Letrán, marcó el lindero de la traza. Dividiendo el espacio comprendido entre las espaldas de las casas viejas de Moctezuma y la acequia en dos grandes núcleos por medio de una calle (actual de Bolívar), tuvo el tamaño de las calles, más tarde subdivididas de norte a sur, con lo cual quedó la disposición de calles y cabeceras invertidas en esta parte de la traza. Por el lado del oriente, la calzada de Iztapalapa marcó la dirección y el palacio viejo de Moctezuma fue el módulo. Tomando otra medida igual, trazó su paralela a la calzada de Iztapalapa y así fijó su límite por este lado a la traza en la actual calle de Jesús María. La acequia corría media distancia más al oriente (calle de Roldán) pero venía inclinada. Otro tanto ocurría por el lado del norte en que la acequia de la calle del Apartado obligó más tarde a desviar esa vía en relación con el resto. Por eso el Alarife (sic) toma el punto en que la acequia cruza la de San Juan de Letrán y desde allí tira la perpendicular hasta unirla con su límite oriental; por el sur, toma una distancia sensiblemente igual a la que había de las casas nuevas de Moctezuma a su límite norte y por allí cierra el cuadro (calle de San Miguel). En el interior quedaba una acequia inclinada que duró siglos, pues todavía figura en planos del 1700, pero que corría atravesando los grupos de casas sin formar calle. Así logró el Alarife (sic) trazar de forma regular sujetándose a las condiciones preexistentes. Hay quien cree que la traza era simplemente el perímetro en que estaba encerrada la ciudad pero el propio García Bravo afirma que “trazó la ciudad con sus calles y plazas como hoy está”. La dimensión dada a las calles tampoco fue su voluntad, pues los edificios, las casas viejas de Moctezuma y las nuevas por otro lado, fijaron la longitud de las calles que no siempre parece igual. Además, la calzada que iba al Tepeyac no era la que salía del centro del muro norte del coatepantli; sino la que pasaba frente a las casas viejas de Moctezuma (calle de Santo Domingo), de modo que la distancia entre esas dos calzadas

²⁹⁸Toussaint, Manuel, *et. al. Op. Cit.* p. 21

marcaba igualmente la dimensión de toda una fila de calles y de las que quedaban en prolongación hacia el sur. De todos modos, la ciudad es casi regular: las calles corrían de oriente a poniente; las cabeceras o medias calles de norte a sur, salvo en el grupo situado en el grupo situado al poniente de las casas de Cortés, ya se dijo por qué. Como las dos casas de Moctezuma no estaban en línea, y aunque parece que Cortés no edificó totalmente su predio en las casas nuevas, actual Palacio Nacional, que no alcanzó su tamaño completo sino en tiempos muy posteriores, las calles de San Francisco y Moneda no forman línea recta, ni la segunda con la de 5 de Mayo que fue abierta siglos después, dividiendo en dos las casas viejas de Moctezuma, actual Monte de Piedad.

*Sobre la traza primitiva se hacen modificaciones, se abren nuevas calles, se amplía su límite ya en forma no tan regular a causa de las acequias y de que los indios que vivían fuera de la traza no tenían orden en sus casas. Error grave fue ese: no marcarles desde un principio un plan de construcción para cuando la ciudad creciera, si bien el crecimiento fue corto como ya hemos dicho.*²⁹⁹

Esta descripción tan brillante por parte del famoso historiador del arte colonial mexicano se basó en los estudios que ya se habían hecho con anterioridad desde el siglo XIX con Lucas Alamán.³⁰⁰ Finalmente la ciudad no cambiaría de tamaño significativamente desde finales del siglo XVI hasta el XIX. Por lo tanto, era de esperarse que lo que se percibía como “traza regular” en el primer cuadro, en esa centuria, se atribuyera a la obra de García Bravo.

No obstante, esto es una imprecisión. Recordemos que García Bravo trazó una ciudad española donde habrían de habitar alrededor de un millar de españoles. Pensar que la traza que él hizo se acopla a lo que hoy llamamos el *Perímetro A* del Centro Histórico es hablar de una ciudad muchísimo más grande de lo que podían habitar los conquistadores españoles hacia finales de 1521. Además esta traza rebasa con mucho lo que fue la plataforma central de Tenochtitlan, ya que sobrepasa la acequia de Huitzilam o de la Merced (la que Toussaint habla que es inclinada).

En realidad la obra de García Bravo fue mucho más sencilla. Lo demás ya fueron ampliaciones posteriores a la traza primigenia, como lo trataremos de demostrar. La traza original fue mucho más pequeña, y se acoplaba a la parte más noble de Tenochtitlan. Si hemos de trazar los límites de esta traza, tendremos que se trata de un cuadrado muy regular, con la plaza en medio exactamente.

²⁹⁹ *Ibíd.* .p. 22

³⁰⁰ Alamán, Lucas. *Op. Cit.* p. 174. Él había dicho que la traza sería al oriente la calle de la Santísima; al sur la de San Jerónimo; al poniente la de Santa Isabel (Eje Central); y al norte la de la Espalda de Santo Domingo (República de Perú).

García Bravo, contra lo que se dice, procuró no tocar las acequias, lo mismo que sucedió en época prehispánica, ya que la dirección natural de éstas era ligeramente en diagonal, en un sentido noreste – suroeste, y no se alineaban con la orientación del Recinto Sagrado. El único canal que lo hizo fue el que se conoció como “Acequia Real”, que pasaba en el flanco meridional de la plaza. Ésta acequia, analizando su cauce, se ve claramente que es artificial, porque se abrió de modo que respetara la orientación del corazón de Tenochtitlan. Todas las demás, la de la Merced (o Huitzilam), la de Santo Domingo (calle de Perú), la de San Antonio Abad (calle de Chimalpopoca) e incluso la de Roldán tras la curva que trazaba al norte de la Alhóndiga, seguían una orientación ligeramente diagonal noreste – suroeste, siendo casi paralelas todas ellas. Por lo tanto, quedaron fuera de la plataforma central de la antigua ciudad Mesoamericana, y lo harían también en la nueva traza de García Bravo.

Si hemos de hablar de límites, tenemos éstos, que son muy precisos: al norte, la calle de Belisario Domínguez – Venezuela; al oriente, la calle Jesús María; al sur, la calle República del Salvador; y al poniente, la calle de Bolívar. Éstos fueron los límites de la ciudad trazada por Alonso García Bravo.

Éste trazador participó en las campañas llevadas a cabo por Pedrarias Dávila hacia 1513 para la conquista de la Tierra Firme.³⁰¹ Precisamente en ese año se recibe la instrucción del Rey Fernando el Católico para poblar ciudades en tierra firme, una idea muy basada en las fundaciones nuevas de ciudades en Granada y las Antillas, donde se ensayaba con la traza reticular: “...*La plaza grande... que por lo menos tenga de largo una vez y media de ancho, porque de esta forma es mejor para las fiestas de a caballo y cualquier otra que se hayan de hacer... Dispónganse calles y casas que sirvan de defensa y ornato trazadas de modo que la ciudad o villa pueda extenderse sin perder la forma; los solares se sortearán, y acomodados todos los pobladores, los restantes quedan para el Rey que los repartirá como su merced fuere*”.³⁰²

³⁰¹*Ibíd.* p. 21

³⁰²Valero de García Lascuráin, Ana Rita. *La Ciudad de México Tenochtitlan. Su primera traza 1524 – 1534*, México, Editorial Jus, 1991, p. 69

Las calzadas de Tlacopan e Iztapalapa, decumano máximo y cardo máximo

México Tenochtitlan contaba con una infraestructura urbana muy adaptable para éstos requerimientos que, basados en las ideas renacentistas (basados a su vez en las ciudades clásicas), se habían impuesto como modelo para las fundaciones en tierra firme. Igual que en los campamentos y ciudades romanas, a la parte del centro de la ciudad llegaban las dos calzadas más importantes, la de Tlacopan y la de Iztapalapa, perpendiculares una con respecto a la otra. El único detalle que cabe señalar aquí es que ambas calzadas, por el concepto arquitectónico mismo de Tenochtitlan, no se cruzaban realmente. La de Iztapalapa terminaba en la acequia real, al sur de la explanada, mientras la de Tacuba lo hacía prácticamente en el nacimiento de la calzada que iba a Tlatelolco (República de Brasil). El Huey Teocalli o Templo Mayor, como centro neurálgico y cosmogónico de la ciudad, se ubicaba exactamente en el punto donde se unirían ambas calzadas siguiendo sus respectivas direcciones. No obstante, una terminaba en la “plaza de los principales aposentamientos”, como la llamaba Cortés y otra en las afueras del muro delimitador del Recinto Sagrado.

Obviamente, en el plan de la nueva ciudad, no se pensaba en lo más mínimo respetar dicho recinto, considerado pagano e insultante de Dios. Por lo tanto, en la nueva traza de García Bravo, lo que se va a hacer es desaparecerlo completamente (en realidad, por la monumentalidad y tamaño de las construcciones allí existentes, esta labor va a tardar mucho tiempo y no va a ser completa, sino que se solamente se terraplenará el suelo de modo que se pudiera construir sobre él). Aquí cabe señalar que la obra de este trazador consistió en “marcar” las calles y los terrenos por medio del cordel; la construcción de las casas fue otro asunto muy distinto. Él solamente señalaría dónde habrían de construirse los edificios y dónde estaría la calle, pero el cuándo y el cómo, fueron cosas que salieron de su jurisdicción. En el caso del terreno que ocupó el Recinto Sagrado, él sólo marcó la calle pero las construcciones en los nuevos solares tuvieron que esperar hasta que los edificios mexicas hubiesen sido desmontados del todo.

Así pues, tenemos que García Bravo prolongaría las calzadas de Iztapalapa y de Tlacopan sobre los terrenos del Recinto Sagrado hasta unir las frente al Templo Mayor. De esta manera, se cumplía la idea de una ciudad enmarcada por dos ejes principales y perpendiculares, que en este caso serían las antiguas calzadas mexicas. En efecto, la calzada

de Iztapalapa se convirtió en el *cardo máximo*, mientras la de Tlacopan en el *decumano máximo*.

La gran plaza

La gran explanada, ubicada al sur del Recinto Sagrado, a la que asomaban las casas nuevas de Moctezuma, tenía una forma más bien rectangular. Ya hemos dicho que el muro delimitador del Recinto Sagrado llegaba poco más al norte de la línea de las calles Madero y Soledad, por lo que la explanada se ubicaría en lo que hoy es la parte sur del Zócalo, teniendo de ancho aproximadamente la misma distancia que separa la calle de Madero a la acera sur de 16 de Septiembre y de largo lo que separa el Portal de mercaderes del Palacio Nacional. Al norte se hallaría el flanco sur del muro delimitador del Recinto Sagrado.

Ya vimos que durante el asedio de la ciudad, cuando los hombres de Cortés lograban atravesar las tres acequias y llegar a la gran explanada, era porque habían tomado Tenochtitlan en la *praxis*, aunque después se replegaban al real de Acachinanco. No sabemos si se trataba de una plaza del mercado (no es probable, puesto que así lo habrían mencionado tanto Cortés como Bernal Díaz mismo, los cuales no dudan en mencionar el mercado de Tlatelolco como el mercado de la ciudad en sí) o simplemente una gran explanada para darle majestuosidad a los edificios que la rodeaban, como el palacio de Moctezuma, las casas de nobles o el mismo Recinto Sagrado. Lo que sabemos es que se trataba de un gran espacio vacío, rodeado de edificios importantes y flanqueado al sur por una gran acequia que lo delimitaba.

Este espacio, ubicado al sur del Templo Mayor, sólo tenía contacto con la calzada de Iztapalapa, la cual moría en una puente al llegar a éste, tras la gran acequia. La llamada “Puerta del Águila”, la puerta sur del Recinto Sagrado, se hallaba exactamente enfrente de dicho puente, del otro lado de la explanada. La calzada de Tlacopan, por su parte, no tenía contacto con esa explanada; más bien al contrario, se hallaba alejada de ésta por más de un centenar de metros.

Para que se cumpliera la idea de la traza renacentista, y que exactamente en el cruce de los dos ejes principales, el cardo y el decumano, se hallase la plaza de la ciudad, la cual por lo menos *“tenga de largo una vez y media de ancho”*, lo que hace García Bravo es tomar como módulo la explanada prehispánica y luego prolongarla por toda la parte del Recinto Sagrado que la separaba de la línea de la calzada de Tlacopan. Es decir, desde el Templo Mayor, que sería el cruce de ambos ejes, se demolería toda la parte suroeste del Recinto Sagrado con vistas a dejar el terreno despejado y unirlo de esta manera a la ya existente *“plaza de los aposentamientos”*.

Así pues tenemos que la plaza de la ciudad de García Bravo era verdaderamente inmensa, mucho más grande que nuestra actual Plaza de la Constitución, ya que hablamos del terreno del Zócalo más el de la Catedral juntos. Dicho espacio tendría alrededor de trescientos sesenta y cinco metros de largo (norte a sur) y doscientos treinta y cuatro metros de anchura (este – oeste). Esto nos da un espacio enorme, de aproximadamente ochenta y cinco mil quinientos metros cuadrados, que difícilmente se hubiese podido ver en otra ciudad del mundo hispánico, incluso Salamanca, ciudad con que habitualmente compararon los conquistadores los espacios de México.

Esta solución cumplía aún mejor las expectativas del pensamiento renacentista que la ciudad prehispánica misma. Como Hernán Cortés se adjudica para él los solares correspondientes a los grandes palacios de Axayácatl y Moctezuma y decide conservarlos como tales, resulta que la nueva plaza iba a tener vista para ambos aunque estuviesen ubicados a diferente altura. Esto difería mucho de la ciudad mexicana, en donde el palacio de Axayácatl daba, no frente a un espacio vacío, sino frente al flanco occidental del muro delimitador del Recinto Sagrado, permaneciendo oculto a la vista desde la explanada.

Un espacio así permitía perfectamente llevar a cabo los juegos de caballos que hacía mención la instrucción dada por Fernando de Aragón a Pedrarias Dávila que ya mencionamos. Allí se podían realizar los juegos de cañas, que tan populares eran en esa entonces en la cultura hispana, y que simulaba el combate de los antiguos caballeros, nada más supliendo las mortales lanzas de guerra por cañas, para que éstas se quebrasen sin causar la muerte del contrincante. Las fiestas religiosas también tendrían un escenario fantástico.

Los palacios

Como lo indica Manuel Toussaint en la cita que reproducimos, Cortés se apodera de los solares que en algún momento pertenecieron a los palacios de Moctezuma y de Axayácatl. Es un dato muy interesante que mientras el gran Recinto Sagrado, el *axis mundi* de México Tenochtitlan, fue demolido en su totalidad para integrarlo a la ciudad española, los grandes palacios fueron respetados, al menos en sus solares y en su función. Esto indica claramente que la mentalidad de Cortés respecto a la gran ciudad consistía en respetar el poder político únicamente, mientras el religioso era extirpado en su totalidad.

El que se haya adueñado el extremeño los solares correspondientes a los palacios resulta evidente en la acusación XXXVII del juicio de residencia, donde Vázquez de Tapia dice que “..dicho don Fernando, al tiempo que se hizo la traza desta cibdad, dio a muchos sus solares e primero a sus amigos e debdos, e para sí tomo cincuenta e seis o sesenta solares en lo mejor de la plaza”.³⁰³

Los palacios de los tlatoanis eran de dimensiones colosales: el de Axayácatl era un cuadrado perfecto de cerca de poco más de doscientos metros por lado y el de Moctezuma tendría doscientos metros de este a oeste y cerca de ciento treinta de norte a sur. Ya hemos dicho que no estaban del todo arrasados al tiempo que se hizo la traza de la ciudad, pero habían quedado de tal manera dañados que era necesaria una reconstrucción completa. Ésta se llevaría a cabo a la usanza española y, ciertamente, como fortalezas. Estas construcciones serían, como resultado, mucho más fuertes e imponentes de lo que habrían sido los palacios prehispánicos. Obviamente su construcción tardó mucho tiempo en realizarse, lo mismo que la gran mayoría de edificios de la ciudad.

En el palacio que correspondería al de Axayácatl, ubicado ahora en el flanco noroccidental de la plaza; donde otrora estuvieron los españoles a punto de ser muertos tras la matanza del Templo Mayor, Cortés lo destinaría a Palacio de Gobierno. A la larga, este edificio conservará esta función durante varias décadas. Allí presidirían los primeros virreyes Antonio de Mendoza y Luis de Velasco. La descripción que hace Cervantes de Salazar del

³⁰³Martínez José Luis. *Documentos...* v. II p. 41

palacio donde presidían el virrey y la Audiencia hacia 1554³⁰⁴, corresponde aún a este palacio. En éste no hubo ninguna duda sobre los límites de los solares ni quién se los disputara.

No será lo mismo con el palacio que coincidía con el palacio de Moctezuma (actual Palacio Nacional). Allí, como éste palacio estaba muy pegado a la parte meridional del Recinto Sagrado, al retrazarse la ciudad, Cortés intentó apoderarse de algunos solares extras ubicados al norte del verdadero límite del edificio. Este llegaba originalmente a la altura de la calle de Soledad, pero con los solares extras añadidos llegaría a su límite actual, sobre la actual calle de Moneda. Las disputas sobre estos “solares extras” llevaron a dejar vacío el terreno hasta mediados del siglo XVI, ya que se planeaba abrir otra calle (quizá continuación de Soledad), lo cual no era agradable a la vista, cosa que hasta Cervantes de Salazar deja entrever en sus *Diálogos*: “*ALFARO: ¿Adónde va a dar esa calle tan ancha, que desde el palacio del Marqués no tiene casas, y viene a acabar en plaza?*”³⁰⁵ Es por esto, por las disputas sobre las dimensiones de los solares, que la calle de Moneda será la más ancha de la ciudad colonial, sin tener ningún antecedente prehispánico.³⁰⁶

Las calles

Teniendo ya la plaza perfectamente delimitada, García Bravo se dispone inmediatamente a trazar las calles. Probablemente lo que hizo fue, tomando como eje la calzada de Iztapalapa, medir la distancia que había entre el puente de Huitzilam (justamente donde cruzaba la acequia de la Merced, que era diagonal, a la altura del Hospital de Jesús) y el límite sur de la plaza. Esto se hizo debido a que en este punto era donde comenzaba la plataforma central de Tenochtitlan, y el cruce de esa acequia en diagonal marcaba su límite. Recordemos que, durante el asedio, a partir de ahí es donde comenzaban las mejores casas. La distancia entre la plaza y la acequia, aproximadamente unos doscientos ochenta metros, García Bravo la dividió de modo que hubiesen tres manzanas de un límite a otro, con sus respectivas calles intermedias. Hablamos de manzanas cuya anchura tendrá ochenta metros aproximadamente

³⁰⁴Cervantes de Salazar, Francisco. *México en 1554 y Título Imperial*. pp. 44 – 45

³⁰⁵*Ibíd.* p. 47

³⁰⁶Porrás Muñoz, Guillermo. *Personas y lugares de la Ciudad de México. Siglo XVI*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1988

y calles de alrededor de poco más de diez metros entre una acera y otra. Estas medidas no son gratuitas. En aquella época los solares tenían una medida de cuarenta metros por cuarenta metros. Por lo tanto, hablando en estos términos, dichas manzanas fueron trazadas para tener medidas de solares homogéneas: cinco solares de largo y dos de ancho. De este modo nacen las calles hoy llamadas Venustiano Carranza³⁰⁷, República de Uruguay y República del Salvador, siendo ésta la última al sur. Pero también de esta forma se crea la medida de la anchura de las manzanas y de las calles.

Por el norte, García Bravo tomó precisamente las mismas medidas de calles y manzanas resultantes en el sur y las proyectó hacia el norte, de modo que la misma distancia que había entre República del Salvador y la plaza se aplicaría hacia el septentrión, tomando como inicio la calzada de Tlacopan y teniendo como eje la calzada que iba a Tlatelolco (República de Brasil). Así es cómo se crean las calles de Donceles, República de Cuba y Belisario Domínguez – República de Venezuela, siendo ésta la última. Y efectivamente, la distancia entre Belisario Domínguez y la calle de Guatemala (calzada de Tlacopan) es también de doscientos ochenta metros; la anchura de las manzanas ronda los ochenta y cuatro metros y la de las calles, alrededor de once.

Como lo indica Manuel Toussaint, hacia el este y el oeste de la plaza la situación para el trazador es muy diferente, ya que tiene que adaptarse a las dimensiones de los antiguos palacios de los tlatoanis y en base a ellos trazar las nuevas calles. De esta manera, la traza ubicada entre la calzada de Tlacopan (y su continuación hacia el este, a las *Atarazanas*) y la llamada Acequia Real, será muy diferente de la que observamos al norte y al sur de estas vías, respectivamente.

El límite sur del Palacio de Axayácatl dio la traza de la calle de Madero. Se cree que al sur de este palacio, donde hoy se encuentra el Portal de Mercaderes, se hallaba el palacio donde despachaba el *cihuacóatl*, algo que todavía no está del todo comprobado.³⁰⁸ Pero si ya existía un edificio definido para la época prehispánica y la calle de Madero era solamente la separación entre dicho edificio y el Palacio de Axayácatl, tenemos que esta calle es de

³⁰⁷Esta calle fue llamada *de la Celada* porque ahí estaba la casa que sirvió para la gran emboscada que hizo Cortés, durante el asedio, cuando mata a muchos guerreros indígenas, con la que provoca el repliegue mexica a Tlatelolco.

³⁰⁸Valero de García Lascuráin, Ana Rita. *Solares y conquistadores. Orígenes de la propiedad en la Ciudad de México*. p. 52

origen prehispánico y solamente se adaptó para la ciudad española. Como ambos palacios de los tlatoanis medían alrededor de doscientos metros de este a oeste, se tomó su medida para marcar la longitud de las manzanas de la ciudad. Las partes de atrás de los palacios de Axayácatl y Moctezuma a su vez dan origen a las calles que hoy conocemos como Isabel la Católica y Correo Mayor – El Carmen, respectivamente, las cuales, por esta razón, también tienen un origen prehispánico, siendo la última quizá parte del límite oriental del Recinto Sagrado. García Bravo realmente no pudo hacer mucho a este respecto y se adaptaría casi completamente a lo ya existente.

Ahora bien, es muy probable que la distribución urbana ya estuviera como tal desde la época prehispánica misma. Sabemos que la calle de Bolívar – Allende ya existía en la periodo mexicana, ya que fue por esta calle (o una que sería muy cercana y paralela, en su defecto, lo cual es poco probable) por donde Cortés se aventuró el día de su desastre a fines de junio de 1521 y a la que llaman “la calzadilla” (La argumentación a este respecto la dimos en el capítulo precedente). Y resulta que la manzana ubicada entre Bolívar e Isabel la Católica también mide doscientos metros. Si esto es así, tenemos que las calles de Bolívar – Allende, Isabel la Católica y Correo Mayor – El Carmen son de origen prehispánico, como mínimo. La calle de Jesús María, que también está separada por una manzana de doscientos metros de Correo Mayor, probablemente sí haya sido trazada por García Bravo, ajustándose al patrón de doscientos metros que dieron los palacios de los tlatoanis. Esto a ciencia cierta no lo sabemos y nos movemos completamente en el terreno de la especulación.

Ahora bien, si ya existían prácticamente todas las vías que iban de norte a sur desde la época de los tlatoanis, García Bravo solamente las incorporó y adaptó a la nueva ciudad. En el caso de las manzanas que quedaban al este y al oeste de la plaza, es decir, las que quedaron atrás de los palacios, también resultaron ser del mismo tamaño que éstos. Asimismo la línea de las manzanas que quedaron como residuos de los palacios sobre la plaza, es decir lo que quedó entre el límite del palacio y la calle siguiente, lo que hoy es el Portal de Mercaderes hacia el oeste y la parte que iría desde el límite norte del palacio de Moctezuma (probablemente Soledad) hasta la calzada de Tlacopan hacia el este, habrían tenido dimensiones muy grandes.

El adaptar esto a la nueva ciudad implicó alterar la idea de la traza de una manera significativa. Y a eso había que agregarle las órdenes arbitrarias de Hernán Cortés. La calle de Moneda, hacia el este por ejemplo, que no tiene ningún antecedente prehispánico, nació como resultado de estas adaptaciones a la traza. García Bravo, seguramente instruido por Cortés para que respetara la ampliación que pensó hacerle al palacio de Moctezuma al norte, trazó esta calle de una manera imprecisa, solamente definiendo los solares de la acera norte. Pero también el trazador, usando como módulo el límite norte verdadero de dicho palacio, tuvo que adaptar la calle de Soledad, que seguramente tiene origen prehispánico por la misma razón que la de Madero, aunque aquí se usó solamente el tramo que va de Correo Mayor a Jesús María. Realmente las manzanas en este punto debieron ir de Soledad a Guatemala, sin que existiese la calle de Moneda. No obstante, si esto se llevaba a cabo así, y el palacio de Moctezuma se mantenía en sus dimensiones originales, el flanco oeste de la plaza estaría ocupado más por fachadas de casas particulares que por la de un palacio. Quizá es por ello que Cortés, que era tan amante del simbolismo del poder, decidió acrecentarlo.

Tenemos pues que las manzanas que quedaron tras el palacio de Axayácatl y el llamado Portal de Mercaderes, al tener doscientos metros de largo, eran muy grandes. La que quedaba tras el palacio (entre Isabel la Católica, Bolívar, Madero y la calzada de Tlacopan) mediría igual que éste, siendo un cuadrado de doscientos por doscientos metros. La que formaban el portal de Mercaderes (hasta Isabel la Católica) y la que quedaba atrás de éste (la que quedaría entre las calles 16 de septiembre, Madero, Bolívar e Isabel la Católica), tendrían de dimensiones doscientos metros de este a oeste y ciento veinticinco metros de norte a sur, medida muy similar a la que tenía la que quedó detrás del palacio de Moctezuma (entre Correo Mayor, Jesús María, Soledad y Corregidora). También quedaría una hilera de manzanas atípica entre la calle de Guatemala y Moneda, las cuales tendrían una longitud de doscientos metros de este a oeste y ciento veinte metros de norte a sur. Eran muy grandes para poder dividirlos en solares.

Entonces lo que habría de hacer García Bravo con estas manzanas sería dividirlos por callejones estrechos que fueran de norte a sur, de modo que quedaran dos manzanas en vez de una, siempre respetando la integridad de los palacios de los tlatoanis. Así pues, la

manzana del Portal de Mercaderes quedó dividida por el callejón que después se le conoció como de la Palma (este luego se prolongaría por en medio del palacio, pero ya fue esto muy tardío y fue voluntad expresa del marqués del Valle); las manzanas que quedaban entre Isabel la Católica y Bolívar fueron divididas por otro callejón, que se conoció durante mucho tiempo como del Espíritu Santo y hoy llamamos Motolinía. De la misma manera sucedió con las el lado oriental de la plaza. La manzana que iba de la plaza a la calle del Carmen y de Guatemala a Moneda quedó dividida por un callejón que hoy conocemos como Licenciado Verdad y que durante varios siglos se llamó de Santa Teresa. Asimismo las manzanas que quedaron entre la calle de Guatemala, Corregidora, Jesús María y Correo Mayor (divididas únicamente por la de Moneda) fueron divididas pero no por un callejón, sino por una calle más bien ancha, que es la que hoy conocemos como Academia.

En el caso de la calle de Moneda, una calle tan atípica, su existencia alteró mucho la herencia prehispánica. Esta calle originariamente llegaba solamente a Academia (como se puede apreciar incluso hoy día, ya que lo que la continúa es un callejón, conocido como Emiliano Zapata), donde el primer arzobispo, Juan de Zumárraga, estableció un Hospital de Bubas. Hubo ciertas negociaciones con el Cabildo de modo que cediera una parte del solar del hospital y de este modo se prolongó un callejón que la continuó hasta Jesús María. Pero en la época de la traza, la manzana donde hoy está la Academia de San Carlos iba desde soledad hasta Guatemala y de Academia a Jesús María. Con la existencia de Moneda, entre ésta calle y Soledad se crearon manzanas muy pequeñas y cuadradas, que desentonan completamente con el resto de la ciudad.

Esta fue la solución que hizo García Bravo ante la existencia inviolable de los palacios que ahora eran de Cortés. No obstante, al norte de la calzada de Tlacopan (calle de Tacuba-Guatemala) y al sur de la calle de la acequia real (Corregidora – 16 de septiembre), la tipología de manzanas que se da es muy diferente y seguramente más *ad hoc* con las ideas renacentistas. Ya vimos que estas manzanas tendrían alrededor de ochenta metros de norte a sur. Pues bien, si las calles principales de norte a sur ya estaban trazadas desde época prehispánica o García Bravo las trazó usando como módulos los límites de los palacios, fue la longitud de éstos la que determinó su largo, que también será de poco más doscientos metros. Entonces tendremos que las manzanas de la traza original que no se encontraban al

este y al oeste de la plaza tendrán una medida estándar de 200m de largo por 80m de ancho. Esto coincide mucho con las medias de los solares, que en ese momento eran de cuarenta metros por cuarenta metros, aproximadamente, de modo que una manzana contaría con un número de diez solares.

Y efectivamente, las manzanas ubicadas dentro del cuadrado compuesto por República del Salvador, Belisario Domínguez – Venezuela, Jesús María y Bolívar, TODAS cuentan con la misma medida. Por ejemplo, la manzana donde se encuentra la iglesia de San Agustín mide exactamente lo mismo que la de la Real Aduana y el exconvento de la Encarnación (actualmente la Secretaría de Educación Pública).

Las calzadas

Tanto la calzada de Tlacopan como la de Iztapalapa se integraron a la ciudad nueva como cardo y decumano máximo respectivamente. Dichas calzadas eran muy anchas en la época prehispánica. En la ciudad española se van a transformar en calles y su anchura original se verá severamente mermada. Esto se vio incluso durante el asedio, cuando Cortés, en su real de Acachinanco manda construir a los indígenas sus ranchos de una parte y otra de la calzada de Iztapalapa:

*...Y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que desde la primera casa hasta la postrera habría más de tres o cuatro tiros de ballesta. Y vea vuestra majestad que tan ancha puede ser la calzada que va por lo más hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas y quedaba en medio hecha calle, que muy a placer a pie y a caballo íbamos y veníamos por ella...*³⁰⁹

Con esto se demostró que la anchura de las calzadas, si bien era majestuosa y admirable, no era necesaria para la vida de los españoles. Es más, parte de la superficie de esas calzadas podía aprovecharse para construir sobre ellas, siendo un cimiento muy bueno. Dentro de la ciudad parece ser que las calzadas se redujeron de tamaño por un solo flanco, dejando el

³⁰⁹Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 142

otro como la calle en sí. De este modo tenemos que la calzada de Iztapalapa se verá reducida en su lado oeste y la de Tlacopan por su lado norte. No obstante ya fuera de la ciudad conservarían la anchura prehispánica, puesto que ya no era necesario aprovechar su terreno. Curiosamente, hacia la década de los sesentas del siglo XX, hubo un proyecto para ensanchar las calles precisamente de Tacuba y Pino Suárez, para que, vueltas avenidas desde el Zócalo y la Catedral, desahogaran el tráfico vehicular que se aglomeraba en el Centro por ser calles estrechas, mientras en las afueras ya eran avenidas. Este proyecto sólo se llevó a cabo en Pino Suárez, donde se demolieron los edificios precisamente del lado oeste. Inconscientemente la necesidad moderna hizo que la antigua calzada de Iztapalapa recuperara parte de su anchura. En la calle de Tacuba no se llevó a cabo el ensanchamiento, que se proyectaba para el lado norte, porque hubo una fuerte protesta por parte de la sociedad civil.³¹⁰

Así pues, las calzadas de Tlacopan e Iztapalapa se convirtieron en calles de aproximadamente diez metros de anchura en el interior de la ciudad. No obstante, su importancia estratégica hizo que los solares ubicados en ellas fueran de los más prestigiados. Tan es así que en los *Diálogos* de Cervantes de Salazar se percibe que quienes habitaban en ella eran personajes importantes y poderosos:

*ZUAZO: ...Esta otra (la calzada de Iztapalapa), no menos ancha y larga, que corre por la plaza, delante de la Universidad y del palacio del Marqués, y pasando por un puente de bóveda, se prolonga hasta mucho más allá del hospital del Marqués, dedicado a la Virgen, ostenta en ambas aceras las casas de los nobles e ilustres Mendoza, Zúñiga, Altamiranos, Estradas, Ávalos, Sosas, Alvarados, Sayavedras, Ávilas, Benavides, Castillas, Villafañes y otras familias que no recuerdo.*³¹¹

Esto también tenía que ver con razones de seguridad. En la época de Cervantes de Salazar el miedo a una rebelión indígena ya estaba perfectamente conjurado, pero al inicio de la ciudad española era una realidad tangible y contra lo que se tenían que tomar precauciones. Manda Cortés construir una fortaleza en esta calzada, ya casi en la salida de la isla, hacia *Xoloco* o San Antonio Abad. Frente a ésta, de lado norte de la primer acequia (ésta pasaba

³¹⁰Tovar de Teresa, Guillermo. *Op. Cit* v. I. pp. 17 y 23

³¹¹Cervantes de Salazar. *Op. Cit.* p. 48

al norte de la iglesia de San Antonio Abad y coincide con la calle que hoy conocemos como Chimalpopoca), Pedro de Alvarado, hacia 1525, manda construir sus casas, que también van a estar muy bien fortificadas. Esto se le hace mención a Hernán Cortés en su juicio de residencia, atacándolo de dicha autorización que dio a su íntimo capitán³¹². Él responde que al tener dos fortalezas casi una enfrente de la otra en la calzada, ésta quedaba muy bien resguardada.³¹³ Las casas de Alvarado van a ser referencia de la calzada de Iztapalapa durante todo el siglo XVI. Cuando se alude a esta parte sur de la isla de México, se mencionan continuamente incluso en los documentos del Cabildo. En el *Relato de la Conquista* de Sahagún, en la versión castellana se lee al inicio del capítulo XVI, cuando se describe la llegada de los españoles a México: “*En llegando los españoles a aquel río (sic) que está cabe las casas de Alvarado, que se llama Xoluco*”³¹⁴.

La calzada de Tacuba, por otra parte, como era la más cercana a tierra firme, desde un inicio se comienza a poblar en toda su extensión. A lo largo de la primera mitad del siglo se darán instrucciones por parte del virrey Mendoza y del cabildo para que las casas de los vecinos ahí asentadas fueran lo suficientemente fuertes para garantizar una salida efectiva de los habitantes de la ciudad en caso de un ataque. Las principales razones de seguridad, pues, eran dos: por ella venía el acueducto que traía el agua potable a la ciudad y a la vez era la ruta natural de escape hacia tierra firme. Ahora bien, en el interior de la ciudad, hacia la época de la traza, no se habría poblado mucho, ya que buena parte de sus solares los tenía el palacio de Cortés. Esta calzada se continuará hacia el oriente hasta llegar precisamente a la fortaleza de las Atarazanas, por lo que se convirtió en un eje vital para el tema de la seguridad de los españoles en la ciudad. En cualquier ataque, éstos podían ya sea dirigirse hacia el oeste, hacia tierra firme; o bien, hacia el oriente, hacia la fortaleza donde se resguardarían inexpugnablemente.

Ésta va a ser la ciudad fundada por Cortés y los conquistadores, la heredera directa de la antigua México – Tenochtitlan. La obra de García Bravo se limitará única y exclusivamente a trazar las calles, las manzanas y a dividir los solares a repartirse entre los soldados

³¹²Martínez, José Luis. *Documentos...* v. II. p. 122

³¹³*Ibid.* pp. 182 – 183

³¹⁴Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* p. 735

españoles y la Corona. La edificación propiamente dicha, ya sea de las casas o de los palacios de Cortés, fue asunto de cada uno de los poseedores. Esta traza se hizo hacia diciembre de 1521. Las obras de reedificación se comenzarían a principios del año siguiente, hacia 1522, hacia enero o febrero. Es por ello, que para el 15 de mayo, Cortés puede decir, en su *Tercera Carta de Relación*: “De cuatro o cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitlan se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante; y se hace y hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos”³¹⁵

No obstante la obra de García Bravo, hacia 1522 todavía los grandes teocallis del Recinto Sagrado estaban de pie. Eran la cantera de la nueva ciudad. En su desmanteamiento continuo se obtuvieron los materiales necesarios para las casas de los conquistadores. El panorama de la ciudad era de lo que hoy llamaríamos una inmensa “obra negra”. Todo eran obras inacabadas y más bien recién comenzadas que a punto de ser concluidas. Cualesquiera de los solares repartidos en las inmediaciones de lo que fue el Recinto Sagrado resultaron muy problemáticos para la construcción de casas, puesto que los vestigios de los edificios prehispánicos impedían la correcta cimentación y se tenía que esperar hasta que el terreno estuviese más o menos raso para terraplenarlo o rellenarlo de tal manera que se volviese una superficie plana.

Por lo tanto, para 1522 y hasta finales de la década, la ciudad tenía aún muchos solares vacíos y casas inacabadas. El que se hayan repartido dichos solares no quería decir que hubiese pronto construcciones sobre ellos. Hubo muchos que no se construyeron en toda la década de 1520 y pasaron de unas manos a otras. Ejemplo de ello es la plaza de Santo Domingo, que aunque fueron solares repartidos perfectamente, quedaron vacíos, de modo que después fácilmente se cedieron como una plaza.

La parte de la traza de García Bravo que fue despreciada fue la parte sureste de la Plaza Mayor. Al sur de lo que hoy es Corregidora los solares repartidos no se utilizaron en lo absoluto hacia ese momento ni en toda la primera mitad del siglo. Seguramente eran

³¹⁵Cortés, Hernán. *Op. Cit.* p. 165

terrenos muy húmedos, ya que estaban vecinas dos acequias, la Real y la de la Merced, que pasaba muy cerca de allí. El asunto es que ni siquiera la traza de García Bravo se respetaría a la larga, ya que cuando se comenzó a poblar efectivamente hacia la década de 1550, se abrió un callejón de norte a sur que alteró el prototipo de manzanas de García Bravo, la calle que hoy llamamos de las Cruces, que divide en dos las manzanas ubicadas entre Jesús María y Correo Mayor. Esta circunstancia permitió que el espacio ubicado al sur de la acequia y del palacio de Moctezuma permaneciera vacío y se creara la que se conoció como Plaza del Volador y tras ésta, la Universidad.

El Templo Mayor todavía señoreó la ciudad hasta 1524. En las actas del cabildo hay documentos que hablan de solares “frontero al Huchilobos”. El gran templo todavía se mantuvo en pie marcando el axis mundi de la ciudad durante otro par de años. Cuando ya desaparece de la vista es cuando la ciudad española ya estaba consolidada como tal.

Un dato que resulta altamente importante es que en la traza de García Bravo no se toman en cuenta en lo más mínimo solares para la construcción de iglesias cristianas. Solamente había, como hemos dicho, un oratorio en el lugar donde vivía y despachaba Cortés. De esto se le acusa con virulencia al extremeño en el Juicio de Residencia, ya que en la acusación 98 se dice *“Otrosí: se le face cargo al dicho don Hernando Cortés, que en todo el tiempo que gobernó, fizo ni mandó facer iglesia ni monesterio alguno en esta cibdad ni en las otras villas para el culto divino; entes tenía e tuvo siempre la iglesia doquiera que estuvo, en la casa do él posaba, e no en parte que convernía; pues fizo tanta copia de casas populosas e grandes para su aposento e rentas, fuera justa cosa que para el servicio de Dios Nuestro Señor e para celebrar los oficios divinos, que en su tiempo hobiera fecho iglesias e monesterios”*.³¹⁶ Esto indica también que la necesidad de sedes del culto cristiano era aún muy limitada, muy probablemente debido a que todos los conquistadores sumaban apenas un millar de personas, además de que había muy pocos hombres de Dios con la jurisdicción de llevar a cabo legítimamente los cultos divinos, como lo eran Bartolomé de Olmedo o Juan Díaz. Y recordemos que la ciudad de García Bravo se planeó solamente tomando en cuenta a los conquistadores presentes en 1521. En ese tiempo, el

³¹⁶Martínez, José Luis. *Documentos...v. II* p. 131

improvisado templo que existía en las casas donde despachaba Cortés en Coyoacán satisfacía más o menos las necesidades espirituales de los españoles.

Así pues, la traza de García Bravo solamente tomó en cuenta el trazo de las manzanas, las calles y la plaza, respetando los solares de los antiguos palacios de los tlatoanis para Cortés. Pero efectivamente, en el reparto de solares no se nota que haya habido ninguno destinado a templo o convento. La llegada de las órdenes religiosas en 1524 y 1526 motivará precisamente por esto, la primera expansión de la traza original hacia este último año. De esto hablaremos en las conclusiones.

La traza como sinónimo de separación entre españoles e indios.

Es bien conocido que cuando en el siglo XVI se habla de “la traza” en la Ciudad de México, se habla de la zona habitada exclusivamente por los españoles y que coincide con lo que fue la parte más noble de Tenochtitlan. Efectivamente en la *praxis* esto fue una realidad. La parte “trazada” de calles y manzanas, ya sea la hecha por García Bravo o las subsecuentes expansiones hacia la segunda y tercera década del siglo, era la habitada por los españoles. Pero la idea de que esto fue una acción deliberada de marginación entre los españoles y los mexicas es inexacta. Es cierto que los españoles se tenían que mantener unidos y cercanos en el núcleo de la ciudad por el temor de una rebelión indígena, pero esto no quiere decir que se buscara deliberadamente una separación racial. La seguridad de los españoles se mantendría y garantizaría por la construcción de casas fuertes en puntos estratégicos. Pero mientras no hubiese la amenaza real de un levantamiento, no era necesaria la separación entre ellos y los indígenas.

La separación que se da en la *praxis* más bien responde a que los españoles y los mexicas tenían una forma muy diferente de *uso de suelo*, como diríamos hoy día. Mientras los europeos buscaban un solar perfectamente bien medido y delimitado geométricamente dentro de una manzana, los mexicas contaban con terrenos delimitados ya sea por retorcidos canalillos o calles improvisadas entre los lotes, que comunicaban con una vía principal, ya sea una acequia mayor o una calzada; los terrenos se separaban por señales perecederas como hileras de maguey u otras plantas. Mientras los españoles ocupaban todo

el solar para la construcción, los mexicas lo aprovechaban construyendo dos o más chozas pequeñas y dejando buena parte del terreno para la siembra o el trabajo artesanal al aire libre³¹⁷.

Así pues tenemos que los conceptos de propiedad entre los españoles y los indígenas eran muy diferentes. El hecho mismo de “trazar” calles y manzanas automáticamente significaba volver ese terreno a la usanza española, y obviamente, destinado a ser habitado por españoles. Es por ello que la traza efectivamente implicó la separación entre los indígenas y los hispanos, pero no era la intención en sí. Es debido a esto que se menciona continuamente desde esa centuria que los indígenas habitaban sin ningún orden en sus barrios, cosa que se repite hasta el siglo XX. Toussaint, en la parte ya citada dice: *“Sobre la traza primitiva se hacen modificaciones, se abren nuevas calles, se amplía su límite ya en forma no tan regular a causa de las acequias y de que los indios que vivían fuera de la traza no tenían orden en sus casas. Error grave fue ese: no marcarles desde un principio un plan de construcción para cuando la ciudad creciera, si bien el crecimiento fue corto como ya hemos dicho.”*³¹⁸. El mismo don Edmundo O’Gorman dice al respecto en sus notas a Cervantes de Salazar: *“En efecto, fuera de las grandes construcciones religiosas y los palacios, los indios no observaban reglas urbanísticas, y poblaban en gran desorden y así lo siguieron haciendo después de la conquista en la parte de la ciudad que se les asignó para habitación”*³¹⁹. Lo que sorprende a este respecto es que incluso en una época donde se buscaba revalorizar el mundo indígena como eje troncal del nacionalismo mexicano, no se comprenda que esta forma de concebir la distribución urbana responde a una tradición perfectamente respetable y se le descalifique por no adaptarse a los cánones de una ciudad occidental. Porque efectivamente, lo que vemos aquí en estas cuestiones urbanísticas es nada más y nada menos que la diferencia de las dos culturas, la mesoamericana y la hispana, plasmada de modo contundente en la Ciudad de México.

Ahora bien, el que las autoridades del cabildo procurasen que los españoles viviesen y construyesen “dentro de la traza”, cuestión que se ve copiosamente en los documentos del Cabildo de la primera parte del siglo XVI, responde a que si los españoles invadían tierras

³¹⁷Para un estudio minucioso de la vivienda indígena en el siglo XVI, *Vid.* Lockhart, James. “La vivienda doméstica” en *Los nahuas después de la Conquista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999. pp. 89 – 139

³¹⁸Toussaint. Manuel. *Op. Cit.* p. 22

³¹⁹Cervantes de Salazar. *Op. cit.* pp. 115 – 116

indígenas eso significaría dos problemas tangibles: que las autoridades mexicas se quejasen porque se les invadía su jurisdicción, o bien, si en un futuro la traza se ampliaba, la existencia de casas de españoles construídas previamente en un lugar no trazado aún correctamente, por medio del cordel, dificultaría la labor considerablemente al tener que demolerlas para alinearlas o adaptar la nueva traza a dichas edificaciones.

Ahora bien, de que esto no se respetó es bien evidente desde el inicio. El mismo Cortés cedió terrenos a sus amigos en lugares fuera de la traza. Incluso su obra magna de beneficencia, el Hospital de la Concepción (actualmente Hospital de Jesús) se encontraba fuera de ésta. Las casas de Alvarado, de las que ya hablamos, se hallaban muy lejos de la traza, en la orilla misma de la isla, al norte de lo que hoy es la iglesia de San Antonio Abad. Las casas que le cede a su íntimo Andrés de Tapia se encontraban también fuera, en lo que después será el primer convento de monjas en Nueva España, el convento de la Concepción, ubicado al oeste de la calle de Allende, sobre la actual Belisario Domínguez.³²⁰ Por lo tanto, hablar de la traza como sinónimo de separación es una idea que, en los aspectos culturales que ya dijimos fue una realidad, pero en la mente de los españoles no significó tal.

No podemos hablar de la traza de García Bravo como la traza definitiva de todo el Centro Histórico. La traza de éste, como ya dijimos, se redujo al terreno ocupado por la parte más noble de Tenochtitlan. Pero la realidad es que la traza fue un elemento, que lo mismo que la ciudad española, se fue expandiendo a lo largo de dos décadas hasta alcanzar sus límites definitivos, que son los que se aceptan comúnmente y que Toussaint menciona en la cita que reproducimos más arriba. Esto se debió a que la ciudad recibió nuevos y numerosos habitantes provenientes de España, por lo que su tamaño se tuvo que ampliar mucho. Esto se hizo a costa de desplazar a los indígenas hacia el exterior de la isla, sin duda.

³²⁰Alvarez y Gasca, Pedro. *La plaza de Santo Domingo de México. Siglo XVI*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1971. pp. 26 - 30

La ciudad indígena: Tenochtitlan y Tlatelolco después de la Conquista

Mientras la ciudad española se construía desde cero sobre las ruinas de los templos y palacios mesoamericanos, la ciudad mexicana de Tlatelolco había vuelto a la vida casi inmediatamente. Probablemente Tenochtitlan se tardó un poco más al tener que definirse exactamente los límites que García Bravo le daría a la ciudad española. Los sobrevivientes de la guerra, vapuleados por los pueblos que antiguamente les servían, como Cuautitlán o Tenayuca, vuelven a sus antiguas tierras para, rápidamente, edificar sus casas y revivir sus actividades. Como la gran mayoría de las casas macehualtin eran (y lo seguirían siendo) sencillas, su reparación y/o reedificación no llevaría mucho tiempo. Por otro lado, el número de habitantes mexicanos de la ciudad habría disminuido radicalmente tras el asedio de México, aunque no podemos darnos una idea clara de cuántos sobrevivientes habría ni su porcentaje en relación a la cifra de los meses anteriores a dicho asedio.

Para inicios de 1522, al tiempo que, sobre las manzanas y calles trazadas por García Bravo, se levantaba la que sería la ciudad más grande de habla hispana en todo el globo, las vecinas ciudades indígenas ya habían revivido y comenzaban a mostrar parte del dinamismo que las había caracterizado desde la época de Itzcóatl. Mientras los españoles, con su residencia en Coyoacán, miraban con paciencia cómo se hacían las que serían sus futuras casas, los antiguos habitantes de la isla de México se habían vuelto a vivir a las suyas.

Cortés trata de mostrarse magnánimo con los mexicanos. Les concede privilegios como el derecho a no pertenecer a las encomiendas, el sistema mediante el cual el resto de los pueblos mesoamericanos serían administrados en adelante, sino que se mantendrán bajo el gobierno independiente de las parcialidades.³²¹ El gran ejército mexicano, el mismo que mostró tan heroico valor durante el asedio de su ciudad, se incorporará a las filas de los conquistadores, y ahora, al lado de estos, se lanzarán al sometimiento de nuevas regiones. Nuevamente habrá oportunidad de que los caballeros jaguar y águila cubran sus *macuahuitl* de gloria militar, nada más que ahora al servicio de Hernán Cortés y la Corona de Carlos I.

³²¹ Al respecto puede verse a Charles Gibson. *Los aztecas bajo el dominio español*. pp. 378 – 385.

También se buscará revivir el rostro que hizo de México el gran emporio que había sido en los últimos cien años: el comercial. Cortés tenía un especial interés en que la antigua México volviese a ser lo que fue en tiempos de Ahuizotl y Moctezuma. De otra manera, se relacionaría el establecimiento de los españoles en la ciudad con el inicio de la decadencia de ésta. Para lograr esto se procuró revivir el concepto del gran tianguis, aunque de una manera distinta.

Se ha dicho, con razón, que durante el período mesoamericano, la ciudad de los mexicas era una ciudad doble, con Tenochtitlan al sur y Tlatelolco al norte. Con la llegada de los españoles se volverá prácticamente una ciudad tripartita, compuesta de una ciudad española y dos ciudades indígenas. Efectivamente, el establecimiento de los españoles en el otrora corazón de Tenochtitlan no significó, en lo absoluto, que las ciudades indígenas se unificaran. Es fácil y cómodo hablar de una ciudad española y una ciudad indígena, pero resulta inexacto. Las rivalidades que existían entre Tenochtitlan y Tlatelolco, sobre todo desde la época de la guerra entre Moquihuíx y Axayácatl (1473), continuarán más vivas que nunca. Los relatos de la conquista que conservamos, todos de origen tlatelolca, así lo demuestran al no perder oportunidad de calificar al tenocha de cobarde, como ya lo vimos en el capítulo precedente.³²²

Al parecer, al reorganizar el sistema de gobierno de las dos ciudades, Cortés cambió radicalmente la balanza que existía entre ambas. Anteriormente la dualidad entre Tenochtitlan y Tlatelolco era muy evidente: la primera ostentaba abrumadoramente el poder político y religioso, mientras Tlatelolco ostentaba el poder comercial con su inmenso tianguis. Esto va a cambiar tras la conquista.

Hernán Cortés tendrá que meterse de lleno en la política de las dos ciudades aunque no le interesara en un principio. Se dará cuenta que es un tema de vital importancia si es que deseaba realmente que los españoles vivieran allí junto a los mexicas con cierta paz y tranquilidad. La forma en que intervendrá romperá todo el equilibrio que se había ido formando a lo largo de varias décadas. Lo que va a hacer es establecer un sistema igualitario entre Tenochtitlan y Tlatelolco.

³²² Los textos más contundentes al respecto son el *Relato Anónimo de Tlatelolco* y el Libro XII del *Códice Florentino*. Vid. Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 794 y 815

El tlatoani mexica conservará el título y tendrá un enorme poder, pero solamente a nivel de su población. De origen, Cuauhtémoc era el monarca, pero, al estar preso por los españoles, en la *praxis* lo era Tlacotzin, el cihuacóatl. El otrora poder imperial que tuvo Moctezuma había pasado a los conquistadores. Ahora el poder del tlatoani solamente se reducirá al de gran señor de Tenochtitlan. Su esfera de influencia solo abarcaría la parte sur de la isla lacustre. Ahora ya ni siquiera habría de tener influencia en Tlatelolco.

Ésta recuperaría lo que hoy llamaríamos “autonomía” con respecto a la ciudad del sur. Es un hecho que los informantes de Sahagún no perderán la oportunidad de señalar. En el libro octavo, capítulo II, cuando se habla de los señores de Tlatelolco, la cuenta que se hace de estos se ve interrumpida tras describir que Moquihuix terminó suicidándose al arrojarse desde lo alto del teocalli al ser vencido por Axayácatl. Después, se dice que “*Don Pedro Temilo, después, en tiempo de los españoles y después de la conquista de México, fue gobernador de Tlatilulco, y así, los dichos de Tlatilulco tornaron a cobrar su señorío, y este don Pedro hallóse con los españoles en las conquistas de las provincias de Honduras y de Quauhtemalan*”³²³. Pedro Temilo no es otro que Temilotzin, el gran *tlacatecatl* de Tlatelolco que se mostró muy valiente en la última parte de la guerra de conquista, dirigiendo, junto al *tlacochcácatl* Coyohuehuetzin, la última resistencia ante el Telpochcalli. Así como Cortés reconoció el valor de Tlacotzin, el cihuacóatl de Tenochtitlan, preservándole su título, lo mismo hará con Temilotzin. (Coyohuehuetzin murió en Cuautitlán junto a Topantémoc tras el desalojo de la ciudad. Esto lo dice el *Relato Anónimo* de 1528.³²⁴). Empero, ambos estarán en igualdad de circunstancias, en calidad de *gobernadores* de sus respectivas ciudades.

Este es el origen del sistema político indígena de la Ciudad de México, el que se conocerá como el de “las parcialidades”, sistema que perdurará hasta el siglo XIX. Con el apogeo de la “ciudad” (es decir, la ciudad española), la terminología usada al referirse a las ciudades indígenas poco a poco se devaluará. No van a ser ya más ciudades; se hablará de parcialidades: Tenochtitlan será la parcialidad de San Juan (por estar ubicada su sede en el barrio de Moyotlán, cuya advocación fue San Juan) y Tlatelolco la de Santiago. De ser

³²³Sahagún, Bernardino de. *Op. Cit.* pp. 451 – 152

³²⁴*Ibid.* p. 822

ciudades indígenas pasarán a ser “los barrios” de la ciudad. Pero esto es un proceso de larga duración que se llevará más de trescientos años.

Sin embargo, pese a que los tlatelolcas recobrarían su autonomía política con la conquista, perderían el monopolio comercial, que a la larga significaría el ocaso de Tlatelolco y su transformación en un barrio extramuros de la Ciudad de México, aunque eso será después de más de un siglo. Así como ellos recobrarían su autonomía política, los tenochcas adquirirían el derecho de establecer su propio tianguis, que será de las mismas proporciones que las del de Tlatelolco, con la ventaja de que tendrían muy cerca a los españoles. Es por ello que ya en la *Cuarta Carta Cortés* dice “*Hay dos grandes mercados de los naturales de la tierra, el uno en la parte que ellos habitan y el otro entre los españoles*”³²⁵. Hablaremos con más detalle de estos tianguis más adelante, que serán de vital importancia para entender a ambas ciudades tras la conquista.

El caso de Tenochtitlan como ciudad es muy peculiar, porque la vecindad con la ciudad española la afectará de una manera rotunda. Es bien sabido que fue un Altépetl que se dividía en cuatro barrios: Moyotlán al suroeste, Teopan al sureste, Aztacualco al noreste y Cuepopan al noroeste. Es la *Nauhcampan*. Todos estos barrios se establecieron y giraron en torno al centro ceremonial, donde se encontraba el axis mundi, en el gran Teocalli. Ahora, el punto de dicho axis mundi se encontraría exactamente en el corazón de la ciudad española, por lo que, en la praxis, la nauhcampa, tras la conquista, giraría en torno a dicha ciudad. Se trataría, de ahora en adelante, de barrios indígenas rodeando la ciudad de los españoles.³²⁶

En cada uno de los barrios había un punto estratégico donde se levantaba antiguamente un teocalli, el cual estaba rodeado de edificios administrativos y casas de nobles, éstos de proporciones mucho más pequeñas que los que había junto al Recinto Sagrado. En la cosmovisión mesoamericana constituían los árboles que comunicaban los niveles celestes con los del inframundo, rodeando al principal, que era el que se encontraba en el axis mundi, en el Gran Teocalli. Esta concepción no se va a transformar tras la conquista. Al contrario, se reafirmará con un sentido cristiano. De hecho, todos los documentos que han

³²⁵Cortés, Hernán. *Op. cit.* p. 197

³²⁶Lockhart, James. *Op. Cit.* pp. 27 - 88

servido para conocer el concepto del Altépetl datan de época colonial y se nota que era una tradición más viva que nada.³²⁷

En estos barrios era donde realmente vivía la gran mayoría de la población, los *macehualtin*. Es por ello que cuando los españoles se apropian del corazón de la urbe para establecer su ciudad, no afectaron la zona habitacional de los mexicas. Éstos volvieron a sus tierras, repartidas en los cuatro sectores.

La ciudad mexicana de Tenochtitlan era un anillo que rodeaba la ciudad de los españoles, lo mismo que en su momento había rodeado la plataforma central donde se erguía el Recinto Sagrado. Para la mentalidad europea, esta característica tan especial podía ser relacionada fácilmente con el concepto de ciudad medieval, donde los “arrabales”, ubicados a veces fuera de las murallas, rodeaban la parte noble del centro. Es por ello que a lo largo del período colonial, la ciudad indígena se convirtió poco a poco en “los arrabales” de la española. La *ciudad* propiamente dicha será la de los españoles y la de los mexicas se volverán sus barrios periféricos. En la ciudad medieval esta división señalaba una diferenciación social; en la Ciudad de México señalará una diferenciación más bien racial, que a lo largo de los siglos también vendrá ser social. Precisamente por esta situación, Tenochtitlan siempre tendrá que adaptarse a las necesidades de la ciudad española. Desde el inicio, la ciudad indígena queda apartada de las grandes vías de la ciudad, como las calzadas, con las cuales tiene un contacto más bien marginal, ya que los españoles se apoderan de éstas en toda la extensión de la ciudad para sentirse seguros. En la de Iztapalapa vemos que desde el principio se establecen fortalezas en la orilla misma de la isla, en Xoloco y desde allí hasta la plaza se cubrirá de casas de gran calidad. Y en la de Tlacopan se repartirán solares de tal modo que quede toda flanqueada de casas y muros ininterrumpidamente, sin callejones que desemboquen a ésta. Así se volvería como un túnel que llevaría de la ciudad española directo hasta la tierra firme sin tener ningún contacto con la ciudad indígena.

Finalmente cabe decir que la situación de la ciudad indígena queda tan a las expensas de lo que se discutía para el bienestar de la ciudad española, que cuando ésta crezca, lo hará a expensas de la primera. Esto era inevitable. El tamaño de la ciudad de García Bravo

³²⁷*Ibid.*

ingenuamente podría confirmarse como el tamaño definitivo de la ciudad y la ciudad indígena, al ser un anillo en torno a ésta, sería la principal afectada cuando hubiese necesidad de nuevos terrenos. Cortés mismo reparte solares fuera de la traza española sin el menor problema, como ya lo dijimos.

Es muy difícil, por las razones que acabamos de mencionar, saber exactamente cuáles eran los límites de la ciudad indígena de Tenochtitlan en la época de García Bravo. Podemos suponer, con razón que al interior coincidirá con el límite de la ciudad española, pero al exterior desconocemos hasta dónde llegaba, desconociendo asimismo el límite exterior de la isla misma. Y es que con todo lo que sucederá en las décadas que van de 1521 hasta 1550 hubo una enorme expansión de la ciudad española y los habitantes de los terrenos afectados tuvieron que ser reubicados, por lo que muy posiblemente la isla se expandiría por un lado y/o aprovecharía la desecación de la laguna para hacerse de nuevos terrenos. Porras Muñoz, por ejemplo, piensa que la avenida que hoy es José María Izazaga, desde el punto del cruce con la calzada de Iztapalapa hacia el poniente era el límite sur de la isla ³²⁸. Si esto fue así, entonces los barrios de San Salvador el Seco, San Salvador el Verde y Tlaxcoaque serían de origen colonial.

Donde no habría posibilidad de expandirse la ciudad era por el lado oriental, ya que daba a la parte más profunda de la laguna y estaba delimitada claramente por un albarradón que solamente se interrumpía con el edificio de las Atarazanas. Este albarradón iba desde la laguneta de Coyonacazco, en el inicio de la calzada del Tepeyac en pleno Tlatelolco y yéndose en dirección sureste, tomaba una línea que hoy coincidiría más o menos con la avenida Congreso de la Unión y después, tomando una dirección inclinada hacia el suroeste, terminaba en la calzada de Iztapalapa en Xoloco, a un lado de las casas de Alvarado y lo que hoy es la iglesia de San Antonio Abad

Hacia el occidente los límites es donde presentan la mayor confusión. Con la muy pronta desecación de la laguna tras la conquista, la parte de la laguna que más se desecó fue la que estaba al poniente de la ciudad. Esto no se vio al principio como una tragedia ecológica, sino como la oportunidad de adquirir nuevas tierras. Esto tanto para los españoles como los

³²⁸Porras Muñoz, Guillermo. *Reflexiones sobre la traza de la Ciudad de México*. Mexico, Departamento del Distrito Federal y la Secretaría de Desarrollo Social, 1987 (Sociedad y Cultura, I) p. 13

indígenas mismos. Es por ello que es muy factible pensar que hubo una expansión de la ciudad indígena hacia el occidente, con motivo de las reubicaciones, fruto a su vez de la expansión de la ciudad española.

Tlatelolco, a diferencia, será una ciudad plenamente indígena. Cuando sus habitantes vuelven a ella, vuelven a sus mismas tierras, a sus mismos barrios. Su distribución urbana permanecerá intacta tras la conquista, y no cambiaría prácticamente hasta finales del siglo XIX.

Igual que en la época prehispánica, su vía más importante será la que venía del centro de Tenochtitlan, la calle que actualmente conocemos como Peralvillo, la cual, al finalizar la isla se volvía la calzada del Tepeyac. En Yacacolco, donde se alzaba una pirámide tras la que pasaba un canal ancho, se abría una bifurcación que conducía al gran tianguis. Asimismo, frente a su Recinto Sagrado se localizaba la calzada de Nonoalco, que comunicaba con Tlacopan y Azcapotzalco; en la punta noroeste nacía otra calzada que conducía en línea recta hacia Tenayuca. Todo permanecía exactamente igual que antes, y así perdurará por muchos años más.

La parte oriental de Tlatelolco, la que quedaba entre el albarradón y el camino de Tenochtitlan, el escenario de la última parte de la conquista también permanecerá intacto. Allí en Amáxac, donde meses antes se defendió con férreo valor el último refugio de los dioses mexicas, el Telpochcalli, sus habitantes volvieron a ocupar sus tierras, sus casas y se dispusieron a seguir con la vida cotidiana. En la laguneta de Coyonacazco realmente quedaban ya pocos vestigios tangibles de que allí fue el último bastión de la resistencia, donde todos, sumergidos y apretujados unos con otros, vieron el trágico desenlace del último gran imperio mesoamericano. Todo volvía a la normalidad.

Incluso su Recinto Sagrado no cambió de vocación. El axis mundi de Tlatelolco permanecerá por siempre en el mismo lugar. El Huey Teocalli cedió su lugar al templo de Santiago, tarea realizada por los conquistadores mismos como un exvoto a la guerra de conquista, como ya lo vimos, aunque más tarde se anexionó a un complejo conventual franciscano. Y el gran patio sagrado, donde se alzaban otros numerosos edificios religiosos, se convirtió en el atrio. Pero pese a cambiar de advocación y de sentido religioso, este lugar

conservó las mismas funciones que tenía anteriormente para la cosmovisión mexicana: siguió siendo el eje nodal de toda la ciudad.

En Tenochtitlan esto no va a ser posible, porque el axis mundi quedó en la ciudad española. Efectivamente hacia 1525, en el lugar del Templo Mayor se establecerá un pequeño convento franciscano, donde vivirán los frailes venidos con Martín de Valencia, pero como se usaron solares destinados a casa – habitación, su espacio seguramente fue insuficiente. (la localización de la ubicación de este convento la debemos a don Lucas Alamán, el cual dijo en el siglo XIX que se encontraría en la calle de Santa Teresa ³²⁹) Y no sólo eso; la principal tarea de los franciscanos era la conversión de los indígenas hacia el cristianismo, para eso habían venido expresamente, y establecerse en un lugar, sí, de mucho simbolismo para los indígenas pero en la praxis alejado de ellos, no resultaba lógico. Su presencia en el lugar resultó efímera.

Hacia 1522 – 1524 factiblemente todavía existían todos los teocallis menores en ambas ciudades. No será sino hasta 1525 – 1526, durante el gobierno del licenciado Zuazo, cuando todos estos edificios mesoamericanos desaparecerían para dar lugar a templos cristianos. El fervor cristiano tanto de Zuazo como de los franciscanos mismos fue el que se ensañó hacia mediados de la década para eliminar por completo los vestigios de la antigua religión mesoamericana. Es muy posible que todavía durante el gobierno en que estuvo Cortés al frente con un poder autocrático, es decir, hacia fines de 1524, que es cuando se da la desastrosa campaña hacia las Hibueras, los pequeños teocallis no fueran tocados todavía. Quizá se prohibieran los cultos paganos y se obligase a la conversión al cristianismo, pero todavía no había un ataque directo contra los edificios religiosos.

Hacia 1526 es cuando comienzan a derribarse estos teocallis. Lo sorprendente es que inmediatamente son sustituidos por templos cristianos. Es decir, lo mismo que en Santiago Tlatelolco, se trata de conservar el carácter sacro y el prestigio del lugar pero cambiando totalmente el sentido, tanto el arquitectónico como su advocación. Una pirámide cede el paso a una iglesia.

³²⁹ Alamán, Lucas. *Op. Cit.* pp. 126 – 130. Es el actual tramo de República de Guatemala ubicado entre Argentina y El Carmen. El egregio historiador no sabía entonces que al localizar dicho edificio, había dado con la ubicación correcta del Templo Mayor.

De los pequeños teocallis que sabemos que fueron sustituidos, porque nos menciona su existencia Hernán Cortés al hablar de la guerra en la *Tercera Carta*, son Xoloco y Yacacolco. De ambos nos dice que eran unas “torrecillas”, pero su inequívoca ubicación nos permite relacionarlos con las iglesias de San Antonio Abad y de Santa Ana respectivamente. Bernal Díaz nos menciona otra plazoleta con torrecillas donde se establece la avanzada del real de Alvarado, Nonoalco. Allí se estableció una iglesia con la advocación de San Miguel.

Finalmente el *Relato de la Conquista* de Sahagún, sobre todo la versión española, nos relaciona muchos puntos antiguos con los nuevos y gracias a éste relato pudimos reconstruir buena parte del escenario del asedio de México en el capítulo anterior. Sabemos, por ejemplo, que donde se hallaba el último refugio de los dioses mexicas, el Telpochcalli, se construyó la iglesia de Santa Lucía (hoy una calle de la colonia Morelos lleva su nombre). Sabemos asimismo que, al sur del Recinto Sagrado tlatelolca, donde Cortés por poco es apresado en una zona muy lacustre, se construyó la iglesia de San Martín.

De las otras iglesias tlatelolcas cuya existencia conocemos (la mayoría de ellas desaparecieron en los siglos XVIII y XIX con la modernización de Tlatelolco como parte de la ciudad) como Los Reyes, las dos de Santa Inés, San Antón el Pobre y Santa María no sabemos a ciencia cierta si tuvieron un antecedente prehispánico; la de la Concepción sabemos que fue la casa desde donde Cortés oteaba los movimientos de sus tropas en el último momento antes de la captura de Cuauhtémoc, pero no se trataba de un edificio religioso, sino la casa de un noble.

En Tenochtitlan las fuentes no nos permiten saber mucho con respecto a sus iglesias coloniales. Es seguro que las iglesias de los cuatro barrios efectivamente hayan sustituido templos prehispánicos anteriores. Así tendríamos que las iglesias de San Juan Moyotlán (ahora la iglesia del Buen Tono), San Pablo Teopan, Santa María Cuepopan (hoy Santa María la Redonda) y San Sebastián Aztacualco ocuparían los lugares de viejos teocallis.

Finalmente, cuando se establece la igualdad entre Tenochtitlan y Tlatelolco y ahora ambos son independientes política y económicamente hablando, en la primera se establece

inmediatamente un pequeño tianguis, conocido como de Juan Vélazquez, probablemente relacionado con el antiguo cihuacóatl Tlacotzin, ya que ese será su nombre cristiano. Se ubicaba en los terrenos que ahora ocupa el Palacio de Bellas Artes y poco más al sur. Obviamente se encontraba fuera de la traza, pasando la gran acequia que hoy es la avenida San Juan de Letrán, pero muy cerca de la salida por la calzada de Tlacopan.

El verdadero tianguis de Tenochtitlan, el que cobrará una importancia enorme será el que se ubicará en el suroeste de la isla, en el barrio de Moyotlán. Su extensión, lo mismo que el de Tlatelolco, será enorme. Iba originalmente de lo que hoy es Avenida Izazaga hasta lo que hoy es Mesones o quizá más al norte, hasta República del Salvador y de lo que hoy es el Eje Central hasta la calle de Bolívar. Los documentos nos indican que se encontraba fuera de la traza, por lo que eso nos confirma que dicha traza se expandió a lo largo del siglo XVI.³³⁰

Este es el tianguis que describe Cervantes de Salazar en sus *Diálogos*, cuando dice Alfaro: “...*tienen los indios un amplísimo mercado, en cuyo centro tocan una campana puesta en alto*”.³³¹ Sus dimensiones serán inmensas, muy similares a las del de Tlatelolco. A lo largo de los siglos XVII y XVIII sus terrenos se ocuparán y se anexionarán a la traza. Allí será donde Aldaco y Meave construyan a sus expensas el fabuloso colegio de Vizcaínas, aunque en ese momento ya nadie recordaba el antiguo emplazamiento del tianguis.

Entonces, en los dos mercados nace la tipología que se implantará en ambas ciudades: junto a la enorme explanada que constituirá el tianguis en sí mismo se construirá el palacio de los tlatoanis, ahora siendo simplemente *gobernadores*. Estos edificios se conocerán simplemente como *el Tecpan*.

El de Tenochtitlan se encontraba al lado de lo que hoy es la réplica de la fuente del Salto del Agua en la esquina norte del cruce de Eje Central y Arcos de Belén, hacia el poniente del tianguis. Este edificio subsistió hasta la década de los treinta en el siglo XX, cuando se decidió la ampliación de las avenidas Izazaga y Arcos de Belén.

³³⁰Vid. Porras Muñoz, Guillermo. *Reflexiones sobre la traza...* p. 11

³³¹Cervantes de Salazar, *Op. Cit.* p. 52

El de Tlatelolco se encontraba en la parte oriental del tianguis y todavía subsiste una arquería; su portada principal, del siglo XVIII se trasladó al muro trasero del convento. Su ubicación era contraria a la del conjunto conventual de Santiago, a un lado de la embocadura de la calle Real de Santiago, la que iba de la iglesia de Santa Ana (Yacacolco) al tianguis.

Así nacerá la tipología urbana de lo que serán las *Parcialidades de San Juan y Santiago*: junto al gran tianguis, la casa del gobernador. Esto subsistirá hasta el siglo XIX.

Poco a poco las ciudades indígenas se irán convirtiendo, efectivamente, en los arrabales de la ciudad española. En su origen allí vivirán los indígenas únicamente. Con el tiempo, muchos españoles pobres se irían a establecer allí cuando, ya hacia fines del siglo XVI, se olvide esta intrínseca separación racial. No obstante estos barrios todavía subsistieron como tales, aunque alterados en su esencia, hasta el siglo XVIII. A partir de entonces efectivamente se convertirán en simplemente arrabales de la ciudad. Solamente su traza tan irregular recordará su origen, aunque nadie lo apreciará. Virreyes como Bucareli y Revillagigedo tratarán de “enderezar” la traza, por lo que harán serias demoliciones, sobre todo en el barrio de Moyotlán y hasta abrirán paseos que llevarán su nombre. Es el principio de “integración” de esos barrios a la traza ortogonal de la ciudad.

Epílogo

La única ciudad que se podría considerar la heredera directa de la antigua Tenochtitlan es precisamente la ciudad que trazó Alonso García Bravo hacia finales de 1521. Fue una ciudad destinada y pensada en los conquistadores que habitaban junto a Cortés en Coyoacán. Se usó prácticamente toda la infraestructura dejada por el antiguo centro ceremonial tenochca, como lo vimos. Las calles de norte a sur tenían, prácticamente todas, un antecedente prehispánico, ya sea como los límites de un palacio o calles en sí mismas, como Brasil y Allende – Bolívar. García Bravo adaptará todo a una traza en forma de damero.

La traza dejada por él es muy simétrica. Tomando en cuenta como límites las calles República del Salvador, Belisario Domínguez – República de Venezuela, Bolívar – Allende y Jesús María y además teniendo en cuenta que la plaza ocupaba también los terrenos de nuestra catedral tenemos una ciudad en forma cuadrada con un centro perfectamente en armonía con los límites. Esta ciudad, no obstante, en el concepto plasmado por el trazador, durará muy poco tiempo, y si somos tajantes, será una ciudad que nunca se constituirá como tal.

La ciudad de García Bravo realmente durará de 1522 a 1525, que coincide con el tiempo en que Hernán Cortés fue el gobernador absoluto. En ese período fueron pocos los edificios que se concluyeron. En 1525, antes de que se comenzara a ver cómo quedaría la ciudad, iniciarán una serie de alteraciones y ampliaciones que transformarán todo el plan original. El primer cambio vino precisamente ese año sobre la plaza, con la construcción de la Iglesia Mayor. En el Juicio de Residencia contra Cortés se argumentó que él no hizo nada por hacer ningún tipo de iglesias y aún menos la que sería la principal. “... e así mismo los dichos oficiales (el licenciado Zuazo, Salazar, Estrada y Albornoz) hicieron la iglesia mayor destacibdad la cual el dicho don Fernando no había querido ni quiso hacer más antes, porque anduvieron en la labrar de la dicha iglesia ciertos indios qué para sí había tomado...”³³² Es decir, no fue sino hasta ese año cuando se labró la iglesia mayor o primera catedral. Se hizo justo en frente del palacio de Cortés, donde residía el gobierno, correspondiente al palacio de Axayácatl. Las ventanas arqueológicas situadas en el atrio de la catedral actual señalan su ubicación. Esto provocó que la iglesia quedara *en medio* de la plaza, como dice Cervantes de Salazar en el capítulo XXIV de su *Crónica*, “En la plaza, que es la mayor que hay en toda Europa, en el medio della, está la iglesia mayor, que parece, conforme a la grandeza de la ciudad, más ermita que un templo suntuoso. La causa fue haberla hecho al principio, de prestado, los oficiales del Rey, en ausencia de Fernando Cortés, que eran Alonso de Estrada, Gonzalo de Salazar y Rodrigo de Albornoz. Era bastante iglesia para los pocos españoles que entonces había”.³³³

A la larga la presencia de la iglesia en medio de la plaza, algo que jamás habría pensado García Bravo, hizo que se hablaran de dos plazas a lo largo del siglo XVI, la mayor y la

³³²Martínez, José Luis. *Documentos...v. II* p. 37

³³³Cervantes. *Op. cit.* p. 167

menor. Así lo atestigua en la segunda mitad del siglo XVI, el oidor Alonso de Zorita, al hablar del proyecto de la catedral definitiva: “*La iglesia vieja está entre dos plazas...*”³³⁴ . La plaza mayor será la que se encuentre al sur de la catedral y la menor la que se encuentre al norte. Esta última no será respetada como tal, y allí, sobre su superficie, se levantarán portales y otros edificios hasta que Claudio de Arciniega hizo el proyecto de la catedral definitiva y se decidió su ubicación precisamente sobre esta pequeña plaza, tal y como ahora está.

Una situación que ni Cortés ni García Bravo tomaron en cuenta nunca hacia finales de 1521 fue la consecuencia ecológica que la transformación de una ciudad mesoamericana en una española traería consigo. Era algo que seguramente fue impensable para todos los conquistadores, porque de hecho, como lo mencionamos, una de las principales razones en cuestión estratégica que llevaron a Cortés a refundar México era la fortaleza que le daba el estar ubicada en un islote. Sin embargo, la situación ecológica de la cuenca de México era muy precaria, ya que la profundidad de la laguna era escasa. Los mexicas habían adaptado su ciudad al entorno lacustre, trazando calzadas y expandiendo el terreno urbano por medio de chinampas nuevas. No sabemos realmente que impacto ecológico tuvieron estas obras durante el siglo XV, ya que no tenemos una noción clara de cuál era la situación de la cuenca hacia el tiempo en que se fundó la ciudad. Pero lo que es evidente es que la tecnología presente durante el Posclásico no fue tan agresiva para el entorno como para transformarlo dramáticamente. Las calzadas, cortadas en muchos puntos, permitían la circulación de las aguas de un lado al otro; las chinampas, si bien le ganaban terreno a la superficie lacustre, no significaron nunca desecación, ya que su misma estructura consistía en estar “sobre” el agua y aprovechar ésta para los sembradíos, no volver ese terreno tierra firme.

Con la conquista, sin intención, las transformaciones llevadas a cabo por la guerra, implicaron la obstrucción de canales y el relleno con escombros de las cortaduras de las calzadas. Seguramente tras la victoria del 13 de agosto las calzadas y algunos canales continuaron rellenos de escombros como estaban, por lo que se transformaron en diques. Las consecuencias de estas alteraciones no se habrían de hacer notar sino hasta 1524, que es

³³⁴Zorita, Alonso. “La Ciudad de México”. en Torre Villar, Ernesto de la. *Lecturas Históricas Mexicanas*. v.I p. 321

cuando se empieza a percibir la desecación de la laguna. Francisco López de Gomara lo señala con estas palabras al hablar de la reedificación de México: “*No abrieron las calles de agua, como estaban antes, sino que edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y hasta la laguna va decreciendo del año 24 acá, y algunas veces huele mal.*”³³⁵. Obviamente la parte más afectada era la menos profunda de la laguna, que es la que se encontraba al poniente de la ciudad, entre México y la costa de Tlacopan y Chapultepec. Las calzadas de Iztapalapa y del Tepeyac fungieron como diques para que la enorme masa de agua de la laguna de Texcoco no pasara como antes hacia el poniente de la ciudad y si a eso le agregamos la existencia de tres calzadas más en esa parte, que seccionaban la laguna, pues obviamente la desecación era una consecuencia natural. Esto no sólo se vio en la isla de México, sino en prácticamente toda la laguna. Al cegarse el dique que contenía el agua dulce de los lagos de Chalco y Xochimilco (esto probablemente fue cuando se dio el ataque de Sandoval hacia Iztapalapa al inicio del asedio), que entre Mexicaltzingo y Huitzilopochco vertían sus aguas en la laguna grande de Texcoco, también los pueblos ribereños vieron como las aguas poco a poco retrocedían.

No obstante, los españoles que no conocieron la ciudad antes de la conquista, no vieron en lo absoluto con malos ojos esta desecación. Al contrario, aquello permitió que la calzada de Tlacopan, hacia 1550 estuviese rodeada de huertos hermosos que mucho admira tanto en su *Crónica* como en sus *Dialogos*, Francisco Cervantes de Salazar. Muchos de los conquistadores que hacia la coyuntura de 1521 y 1522 decidieron quedarse y volverse vecinos de la ciudad, y que tuvieron mucha influencia en el Cabildo, también vieron con buenos ojos esta desecación, ya que permitía una salida libre hacia tierra firme. Este será el caso del controvertido Ruy González.³³⁶ Pero él es uno de los conquistadores que vivieron todo el proceso de desecación y se acostumbraron a las mudanzas del entorno. En cambio, personas que no los vivieron y después de muchos años volvieron allí, se quedaron sorprendidos de cómo se había alterado el entorno. Es el caso de Bernal Díaz del Castillo, que en una visita a México, ya varias décadas después, vuelve a ver Iztapalapa: “...y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua, y ahora en esta sazón está todo seco y siembran donde

³³⁵López de Gómara, Francisco. *Op.Cit.* p. 348.

³³⁶ Una buena disertación sobre Ruy González la encontramos en Marroqui, José María. *Op. Cit.* v1. pp. 226 - 234

*solía ser laguna. Está de otra manera mudado, que si no lo hubiere de antes visto, dijera que no era posible que aquello que estaba lleno de agua que está ahora sembrado de maizales”.*³³⁷

Las primeras expansiones de la traza, propiamente dicha, las tendremos hacia 1526. El móvil de esta expansión fue la construcción de los dos grandes conventos de frailes mendicantes. Ya dijimos que al llegar los famosos doce apóstoles franciscanos, encabezados por fray Martín de Valencia en 1524, se les concede un solar sobre el gran teocalli de México, el cual, por estar lejos de la población indígena, fue efímero, ya que duró aproximadamente un año y medio. El nuevo convento se tiene que comenzar a hacer hacia 1526, año en que llega la orden de predicadores, la cual también tiene que hacer su propio convento. Así pues, hacia 1526 se inician las obras de los conventos más importantes de México. Los requerimientos de éstos, cuya tarea principal era la evangelización de los indígenas, eran muy grandes. No bastaría ni un solar ni tampoco una manzana para poder establecer uno de estos edificios. Se necesitaban terrenos nuevos. Y éstos no iban a estar dentro de la traza hecha por García Bravo y menos en aquellos años de anarquía que significó la partida de Cortés hacia las Hibueras, donde los oficiales reales hacían arbitrariedades y especulaban con lo que podían, incluidos los solares de la ciudad.³³⁸ Para establecerse los conventos, se necesitaban terrenos muy grandes que solamente en la parte indígena de la ciudad se podían dar. Así pues tenemos que el convento de San Francisco se establece al occidente de la traza, en un inmenso terreno rodeado por el sur y por el occidente por canales de agua (el del sur era la continuación de la Acequia Real, la cual, viniendo por lo que hoy es 16 de septiembre, al cruzar Bolívar, se desviaba hacia el sur en una diagonal, terminando en la esquina del Eje Central y Venustiano Carranza. (Aún puede verse hoy la orientación de la acera sur de esta última calle, que es ligeramente diagonal, reminiscencia de la presencia de la acequia) La otra acequia que nacía allí es precisamente la que iba por lo que hoy es el Eje Central. Nacía en el cruce de ésta con Venustiano Carranza y ascendía al norte hasta llegar casi a Tlatelolco). El de Santo Domingo se hará al norte de la traza, sobre el camino a Tlatelolco (calle de Brasil). El límite que había trazado García Bravo era la calle de Belisario Domínguez. De ahí a la

³³⁷Díaz del Castillo, Bernal. *Op. cit.* p. 160

³³⁸ Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*. pp. 303 - 310

acequia más próxima, que era inclinada (calle de Perú) se donó el terreno para el monasterio. También estaba poblado por mexicas. Hay dudas sobre si se hizo donde ahora está su iglesia o donde después fue la Inquisición, aunque lo más probable es que se haya hecho desde el principio donde ahora está.³³⁹

Con las fundaciones de ambos conventos la traza se extendió hacia el occidente y hacia el norte. Las calles que anteriormente solo llegarían hasta Bolívar – Allende, se extendieron hasta el Eje Central, formando manzanas muy largas pero con sus ochenta metros de ancho originales. La prueba de que la traza llegaba hasta Bolívar la podemos encontrar en que la merced que hace Cortés de un terreno a su amigo Andrés de Tapia para hacer su casa, se encontraba expresamente fuera de la traza.³⁴⁰ Si sabemos que estos solares corresponden con la actual iglesia de la Concepción, ubicada en Belisario Domínguez, casi esquina con Eje Central, entonces la traza no llegaba a ésta última avenida durante los años de gobierno del extremeño. Alvarez y Gasca llega a pensar equivocadamente que la traza entonces llegaría a la calle de Cuba, y que, por eso, esos solares quedarían al norte de la traza, pero más bien quedaban al poniente de ésta, ya que se ubicaban del otro lado de la calle de Allende.

Hacia el norte lo que tenemos es que la traza se amplía, sobre todo en 1527 de la calle de Venezuela hasta la acequia que hoy es la calle de Perú.³⁴¹ Como ésta era inclinada, y por lo tanto, no era buena referencia para trazar calles, se mide la distancia que, sobre la actual calle de Argentina, había entre ambos puntos y se divide de tal modo que haya tres manzanas. Para llevar la obra a cabo, se trazan dos calles que separarán las tres manzanas, las cuales serán paralelas a la de Venezuela (calles de Colombia y Bolivia). Las nuevas manzanas, empero, no tendrán la misma anchura de 80 metros de las que trazó García Bravo, sino que superarán los cien metros. De este modo las medidas de la primera traza ya se habían alterado. Las calles Bolivia y Colombia terminarán en el convento de Santo Domingo. Las manzanas ubicadas entre Bolivia y la acequia, precisamente por la

³³⁹Alvarez y Gasca, Pedro. *Op. cit.* p.20

³⁴⁰*Ibid.* p 19

³⁴¹Las *Actas de Cabildo* mencionan en este año del reparto de “*un solar en los que se añadieron a la traza hacia donde se hace el Monasterio de santo Domingo*”. Vid. Valero de García Lascurain, Ana Rita. *La Ciudad de México - Tenochtitlan*, p. 85 y Pedro Álvarez y Gasca. *Op. cit.* p. 19

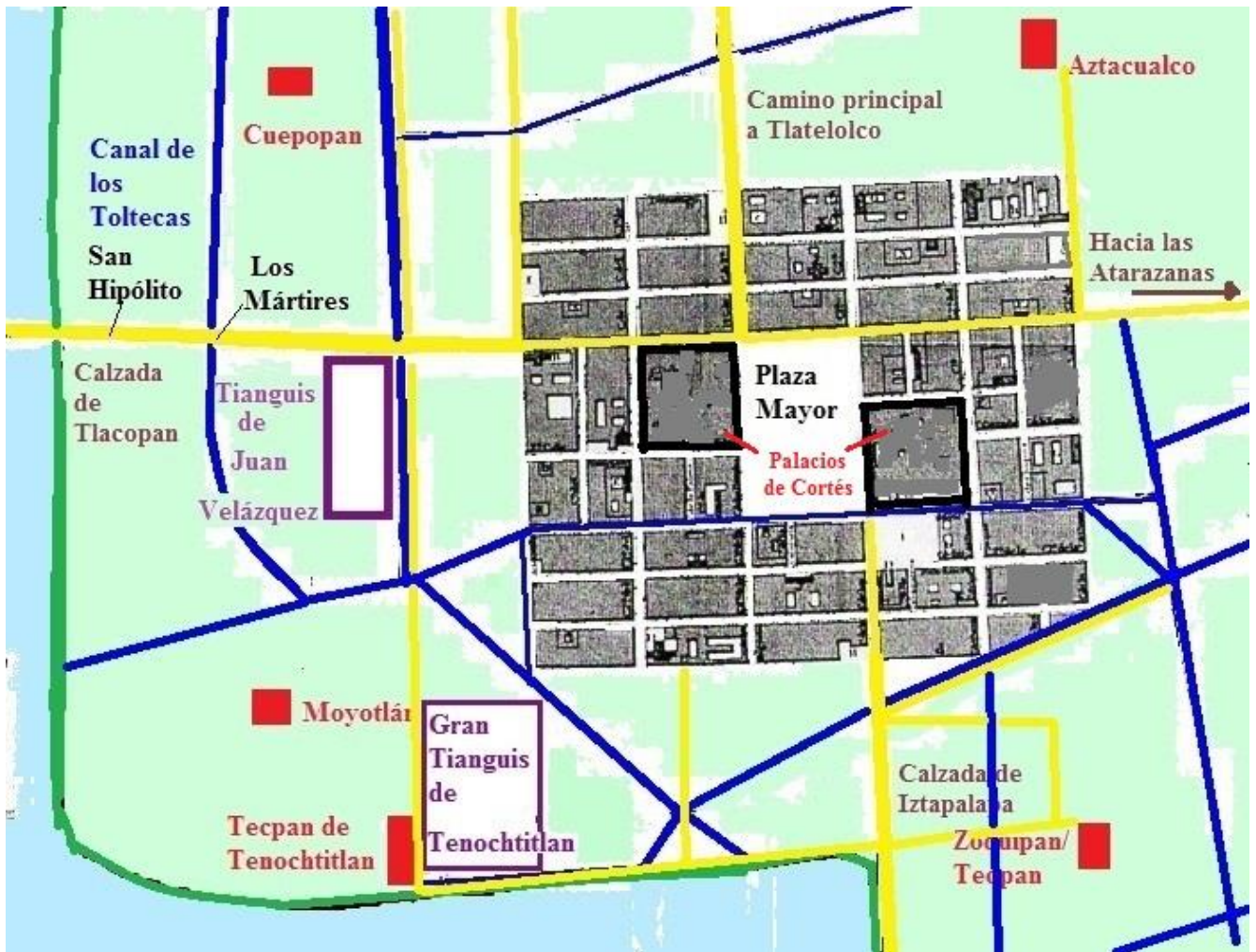
inclinación de esta, serán muy irregulares, de modo que será muy estrecha junto a Santo Domingo y muy ancha hacia la calle de Jesús María.

Hacia el norte se respetó el largo de las manzanas de la traza de García Bravo, pero no su anchura; hacia el occidente fue exactamente al revés, se respetó el ancho pero el largo se aumentó mucho.

Finalmente, hacia los años 1536 – 1540 se da la ampliación hacia el sur. El motivo de ésta fue el éxito que tenía el tianguis de Tenochtitlan. Lo primero que se hizo fue trazar una calle desde las espaldas del Hospital de la Concepción (de Jesús) hasta el tianguis (Mesones). Esta calle no fue paralela a Republica del Salvador, ya que conforme se dirige a occidente, se va abriendo hacia el sur ligeramente, formando manzanas muy anchas. Después se trazaron otras tres calles que también llegaban al mercado, el cual terminaba en la calle de Bolívar: Regina, San Jerónimo e Izazaga, siendo ésta última el límite sur de entonces en adelante.³⁴² Los españoles querían tener acceso a este mercado, que era el emporio de la ciudad indígena y por ello la ciudad española se extendió de modo que tuvieran acceso directo a éste. En esas nuevas calles se establecerán portales cercanos al mercado, como el famoso Portal de Tejada, que nos describe en sus *Diálogos* Francisco Cervantes de Salazar.

Hacia la década de 1540 la ciudad que había ideado Cortés y que había trazado García Bravo ya se había modificado y alterado. La ciudad mestiza que nace tras 1521 se convierte entonces sí, se consolida en dos polos muy distintos: una ciudad plenamente europea y una ciudad indígena, que será ya vista como los arrabales de la primera.

³⁴²Vid. Porras Muñoz, Guillermo. *Reflexiones sobre la traza...* p. 13



Plano hipotético del aspecto que habría de lucir la ciudad de México - Tenochtitlan tras la obra de Alonso García Bravo, basado en el plano de Diego García Conde. En la parte española representamos las manzanas tal y como suponemos que quedaron tras la obra de García Bravo. Esto no quiere decir que ya hubiese edificios concluidos ni que el Recinto Sagrado tenochca ya hubiese sido desmontado. Es simplemente el plano de cómo habría quedado la traza.

La parte indígena solamente está representada en un verde tenue que simboliza las chinampas y las viviendas de los tenochcas. En rojo vemos el Tecpan (palacio) y los cuatro templos principales de la Nauhcampa. En violeta hemos puesto los tianguis de los que tenemos noticia, aunque es factible que el gran tianguis y el tecpan de Tenochtitlan sean más tardíos que el año 1522. El tianguis que sí existía en aquel momento era el de Juan Velázquez. En azul intenso hemos puesto los canales principales de la ciudad. En amarillo hemos puesto las calzadas y los caminos principales. De éstos, igual que los canales que se encuentran en terrenos chinamperos, han sido reconstruidos gracias únicamente a las pistas que nos da el plano de Uppsala, que es de aproximadamente dos décadas después de la Conquista, por lo que es muy factible que existan anacronismos. Esperamos poder ampliar en un futuro la investigación para perfeccionar este plano.

Conclusiones

Lo que sucede en Mesoamérica en un período que cuenta con una duración de apenas un lustro, desde la expedición de Juan de Grijalva hasta la refundación de México – Tenochtitlán con un nuevo rostro, es quizá lo más trascendente, históricamente hablando, que ha vivido México. Es el punto coyuntural que transformaría Mesoamérica (y luego la llamada Aridoamérica) en la Nueva España. Ningún acontecimiento anterior o posterior ha tenido tanto peso sobre el devenir. Nueva España dejó de ser un virreinato en 1821 y pasó a ser un país independiente llamado México. No obstante, la impronta de la sociedad y las instituciones novohispanas pervivieron hasta la era de la Reforma.

Y los grandes acontecimientos que marcan como sello de fuego a las naciones se marcan de una manera muy especial en la urbe que funge como su capital. En Europa, por ejemplo, las capitales son las ciudades que cuentan con un menor patrimonio histórico antiguo, pero precisamente por eso, cada rincón, cada callejón sobreviviente y también cada gran plaza o avenida moderna constituyen un texto donde podemos leer la historia, no sólo de la capital, sino del país entero. Cada período vive un esfuerzo en el que, desde los gobernantes hasta la clase popular, tratan de dejar un testimonio de su existencia en la ciudad capital. Que en París visitemos la catedral de Notre Dame, el mayor símbolo de la era medieval, en medio de la Cité, rodeada completamente de edificios modernos que datan del siglo XIX o que visitemos la plaza de la Concordia, donde antes estuvo la temida Bastilla, en donde se alza un obelisco faraónico llevado del Templo de Luxor, nos habla de los períodos que vivió Francia histórica y políticamente hablando. Allí se reflejan el período de reyes medievales como San Luis; de la Revolución Francesa cuyo inicio se simboliza con la toma de la Bastilla; de las ideas del liberalismo y el nuevo concepto de belleza urbana ligado con la higiene y la amplitud.

Roma debería ser el ejemplo más contundente de esto, ya que cuando visitamos el Foro, vemos más que en ningún otro lugar del mundo, los períodos históricos se pueden observar con tanta viveza como en aquel lugar. Y son períodos que se llevan milenios entre sí. Desde las columnas desnudas que antes sostuvieron templos o esculturas y los arcos de triunfo hasta el moderno bulevar que circunda el Anfiteatro Flavio, pasando por los edificios del Renacimiento y los del Barroco, como el Vaticano, nos habla de lo que la Ciudad Eterna ha

vivido por siglos. Desde los cónsules romanos hasta las manifestaciones fascistas de Mussolini, han dejado evidencias claras de su existencia sobre esa ciudad inigualable.

Las ciudades posteriores de gran importancia de origen colonial asentadas en territorio mesoamericano, como Puebla de los Ángeles, Oaxaca, Valladolid (Morelia) y Guadalajara, ninguna constituyó una refundación. Sobre todo en el caso de Puebla, Oaxaca y Valladolid, éstas fueron ciudades que se fundaron en el corazón territorios de gran importancia mesoamericana, pero vinieron a ser realmente sedes alternas totalmente nuevas del poder español. Puebla se fundó muy cerca de Cholula y de la zona de influencia tlaxcalteca; Oaxaca, en el corazón del valle del mismo nombre, muy cerca del lugar donde, en el período Clásico tardío, había brillado Monte Albán; y finalmente Valladolid se funda en el corazón mismo donde se asentaba otrora el poder del caltzontzin, cerca de emporios como Pátzcuaro y Tzintzuntzan. No obstante, ninguna de estas, a diferencia de México, va a ser una sustitución espacial directa del antiguo poder mesoamericano.

México como nación, ha sido un país claramente centralista, aunque haya habido una lucha histórica en el siglo XIX que, jurídicamente, la volvió federalista. En la práctica, todo ha sucedido en la capital; todos los períodos históricos del país se reflejan y han dejado su huella en ella. Y precisamente por eso, lo mismo que para el país, el hecho histórico que es de mayor trascendencia para la capital, fue la Conquista.

Éste hecho cambió el rostro de toda Mesoamérica para siempre. Y es lo mismo que vemos en la capital. Con la refundación de Hernán Cortés de 1521, la antigua México Tenochtitlan se levantó de sus ruinas con un rostro completamente nuevo, así como la mayor parte de Mesoamérica se levantaría a partir de entonces como una parte del imperio español con el nombre de Nueva España. Y así como las ciudades españolas se levantarían al lado de los grandes emporios regionales mesoamericanos, en la capital convivirían en un mismo espacio conquistados y conquistadores.

¿Qué tanto de la antigua Tenochtitlan sobrevive en la ciudad de México española? Realmente no podemos decirlo con exactitud. En esta tesis hemos tratado de esbozar punto por punto lo que, deductivamente (a falta de algo más seguro), es lo más factible que sea: las calzadas, las calles de sur a norte, la zona palacial y la plaza. Realmente la obra de

García Bravo fue un trabajo de adaptación de la infraestructura existente (aunque en ruinas) a los cánones europeos de la arquitectura urbana en boga en aquellos primeros años del siglo XVI, de clara influencia renacentista. García Bravo adaptó la traza mexicana a un plano de damero.

La gesta llevada a cabo por Hernán Cortés y sus hombres en un período que no pasó de tres años (1519 – 1522) resulta impresionante. Ellos conquistaron un territorio mayor que el de toda la Hispania junta y sin embargo, mientras esta última llevó siglos en su reconquista (desde la batalla de Guadalete hasta la caída de Granada), ellos lo hicieron en menos de una década (si tomamos en cuenta que después de la caída de México la empresa de las conquistas continuó por todo el decenio de 1520 hasta la época de Nuño de Guzmán). Pese a lo que el nacionalismo haya llevado a pensar del extremeño y su obra, no puede negarse lo fabulosa que fue. No solamente fue una guerra, sino que se trató de astutas alianzas políticas y militares con los pueblos mesoamericanos previamente vencidos y escarmentados que luego fueron usadas y llevadas contra la cabeza de toda la región, México Tenochtitlan.

Para Cortés y los hombres que le siguieron desde la expedición de 1519, esta hazaña siempre los va a llenar de orgullo. Ya vimos que inmediatamente después de la captura de Cuauhtémoc, se levantarán algunos monumentos, en forma de exvotos, en recuerdo de la gesta. La ciudad del siglo XVI tendrá la huella indeleble de los conquistadores.

Pero esto no sólo quedó en medallas simbólicas. Jurídicamente hablando también fueron reconocidos por la Corona. Al pertenecer a la clase de “los conquistadores”, tendrán siempre una serie de privilegios sobre todos los demás españoles que luego vengan a habitar un territorio ya pacífico. En la praxis, pertenecer a dicha clase sería un título honorífico, ya que no nobiliario. Con éste tendrán derecho a tener encomiendas que los mantengan de por vida, e incluso en la ciudad de México, cada soldado conquistador tendrá derecho a recibir dos solares.

En cuanto a los orgullosos mexicanos, la conquista efectivamente resultó un fuerte trauma. Los otrora temidos y respetados habitantes de México terminaron hacinados en una laguneta, conviviendo con los cadáveres de sus amigos y parientes que se pudrían frente a

ellos. Así, impasibles, vieron como su tlatoani era capturado por el bergantín de García Holguín. Después fueron maltratados por los soldados en busca de piezas de oro pertenecientes a su ajuar y finalmente tuvieron que ir como parias a pedir refugio en otros pueblos que antes habían sido sus súbditos.

Sin embargo, con la refundación de México van a reivindicarse automáticamente. Si bien fueron los grandes perdedores militarmente hablando, su status va a ser preservado tras la conquista de una manera rigurosa. Asimismo su comercio, si bien resultó afectado, continuará siendo el más pujante de toda Mesoamérica con la pervivencia de los tianguis de Tlatelolco y el nuevo de Tenochtitlan. E incluso, con las nuevas campañas militares comandadas por los capitanes que otrora mantuvieron sitiada la gran urbe, las armas mexicas volverán a llenarse de gloria al lado de las españolas. No puede entenderse la campaña de las Hibueras (Honduras) sin tener en cuenta que se hizo con los ejércitos que en su momento mandaron los mismos hombres que en agosto de 1521, junto a Cuauhtémoc, llevaron la resistencia hasta lo último. Allí veremos al mismo Cuauhtémoc, al cihuacoatl Tlacotzin y a Temilotzin (ya como gobernador de Tlatelolco) acompañando a Cortés en su campaña a Las Hibueras hacia 1525. El reconocimiento de la autoridad de Cortés por parte de los antiguos funcionarios mexicas es total; la compenetración entre las tropas indígenas y las españolas es muy fuerte también, al grado de que había algunos guerreros mexicas que portaban espadas.³⁴³ Bernal Díaz incluso nos dice que quien avisó a Cortés de la supuesta conspiración que hacía el tlatoani para matar a los españoles fue precisamente Juan Velázquez, el nombre cristiano de Tlacotzin.³⁴⁴

La ciudad de México renacerá claramente como una ciudad donde convivirán pacíficamente conquistadores y conquistados. Y así como nuestro país puede presumir ser de los pocos en el mundo que sean “mestizos”, donde se hayan fusionado dos culturas, en origen muy distintas, la ciudad de México será la única “ciudad mestiza”³⁴⁵ de toda la Nueva España, y así se mantendrá prácticamente durante todo el período colonial. Los barrios indígenas rodearán la ciudad española como un anillo y mantendrán su autonomía. Incluso sus sistemas de gobierno serán claramente distintos: la ciudad española se regirá

³⁴³ Díaz del Castillo, Bernal. *Op. Cit.* p. 469

³⁴⁴ *Ibíd*

³⁴⁵ Entendiendo como “mestizo” no solo en el plano de la refundación urbana, sino también en que ambas poblaciones, la española y la indígena, se hallaban juntas en un mismo espacio geográfico.

por el Cabildo, institución de origen español, mientras la ciudad indígena lo hará por medio de los gobernadores dinásticos de las parcialidades de San Juan y Santiago, instituciones de clara ascendencia prehispánica.

Estudiar los orígenes de la ciudad de México es estudiar los orígenes de lo que hoy llamamos nuestro país. Allí, en esa gesta llevada a cabo por Hernán Cortés y la reconstrucción de la ciudad, está el origen de la cultura mestiza de nuestra nación.

Bibliografía

Alamán, Lucas. *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana. Desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la independencia*. México, Editorial Jus. 3v

Alba Pastor, María. *Crisis y recomposición social*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Alcántara Gallegos, Alejandro. “Los barrios de Tenochtitlan. Topografía, organización interna y tipología de sus predios” en *Historia de la vida cotidiana en México I. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*. Coordinado por Pablo Escalante Gonzalbo. México, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México, 2004. pp. 167 – 198.

Alva Ixtlixóchitl, Fernando de Alva. “Decimatercera relación, de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica” en Sahagún, fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Notas y apéndices por Angel María Garibay. México, Porrúa, 1999.

Alvarado Tezozomoc, Hernando. *Crónica Mexicana*. Edición de Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro. Madrid, Dastin, 2000.

Alvarez y Gasca, Pedro. *La plaza de Santo Domingo de México. Siglo XVI*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1971.

Balbuena, Bernardo de. *Grandeza Mexicana y compendio apologético en alabanza de la poesía*. México, Porrúa, 1971 [

Barlow. R. H. *Tlatelolco. Fuentes e historia*. México, Instituto nacional de Antropología e Historia – Universidad de las Américas, 1989.

Benitez, Fernando. *La ciudad de México*. México, SALVAT, 1984. 7 vols.

Boornazian Diel, Lori. “El Manuscrito de Aperreamiento: castigos abominables” en *Arqueología Mexicana*, núm. 115 (mayo – junio 2012) pp. 71 - 73

Caso, Alfonso. *Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco*. México, Academia Mexicana de la historia, 1956.

Cervantes de Salazar, Francisco. *México en 1554 y el túmulo Imperial*. Introducción y notas por Edmundo O’Gorman. México, Porrúa, 2000.

Chimalpahin, Domingo. *Diario*. Traducción y notas por Rafael Tena. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001. (Cien de México).

Cortés, Hernán. *Cartas de Relación*. Nota preliminar por Manuel Alcalá. México, Porrúa, 2004

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Introducción y notas por Joaquín Ramírez Cabañas. México, Porrúa, 2001

Dorantes de Carranza, Baltazar. *Sumaria relación de las cosas de Nueva España. Con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*. Prólogo de Ernesto de la Torre Villar. México, Porrúa, 1987

Durán, Diego. *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de tierra firme*. Estudio preliminar de Rosa Camelo y José Rubén Romero. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995. 2 vols. (Cien de México)

Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español (1519 – 1810)*. Traducción por Julieta Campos. México, Siglo XXI Editores, 2003. (Nuestra América)

Gonzalbo Aispuru, Pilar (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México*. 5 vols. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario: sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI – XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002

Israel, Jonathan I. *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial (1610 – 1670)* Traducción de Roberto Gómez Ciriza. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. Traducción de Roberto de la Torre, Graciela de Garay y Miguel Ángel de Quevedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

León Cázares, María del Carmen, Mario Humberto Ruz y José Alejos García. *Del katún al siglo. Tiempos de colonialismo y resistencia entre los mayas*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

----- *La plaza mayor de la ciudad de México en la vida cotidiana de sus habitantes, siglo XVI y XVII*. México, Instituto de estudios y documentos históricos, 1982.

Lira Medina, Holguer. *Urbanismo mestizo. Antecedentes y juicios sobre la idea de la primera traza de la Ciudad de México, 1521 – 1524*. México, Tesis de Licenciatura en Historia, dirigida por la doctora María del Carmen León Cázares. Facultad de Filosofía y Letras, 2005.

Lockhart, James. *Los nahuas después de la conquista*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Lombardo de Ruiz, Sonia. *Atlas Histórico de la Ciudad de México*. México, Smurfit Carton y Papel de México – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

----- . *Desarrollo Urbano de México - Tenochtitlan*. México, Departamento de Investigaciones Históricas- Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973.

Lopez de Gomara, Francisco. *La Conquista de México*. Prol. de José Luis de Rojas. México, Dastin, 2000

López Luján, Leonardo y Alfredo López Austin “El coatepantli de Tenochtitlan, historia de un malentendido” en *Arqueología Mexicana*, Num. 111 (Septiembre – octubre 2011). pp. 64 – 71

Manzanilla, Linda y Leonardo López Luján. *Historia Antigua de México*. México; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas, Miguel Ángel Porrúa; 1995.

Marroqui, José María. *La ciudad de México*. 3v. México, Jesús Medina Editor. 1969.

Martínez, José Luis. *Documentos Cortesianos*. 4v. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

----- . *Hernán Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001. (Colección Breviarios, 519)

Matos Moctezuma, Eduardo. *Tenochtitlan*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Matos Moctezuma, Eduardo. “Tenochtitlan y Tlatelolco. De cronistas, viajeros y arqueólogos” en *Arqueología Mexicana*, Num. 99 (Septiembre – octubre 2009). pp. 40 – 47

Mier y Terán Rocha, Lucía. *La primera traza de la Ciudad de México. 1524 – 1535*. 2v. México, Fondo de Cultura Económica, 2007

Miralles Ostos, Juan. *Hernán Cortés, inventor de México*. 2v. Madrid, Editorial Tusquets, 2004

Motolinia, fray Toribio de. *Historia de los indios de la Nueva España*. Introducción y notas por Edmundo O’ Gorman. México, Porrúa, 2002

Noguez, Xavier. “Primeros Memoriales” en *Arqueología Mexicana*, Num. 96. (marzo – abril 2009). pp. 84-85.

O’Gorman, Edmundo. *Destierro de sombras. Luz en el origen del culto a Nuestra Señora Guadalupe del Tepeyac*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1986. (Historia Novohispana)

------. *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la Ciudad de México*. México, XVI Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación, 1938.

Payno, Manuel. *Los bandidos de Río Frío*. México, Porrúa, 2007.

Plutarco. *Vidas Paralelas*. 4v. Traducción de Antonio Ranz Romanillos. Barcelona, Joaquín Gil, 1944

Porrás Muñoz, Guillermo. *El gobierno de la ciudad de México en el siglo XVI*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1982.

------. “Martín López, carpintero de ribera” en *Revista de Indias*. Madrid, 1948. Num. 31 – 32. pp. 307 – 329.

------. *Personas y lugares en la ciudad de México durante el siglo XVI*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

------. *Reflexiones sobre la traza de la Ciudad de México*. México, Departamento del Distrito Federal – Secretaría de Desarrollo Social, 1987. (Sociedad y Cultura)

Ricard, Robert. *La conquista espiritual de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Rivera Cambas, Manuel. *México Pintoresco, Artístico y Monumental*. 3 vols. México, Editorial valle de México, 1990

De Rojas y Gutiérrez de Garandilla, José Luis. “Los libros pictográficos de tributos. Códice Mendoza y matrícula de Tributos” en *Estudios de historia social y económica de América*. Num. 12. 1995. pp. 651 – 662.

Rojas Rabiela, Teresa. “Las cuencas lacustres del altiplano central” en *Arqueología Mexicana*. Num. 68. (Julio – agosto 2004). pp. 1 - 9

Romero Galván, José Rubén. “La ciudad de México. Paradigmas de dos fundaciones” en *Historia Mexicana*. Vol. 20. Num. 20 (1999) pp. 13 – 32.

Rubial García, Antonio. *El convento agustino y la sociedad novohispana (1533 – 1630)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1989.

------. *Monjas, cortesanos y plebeyos*. México, Taurus, 2006

Rubio Mañé, José Ignacio. *El Virreinato*. 4 vols. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Fondo de Cultura Económica, 1992

Sahagún, fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Notas y apéndices por Angel María Garibay. México, Porrúa, 1999.

Torquemada, fray Juan. *Monarchia indiana*. Ed. Facsimilar. Madrid, Imprenta de Nicolás Ramírez Franco, 1723.

Torre Villar, Ernesto de la. *Lecturas Históricas Mexicanas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. 5vols.

Toussaint, Manuel. *Arte Colonial en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Estéticas, 1990

-----, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano: su historia, su tesoro, su arte*. México, Porrúa, 1973

-----, *Información de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la ciudad de México*. México, Imprenta Universitaria, 1956

-----, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández. *Planos de la Ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Estéticas - Departamento del Distrito Federal, 1990

Tovar de Teresa, Guillermo. *La ciudad de los Palacios. Crónica de un patrimonio perdido*. 2 vols. México, Vuelta, 1990

Valero de García Lascurain, Ana Rita. *La ciudad de México – Tenochtitlan: su primera traza (1524 – 1534)*. México, Editorial Jus, 1991

-----, *Solares y conquistadores: orígenes de la propiedad en la Ciudad de México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991.

Zorita, Alonso. “La Ciudad de México”. en Torre Villar, Ernesto de la. *Lecturas Históricas Mexicanas*. v.I p. 320 - 329

Documentos de archivo, consultados.

AHCM (Archivo Histórico de la Ciudad de México)

Acta de Cabildo de 17 de septiembre de 1529

Acta de Cabildo de 17 de febrero de 1540

Acta de Cabildo de 1 de septiembre de 1581

Acta de Cabildo de 1 de diciembre de 1589.

Acta de Cabildo del 15 de octubre de 1593